

Elizabeth Pineda

A person wearing a grey hoodie is shown from the chest up. The hoodie has a white silhouette of a couple embracing on the chest, with a map of Mexico overlaid on the couple. The background is dark and blurry.

***AMOR
VIDENTE***

A Elyon, cuya historia de amor
inspiró este libro.

Notas:

Esta historia está ambientada en México, por lo que menciono dos instituciones propias del país.
He aquí el significado de sus siglas:

P.I.D: Policía Investigadora de Delitos.

D.I.F: Desarrollo Integral Familiar.

PRÓLOGO

Por fin ha llegado el día que tanto he esperado. Estoy sentado en la cama de mi habitación esperando a que Elyon me llame y me diga a quién ha elegido para ser mi compañera.

En la vida de todo vidente llega el punto donde no puede continuar solo y Elyon le obsequia a la mejor persona para que esté a su lado. Ese día ha llegado para mí.

De pronto las luces parpadean, todo se pone borroso y luego, Él aparece.

—Has aguardado mucho tiempo para esto —dice.

—Así es —contesto emocionado.

—Me fue difícil encontrar a alguien para ti, pero finalmente he hallado a la mujer perfecta.

Lo mejor de Elyon es que nunca se anda con rodeos y dice las cosas directas. Una imagen comienza a titilar delante de mis ojos y poco a poco aparece la imagen de una joven mujer. La observo con detenimiento, sin perderme un detalle de su identidad, pero... algo anda mal, ella no puede ser la mujer que ha escogido para mí.

—Debe ser una broma —comento.

—No, jamás bromearía con algo así.

—No me pidas eso por favor —suplico—. He sido leal a ti. Jamás he hecho nada malo.

—Así es como deben ser las cosas hijo mío —responde inflexible.

—No, tú... no me puedes hacer esto. Toda mi vida he soñado con conocer a una hermosa chica y enamorarme de ella.

—Ella es la chica que elegí para ti.

—Te he dedicado mi vida entera, lo menos que podría esperar por eso es una buena esposa.

—Sabes bien que mi decisión ya está tomada.

—Tú me odias ¿cierto?

—Claro que no, hijo yo te a...

—¡Es una prostituta! —Lo interrumpí—. ¿Dónde está el amor en eso?

—Es suficiente, hablaré contigo después.

—¡No, no! —grité esperando que se quedara un momento más, pero unos segundo más tarde, el éxtasis terminó.

Keren

Levanto la cabeza hacia el balcón con la esperanza de que Darío no se encuentre ahí, si ve que me siento un segundo, se enfadará; pero lo necesito, necesito quitarme los malditos tacones que están matándome. Llevo toda la noche trabajando sin parar, creo que merezco un descanso. Por fortuna, el balcón está vacío, quizá ya está en su oficina contando sus ganancias de la noche. Me dirijo discreta hacia el baño, donde nadie me molestará.

Una agradable sensación recorre mis piernas cuando el primer tacón cae. Suspiro de alivio y luego masajeo mis pies.

Sé que la vida que llevo no es la mejor. Cuando me ven, muchos me llaman mujer perdida, otros me llaman zorra o prostituta, pero la mayoría prefiere decirme dama de compañía, tal vez sienten que así me ofenden menos. Honestamente, no me interesa lo que piensen, me gana bien la vida; y por lo menos no estoy robando como hacen otros. Tan solo desearía que los turnos no fueran tan largos.

—¿Keren? —La voz de mi amiga Talita suena dentro del baño—. ¿Estás aquí?

—Aquí estoy Talita —respondo con cansancio—. ¿Qué necesitas?

—Amiga, Darío te busca. Acaba de entrar un nuevo cliente, quiere que lo atiendas.

“Dios ¿es enserio?” pienso, esto tal vez retrase mi salida. Tomo mis tacones en las manos y salgo del baño.

—¿Por qué debo atenderlo yo? —pregunto molesta —Casi es mi hora de salida.

—Lo se Keren, pero Darío dice que este es un cliente nuevo, y quiere mostrarle lo mejor para que regrese más adelante.

—¿Así que yo soy de lo mejor? —pregunto con sarcasmo. Talita solo se encoge de hombros—. Bien, iré, pero no prometo nada.

—Keren, espera —dice y me toma de un brazo—, retoca un poco tu maquillaje, está terrible y ponte los tacones. Por lo que vi, este cliente es de los difíciles.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás cuando salgas.

Sigo el consejo de mi amiga, y retoco un poco mi maquillaje, ella tiene razón, está terrible. Cuando salgo minutos después, todo está vacío, excepto por un joven sentado en la barra. Está de espaldas a mí, pero aun así puedo percibir que es atractivo. Tiene hombros anchos, cabello corto y además es alto, quiero decir, muy alto. Lleva una chaqueta de piel negra y unos vaqueros desgastados que le vienen muy bien. Me acerco hacia él con la sonrisa más provocadora que puedo fabricar.

—Hola guapo —saludo mientras rozo su espalda con mis dedos. Aunque él ni se inmuta—. Nunca te había visto por aquí.

Cuando me siento a su lado, el joven levanta la vista de la barra y me mira con aburrimiento, ahora veo a lo que Talita se refería.

—¿Cómo te llamas? —pregunto para no dejar morir la conversación.

A pesar de mi pronunciado escote, sus ojos se mantienen fijos en los míos, me doy cuenta que

detrás de sus gafas, hay unos increíbles ojos azul eléctrico.

—Ezequiel —responde casi a la fuerza.

—Bueno, Ezequiel, dime ¿por qué eres tan callado?

Él se ríe cuando pregunto eso, quise darle una bofetada por cretino, pero Darío me observaba desde el balcón.

—¿Qué es tan divertido? —le pregunto poniendo mi mano en su pierna, una táctica que nunca me ha fallado, pero él la aparta de inmediato.

—Ustedes las prostitutas son todas iguales —dice con arrogancia.

Me parece que alguien más se está dando cuenta de las dificultades que este cliente representa para mí. Poco a poco escucho como la música comienza a subir de nivel y eso me da una idea.

—Tal vez no —comento—, ven a bailar conmigo, te mostraré algunos pasos.

De nuevo, cuando intento tomar su mano para sacarlo a bailar, él la retira y la esconde en la bolsa de su chaqueta.

—¿Por qué no mejor te vas por ahí a saquear el armario de tu hija? —dice fastidiado.

Ese comentario es el colmo para mí, ya no me interesa que Darío esté cerca y me levanto furiosa.

—Escucha cretino infeliz, si tanto te molestan las prostitutas ¿Por qué no regresas al monasterio de dónde saliste?

Él ni siquiera se molesta en mirarme, tan sólo toma su ridículo vaso con agua y le da un sorbo. En segundos aparece Talita a mi lado.

—Keren, tranquila —me dice y luego me toma de los hombros para alejarme de él. Sé que quiere evitar que haga un escándalo mayor y Darío termine por correrme.

—¡Espera! —grita Ezequiel cuando ya nos hemos alejado algunos pasos— ¿tu nombre es Keren?

—¡Qué te importa! —le respondo furiosa y luego me alejo con Talita hacia las habitaciones.

Talita empuja la puerta de la habitación más próxima y nos metemos en ella.

—Amiga, tienes que calmarte —dice—, te has molestado con tres clientes esta semana. Darío no te agradecerá que hayas perdido a este último.

—Es un completo cretino —digo en tono cansino.

—Todos los que vienen a este lugar son unos cretinos —apunta.

—Sí pues... éste se lleva el premio mayor.

—Piensa en Esteban, tú necesitas este empleo para darle sus estudios.

Me siento en la cama para quitarme los tacones y volver a masajear mis pies. Esteban es mi pequeño de cinco años, lleva meses diciéndome que quiere entrar a la escuela para tener amigos, pero no puedo pagar una escuela, apenas si puedo mantenernos a los dos, y si pierdo este empleo con toda seguridad ni eso podré hacer.

—¿Cómo está por cierto? —pregunta Talita.

—No lo sé —suspiro—, siempre llego directo a dormir. Cuando despierto, él sólo se limita a mirar televisión.

—Tienes que hacer algo por ese niño Keren, él está creciendo y tú lo estás perdiendo.

—¿Crees que no lo sé? —suelto de pronto—. Sé que no soy la madre del año pero... no puedo yo sola.

—Está bien, tranquila, sé que es difícil.

Talita estaba a punto de sentarse a mi lado cuando Darío entró en la habitación. Miró a mi amiga y le hizo una seña para que saliera, Talita obedeció de inmediato.

—Nena —dice hincándose delante de mí—, quieres decirme que fue lo que pasó allá afuera.

—Verás, tu apreciado cliente es un infeliz.

—Lo sé nena, todos mis clientes son infelices, por eso vienen a este lugar para que chicas lindas como tú, les alegren el día.

—Pues no este rarito, le quise ofrecer mis servicios y se negó. No tengo idea de qué estaba haciendo aquí.

Sé que mi explicación no es suficiente para Darío, para él no debe haber pretextos, todos los clientes que vienen deben comprar, y si no, entonces es culpa nuestra. Sonríe cuando termino de hablar y se acerca a mí, me toma con fuerza del cabello y me susurra al oído.

—Sabes que no me gustan las excusas nena. Te pago muy bien para que convenzas hasta al cliente más difícil. Los dos grandes que debió darme serán descontados de tu paga.

Intuía que algo así iba a suceder. Darío nunca ha perdido ni un peso conmigo, si algo sale mal, siempre termino pagando.

Antes de irse, acaricia mi barbilla y me guiña un ojo, a sus cincuenta años todavía cree que es un galán. Me dan ganas de vomitar pero me contengo.

Me levanto para ir a los vestidores y ponerme algo más cómodo, después de usar toda la noche el mismo vestido estoy harta de él. Además, fuera está haciendo mucho frío. Usaré mi sudadera favorita.

Talita también está ahí, observa sus prendas antes de decidirse por una chamarra de snowboard.

—¿Cómo te fue? ¿Qué te dijo Darío? —pregunta sin mirarme.

—Ya sabes —contesto con un suspiro—, lo mismo de siempre. Me quitará de mi paga lo que ese tipo le debió haber dado.

Talita gruñe descontenta cuando digo eso.

—Es un malnacido —dice—. Ni siquiera nos paga lo suficiente y todavía nos quita de nuestra paga. Deberíamos quejarnos.

—¿Sí? ¿Con quién? ¿Con la policía? —pienso lo mismo que ella, pero la amargura me hace responderle así—. Nadie tomará en cuenta lo que mujeres como nosotras digan.

Mi amiga se encoge de hombros.

—Solo decía. Todo esto es muy injusto.

Siento culpa por haberle respondido de una manera tan brusca.

—¿Te gustaría salir de aquí? —sé que es una obviedad, pero quería preguntárselo.

—¡Claro que sí! O... ¿a ti no?

Termino de vestirme y dejo la pregunta de Talita en el aire, para ser sinceros, no sé qué contestarle.

—No te creo —dice Talita ante mi silencio.

—¿Qué cosa?

—Que lo estés pensando ¿Por qué querrías quedarte en esta pocilga?

Tomo mi bolso y me dirijo a la puerta. Me ha puesto en una difícil situación con su última pregunta, pero creo que sería grosero no responderle.

—Es lo único que conozco —admito—, no sé cómo sería tener otro empleo.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas —señala.

—Lo sé. Ya debo irme. Adiós.

—Adiós.

Ezequiel

Estoy asombrado de haberla encontrado tan pronto. Me parece que Elyon me ayudó y movió ciertas cosas para que la encontrara más rápido. Pero a pesar de lo mucho que hizo por mí, no le estoy para nada agradecido. Aún estoy molesto con él por la pareja que me eligió, estaba un noventa por ciento seguro de que elegiría para mí a otra chica, una más... como podré decirlo ¿decente? Sí, esa es la palabra que busco. Sé que Elyon se ha distinguido por las decisiones extrañas y radicales que siempre toma, en especial cuando de parejas se trata; pero creí que yo sería especial en esta ocasión, que al menos tomaría en cuenta las sugerencias que le hice en el pasado. Bueno, no fue así, y si mi vida no dependiera de ello, entonces lo desobedecería. No obstante, de todos los videntes que existen en el mundo, sólo uno fue tan atrevido como para intentar buscar una pareja por su cuenta, pero no le fue nada bien.

En la cabeza de Elyon, esto es lo mejor, y hasta no averiguar algo diferente, seguiré con el plan, así que supongo que por un lado está bien haberla encontrado pronto, por lo menos no tengo que visitar ningún burdel más, es muy cansado y eso que sólo visité dos. Ahora, lo siguiente que debo hacer, ya que creo que arruiné nuestro primer encuentro, es buscar la forma de acercarme a ella.

Me imagino que su turno terminará pronto y este lugar no me es agradable, así que salgo para esperarla afuera.

La puerta rechina al abrirla, está en tan malas condiciones que me sorprende que no se cayera en cuanto la toqué. Imagino que así es como está mejor para el dueño del lugar ¿quién sospecharía que hay un burdel en este edificio en ruinas? Si no estuviera de vacaciones, llamaría a la oficina para que lo clausuraran de inmediato.

Subo el cuello de mi chaqueta para enfrentarme al frío matutino, y también para que nadie me reconozca, si es que alguno de mis conocidos anda cerca.

Recorro la banqueta con las artísticas pinturas de mi lado derecho, son un montón de garabatos, la mayoría obscenos, que llenan las paredes del burdel.

Buco refugiarme debajo de un toldo en la esquina de la calle, así me será fácil ver cuando Keren salga. Aunque para ser sinceros, no tengo muchas ganas de eso.

No le presté mucha atención cuando se me acercó, todas las prostitutas interpretan cualquier mirada como una invitación a ofrecer sus servicios, sin embargo recuerdo sus rasgos de la primera vez que Elyon me la mostró. Es alta, morena y tiene el cabello quebrado. Lo que más me gustó, hablando de su físico, fueron sus ojos; eran centellantes, aunque un poco tristes también. La verdad es atractiva y sería la mujer perfecta, si tuviera otro empleo, el que fuera, menos este.

Los primeros rayos de luz comienzan a ser visibles en el cielo y la ciudad empieza a despertar. Poco a poco las calles comienzan a llenarse de gente que viene y va. Gracias a Dios que nadie me conoce por estos rumbos.

—Oye, amigo —oigo la voz de alguien a mis espaldas. Me doy la vuelta y me encuentro con un indigente—. ¿tienes una moneda?

Lo miro unos segundos, me parece que es más un ladrón que un indigente. Tiene una expresión burlona que me dice que es de esos que están acostumbrados a que la gente les den lo que quieren

sólo por lástima. A ese tipo de personas les ofrezco trabajo y pronto desaparecen, pero quizá esta vez pueda ser más condescendiente. Meto la mano a mis bolsillos y saco la primera moneda que siento. Se la entrego esperando que se vaya, pero no lo hace, se queda mirándome y evalúa si puede sacarme un poco más.

—Eh —exclama—, ¿y qué tal si me das también ese hermoso reloj de oro que traes en la muñeca?

Ahora lo miro con desagrado, es obvio que piensa robarme.

—Olvidalo —le digo.

—Vamos, seguro un niño rico como tú tiene muchos más de esos.

—Dije que no.

A pesar de mis palabras, extiende su andrajosa mano e intenta sacarme el reloj. Eso es muy tonto de su parte, lo tomo por la muñeca y se la tuerzo hasta que se la rompo. El grita de dolor y luego me mira resentido. No se esperaba que lo tratara así.

—Aléjate —le advierto y se retira llorando.

Estaba tan concentrado en mantener mi mirada amenazante en el ladrón para que se alejara, que no noté que mi celular estaba vibrando en mi bolsillo. Al sacarlo vi varias llamadas perdidas de Rebeca, la sargento de la policía local. Debía tener alguna urgencia porque el celular volvió a sonar.

—¿Diga? —contesté.

—¡Por fin te encuentro! —dice exaltada.

—¿Qué sucede?

—El asesino rojo cayó esta madrugada. La fiscalía requiere que hagamos un examen psiquiátrico antes de procesarlo.

Ahora me doy cuenta del error que cometí al responder a su llamada, no llevo ni dos días de vacaciones y ya me quieren de regreso.

—Pues, te felicito Becky pero... ¿sabías que estoy de vacaciones?

—Lo sé, pero voy a tener que cancelártelas. Te necesito dentro de este caso. No me arriesgaré a traer un novato que quizá me haga quedar mal ante el jurado.

—Eso se oye mal para mí —digo.

—Encontraré la forma de compensártelo. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

—No cuando de vacaciones se trata —le reclamo.

—Eres un amor, gracias por aceptar. Te espero aquí en una hora —dice y luego cuelga.

A veces me pregunto cómo fue que decidí ejercer de psiquiatra en la policía, debí darme un golpe en la cabeza cuando acepté el empleo o algo así.

Tendré que cancelar todos mis planes. Había pensado retirarme al campo unos días, ir de pesca con mis primos y hacer algo de alpinismo. Se molestarán cuando les diga que no iré más y peor aún, creo que no volverán a invitarme a otra escapada de “sólo hombres”, esta es la tercera vez que les quedo mal.

Cuando guardo el teléfono en el bolsillo, veo que una mujer pasa por delante de mí, pero no es hasta que vuelvo a levantar la vista que me doy cuenta que se trata de Keren. Se veía muy diferente sin el provocativo vestido, ahora llevaba una sudadera deportiva, unos pantalones de mezclilla y unas zapatillas deportivas. Admito que así se me figuró más atractiva, con todo y maquillaje corrido.

—¡Keren! —grité para evitar que me dejara muy atrás. Pero en lugar de detenerse aceleró el paso, quizá me reconoció cuando pasó por delante de mí.

Corrí detrás de ella y la alcancé en la parada de autobuses.

—Keren, espera —le pedí. Ella me volteó a ver con fastidio.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Acaso no me insultaste lo suficiente?

—Quiero disculparme por lo que te dije allá adentro.

—Bien, disculpa aceptada, ahora lárgate.

A lo lejos se distingue el autobús y ella levanta la mano para hacerle la parada, la veo muy decidida a dejarme atrás, no me sorprende; me porté como muy mal con ella hace rato.

—Al menos déjame llevarte a casa —ofrezco.

—Escucha, cretino infeliz —responde fastidiada—, no tengo idea de por qué de pronto tanta amabilidad, pero quiero dejarte bien en claro que fuera del trabajo, no me interesas.

—Bien, entonces te pagaré para que me concedas unos minutos.

Ella rueda los ojos ante mi idea.

—Lástima —contesta—, mi turno terminó hace quince minutos. Vuelve mañana en la noche

El autobús llega y se sube sin voltear a verme. Creo que acercarme a ella será más difícil de lo que había pensado. Keren tampoco me conoce y desea estar conmigo tanto como yo con ella. Al parecer, gracias a Elyon, ambos tenemos un problema; aunque ella aún no lo sabe, pero no tengo opción.

Sé que no debería insistirle más, al menos no este día, pero si retraso este encuentro, Elyon hará de las suyas para volvernos a juntar, y no estoy seguro de querer que eso pase. Voy hacia mi auto y sigo el autobús; quiero saber dónde vive y quizá así pueda buscarla en su casa y no en el burdel.

Es todo un reto seguirle el paso a una de estas rutas urbanas, siempre toman caminos extraños o aceleran a fondo cuando el semáforo está por ponerse en rojo, además, el tráfico es más intenso a las siete de la mañana, cuando la mayoría va en camino a sus empleos; pero de una u otra manera conseguí mantenerme cerca.

Después de unos minutos, Keren por fin se bajó en una de las tantas paradas. La seguí con discreción mientras caminaba hacia su casa y luego me estacioné muy lejos cuando la vi ingresar a un complejo de apartamentos.

Mi cabeza sopesa la idea de ir hasta su apartamento e invitarla a salir. Desecho la idea casi de inmediato, me veré como un acosador psicópata si hago obvio que la seguí hasta su casa. Estoy observando el apartamento superior cuando todo se pone borroso, comienzo a escuchar el estruendo de una cascada y la luz del sol se vuelve más intensa. No estoy asustado, así se siente cuando se aproxima una nueva visión de Elyon para mostrarme algo.

—Esto no tiene sentido —le digo antes de que diga nada—. Yo no le intereso, me lo dejó muy claro hace unos minutos.

—Tú y yo sabemos que sólo quieres poner pretextos para no buscarla —contesta.

—¿Y no tendría razón en eso? —replico.

—Dime, ¿cuál fue tu primer impresión?

Me quedo callado unos segundos, pienso en lo que voy a responderle.

—Es atractiva —digo—, pero...

—¿Pero...?

—Sigue siendo una prostituta.

—A veces debemos ver más allá de las apariencias. Pon atención, te ayudaré a oír más allá de lo común ¿qué es lo que escuchas?

Hago lo que me dice y pongo atención. Escucho muchas voces a mí alrededor, esta vez sí me

sorprendo, pues no es muy común que pueda oír lo que otros dicen estando tan lejos de mí. Lo que oigo son las conversaciones que suceden en el complejo de apartamentos. Pero sólo hay una que me llama la atención. Identifico la voz de Keren por sobre las demás.

—Sabes que te amo ¿verdad Esteban? —dice ella.

Nadie responde a su pregunta, se oyen voces en la televisión y luego un sollozo ahogado.

—¿Quién es Esteban? —le pregunto a Elyon.

—Sigue escuchando —indica.

El sollozo fue de Keren, lo sé porque cuando vuelve a hablar, su voz se oye quebrada.

—Hijo yo...

No termina la frase porque otro sollozo más fuerte la ahoga. Oigo pasos y luego el sonido de una puerta al cerrarse. Todo queda en silencio después de eso.

—Tiene un hijo —comento en voz baja.

—Uno que de hecho, casi no la ve como madre.

—Es una vida muy dura.

—Así es. Desde un principio te advertí que te sería difícil sacarla de esta vida. Para ella, este es el único modo en que puede salir adelante con su hijo.

Masajeo mi cuello al pensar que mis actitudes de hoy no la ayudaron a mejorar su día sino todo lo contrario. Y es que en ocasiones soy demasiado prejuicioso, y la verdad, desde que supe que mi futura esposa era una prostituta, eso aumentó de manera considerable.

—¿Qué debo hacer? —pregunto con culpabilidad.

—Tenerle paciencia y sobre todo, mucho amor.

—Claro —a veces pienso que Elyon no se da cuenta de lo complicadas que se vuelven sus peticiones—. ¿Ésta es tu idea de lo que es mejor para mí?

—Lo es.

—No te entiendo, si de verdad quisieras darme una esposa que comparta mi carga, me habrías dado a una mujer menos destruida.

—Sé que no lo entiendes, pero aunque te lo explicara, tampoco lo entenderías. Esta es una lección que se aprende experimentándola. Lo único que debes saber es que vas por el camino correcto y que estarás bien.

—Esa es tu respuesta para todo, quiero que sepas que no me satisface. Yo necesito saber, aunque no comprenda.

El silencio es la respuesta que me da, luego de eso él ni se despide, tan sólo la visión termina y todo vuelve a la normalidad para mí. Ya no sé si sentirme muy amado por él o enojado porque parezco ser su títere.

Reviso mi reloj y me doy cuenta que es tarde, Rebeca se molestará por mi retraso. Arranco el coche y me encamino hacia la oficina, otro día arreglaré lo de Keren.

Ezequiel

—Llegas tarde —me interpela Rebeca cuando me ve entrar.

—Bueno, ya vine ¿no? Estaba ocupado con otras cosas.

—Claro —levanta las cejas resignada—. El asesino rojo está en interrogatorios, sala seis —dice y luego me extiende una carpeta con papeles adentro.

No pierdo tiempo y camino hacia la sala que me indicó. Por lo que sé, este sujeto al que llaman “asesino rojo” le ha dado muchos problemas a la policía. Es un asesino serial que ha estado activo desde el año dos mil. Lleva dieciocho años trabajando y en los cuales se le atribuyen más de cincuenta homicidios. En lo que a mí respecta, espero que sea este el verdadero asesino, de lo contrario las investigaciones tendrían que volver a empezar.

Antes de entrar a la sala, observo al criminal por la ventana. Es un muchacho joven, de entre veintiocho a treinta años, tiene el cabello pintado de blanco, toda su piel está llena de tatuajes, incluso tiene extraños dibujos en su cara. Esta sentado en una postura arrogante, como si estuviera feliz de que lo hubieran descubierto. Empezando por ese detalle, siento que algo no concuerda del todo.

Entro a la sala sin mirarlo. Arrojo la carpeta en la mesa que tiene delante, con la intención de que se desparramen algunas de las perturbadoras fotos que contiene. Me volteo de espaldas a él mientras me quito la chaqueta y miro su reflejo por el vidrio. Sus ojos se abren como platos al mirar las fotos y luego se ríe con maldad.

—Es hermoso —comenta mientras acaricia las fotos.

—¿Te gusta recordar a tus víctimas? —pregunto lo más natural que puedo y luego me volteo a verlo.

—Oh, sí —responde sonriendo—, ¿de qué sirve hacer un estupendo trabajo si luego no puedes recordarlo?

—Supongo que sí. Es una lástima que nadie sabrá quién es el artista detrás de esto ¿no crees? La policía me ha dicho que no revelarán ni tu cara ni tu nombre a nadie. Creen que te matarán antes de llegar al juzgado si alguien se entera que eres el asesino rojo.

Mientras estoy hablando, su cara se demuda en una ira descontrolada, si no estuviera encadenado al escritorio, estoy seguro que saltaría sobre mí para asesinarme.

—¡Mientes! —grita escupiendo saliva—. ¡Mientes! Deben decirles a las familias de mis víctimas que yo fui el culpable de todo.

—Esta es mi favorita —digo mostrándole una de las fotos—, con esta fue que supimos dónde vivías.

Su rostro se tranquiliza cuando vuelvo a hablar de su “trabajo”. Una horrible y arrogante sonrisa se planta en su cara, toma la foto de mis manos y la mira casi con ternura.

—Oh, sí, qué hermoso.

—¿Recuerdas el nombre de ella? ¿Recuerdas cómo se llamaba?

—No, no, no. El nombre no me interesa, jamás les pregunto nada, solo...

—Sólo las matas —completo.

—Exacto —dice y luego echa su cabeza hacia atrás con un suspiro.

Ahora tengo todo lo que necesitaba, aunque para ser sinceros, deseaba que este fuera el verdadero asesino.

Tomo mi chaqueta y salgo con la carpeta en las manos. Afuera está Rebeca y otros dos detectives, me miran expectantes, su mirada casi me suplica que les diga que han atrapado al verdadero asesino rojo.

—¿Y? —pregunta Rebeca cuando cierro la puerta—. ¿Por qué saliste tan rápido?

—Este no es el que buscamos —sentencio y todas sus caras se alargan de decepción.

—¿Cómo que no? —pregunta el primer detective —Sus huellas estaban por todos lados en el último asesinato, tiene que ser él.

Niego con la cabeza, yo también deseaba que fuera él.

—Es un imitador —digo—, el verdadero asesino rojo no pierde el control tan fácil, es muy meticuloso y además, siempre memoriza los nombres, éste dijo que el nombre no le interesaba. Me parece que este tonto sólo busca fama negra.

—Espera, espera —dice Rebeca—. ¿Cómo sabes que el asesino rojo memoriza los nombres de sus víctimas?

—Porque las estudia a fondo antes de matarlas. Tarjetas de crédito, sistemas de seguridad, horarios, trabajo... todo.

—Entonces ¿Qué hacemos con este idiota? —dice el segundo detective.

—Procélenlo por el último asesinato, de eso sí es culpable. En cuanto al asesino rojo, pues, empecemos de nuevo. Seguiré al pendiente. Llámenme si hay algún avance.

—¿A dónde vas? —pregunta Rebeca.

—A casa, las investigaciones son cosa suya, no mía —Rebeca me mira resignada y yo le contesto guiñándole un ojo—. Nos vemos.

—Y si necesitamos consejo durante la investigación —grita Rebeca cuando ya voy cerca de la salida.

—Tienes mi teléfono —contesto sin girarme.

Llevo tres años trabajando con la policía local y algo me dice que Rebeca sabe lo que yo soy, no creo que haya sido casualidad ese último comentario, pero tengo prohibido decírselo a nadie, por más que desee no sentirme solo en esto.

Keren

Luego que Esteban se encerrara en su cuarto me voy hacia la cocina para prepararle algo de desayunar. Pero cuando llego me doy cuenta que ya ha desayunado por su cuenta. Un plato hondo está en el fregadero y la caja de cereal está abierta en la mesa. Mi hijo se vuelve más independiente con cada día que lo dejo solo.

Tomo un trapo y me inclino para limpiar la mancha de leche que dejó en el suelo, no puedo evitar que las lágrimas corran de nuevo por mis mejillas. Me duele tanto ver que mi hijo no me ama, pero no sé qué hacer, si tan sólo pudiera conseguir otro empleo.

En el pasado intenté buscar un oficio distinto, sin embargo, a cada lugar que llegaba con mi solicitud todos me rechazaban. Veían en mí a una mujer de la calle y no a una madre soltera con ganas de salir adelante. Pensé que era una imagen que jamás podría quitarme de encima y dejé de intentar, ¿de qué sirve tratar de convencer a la gente que no eres lo que ellos ven? Todos se guían por las apariencias.

Termino de limpiar y me dirijo a mi habitación. Normalmente desayuno al volver del trabajo pero, esta vez no tengo apetito. Estoy más cansada que con hambre, además, cuando Esteban se encierra en su cuarto no vuelve a salir sino hasta horas después.

Me estresa el mirar la pila de ropa que hay sobre mi cama, ropa que debo planchar. Muevo el montón y lo pongo sobre una silla, ya pensaré en planchar más adelante. Me acuesto y pronto el sueño viene hasta mis párpados y me quedo dormida.

—Mami despierta —escucho una voz a lo lejos, intento responder pero mi voz no sale de mi garganta—, mami, hay una señora en la puerta y te busca.

Dejo escapar un quejido, deseo tanto seguir durmiendo, pero Esteban vuelve a insistir sacudiéndome.

—¡Mami! —grita.

—Ya voy Esteban —digo arrastrando las palabras.

Oigo los pasitos de mi hijo saliendo de la habitación, abro los ojos y lo primero que busco es mi reloj para saber la hora. Apenas son las nueve quince de la mañana, sólo he dormido dos horas.

—Ya viene —dice Esteban a alguien en la salita.

Mi mente comprende las palabras que me dijo Esteban hace unos segundos, que alguien preguntaba por mí y me levanto apresurada. No es muy común que alguien venga a visitarnos, sólo el señor José, que cobra la renta, viene cada fin de mes, siempre con su inseparable perro salchicha. Pero aún falta una semana para que se termine el mes, debe tratarse de alguien más.

Me doy una rápida peinada y salgo a la salita.

Una mujer de mediana edad está platicando con mi hijo. Lleva una elegante gabardina y tiene una carpeta de piel en las manos, eso me pone aún más nerviosa.

—Buenos días —saludo.

Ella levanta la vista hasta mí y me extiende la mano para saludarme.

—Buenos días ¿señora Keren Cordero? —pregunta.

—Sí, soy yo.

—Un gusto, yo soy la licenciada Ruth Ortega, vengo de parte del DIF.

“Oh, no.” Pienso. Esto sin dudas significa problemas. El DIF es la institución que se enfoca básicamente en cuidar los derechos de los niños y de las mujeres, si han venido hoy, es porque alguien les ha dado informes de algún niño o mujer que está en riesgo, lo cual es absurdo en realidad, pero siempre son muy meticulosos una vez que reciben información así y para ellos casi todo se convierte en un problema o riesgo.

—¿Qué se le ofrece? —pregunto con nerviosismo.

—¿Podríamos sentarnos a conversar unos minutos?

Quiero gritarle que no, pero creo que eso empeoraría la situación.

—Claro —contesto señalando el sofá para que tome asiento y ella lo hace.

—Cariño —le dice a Esteban—, ¿podrías dibujar para mí el interior de tu habitación?

Mi hijo toma los lápices de colores y las hojas que la licenciada le ofrece y corre a su cuarto para cumplirle su deseo.

Cuando Esteban desaparece tras la puerta, la licenciada pone un semblante serio.

—Señora Cordero, en el DIF nos preocupamos por que cada niño lleve una vida cómoda y feliz.

—Mi hijo es muy feliz —afirmo.

—Eso me pareció cuando lo vi Señora Cordero, sin embargo, nos preocupa que el niño pase demasiado tiempo a solas. Dígame ¿a qué se dedica usted?

Me olí esa pregunta desde el principio.

—Trabajo como mesera en el “Biko Nahm” —miento.

La licenciada levanta las cejas en señal de reconocimiento, sabe de cuál restaurante hablo. Ignoro si ella ya está enterada a que me dedico, pero prefiero mentirle por si esto no es así.

—Sí lo conozco —dice—. Me agrada ese lugar. Pero... eso significa que el niño pasa gran parte de la noche solo ¿cierto? El “Biko Nahm” cierra sus puertas a las dos de la mañana.

—Sí, cierra a esa hora, pero encargo a Esteban a una amiga —vuelvo a mentir—. Ella lo cuida hasta que yo llego.

—¿Quién es esa amiga?

—Se llama Talita —no puedo creer que acabo de embarrar a Talita en esto, pero sé que me apoyará.

—Bien. Ahora dígame ¿a qué escuela asiste al niño?

Nuevamente considero mentirle pero luego pienso que en el futuro me será más complicado mantener cada mentira, así que mejor le digo la verdad.

—Aún no he encontrado una buena escuela.

Admito que no dije la verdad completa, pues ni siquiera he intentado buscar una.

—Hay una buena escuela cerca de aquí —apunta la licenciada—. Entre “División del Norte” y “Juárez”. Sería bueno que el niño ingresara lo más pronto posible.

—Bueno, no estaba enterada de esa escuela —digo—, pero me da gusto saber. Llevaré a Esteban en cuanto pueda.

Ruth asiente y anota algunas cosas en una hoja y luego la guarda en su carpeta.

—Ahora, me gustaría echar un vistazo a la cocina ¿puedo?

Le muestro el camino hacia la cocina, cuando ambas llegamos hasta ahí es que me doy cuenta de lo sucia que está mi casa. Limpié la mancha de leche del suelo, pero no la de la mesa. Hay zucaritas regadas por todo el piso y el trapeador está mojado en una esquina. Genial, esa es la imagen que necesito proyectar ante una trabajadora del DIF. Me regaño en mi mente por lo descuidada que fui, tener una mala calificación en esta evaluación me puede costar muy caro.

—¿Dónde guarda sus productos de limpieza? —pregunta.

—Justo ahí —señalo con el dedo un gabinete debajo del fregadero.

La licenciada se inclina y abre el gabinete, debe estar horrible ahí adentro, llevo semanas sin limpiarlo, siempre llego muy cansada del trabajo.

Remueve un poco los botes y luego lo vuelve a cerrar.

—Es mejor que los productos de limpieza no estén al alcance de los niños —comenta—, le sugeriría que buscara un nuevo lugar para almacenarlos.

—Por supuesto.

—Muy bien, señora Cordero —dice con un suspiro—. Tengo algo de prisa hoy, me hubiera gustado platicar un momento con Esteban también, pero programaré una nueva cita con usted ¿está de acuerdo?

“Pues no tengo de otra” pienso.

—Claro —contesto estrechando su mano.

Ella comienza a caminar hacia la salida y yo la acompaño.

—Me gustaría que para mi próxima visita Esteban ya esté asistiendo a la escuela —dice mientras se queda en el umbral de la puerta.

Asiento con la cabeza y le sonrío para que sea más creíble mi compromiso.

—Nos veremos la semana que viene entonces —comenta. Yo la despido levantando la mano.

Cuando cierro la puerta a mis espaldas, la preocupación comienza a invadir mi mente. En el fondo sabía que este día llegaría, el DIF siempre ha sido mi miedo más grande, son aquellos que pueden quitarme a mi hijo.

Me asomo al cuarto de Esteban, él sigue ahí, dibujando con sus nuevos lápices de colores. Ya se ha olvidado de plasmar su habitación en las hojas, garabatea cualquier cosa en ellas, sabe que da igual porque la licenciada ya se ha marchado. Lo dejo continuar con sus dibujos y cierro la puerta.

No tengo idea de quién pudo haberme delatado con el DIF, tuvo que ser alguien de mis vecinos porque fuera de este edificio no conozco a nadie más. En realidad no soy muy sociable, dejé de serlo cuando me di cuenta que a nadie le agradaba hablar con una prostituta.

Ezequiel

Voy conduciendo de regreso a mi casa a una velocidad que desesperaría a cualquiera, pero así es como me concentro mejor y en esta ocasión necesito reflexionar muchísimo. Este es el primer caso que me ha representado tantas dificultades y eso me hace preguntarme ¿quién es este sujeto? ¿Por qué no puedo encontrarlo? Antes solo me bastaban unas cuantas miradas al pasado para encontrar al culpable de cualquier crimen, pero no ahora. He mirado en el pasado, presente e incluso en el futuro y nada, es desesperante. Es como si hubiera una barrera en mis visiones y esa barrera me impide ver lo más esencial de cada caso del asesino rojo.

—¡Mueve tu carcacha! —grita un conductor cuando me rebasa, lo ignoro y sigo adelante con la misma velocidad.

Luego de treinta minutos que hice de más en el camino, llego a mi casa. Pienso que sería bueno comprar un perro, así habría alguien que me recibiera con gusto cuando llego. Me río de mi idea, no creo poder ponerle suficiente atención a un perro.

Es de noche, las doce en punto para ser exactos. La idea de regresar al burdel otra vez para hablar con Keren se me ocurrió al recordar lo que me dijo mientras estábamos en la parada de autobuses, no es una idea que me agrada, pero es mejor que ir a su casa y arriesgarme a que piense que soy un acosador.

Giro las llaves del auto una y otra vez en mis manos, no quiero llevar a cabo mi genial idea. Sé que sólo estoy retrasando mi salida porque es seguro que terminaré yendo. Suspiro resignado y salgo poniéndole doble llave a la puerta.

Es curioso, pero cuando no quieres ir a algún lugar, el tránsito incluso te ayuda a llegar más rápido. Podría jurar que en casi todo el camino, sólo me topé con uno o dos semáforos en rojo y aparte de eso, cambiaron demasiado rápido a verde.

Cuando llego, la música es bastante estridente, la pista de baile está llena y todo huele a sudor. Me siento en la barra con la esperanza de que ella aparezca de un momento a otro; eso o que deseo no encontrarla y entonces pueda irme con un buen pretexto. Bah, a quién engaño, Elyon no me pedirá cuentas de esto, soy yo que tengo curiosidad de ver porqué Elyon dice que ella es perfecta para mí.

El camarero se me acerca para ver que voy a pedir. Antes de que llegue hago una señal negativa con la mano y luego le hago entender que más adelante pediré algo.

Ni siquiera en mis años más locos me hubiera imaginado poner un pie en un lugar como este, está claro que desentono aquí. Varios pasan a mi lado y me miran con desprecio, como si fuera una persona bastante desagradable. Ignoro toda la hostilidad que me rodea y me concentro en hacer lo que vine a hacer.

Mi mirada se pasea por todos lados, trato de encontrar a Keren entre la multitud que abarrota el lugar, pero no la veo por ningún lado, aunque veo a una chica que se me hace conocida. Me parece

que es la misma que alejó a Keren de mí ayer en la madrugada. Camino hacia la pista de baile donde está ella bailando con un tipo con cara de perverso. La tomo por el brazo y la llevo fuera de la pista.

—¡Ey! —exclama, aunque luego su actitud se calma—. Hola —dice barriéndome con la mirada—. ¿Te puedo ayudar en algo guapo?

—¿Dónde está Keren? —le pregunto mientras quito su mano de mi pecho.

—¿Quién?

—Keren, tu amiga —le grito para hacerme escuchar por sobre la música.

Ella hace una mueca de descontento.

—¿Es que acaso yo no te soy suficiente? —dice con voz aterciopelada y luego vuelve a poner su mano en mi pecho.

Una vez más aparto su mano y no se la suelto para que no me toque de esa manera otra vez.

—Debo hablar con ella —digo.

Me mira molesta unos segundos y después señala a alguien en el bar. Ahora entiendo por qué no la reconocí, con los tacones que trae se ve mucho más alta y a mi parecer, trae un vestido aún más pequeño que el de ayer.

—Gracias —le grito y voy de inmediato hacia donde Keren.

También se encuentra con un tipo desagradable, un gordo que la mira como bobo, si no me doy prisa quizá desaparezcan muy pronto.

Llego justo cuando ambos se levantan de los bancos, tomo al gordo por la espalda y lo tiro al suelo, ni siquiera me giro para saber cómo cayó, más bien me concentro en mirar a Keren.

—Pero... ¿¡Qué te pasa!?! —me grita ella.

—Debo hablar contigo —le digo tratando de sonar muy serio.

—¡Claro que no! ¡Lárgate! —me ordena. Creo que ya me ha reconocido.

Detrás de mí, siento que el gordo ya se ha levantado, lo más seguro será que intente golpearme. Me agacho para evitar su torpe puñetazo y le doy un codazo, me parece que le rompí la nariz con eso.

—Toma —le digo a Keren y le extiendo un rollo de billetes—, te pago por que me concedas unos minutos.

Keren rueda los ojos y toma los billetes, me sujeta de la mano e intenta llevarme hacia las habitaciones.

—No —la interpelo—, vamos afuera.

Tal vez mi sugerencia no le gustó mucho, pero al menos camina detrás de mí. Es un alivio para mis oídos cuando ya en el exterior la música no es tan ensordecedora.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta impaciente.

Me pongo a pensar en lo que le diré a continuación, la verdad no me creí capaz de llegar hasta este punto.

—Keren, escucha, no soy el tipo de hombre que tú crees que soy.

—¿Viniste hasta acá y me pagaste dos grandes sólo para decirme eso? —cuestiona con incredulidad.

—Sí, bueno no... —tartamudeo—. yo sólo quería, pensé que tal vez... mira es que yo.

—Está bien —me interrumpe—, sé que no viniste por mis servicios, ni tampoco para disculparte por lo de ayer. Ve al grano y dime qué quieres.

—De acuerdo —supongo que lo mejor será sincerarme un poco—, verás, le prometí a un amigo que... que te conocería y que intentaría ser tu amigo.

“Pero que estúpido suena eso” pienso. Keren ha de pensar lo mismo porque me mira como a un completo lunático.

—¿Es enserio? —dice.

“Callejón sin salida” pienso “¿cómo arreglo esto?”

—Ajá —eso es lo único que atino a decir.

Keren suspira, me parece ver una sonrisa en sus labios, pero estoy más seguro de que es una sonrisa burlona.

—Vaya —comenta—. Sí que eres extraño —mira al suelo como pensando si debería irse—, ¿y cuál es tu plan para ser mi amigo?

Ahora sí se me armó la gorda, no tenía absolutamente nada planeado para esto.

—Bueno pues podríamos ir a... —exprimo mi cerebro al máximo para pensar en algún buen lugar al que pueda llevarla.

Ella comienza a reírse.

—No existe tal amigo ¿verdad?

Mi problema es cómo explicarle que tal amigo sí existe sin que termine dándome una bofetada por sonar más lunático que hace rato.

Decido quedarme callado, lo que ella interpreta como una respuesta afirmativa a su pregunta.

—Ya debo irme —dice.

—¡Espera! —la detengo—, al menos toma mi tarjeta. Si algún día necesitas algo, no dudes en llamarme.

Toma la tarjeta y la mira.

—Seguro que sí... “Ezequiel Espadas, psiquiatra” —lee—, claro, cuando necesite un loquero te llamaré.

Se da la vuelta y camina de regreso al burdel. La miro alejarse, yo también debería irme pero este encuentro me dejó tan mal sabor de boca que no puedo dejar que termine así.

—¿Te gustan las flores? —creo que al menos debería conocer algo sobre sus gustos. Cuando grito, ella solo voltea y me sonrío, esta vez de una manera un poco diferente a hace un momento, es una sonrisa más amable.

Supongo que esa fue una pregunta demasiado obvia, por eso no me respondió.

Siento que no resolví ninguna de mis dudas sobre ella, sigo preguntándome qué es lo que Elyon vio en ella que asegura es quien me hará ser mejor persona.

Keren

De no ser por el nuevo traje que se ha comprado Darío, la visita de Ezequiel sería lo más raro que me ha pasado durante la noche. En sí toda su personalidad es extraña y aparte venir a buscarme después de haberme insultado, creo que hay algo detrás de todo eso que no va a decirme tan fácil. A leguas se ve que es un tipo demasiado correcto, de los que van a la iglesia todos los domingos y nunca dicen nada fuera de lugar ¿Qué podría un hombre como él querer algo con una mujer como yo? Este tipo me intriga más con cada día que aparece, aunque no estoy segura de querer saber lo que quiere.

Cuando vuelvo a entrar, el gordo que hace rato intentó comprar ha desaparecido, seguramente ya se ha retirado, avergonzado por la golpiza que le dio Ezequiel. En el fondo me siento agradecida con él por haberme rescatado de ese infeliz, era demasiado grotesco para mi gusto. No intento volver a buscarlo, así estoy mejor.

—¡Amiga! —Talita me llama desde la barra. Me hace una seña con la mano para que vaya a acompañarla y lo hago.

—¿Qué haces sentada bebiendo? —está demasiado borracha como para entender que es un reclamo —Darío te matará si ve que estas descansando.

—Bah, claro que no —su vista no atina a fijarse en mi —fue él quien me invitó un par de tragos, es más, dijo que tú también te lo merecías.

Pienso que obviamente Talita ha estado viendo visiones, Darío jamás le ha invitado un trago a nadie, mucho menos a sus trabajadoras.

—No, no lo creo amiga —le quito el vaso de la mano antes de que le dé el último sorbo —ven, vamos que debemos seguir trabajando, todavía faltan cinco horas para salir.

Talita da torpes golpecitos en mi mano para evitar que aleje su vaso de ella.

—No, no, no ¡Shh! —dice poniéndose un dedo en los labios—, te lo digo en serio. Voltea a verlo para que veas que no va a decir nada. Dijo que era un premio, por haber hecho que el santo regresara.

Miro a Darío, ahí está sentado en su “trono” sobre el balcón, también nos está mirando. Cuando conectamos la mirada él me guiña un ojo y levanta su vaso como diciendo “salud”. Inclino la cabeza como una afirmación. Esto es lo nuevo más raro que me ha pasado entonces, es la primera vez que sé que Darío invita algo a alguien.

—Entonces ¿A cuál santo nos referimos en esta conversación? —pregunto mientras ignoro el vaso con tequila que Talita me ofrece. Sé que lo que dice es verdad, pero no me arriesgaré a aceptar el “regalo” del jefe.

Talita se ríe escandalosamente, enserio está muy borracha.

—Pues el mojigato ese que te andaba buscando —dice y luego le pide al camarero que le vuelva a llenar el vaso—. Dime ¿Qué era lo que quería?

—No lo sé en realidad —suspiro—, es un tipo muy extraño.

No sé qué tanta atención me esté poniendo mi amiga ahora, cuando vuelve a poner el vaso en la barra sus ojos se abren muy grandes, me toma de la mano y me dice en confidencia.

—¿Será que es un policía? —dice y suelta una carcajada.

Se ríe tanto que casi se cae del banco, la tomo de los hombros y alcanzo a sostenerla a tiempo.

—No, no lo creo —digo cuando la he ayudado a acomodarse de nuevo—. No tiene pinta de policía, además, si lo fuera desde ayer ya nos hubieran clausurado.

—¡Camarero! —Talita levanta la mano y truenos los dedos para llamar su atención—. ¡Otra aquí por favor!

Ignoró por completo lo que le dije hace rato, ella está mirando emocionada como el camarero vuelve a llenar su vaso otra vez. Sin ningún problema vuelve a terminarse el contenido, se limpia la boca con el dorso de la mano y luego se inclina de nuevo a mí para hacerme otra confidencia.

—Yo escuché que es muy rico —comenta—, y por eso Darío lo quiere tener aquí, quiere dejarlo seco.

—¿En serio? —la verdad me había imaginado que era rico, no cualquiera puede llevar un reloj de oro en la muñeca ni pagar dos grandes sólo para hablar un minuto con una prostituta.

—Dicen que es tan rico, que ni él sabe a cuánto asciende su fortuna —ahora la risa de Talita comienza a ahogarla—. Disculpa —me dice tapándose la boca con la mano—, creo que debo ir a vomitar.

Sale apresurada hacia los baños, empuja a varias personas en su camino y yo la sigo por si necesita mi ayuda.

La encuentro inclinada sobre el retrete y haciendo arcadas. Me acerco a ella y le recojo el pelo para que no se lo ensucie. Ésa es la razón de por qué no quise aceptar el regalo de Darío, estaría igual que ella justo ahora.

Se desploma en el suelo cuando todo su estómago ha quedado vacío y luego comienza a llorar sin control.

—Soy un desastre de persona —gime—, todo lo que hago me sale mal, soy patética.

—Claro que no —la consuelo y le extiendo un pañuelo para que limpie su boca, ella lo toma y lo pasa por sus labios—. Eres una excelente mujer.

—No seas tonta Keren, mírame. Incluso doy asco aquí sentada. Quería salir adelante, quería conseguir otro empleo, pero nadie me contrató. Estaré encerrada en esta pocilga para siempre, todos me tratarán como a deshecho humano.

Tomo su cara entre mis manos para que me mire con atención y lo que a continuación le diga sea mucho más convincente.

—No, escúchame bien, eres una mujer muy valiosa. Si nadie quiso contratarte entonces ellos se lo pierden. Tu valor no depende de lo que otros piensen de ti ¿entiendes?

Ella asiente con la cabeza, aunque no muy convencida de lo que acabo de decirle.

—Quisiera ser como tú —dice sorbiendo la nariz—, quisiera tener un Ezequiel.

—¿A qué te refieres?

—No seas tonta —me dice sacudiendo mi brazo—, él es tu salida de este lugar. Él ha venido por ti, no desperdicies esta oportunidad.

Yo le sonrío con la certeza de que lo que me dice no es verdad.

—Dudo mucho que él se interese en mí —afirmo.

Talita no escuchó lo último que le dije, se durmió recargada en la puerta del baño. La levanto por los hombros y me la llevo a una habitación. No creo que esté en condiciones de trabajar. Le diré a Darío que ella está con un cliente cuando note su ausencia, así al menos la dejaré dormir un poco sin que él la asesine por eso.

El resto de la noche transcurrió más tranquila de lo habitual, los clientes comenzaron a

marcharse a eso de las tres de la mañana cuando normalmente el establecimiento queda vacío a las cinco y media o algo así. Pero gracias a eso pudimos terminar de limpiar quince minutos antes de nuestra hora de salida. Talita despertó de su borrachera a las dos de la mañana, claro que yo ayudé arrojándole un vaso de agua en la cara. Tampoco podía dejar que su ausencia fuera tan descarada. Tal como me imaginaba, ella no recuerda nada sobre nuestra conversación de hace unas horas, pero tampoco vuelvo a tocar los mismos temas, más bien creo que debo mencionarle otras cosas un poco más importantes.

—Ayer fue a visitarme una trabajadora del DIF —comento.

Mi amiga se detiene para mirarme con más atención, al menos tanta como su cruda le permite hacerlo.

—Oh, no —exclama—. ¿Y qué te dijo?

—En realidad solo fue a hacerme una visita, que más bien parecía una evaluación. Dijo que para la siguiente cita Esteban ya debería estar en una escuela.

—¿Ves? Te lo dije —me regaña, y luego toma un largo sorbo de agua.

—Lo sé —suspiro—. También le dije que tú lo cuidabas en las noches, mientras yo trabajaba de mesera en el *Biko Nahm*.

—Eres una mentirosa empedernida —reprocha.

—Lamento haberte enredado en esto amiga, pero no se me ocurrió otra cosa más que decir.

—Está bien, por mí no hay problema. Pienso en lo complicado que te será mantener esas mentiras.

Creo lo mismo que ella, pero al menos voy a intentar sacarlas adelante para que sean más verdad.

—Bueno no tanto —apunto—. Iré a visitar una escuela hoy, para ver si aún pueden aceptar a Esteban.

—¿En serio? —dice incrédula.

—Sí, no voy a dejar que me quiten a mi hijo.

—Bien por ti amiga —sus palabras siempre me animan, por eso la considero mi mejor amiga.

Al terminar de vestirnos, salimos juntas hacia la parada de autobuses, ella toma la ruta dieciséis y yo la cincuenta y cuatro. Pasaré a mi casa para bañarme y ponerme algo más serio para ir a la escuela.

Me gusta sentarme del lado de la ventana en el autobús, los colores del amanecer son siempre muy hermosos, creo que es lo único que me relaja en este mundo.

De nuevo el autobús hace cuarenta y cinco minutos de camino a mi casa, recorro a pie las tres cuadras que me separan de la parada. Me gustaría que al llegar Esteban ya este despierto, quiero darle la noticia de que le buscaré una escuela, estoy segura que se alegrará.

Al llegar veo que en realidad me he esforzado en cuanto a limpieza se refiere, mi casa está mucho mejor que ayer, he cambiado los productos de limpieza a un gabinete más alto, como la licenciada me dijo, barrí, sacudí e incluso planché la enorme pila de ropa que tenía.

Me asomo al cuarto de mi hijo, creo que mi deseo de que estuviera despierto no se ha cumplido, aún sigue profundamente dormido. Lo dejo seguir descansando y yo me voy directo a la regadera.

Me di una ducha rápida, no quería llegar tarde a la escuela, aunque escoger mi atuendo para una ocasión así está representando más complicaciones de las que había pensado. Al final me decidí por una polera blanca y unos leggins negros.

Creí que cuando terminara de cambiarme, Esteban ya se habría despertado, pero no, aún sigue

dormido.

Salgo despacio, para no hacer ruido y despertarlo. Aún recuerdo la dirección de la escuela que me dio la licenciada y me encamino hacia allá. No hay que tomar muchas rutas, en realidad creo que sólo son dos autobuses los que debo abordar para llegar.

No tardé más de treinta minutos en llegar hasta la escuela. Fue fácil encontrarla gracias a su enorme fachada que pone *Escuela Amado Nervo*, le pregunto al portero si es posible hablar con el director y de inmediato me responde que sí, él mismo me conduce hasta su oficina. Veo que la oficina está adornada con banderas por todos lados, imagino que algunas son obras de arte de los pequeños, de algún concurso o algo así.

—Buenos días —saluda el director—. Por favor pase señora...

—Keren —respondo.

—Un placer —dice dándome la mano—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, tengo un pequeño de cinco años y quisiera que comenzara a estudiar.

—Entiendo —dice—. ¿Cuándo quería usted que comenzara a estudiar?

—Lo más pronto que se pueda —respondo con ansiedad.

El director acaricia su barba, pensativo.

—Verá, señora Keren, por ahora no podemos aceptar nuevos estudiantes, hace cinco meses que iniciamos el año escolar, le costaría mucho trabajo al niño adaptarse al ritmo de los otros estudiantes.

—Pero de verdad necesito que él ingrese a la escuela —suplico—. Me comprometo a ayudarlo para que se ponga al corriente.

—El problema es que a los niños con madres que trabajan mucho, les cuesta poner atención en sus clases.

—¿A qué se refiere? —lo miro fijo a sus ojos para que sepa que debe tener cuidado con lo que dirá a continuación.

—Por la pulsera que trae en su mano, puedo decir que usted trabaja de noche.

Bajo la vista hasta la pulsera que aún cuelga de mi muñeca, es la pulsera que Darío nos obliga a usar para que los clientes sepan que estamos de servicio. La oculto estirando la manga de mi polera pero ya es tarde.

—¿Dice entonces que mi hijo no puede estudiar aquí porque soy una prostituta? —le digo fulminándolo con la mirada.

El rubor comienza a subir por sus mejillas y levanta las manos en un intento de corregir lo que acaba de decir.

—No, no, no —dice y niega con las manos y la cabeza—. Digo que puede volver cuando el nuevo año escolar dé inicio.

Estoy segura que eso no es lo que quiso decir, aún si volviera en el nuevo año escolar él inventaría una nueva excusa para no dejar que mi hijo estudie en su pulcra escuela.

—Usted es un idiota —le recalco. Tomo mi bolsa y salgo de ahí.

Me habían rechazado ya muchas veces en el pasado por mi estilo de vida, pero esta es la primera vez que rechazan a mi hijo por culpa mía. Me siento fatal por lo que acaba de pasar, las lágrimas corren por mis mejillas y me disculpo una y otra vez en mi mente con mi hijo.

Ezequiel

—Ezequiel —la voz de Rebeca me sacó de mis pensamientos.

—¿Eh? —levanto la vista del montón de fotos que tengo delante de mí en el escritorio.

—Voy a irme a mi casa a descansar, volveré en unas horas.

—Oh, genial —exclamo—. ¿Qué hora es?

Mira su reloj de pulsera.

—Son las dos y cuarto a.m. —contesta—. ¿Seguirás aquí otro rato?

Suspiro y me froto los ojos con el dorso de la mano.

—Creo que sí, aún tengo muchas cosas que hacer.

—Llevas mirando esas mismas fotos la última semana —recalca—. ¿Qué piensas encontrar ahí?

—No sé exactamente, algo que se me haya pasado, algo que ha estado ante mis ojos y que no he visto.

Rebeca da un paso adentro de mi oficina y cierra la puerta detrás de sí. Se sienta en la silla que hay a un lado de la mía.

—Sabes, creo que deberías ir con nosotros en el siguiente caso del asesino rojo.

—¿Tienes planeado que el asesino rojo ataque de nuevo antes de atraparlo?

—Tú y yo sabemos que no estamos ni cerca de atraparlo.

Agacho la cabeza resignado, lo que ella dice es verdad, no tenemos ni idea de quién pueda ser, mucho menos estar cerca de su pista.

—Tal vez si estás en el mismo lugar que él estuvo —sugiere —puedas ver mejor.

Levanto la mirada hacia ella, ¿será que lo que acaba de decirme trae un mensaje detrás? No estoy seguro, pero tampoco le confirmaré sus sospechas.

—Yo soy psiquiatra —contesto con una sonrisa—, no un Detective. Eso lo dejo para ustedes.

—Sé que es buena idea, y nos ayudará a todos —se levanta de la silla y camina hacia la puerta —, sólo piénsalo —me pide antes de irse.

Me sumo en la soledad de mi oficina, todo está en silencio, excepto por el constante *tic tac* del reloj de afuera. Me agrada este silencio, mis visiones mejoran cuando todo está en calma. Tomo la foto del centro del escritorio. Desde mi perspectiva, ésta foto es la que debería darme más pistas. Se trata del primer homicidio registrado del asesino rojo, y, por lo tanto, donde debió cometer más errores.

Al mirar la foto con detenimiento, esta comienza a absorberme; para mí la oficina en la que previamente estaba, se desvanece y ahora puedo ver la escena del crimen en tercera dimensión. No me he transportado hasta ahí, simplemente en mi visión me veo como si estuviera ahí. En realidad mi cuerpo sigue en la oficina, mi mente es la que se ido hasta este lugar.

Ya casi he memorizado esta escena, el cuerpo de una jovencita de apenas diecisiete años está tirado en medio de un bosque, cubierta de hojarasca y pintura roja en sus ojos. No pongo tanta atención en el cadáver, la policía ya recolectó toda la información que podía proporcionar. Muevo mi mano de izquierda a derecha para retroceder el tiempo, justo hasta el momento en el que el

asesino llega a deshacerse del cuerpo.

Puedo ver a un hombre con una larga gabardina negra llegar hasta el bosque. Arrastra un hule azul donde ha envuelto el cuerpo de su víctima. La deposita con cuidado y la acomoda con delicadeza. Pienso en lo ridículo y enfermizo que es el hecho de que tarde tanto en acomodar el cadáver.

Cruza los brazos de ella por el pecho y pone sus piernas rectas. No debe haber pasado mucho tiempo de su muerte porque el cadáver aún no está rígido. Después saca un bote de pintura roja de su gabardina y con su dedo empapa los ojos de la joven. Ésa es su marca personal, a todas sus víctimas les pinta los ojos de rojo, de ahí viene su sobrenombre. Unas gotas de pintura corren por la cara de la muchacha, asemejando lágrimas de sangre.

Una vez que el homicida ha terminado su repugnante proceso, se gira a verme. Eso me inquieta y me pone los pelos de punta, no se supone que deba saber de mi presencia. En mis visiones yo no estoy presente físicamente, es imposible que alguien pueda verme.

Aunque ahora estoy frente al homicida no puedo identificarlo. Su rostro no es más que una mancha borrosa, una ilusión, no puedo saber quién es. Se encamina hacia mí unos pasos y luego se retira, o más bien, solo desaparece. Esto es lo que me frustra, en mis visiones de estos homicidios todo es bastante confuso. Él llega y se va y nunca sé a dónde, jamás he podido ver su cara, sólo veo un borrón y además de todo, nunca puedo escuchar ningún sonido. Muevo mi mano derecha en círculos para terminar con la visión.

Cuando mi mente ha regresado de nuevo a la oficina me siento más frustrado que nunca. Me duele la cabeza por tantas preguntas que están dándome vueltas justo ahora. Quizá Rebeca tiene razón, tal vez lo mejor sea que los acompañe a la siguiente escena del crimen.

Me levanto y tomo mi chaqueta, es hora de irme a casa, por lo que pude comprobar, no sacaré nada nuevo de esas fotos.

Conducir siempre me ha ayudado a despejar mi mente, es casi como un pasatiempo. Si pudiera conseguir más tiempo libre para mí, creo que lo utilizaría en subir la sierra con el viejo jeep que mi madre me regaló. Me encanta esa combinación de autos y naturaleza, quizá cuando encuentre al asesino rojo pueda darme ese gusto.

Al llegar a mi casa tomo unas aspirinas para el dolor de cabeza, ya no me duele tanto como hace un rato pero creo que si no hago algo para que desaparezca, entonces no podré dormir a gusto.

A la mañana siguiente el dolor de cabeza se ha ido, pero tengo un mal sabor de boca, es esa sensación de haber tenido una pesadilla y no recordarla al despertar, me ha pasado muy seguido en las últimas semanas, no sé si debería preocuparme por eso.

—Buenos días, señor Espadas —me saluda Martha la cocinera.

—Hola, Martha ¿Qué tal?

—En seguida estará listo su desayuno señor —me informa—. Hoy se levantó mucho más temprano.

—Sí, tuve una mala noche, pero no te preocupes Martha, desayunaré a la misma hora de siempre. Todavía no tengo hambre.

—¿Desea que le sirva un café mientras espera?

—Sí, me parece bien.

Martha es una excelente cocinera y me da gusto haberla contratado. Desde que me mudé a esta casa decidí que tendría poca servidumbre. La verdad es que me gusta hacer muchas cosas por mí mismo. Lo único que no se me ha dado bien nunca, es la cocina, es por eso que contraté a Martha y

su esposo Simón. Ellos son los únicos que me ayudan a mantener bien esta casa.

Escucho como Martha se pone a trabajar con afán en la cocina. En todo momento y aunque le diga que no necesita presionarse, ella siempre ha de estar preocupada porque todo esté bien. Desde hace meses que dejé de reprimirla, hay personas que son felices trabando en todo momento.

Me voy hacia la sala, donde tengo mi portátil y mientras espero, busco algún lugar que se vea interesante para ir de excursión, la idea de sacar mi jeep de nuevo se me quedó grabada en la mente desde anoche.

Me emociono con cada lugar que veo, todos se ven extremos, aptos para una aventura ya sea en moto o en jeep. Me pregunto quién estará tan loco como yo para acompañarme a uno de estos lugares. Se me viene a la mente Rebeca, ella de seguro querrá acompañarme, además está el asunto de que me debe mis vacaciones, más un bono extra por habérmelas cancelado, también pienso en Pablo, el médico forense. Hace algunos meses me jugó una cruel broma que aún no le cobro. En definitiva, esos dos deberán acompañarme, y hablando de Rebeca, una llamada suya entra en mi celular, me alegra, porque así podré adelantarle mis planes.

—¿Diga?

—Soy yo —responde Rebeca.

—¡Hola! —saludo—. Justo estaba pensando en ti.

—¿Qué has pensado sobre lo que te dije en la noche? —ignoró por completo lo que le acabo de decir.

Suspiro, todavía recuerdo esa invitación que me hizo.

—Creo que estoy de acuerdo —contesto—. Iré con ustedes.

—Muy bien, entonces te espero en la oficina en diez minutos.

Sólo espero que no haya dicho eso por las razones que me imagino.

—Aguarda —la detengo—, ¿qué quieres decir?

—Que hay un nuevo caso —anuncia.

Mi estómago se encoje cuando la escucho decir eso, no creí que sucediera tan rápido. Pero no tengo opción, los planes de la excursión deberán aplazarse hasta nuevo aviso.

—De acuerdo —contesto—, iré en seguida.

Subo a mi habitación para ponerme una camisa y unos zapatos.

—Pero ¿a dónde va con tanta prisa señor? —pregunta la cocinera cuando me ve que estoy cerca de la puerta.

—Es una emergencia del trabajo Tita, volveré más al rato.

—Pero ni siquiera desayunó.

—Lo sé, consiénteme cuando vuelva —le grito desde el coche. Tita es como una segunda madre para mí, siempre se preocupa por que coma bien, me vista bien y duerma bien.

Cuando llego, Rebeca está afuera esperándome, ni siquiera me dejó apagar el motor del auto, en lugar de eso se sube al asiento del copiloto.

—Toma la 506 —indica—, no quiero llegar tarde.

—Una vez en carretera ¿dónde debo detenerme? —pregunto antes de ponerme en marcha.

—En la gasolinera abandonada, sabes dónde es ¿no?

—Claro —contesto y me dirijo hacia donde me indicó—. ¿No te parece que está aumentando la frecuencia de sus ataques?

—Sí —suspira—, así es. Pareciera como si tuviera alguna urgencia, como si sintiera que estamos cerca y debe matar a tantos como pueda antes que demos con él.

—Pero estoy seguro que sabe que andamos muy lejos de su pista ¿Por qué se apresuraría?

—No lo sé —se nota el cansancio en su voz, me parece que no durmió bien—. Este tipo está dándome jaqueca.

—¿Cómo dormiste anoche? —creo que cambiar el tema de conversación la ayudará a relajarse un poco.

—Mal, muy mal —cometa—. El diazepam ya no me está haciendo efecto. Despierto cada dos horas todas las noches.

Es del conocimiento de muy pocos que Rebeca debe tomar medicamentos controlados, de hecho, creo que soy el único que lo sabe.

—¿Sabes? Esa no es una muy buena noticia —señalo—. Creo que deberíamos iniciar el proceso para que dejes el diazepam. Tu cuerpo debe acostumbrarse a dormir por su cuenta otra vez.

Rebeca se frota la cara, sé que lo que le acabo de proponer no es nada fácil, pero en mi opinión profesional, si no lo hacemos así, será mucho peor en el futuro.

—Sí, tal vez —admite—. Pero no ahora, necesitamos concentrarnos en esto primero.

La gasolinera no estaba muy lejos y con la alarma policíaca que Rebeca puso en mi auto, llegamos en diez minutos.

La PID ya está retirándose, creo que llegamos a buen tiempo. Al bajarme del auto, Rebeca me proporciona un chaleco antibalas, sólo por precaución y también por obedecer las normas de la policía.

El cuerpo fue hallado por un vagabundo en el baño. He visto muchos cadáveres hasta este punto de mi carrera en la policía, pero incluso antes de entrar a la escena del crimen comienzo a sentir escalofríos.

Igual que en todos los casos anteriores, el cuerpo está acostado boca arriba, con las manos cruzadas por el pecho, y claro, hay pintura roja en sus ojos. Esta vez se trata de un hombre de unos treinta a treinta y dos años. Lleva muerto cerca de seis horas según Pablo, el médico forense.

Todos se retiran y nos dejan a Rebeca y a mí solos.

Becky da vueltas alrededor del cadáver, observándolo, yo me limito a quedarme en la puerta. Veo más bien el resto del baño, por si dejó algo fuera de lugar.

—Limpio, igual que siempre —susurra Rebeca.

Estoy casi de acuerdo con ella, iba a decirle que todo sería inútil, cuando mi vista se encontró con algo que no coincidía con el resto del baño maloliente y descuidado. Un papel perfectamente doblado y blanco estaba sobre la ventana.

—Mira eso —le dije mientras señalaba con mi dedo.

Me acerqué con cuidado de no estropear la escena del crimen, Rebeca me pasó un guante de curación para que tomara el papel.

—¿Qué es? —me pregunta una vez que tengo el papel en la mano.

—¿Tienes otro de esos? —le pregunto refiriéndome al guante.

Ella saca otro y me lo pone en la mano para que yo no tenga que soltar el papel. Lo abro con cuidado y el interior revela una corta frase armada con letras de periódico. “*Sólo dos más*” reza la frase.

—¿Qué significa? —me pregunta Rebeca.

Estoy pensando qué responderle cuando una visión me asalta. Pero es una visión fuera de lo normal.

Estoy en el mismo baño, sólo que es de noche y está vacío. De pronto, una pesada niebla comienza a inundar todo a mi alrededor, es una niebla tan pesada que casi puedo tocarla. Palpo

con mis manos tratando de encontrar la salida, pero nunca doy con ella, sin embargo, de un segundo a otro, la niebla se disipa y entonces puedo ver el cadáver justo como lo encontraron en la escena del crimen. Me volteo a todos lados para tratar de ver al asesino, pero él ya no está. Después de eso, regreso a la normalidad.

—Cheque, ¿estás bien? —me pregunta Rebeca preocupada.

La verdad es que no, estoy muy agitado. Nunca, desde que fui elegido vidente, me había asaltado una visión de esta manera y menos, cuando hay personas cerca.

—Sí, sí —le digo, mientras intento bajar mi ritmo cardíaco—, estoy bien, solo... necesito salir de aquí.

Rebeca me quita el papel de las manos y lo guarda en una bolsa de evidencia, luego me conduce afuera del baño.

—¿Qué te pasó Cheque? —pregunta Pablo en tono burlón cuando me ve salir del baño—. ¿Otra broma con cadáveres?

—Sí, eso creo —respondo para sonar un poco más divertido.

En el camino a mi auto, Rebeca le entrega la bolsa con el papel a un detective y luego, cuando ya estamos lejos de todos los oídos me pregunta:

—¿Qué viste?

Ignoro su pregunta y me meto en el auto, me pongo el cinturón de seguridad y enciendo el auto.

—Tienes que decirme que viste —me pide.

—Rebeca... por favor —le suplico—. Si de verdad tienes una idea de quién soy, no volverás a pedirme eso.

Rebeca sujeta mi mano con fuerza para evitar que arranque el auto.

—¿Por qué no?

—Sí te hace sentir mejor —respondo—, nada, no vi nada y eso es lo que me preocupa ¿de acuerdo?

Ella suelta mi mano y me mira más preocupada que antes.

—¿Vienes? —le digo por si quiere que la lleve a la oficina o a su casa.

—No, gracias —me dice—. Debo quedarme un poco más.

—Bien. —Pongo en marcha el auto y me alejo de ese lugar. Necesito hablar con Elyon de inmediato, lo que hoy sucedió no debe repetirse.

Keren

Por primera vez en mi vida, no quiero que el turno termine tan pronto. Hoy se cumple la semana que me dio de margen la licenciada para que Esteban ya esté inscrito en alguna escuela; aunque lo intenté en otras tres, todas me dieron la misma respuesta: no, y el pretexto: las clases llevan meses de iniciadas. En los últimos días he considerado diversas posibilidades, la más recurrente es irme de la ciudad con mi hijo, es una locura pero estoy dispuesta a hacer lo que sea con tal de que Esteban esté conmigo. El único problema con esa opción es cómo encontraré trabajo en donde sea que vaya, si no lo encontré aquí, mucho menos en otro lado.

Observo el reloj, tan sólo media hora para salir. Ahora Talita y yo hacemos la limpieza para que nuestros turnos por fin concluyan.

—¿Ya viste? —pregunta mientras sostiene el periódico del día de ayer.

—¿Qué cosa? —me incorporo para ver lo que quiere mostrarme.

—Hubo otro asesinato antenoche, al parecer fue obra del asesino rojo.

La paz de la ciudad se ha visto perturbada en los últimos años por esta serie de asesinatos. Han sido eventos terribles, algo que nunca se había visto antes. La verdad, también me siento insegura cada vez que vengo al trabajo, mujeres solas en la noche son presa fácil para cualquier asesino.

Me acerco a Talita para ver con mis propios ojos la noticia en el periódico.

—Mira eso —señala Talita una fotografía donde se alcanza a ver un cuerpo semi-cubierto con un plástico azul—. Dice aquí que la víctima era Israel Zamora, un profesor de secundaria. ¡Por Dios! Ya nadie puede estar seguro.

—El crimen en esta ciudad es terrible —comento.

—¡Mira eso! —Talita se exalta y señala con intensidad otra foto del reportaje—. ¿No es Ezequiel?

Le arrebato el periódico y observo con detenimiento la foto que me señaló hace rato. En definitiva se trata de Ezequiel. En la imagen se ve que tiene puesto un chaleco antibalas y está cerca de una detective, pero en la descripción no se lee nada sobre él.

—¿Es policía? —pregunta Talita.

—Pues, no lo creo. La tarjeta que me dio decía que era psiquiatra.

—Pues yo lo veo muy policial en esa foto —dice mi amiga y se asoma sobre mi hombro para ver mejor.

—No pero, mira. No trae arma ni placa.

—Entonces ¿Qué hace ahí?

—Quizá trabaje con ellos como psiquiatra —sugiero—, todos los departamentos necesitan uno, según sé.

—Tal vez tengas razón. Si de verdad fuera policía ya habrían clausurado este basurero.

—Buen punto —señalo.

La foto de él me hipnotiza, si no fuera tan cretino, sería el hombre más sexi que haya visto en toda mi vida.

—Ey —mi amiga me sacude para que deje de ver la foto—. Reacciona, se te está cayendo la

baba —bromea.

—Oh, cállate y limpia —le ordeno—, ya nos falta poco.

Talita se ríe y exprime el trapeador. En realidad ya hemos acabado, sólo debemos guardar las cosas de limpieza en su lugar. Suspiro al recordar lo que me espera en unos momentos. Mi amiga me conoce de hace muchos años, sabe que ese suspiro significó algo más.

—¿Qué sucede? —pregunta —Pareciera como si no quisieras irte a casa.

—Claro que quiero —aseguro—. Bueno, quizá no tanto. Hoy se cumple la semana que me dio la licenciada.

—Oh, no —exclama—. ¿Has tenido suerte con las escuelas?

—Por supuesto que no —digo con amargura—. Nadie quiere al hijo de una perdida.

Mi amiga siempre tiene palabras de aliento para mí en momentos como este, pero creo que al igual que yo, ya se ha dado cuenta que no tenemos ninguna oportunidad de sobresalir en esta sociedad.

—Todo saldrá bien —dice sin mucha convicción.

—Mejor salgamos de aquí de una vez —sugiero para cambiar de tema.

Nos vamos hacia los vestidores y en minutos ya estamos fuera, cada quién espera su ruta que la llevará a casa. Pasa primero el autobús de Talita y ella me despide de beso antes de subirse.

El camino que hago hasta mi casa me ayuda a tranquilizar mi mente, eso es algo que necesito, si la licenciada me ve nerviosa desde el principio pensará que algo no anda bien.

Parezco una escolar preocupada por un examen al llegar al complejo de apartamentos, miro hacia el piso y repito en mi mente todo lo que puede salir mal de este “examen”. Al meter la llave en la puerta me detengo, escucho voces dentro de mi casa, no son las típicas voces de las caricaturas de Esteban, parece más bien que mi hijo habla con alguien más.

Abro apresurada la puerta, dispuesta a saltar encima de aquel que se atrevió a invadir mi casa. Mi entrada hace un gran escándalo y tanto mi hijo como la otra persona levantan la vista azorados.

Por un lado me tranquilizo cuando veo que quién está dentro de mi casa no es otra que la licenciada Ortega, pero por otro, me siento muy tonta e indefensa bajo su mirada acusadora.

—Cariño ¿puedes dejar a tu mami hablar a solas conmigo? —le dice a Esteban. Mi hijo se levanta y toma su dinosaurio de juguete para ir a su habitación—. Buenos días señora Cordero —me saluda.

Trato de recomponerme de la sorpresa que fue para mí hallarla tan temprano en mi casa.

—Buenos días —saludo—. ¿Qué hace tan temprano aquí?

—Siéntese, por favor y hablemos —me siento extraña que otra persona me invite a sentarme en mi propia casa, pero lo hago—. Vine temprano porque quería comprobar algo que me temía.

Me quedo callada, en mi cabeza esas palabras ya crearon una historia y con un fin desagradable, me pongo en guardia para soportar todo lo que me diga.

—¿De dónde viene señora Cordero? —continúa la licenciada.

—Fui a comprar leche —miento.

—¿Y la leche?

—No había —que pésima mentira, lo sé. Desde un inicio quise gritarle que no era lo que ella pensaba, que merezco otra oportunidad como cualquier otra persona.

—Señora Cordero, ambas sabemos que eso no es verdad. He hablado con Esteban y me ha dicho que usted sale a trabajar todas las noches y que regresa en la mañana. Además, sus vecinos corroboraron esa declaración y no necesito decirle a qué lugar va a trabajar usted.

—Licenciada —digo lo más serio que puedo—, a pesar de que eso es verdad, soy una persona

diferente a la que usted y todos los demás creen. No pueden entrometerse en mi vida tan sólo porque me ha ido mal, yo esperaría de una institución como la suya un poco de ayuda y comprensión.

—No tiene que convencerme a mí —recalca—, yo le daría una segunda oportunidad con toda seguridad. Pero no depende de mí. Al DIF le interesa mucho más la seguridad del niño que la del adulto, él es una persona más vulnerable, y con un asesino suelto en la ciudad, no podemos permitir que pase la mayoría de la noche solo.

Comienzo a sentir cómo se llevan a mi hijo poco a poco, no quiero que lo hagan. Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos contra mi voluntad.

—Lo intenté, lo intenté muchísimo, pero nadie quiere darme trabajo. Rechazaron a mi hijo de cuatro escuelas sólo por mi estilo de vida. No es justo que me lo quieran quitar sólo porque esta sociedad está plagada de gente egoísta y prejuiciosa. La gente como yo no puede salir adelante en un mundo así.

—Entiendo su conflicto, en serio que sí, pero... no hay nada que yo pueda hacer. Sólo me queda asegurarle que el niño estará bien, incluso le permitiremos visitarlo.

—¡No quiero solo visitarlo! —explota—. Quiero que esté conmigo porque soy su madre.

—Cálmese Señora Cordero. Gritar no la ayudará. Créame que he estado intentando encontrarle una solución a su caso, pero no es nada fácil. Si coopera conmigo esta vez, podremos encontrar una solución en el futuro.

—¿Y eso cuánto tiempo llevaría?

Es obvio que pondrán a Esteban en un orfanato, y por lo tanto, en adopción. Si se tarda aunque sea un día, alguien podría llevárselo muy lejos de mí.

—No lo sé —admite—, no podría decirle, pero sí puedo decirle que es lo mejor para todos.

—No, se equivoca, lo mejor para todos es que dejen a mi hijo conmigo, y yo me las arreglaré en el futuro para sacarnos adelante, así funciona este mundo y así ha sido siempre, en especial para mí.

—Lo lamento mucho, en serio que sí. No puedo dejar a Esteban en este lugar.

Ambas guardamos silencio, yo busco nuevos argumentos para convencerla de que deje a mi hijo conmigo, ella sólo me ve con compasión. Pero no necesito miradas compasivas ahora, necesito saber que no destruirán a mi familia.

—Lo que puedo hacer —continúa la licenciada—, es darle un día para que se despidiera.

Se levanta del sofá y recoge sus cosas.

—Vendré mañana temprano por Esteban —anuncia y me pone una mano en el hombro para consolarme, como si con eso pudiera dejarme feliz.

Camina hacia la salida sola, yo no pienso acompañarla, además, estoy muy devastada por lo que me acaba de decir.

Oigo la puerta cerrarse y entonces tomo la decisión más radical de mi vida. Huiré con Esteban a otro estado, donde no puedan molestarnos.

Me encamino a mi cuarto y comienzo a vaciar todas las prendas que puedo en una maleta. Empaco todo lo que me parece más esencial, en el transcurso de nuestra nueva vida conseguiremos lo que dejemos atrás.

—Mami —la vocecita tierna de mi niño me llama desde la puerta, me parece que está asustado por todo lo que acaba de pasar. Él no entiende mucho, pero siente lo que yo.

Me arrodillo en el suelo y abro los brazos para invitarlo a que se acerque, él camina hasta mí con su dinosaurio, yo lo abrazo fuerte y trato de no llorar, no quiero asustarlo aún más. Pero las

lágrimas siguen saliendo de mis ojos sin control.

—Todo estará bien corazón —le aseguro, él asiente con la cabeza—. Ve a jugar —le pido—, enseguida te acompaño.

Él sale de mi cuarto y se va a ver la televisión mientras yo continúo con mi labor. Guardaba mis pantalones cuando la tarjeta de Ezequiel cayó de uno de ellos. La levanté del suelo y la observé, una nueva idea menos radical nació en mi cabeza. Él me había dicho que cualquier cosa que necesitara podría llamarlo, y esta vez necesito un favor muy grande y que sólo alguien que trabaja en la policía puede hacerme.

Decido intentarlo, de todos modos, si no funciona podré seguir con el plan anterior.

—Hijo acompáñame a un mandado ¿sí? —le digo a mi niño. Él se levanta y apaga el televisor, ese es un sí.

Ezequiel

No pude conciliar el sueño en toda la noche, el evento de ayer en la mañana me hizo tener constantes pesadillas. En todas ellas el asesino era un espantoso ser que, o bien me dejaba ciego, o me torturaba hasta la muerte.

Mucho antes del amanecer ya me había rendido y no intenté volver a dormirme. En cambio salí a correr por mi extenso jardín. Eso me ayudó para relajarme y olvidar todos esos horribles sueños. No obstante, aún sigo un poco intrigado por la decisión de Elyon de hablar conmigo en el transcurso de esta mañana, él siempre me había atendido en el momento en el que se lo pedía, pero no esta vez. Pienso que se debe a que el asunto de la visión sorpresa no es tan importante como yo lo veo, espero que sea eso.

Me encanta la sensación de cansancio después de hacer ejercicio, en realidad no soy de los que se ejercitan todos los días, pero cuando lo hago, la satisfacción es de verdad agradable.

Me tiro en el pasto para descansar, está frío, pero mi cuerpo ha sudado tanto que es reconfortante sentir algo fresco en la espalda, solo espero no enfermarme, detesto cuando eso pasa.

El cielo aún está oscuro, pero a diferencia de otras noches, puedo ver algunas estrellas. Es un hermoso espectáculo el mirar las constelaciones. En una ocasión tuve la oportunidad visitar el centro meteorológico del estado. Tenían un telescopio que era cinco veces mi tamaño, con él pude observar algunos planetas y estrellas. Ese día decidí que sería astronauta, ahora me río de ese pensamiento. La vida de vidente es complicada en extremo, pero no la cambiaría por nada, ni siquiera por una ida a la luna. En mis visiones si quiero puedo ir, y es tan real como yo mismo.

Me meto a la casa y voy directo a darme una ducha rápida.

El día de hoy llegué temprano a la oficina. Estaban ahí varios agentes y detectives que ya terminaban su turno. Saludé a todos los que me topé y luego me encerré en mi oficina, prefería estar solo cuando Elyon quisiera hablarme. Sin embargo, llegada la hora de entrada de Rebeca, fue directo a donde yo estaba.

—Buenos días —me saluda—. ¿Cómo fue tu noche?

—Hola, Becky. Me fue regular, no pude dormir bien —contesto.

—Me imagino, ayer te fuiste muy apresurado de la escena del crimen.

Empiezo a oler que Rebeca me preguntará de nuevo por lo que vi, o no vi. Me quedo callado, espero que así entienda que no debo hablar de ello y que en realidad fue mucho lo que le dije ayer.

—Zequi, perdóname por ser tan preguntona —se acerca más a mí y se sienta a mi lado—, sé que soy inoportuna a cada momento, pero... primero que nada, debes saber que todo lo que veas es información valiosa, y segundo, sé exactamente quién eres y la carga tan pesada que llevas encima.

—Becky —me quito los lentes y froto mis ojos—, si de verdad sabes de lo que hablas deja de insistir para que te dé más información. Nadie que sea como yo, debe compartir lo que ve. Las personas siempre querrán saber más una vez que empiezan.

—Eso lo sé, muy bien. Pero no me interesa otra información fuera de estos casos, créeme.

No tengo idea de cómo es que Becky sabe lo que yo soy, ni siquiera entre videntes nos conocemos, es probable que me haya topado con algunos en mi vida y no lo haya notado. Parte de mí desea confesarle a Becky mi secreto, aunque tengo a Elyon conmigo y siempre puedo contar con su apoyo, siento que necesito a un humano a mi lado, ayudándome, y Rebeca ha sido mi amiga desde que entré a la policía, sería la única persona en quien confiaría de verdad.

—No puedo, Becky —digo con firmeza.

Ella se levanta y comienza a caminar por mi oficina. Las fotos que tenía la última vez en el escritorio siguen ahí. Toma la de en medio, la que fue del primer caso del asesino rojo y la mira.

—Muy pocos saben, que ella era mi sobrina —dice refiriéndose a la chica de la foto—. Esto fue antes que me uniera a la policía. De hecho, su muerte fue lo que me impulsó a ingresar a la academia. He soñado con atrapar a este desgraciado desde entonces.

—Me dices esto para que te revele más información —concluyo—. Pero en ese caso, menos lo haré. Si la venganza es lo que te impulsa para atrapar al asesino rojo, entonces estás mal y serás como el resto que solo usa la información para su beneficio.

Ella se ríe sin ganas.

—No, no te lo digo por eso. Te lo digo porque ella era igual que tú, veía cosas que nosotros no. Y tal como tú, jamás se lo dijo a nadie. Pero un día la encontré en su habitación, estaba sentada al borde de su cama y miraba al vacío, como si su mente se hubiera desconectado de su cuerpo. Me asusté y la sacudí con fuerza. Ella despertó y después de eso me confesó lo que era. Me contó de todas las restricciones que tienen, que no pueden revelar el futuro a las personas normales y que tampoco pueden usar esa información para su propio beneficio. Son servidores anónimos de la humanidad.

—Ahí lo tienes —señalo—, tu misma te has respondido.

—El caso es que, también sé que lo que tú veas debe ser para ayudar a otros, en este caso para ayudarnos a atrapar al asesino rojo. Eso es todo lo que pido.

Me recargo en el asiento y suspiro profundo, Becky aún no me ha entendido por completo.

—Lamento mucho lo que sucedió con tu sobrina —digo para dar por terminada nuestra conversación.

Veo tristeza en el semblante de Becky, tal vez fui muy duro con mis palabras, pero ella no sabe lo peligroso que sería que yo comenzara a entregar información al por mayor, además, le he dicho todo lo que sé, no hay nada más que agregar en el caso del asesino rojo, no supe por casualidad que este tipo investigaba a fondo a sus víctimas antes de matarlas, en realidad lo vi hacerlo en una de mis visiones, aunque como siempre, no pude ver su cara.

—Escucha, Becky —digo con un poco más de compasión—, en verdad lamento la pérdida de tu sobrina y me da gusto que la hayas apoyado cuando te enteraste de su carga, es algo muy complicado, pero conmigo es diferente. Y no me ayudas al exigirme tanto. Acepta la información que te dé y solo eso.

Creo que ha entendido mi punto y se acerca a la puerta para marcharse.

—Está bien —comenta antes de salir—, te comprendo. Sólo quería intentarlo.

—Gracias, Becky.

Me dedica una sonrisa antes de cerrar la puerta e irse.

Suspiro de alivio cuando mi oficina vuelve a quedar en silencio, la verdad las preguntas de Becky me ponen muy nervioso, siento que cada vez estoy más cerca de decirle todo sobre mí.

Casi como si hubiera estado escuchando todo, Elyon aparece ante mí.

—Buenos días, hijo —saluda.

—Hola, Elyon ¿Qué tal todo?

—Creo que yo debo hacerte esa pregunta, te noté muy angustiado ayer.

—Lo estaba, jamás me había pasado algo así. Y Becky... ella ya sabe demasiado, no quiero ponerla en peligro.

—Becky es una mujer ejemplar —comenta—, pero no te preocupes por ella. Ella estará bien, entendió todo lo que le dijiste.

Claro que lo entendió, lo noté cuando se fue. Llevaba dentro de sí una mezcla de tristeza y abnegación.

—¿Por qué quisiste hablar conmigo hasta ahora? —pregunto—. Siempre me aceptas en el momento.

—Lo hice porque hasta hoy tengo la respuesta a tu pregunta.

—O sea que ya sabes lo que te voy a preguntar.

—Soy el padre de todos los videntes, claro que lo sé. Conozco a la perfección a todos mis hijos.

—Muy bien, de todos modos preguntaré —anuncio—. ¿Quién es este tipo y por qué la niebla fue más intensa ayer en la escena del crimen? Esa barrera aumenta cada vez que estoy cerca de él, sea quien sea.

—Tu respuesta está por llegar y no vendrá de mí. Cuando me vaya, recibirás la visita de alguien pidiéndote ayuda, quiero que ayudes a ese alguien y después hablaremos.

Me rio por lo bajo. Como vidente ya debería saber que ni siquiera Elyon debe revelar información de más. Me está dando más bien un consejo en base a lo que él sabe y aunque yo quiera saber más, es necesario que me quede con esa respuesta.

—Ya veo lo que Becky siente —comento—, es casi como si jugaras conmigo.

—Pero también sabes que no es así —apunta.

—Está bien, comprendo. Haré lo que me pides.

—Lo sé, ya debo irme hijo. Es agradable que siempre me busques.

No contesto nada y luego él se va, no pasan ni cinco segundos cuando alguien abre la puerta, es Saúl, el detective que trabaja con Rebeca.

—Cheque —dice asomándose por la puerta—, hay alguien afuera que te está buscando.

—¿Quién es? —pregunto con curiosidad.

—No lo sé. Es una chica linda, alta y morena. Trae un niño con ella. Dice que necesita hablar contigo de inmediato.

Esa descripción que me dio, me hace imaginarme de quién se trata, pero no creo que sea ella la respuesta a quién Elyon se refería.

Salgo detrás de Saúl, para que me lleve hasta donde está la persona que me busca.

Cuando salgo, veo a lo lejos a Keren caminando nerviosa de un lado a otro. Sin sus tacones se nota que es de verdad chaparrita, debe medir uno sesenta o algo así.

Me pregunto qué necesitará, nunca creí que de verdad viniera a buscarme. Como sea, estoy sorprendido de su visita.

—Hola, Keren, buenos días —le digo extendiendo la mano para saludarla. Ella me devuelve el saludo y luego se acerca más a mí, al parecer no quiere que los demás escuchen lo que va a decirme.

—¿Puedo hablar contigo afuera? —pregunta.

—Claro.

La conduzco hacia la salida. Muchos nos miran indiscretos, estoy seguro que quieren saber

quién es ella. Lástima que los dejaré con la duda.

—¿Qué sucede? —le pregunto una vez afuera.

—Primero, quiero que conozcas a mi hijo —dice—, Esteban, saluda hijo —le pide a su niño. Él me ofrece tímido su manita.

—Hola, campeón —estrecho su mano y luego se esconde detrás de su madre.

—Lamento mucho molestarte —comienza Keren, pero estoy desesperada, necesito tu ayuda.

—Tranquila, está bien, te ayudaré ¿qué necesitas?

—Esta mañana vino una licenciada del DIF a verme...

Ella intenta controlar sus emociones, pero creo que está muy conmovida y comienza a temblar, pienso que el niño no debería estar cerca de nosotros ahora, me inclino hacia él y le extiendo un billete.

—Campeón, tengo mucha sed ¿Por qué no traes una soda para ti, para mí y otra para tu madre?

Se le ve contento con la idea de tomar un refresco, toma el billete y corre adentro, donde está el refrigerador.

Invito a Keren a sentarse en una banca que está cerca y le proporciono un pañuelo para que limpie sus lágrimas.

—Y ¿Qué era lo que quería esta licenciada contigo? —continúo.

—Ella ya me había visitado antes, querían ver en qué condiciones vive mi hijo, me dieron una semana para cambiar y lo intenté pero... no pude, ahora quieren llevarse a mi hijo, ponerlo en un orfanato porque piensan que no soy una buena madre, tienes que ayudarme —suplica.

Su historia me ha conmovido, pero no tengo idea de cómo ayudarla.

—¿A qué orfanato? —es lo que se me ocurre preguntar.

Me mira molesta cuando digo eso. Es entonces que reflexiono en lo que acabo de decir.

—¡Eso no importa! —me grita—. No quiero que se lo lleven.

—Claro, claro, lo siento, perdona —me disculpo. No puedo creer que fui tan torpe como para preguntar eso—. ¿Recuerdas el nombre de la licenciada que fue a verte?

—Sí —contesta—, su nombre es Rut Ortega.

Ahora ya me hago una idea de cómo ayudarla, conozco bien a Rut, estuvimos juntos en algunas materias en la universidad, quizá nuestra amistad pueda generar ciertos favores.

—La conozco —le digo a Keren, eso la tranquiliza un poco y deja de llorar—, no te preocupes, iré a verla y veré qué más puedo hacer ¿de acuerdo?

—Ezequiel, no dejes que se lleven a mi hijo por favor —suplica—, te pagaré lo que sea con tal de que me ayudes.

—No tienes que pagarme nada, quiero ayudarte, eso es todo —la consuelo—. Ahora hazme un favor; ve a tu casa y pasa el día con tu hijo, yo iré después, cuando haya resuelto tu caso.

Ella asiente con la cabeza y me sonrío.

—Gracias Ezequiel, muchas gracias.

—No hay de qué.

Con una ropa menos reveladora y fuera del burdel, me siento más cómodo dándole un abrazo para consolarla. Noto cómo su ritmo cardiaco se relaja, las palabras que le he dado la han confortado.

Ezequiel

Acompañé a Keren hasta la parada de autobús, pues se negó con firmeza a que la llevara a su casa en mi auto. Dijo que así podría darme más tiempo de resolver su asunto. La verdad no necesitaba tiempo extra, la oficina del DIF abre hasta las diez de la mañana y apenas son las nueve. Aprovecharé esta hora para avanzar un poco en mi trabajo y luego iré a hablar con Rut.

Todos se quedan mirándome cuando entro en la oficina, no veo cual sea la novedad, a todos los han buscado alguna vez. Ignoro sus miradas curiosas y me meto de nuevo a mi oficina.

En menos de lo que había pensado, la hora se pasó y salí a buscar a Rut.

—Buenos días —saludé a la recepcionista—, busco a la licenciada Ortega.

—¿Tiene cita?

—No, no la tengo, pero de verdad necesito hablar con ella.

—Lo lamento, pero la licenciada tiene muchos asuntos que atender hoy —me informa—, y le sería muy difícil hacer un espacio para atenderlo a usted.

—Intente decirle que Ezequiel Espadas la busca, estoy seguro que así accederá a verme.

La recepcionista me mira molesta, imagino que no le parezco tan importante como para que con mi simple nombre me puedan atender. Pero estoy seguro que funcionará. Lo piensa un instante y luego accede y toma el teléfono para llamarla.

—Licenciada —comienza—, hay un hombre aquí que la busca, dice llamarse Ezequiel Espadas.

La recepcionista guarda silencio en lo que Rut le contesta y me mira molesta.

—La licenciada Ortega dice que puede pasar —me avisa—, por el pasillo la quinta puerta de la izquierda.

—Gracias.

Voy hacia donde me dijo la recepcionista. Al abrir la puerta ahí está Rut.

—Pero mira nada más lo que el viento me ha traído hoy —sale de detrás de su escritorio para saludarme. Me da un beso en la mejilla y un abrazo.

—Hola Rut, que gusto verte.

—Siéntate por favor ¡Qué agradable sorpresa!

Me siento en un sofá muy cómodo que tiene junto a la pared, ella se sienta a mi lado. Sabe que esta visita es más informal.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta curiosa.

—Sabes, no quiero que pienses que sólo te busco cuando necesito un favor —comento con timidez—, pero eres la única que puede ayudarme.

—Oh, vamos, sabes que hay confianza y puedes pedirme lo que sea.

Trato de escoger las mejores palabras para pedirle el favor, debo ser cuidadoso.

—Verás, hay un caso que estás llevando, sobre una madre soltera y su hijo. Necesito que le des una segunda oportunidad y dejes a su hijo con ella.

—Vaya —levanta las cejas y suspira—, me pides algo muy difícil ¿de qué mujer estamos hablando?

Tomo aire antes de mencionar su nombre

—Su nombre es Keren Cordero —digo.

Veo la sorpresa pasar fugaz por el rostro de Rut, supongo que no es muy común que alguien venga a intentar ayudar a una mujer prostituta y su hijo.

—Oh sí, la señora Cordero —se levanta para ir a sentarse en el escritorio—. Fui a visitarla hace unos momentos. Lo lamento Cheque, lo que me pides es imposible. La oficina ya ha emitido una orden para quitarle al niño, él está en un latente peligro. Su madre lo deja solo todas las noches y ni siquiera ha ingresado a una escuela, además, es muy común que las prostitutas lleven a sus “clientes” a su casa ¿te imaginas el ambiente tan tóxico al que es sometido el niño todos los días?

—Lo sé, pero debe haber algo que puedas hacer, tal vez si ella te diera su palabra de que buscará otro empleo, la oficina pueda reconsiderar la orden que ha emitido.

—La palabra de una prostituta no tiene mucho valor en este lugar, además, si pudiera conseguir otro empleo, lo habría hecho durante la semana que le di entre una cita y otra.

—Muchas veces eso no está en manos de ella, son las demás personas que no quieren darle una segunda oportunidad —señalo para hacerle llegar una indirecta.

—Entonces no importará cuánto tiempo le dé —apunta enérgica—, su situación no cambiará.

—Entonces búscale una oportunidad de empleo tú —le pido.

—Amigo —dice con calma—, ¿tienes idea de todo el trabajo que tengo? ¿Por qué ella sería tan especial como para que yo le busque otro empleo?

—Porque yo te lo pido, por favor.

Rut me mira con ojos inquisitivos, como si tratara de mirar más allá de mis palabras.

—Dime ¿quién es ella para ti? ¿Por qué tienes tanto interés en su caso?

Me encojo de hombros, siempre me ha gustado ayudar a la gente, en esta ocasión es un poco especial por el hecho de que Elyon me lo ha pedido, pero no por otra cosa, ni siquiera porque sé que es la mujer que él ha elegido para mí.

—En la policía uno conoce a muchas personas —me excuso—. En ocasiones te das cuenta que lo único que necesitan es un poco de compasión.

—Entonces ¿haces esto sólo por compasión?

No alcanzo a ver por qué es tan complicado creer que lo hago por el simple hecho de ayudar a alguien.

—Sí, solo eso —digo con énfasis.

—Cheque —suspira—, te conozco de años, sé que no eres muy compasivo que digamos.

—¿Qué? —me inclino hacia adelante, no puedo creer que haya dicho eso.

—Calma, te lo digo como amiga, sé que eres buena persona. Pero la empatía no se te da muy bien.

—Oh, tienes que estar de broma.

—Está bien —levanta las manos para dejar de lado el tema—, olvida lo que dije. Como sea, esta mujer necesitará de un milagro para que pueda dejarle a su hijo.

—¿Cómo qué tipo de milagro?

—Un cambio radical en menos de veinte horas. Una promesa de que cambiará no es suficiente, necesito pruebas que me demuestren que de hecho ya cambió, de lo contrario, me veré en la necesidad de continuar con el proceso.

—O sea que si de hoy a mañana ella ya tiene un nuevo empleo —sugiero—. ¿Podrás dejarle a su hijo?

Rut niega con la cabeza.

—Necesitará más que un nuevo empleo —señala—. Requiere una nueva casa, una vida más saludable, que el niño tenga la certeza de estudios y estabilidad económica.

—Pareciera como si te empeñaras en arrebatarle lo único que tiene.

—No son reglas mías, todo esto está establecido en los derechos de los niños. Te diré lo mismo que le dije a ella; no tienes que convencerme a mí, sino al sistema, yo con gusto le daría una segunda oportunidad porque veo que en verdad ama a su hijo; pero esto no está en mis manos.

Reflexiono en todo lo que me ha dicho, necesitaría por lo menos una semana para cumplir con los requisitos que me numeró, pero me ha dejado en claro que sólo tenemos veinte horas. No conozco a nadie que pueda hacer todo eso en tan poco tiempo, no obstante, creo que hay una única salida y no estoy muy seguro de querer tomarla. Eso me hace pensar en lo que me dijo hace unos instantes sobre ser una persona poco empática ¿de verdad siempre pienso sólo en mí que no alcanzo a percibir las necesidades de los demás?

—¿Estás segura de que esa es la única manera de arreglar todo? —pregunto con la esperanza que me diga que no.

—Por desgracia sí, es la única manera. Lo siento mucho.

Respiro profundo y me recuesto en el sofá.

—Bien, muchas gracias Rut, sólo quería intentarlo.

—Ey, no agradezcas. En verdad me hubiera gustado poder hacer mas pero, mis manos están atadas.

Sé que lo que dice es verdad, los sistemas de las instituciones del gobierno muchas veces son inflexibles. Me levanto para estrechar su mano e irme.

—Fue un gusto verte Rut —comento—. Quizá podría verte más adelante para tomar un café o algo, y tú sabes, recordar viejos tiempos.

—Me encantaría, quizá cuando tenga menos trabajo. Me dio gusto verte, hasta luego.

—Bye.

Abandono el edificio para dirigirme a la casa de Keren, fue bueno que me diera su dirección, pues no recordaba dónde vivía.

Sé que no debería sentirme así, pero estoy frustrado porque al fin creo entender los planes de Elyon para mí. Siento que me está obligando a algo que yo no quiero y me come la impotencia, pues no creo ser capaz de contradecirlo. Golpeo el volante de mi auto ¿por qué ayudar a otros tiene que ser tan difícil?

Me estaciono en un callejón vacío, no puedo llegar con estos sentimientos a casa de Keren.

Elyon sabe que ahora estoy solo y aparece frente a mí. No levanto la cabeza, estoy molesto con él.

—¿Por qué estás tan preocupado? —me pregunta.

—Lo sabes muy bien —respondo con amargura—. Todo esto fue tu plan desde el principio ¿No te das cuenta que me obligas a algo que yo no quiero?

—No te obligo a nada hijo, puedes negarte y te seguiré amando como siempre.

—Claro, ¿y luego qué? Terminaré igual que Mateo.

—Creo que en el fondo confías en mí, también sabes que no me equivoco con ella.

Que me diga eso no me hace sentir mejor, al contrario, me molesta más no tener otra opción.

—Por favor —suplico—, debe haber otra manera, no me hagas esto.

—Lo lamento.

Elyon tiene razón, en el fondo sé que sería muy difícil que se equivocara con sus planes, pero

me siento inseguro al no saber cómo terminará esto o si me dolerá demasiado, es por eso que anhele tanto tener otra opción y lucharé por tenerla.

—Un año —propongo—, un año y eso es todo, si no funciona... entonces me voy.

Elyon suspira.

—Está bien —acepta—, si después de un año eres infeliz, hacemos otra cosa.

—Bien.

Siento que no he salido tan mal de este round, al menos, tengo una salida segura si todo va mal. Elyon se despide de mí y yo continúo mi camino hacia la casa de Keren.

Keren

Visitar a Ezequiel para pedir su ayuda me dejó tranquila, sentí que de verdad podría hacer algo por mí y me fui más optimista. No obstante, abrí mi mente a muchas posibilidades, quería estar preparada para todo. Por ahora, seguiré el consejo de Ezequiel y me dedicaré el día entero a mi hijo. Lo veo con ternura mientras juega en el asiento del camión con su dinosaurio. En ocasiones me gustaría saber qué cosas pasan por su cabeza, debe ser fascinante el mundo de los niños.

De camino a casa, se me ocurren varias ideas para hacer con él, podríamos jugar pelota en el parque, ver sus dibujos animados favoritos o podríamos cocinar algo juntos. Lo mejor será que él decida, después de todo, este día le pertenecerá a él.

—Hijo ¿te gustaría que hiciéramos algo especial hoy? —le pregunto.

El deja de jugar con su dinosaurio de plástico para mirarme, pareciera que no termina de comprender lo que le acabo de decir porque no me responde nada, incluso vi en sus ojos cómo se plantaba la tristeza en su interior.

Se giró de nuevo para mirar ahora el exterior y sólo eso, como si mi comentario le causara más decepción que alegría. Me quedo con el corazón en un puño por esa acción. Con ella me dijo mil cosas; que lo he descuidado, que ya es muy tarde para intentar recuperarlo, que le da igual lo que haga o no y mucho más. No hay peor cosa en este mundo que decepcionar a un niño. Solo una persona de corazón tan duro puede llegar a cometer tan reprochable acción y creo que esa he sido yo, una mujer de duro corazón para con su hijo.

Tomo su manita para que me vuelva a prestar atención.

—Te amo Esteban —pronuncio cada palabra con énfasis, para que no le quede duda que es verdad.

Se inclina hacia mí y se recuesta en mi regazo, me parece que es así como él me consuela. Acaricio su hermoso cabello lacio y se lo recojo detrás del oído.

—Al llegar te prepararé un desayuno como te gusta ¿sí?

El asiente indiferente ante mi propuesta.

—Y quizá... —continúo—, pueda comprar algunas bolitas de queso para ver dibujos animados.

Esteban se levanta y me mira sonriente.

—¿Podemos ver *el pájaro loco* mami? —pregunta.

—Por supuesto mi amor.

Después de eso, Esteban dibujó una sonrisa en su carita que no borró hasta que llegamos a casa y disfrutó del desayuno que le prometí.

Me encantó verlo tan parlanchín conmigo mientras veíamos sus dibujos animados; me dio una cátedra completa sobre quién era Loquillo, Pablo Morsa, Buzz el buitre y un montón de personajes más. No tenía idea de lo mucho que le gustaban estas caricaturas, pero incluso yo me divertí al verlas, fue como regresar a mi infancia.

Pasé un rato tan agradable con él que se me olvidó el sueño que tenía por no haber dormido durante toda la noche, incluso, la amarga visita de la licenciada hacía unas horas atrás. Este

tiempo de calidad me sirvió para reforzar la idea de no perder a mi hijo por ningún motivo y de hacer lo que sea con tal que se quede conmigo para siempre.

Poco después de las doce de la tarde, mientras veíamos la segunda temporada del *pájaro loco* alguien tocó a la puerta, de manera inconsciente me sobresalté. Parte de mí estaba esperando que llegaran las autoridades a quitarme a mi hijo, no obstante, cuando me levanté para abrir vi con alivio que no era otro que Ezequiel.

—Hola —saludé—. Pasa, por favor.

Ezequiel entró, se le veía un poco consternado. Sentí que traía malas noticias.

—¿Qué sucede? —quería que me dijera lo que había pasado sin que le diera tantas vueltas.

Comenzó a mover sus manos nervioso. El verlo así, me ponía más nerviosa a mí. Lo tomé del brazo y lo guié hasta el sofá, él se sentó y se volvió hacia Esteban.

—Hola campeón ¿Cómo estás?

Esteban le sonrió, creo que le agradó desde el primer momento que lo vio, aunque no le contestó, en lugar de eso le señaló la televisión.

—¿Te gusta el *Pájaro Loco*? —le preguntó.

El niño asintió con ímpetu, él nunca ha hablado con extraños, aunque le agraden. En ocasiones incluso evita hablar conmigo. Me parece que ya es un problema en él.

—Que bien —dijo Ezequiel—. Esteban, quisiera hablar con tu madre un segundo a la cocina ¿Me la prestas un ratito?

Esteban volvió a asentir, me parece que se sintió importante al ver que un adulto le pedía permiso para algo.

Guie a Ezequiel hasta la cocina. Debí haberlo invitado a sentarse, pero estaba tan nervioso que dudé que lo hiciera.

—Traes malas noticias ¿no? —era más una afirmación de mi parte, tenía un mal presentimiento. Me recargué sobre el refrigerador y crucé los brazos.

—No lo sé, depende de ti y de cómo lo veas —contesta.

—¿De qué estás hablando?

—Keren —suspira—, encontré la solución a tu problema pero...

—Pero ¿qué?

—Debes hacer algo por mí.

—Lo que sea —me despego del refrigerador y me acerco más a él—, haré lo que sea.

—No, Keren —me detiene—, escucha. Tal vez no te guste mi propuesta.

—Ezequiel —lo miro fijo para que entienda que estoy dispuesta a todo—, de verdad deseo que Esteban se quede conmigo para siempre. Antes de ir a pedir tu ayuda estaba considerando escapar de la ciudad con mi hijo. No hay nada que sea demasiado radical en estos momentos.

Él mira al suelo, como si hubiera una intensa lucha en su interior.

—Muy bien —respira profundo.

En mi cabeza no podía concebir qué podría ser tan malo como para él estuviera así, me hizo pensar que la solución era más horrible que el problema.

Grande fue mi sorpresa cuando delante de mí él se inclina y pone una rodilla en el suelo. Me toma de la mano y luego levanta su vista para verme directo a los ojos.

—Keren —dice—, ¿quieres casarte conmigo?

Debo admitir que estaba preparada para cualquier cosa, excepto para esto. Ahora entiendo por qué actuaba de esa manera.

No me parece gracioso que se esté burlando de mi situación ahora. Saco de un tirón mi mano

de entre las tuyas.

—¿Estás loco? —le reprocho—, ¿por qué te burlas de mí?

Él me mira como herido, seguro esperaba que de inmediato le dijera que sí.

—No me burlo —se levanta del suelo, él es mucho más alto que yo, tengo que mirarlo hacia arriba ahora—. Te advertí que tal vez mi solución no te gustaría tanto, pero créeme que es la única.

—Eres igual que todos —le recrimino—, fui hacia ti en busca de ayuda. No tienes derecho a burlarte de mí. Yo sé lo que piensas, que soy inferior a ti, que soy una cualquiera y que debo estar súper agradecida contigo por darme el honor de querer casarte conmigo.

—Dudo mucho que sepas lo que pienso —levanta la voz al decir eso—. Tienes que creerme, esta es la única solución. El DIF no te permitirá quedarte con Esteban si no les muestras un cambio en tu vida de aquí a mañana.

Sus palabras tienen sentido, si le mostrara al DIF que he cambiado, aceptarían dejarme en paz; pero aun así, me molestó cuando con su actitud me hizo saber que se estaba sacrificando por mí. Para ser sinceros, no tiene que hacerlo.

—¿Por qué querrías casarte conmigo? A leguas se ve que eres un tipo demasiado correcto ¿Qué querría alguien como tú con alguien como yo?

Él se encoge de hombros.

—Quiero ayudarte —dice.

—Claro, vas por ahí casándote con todas las prostitutas que necesitan ayuda ¿no? ¿Cuántos matrimonios llevas entonces?

—¡Basta! —levanta las manos para callarme—. Acepto entonces que no te quieres casar conmigo, pero dime ¿Qué harás ahora? ¿Crees que si huyes no te encontrarán a donde sea que hayas ido?

Guardo silencio, la verdad estoy más indefensa de lo que creí y él tiene razón. Pero me siento humillada al casarme con alguien sólo porque me tiene lástima.

—No necesito la lástima de nadie —apunto—. Sé que no quieres casarte conmigo, al menos no por gusto y no quiero que me humilles.

Yo pensaba que mis duras palabras serían suficientes para que se fuera y me dejara sola, pero en lugar de eso volvió a tomar mi mano y la acercó a su pecho.

—No es por lástima —me mira a los ojos y no veo mentira en ellos—. Algo me dice que no me equivoco.

—Eso es difícil de creer, ni siquiera me conoces.

—Tengo una buena corazonada.

Claro, y yo estaba en la búsqueda de una solución menos radical que irme de la ciudad.

Ezequiel es un hombre bastante extraño, con actitudes poco predecibles. Puede llegar a ser tan grosero como amable. Primero me hace sentir que casarse conmigo es una tragedia, luego, en sus ojos, veo sinceridad.

—¿Quién rayos eres Ezequiel? —pregunto.

Él me mira confundido.

—Esta puede ser una mala idea para los dos —suspiro.

—Míralo de este modo —pide—. Sólo tienes que fingir que eres mi esposa, al menos hasta que te dejen en paz.

—Aún siento que te arrepentirás de esto —comento.

—Quiero que sepas —indica—, que no estarás obligada a nada conmigo. Esta puede ser una

buena pantalla para el DIF; si después de eso, quieres buscar tu camino por otro lado, tendrás todo tu derecho.

Después de años de trabajar para Darío, creí que una propuesta así jamás llegaría a mi vida, es una lástima que haya sucedido de esta manera.

—Está bien —acepto—. Te agradezco lo que haces por mí.

—No me agradezcas, por favor, esto va más allá de ayudarte. También quiero ayudarme a mí.

—¿Cómo?

—Siempre supe que necesitaba de una esposa —dice encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no buscar una que te agrada?

—Keren —dice—, sí me agradas.

Hay muchas cosas detrás de esa afirmación que no me ha dicho, lo sé porque baja la mirada y siento que está apunto de decirme algo más.

—Tal vez más adelante te confiese toda la verdad —admite.

—¿Por qué no lo haces ahora?

—Porque no lo entenderías, y porque no necesitas saberlo ahora. Necesitas mi ayuda y yo la tuya, eso es todo.

—No te comprendo. Desde el primer día que te vi, fuiste todo un enigma para mí.

—Lo lamento —se disculpa—. Pero si me lo permites, intentaré ser mejor.

—No —lo detengo—, prométele eso a la que de verdad será tu esposa, no a mí. Mira, tienes razón, yo necesito tu ayuda, no estoy tan segura de que tú la mía; pero no te comprometas demasiado conmigo. Esto será temporal ¿de acuerdo?

Asiente con suavidad. Me parece que hemos llegado a un acuerdo.

—Solo que aún tenemos un problema —recalco, Ezequiel me mira sin comprender—. Temo que Darío me busque y no me deje en paz. Estoy segura que cuando sepa que me he ido, pensará que lo acusaré con la policía, me buscará hasta estar seguro que no hablaré ¿me comprendes?

—Entiendo —dice y se quita los lentes para frotar sus ojos—. No te preocupes, yo arreglaré eso.

—¿Cómo?

—¿A qué hora entras a trabajar? —pregunta.

—A las doce ¿qué pretendes hacer?

No soy capaz de adivinar sus pensamientos, pero sí sé que en cuanto a Darío se refiere, debemos andar con cuidado. Es una persona peligrosa con la que nadie querría problemas.

—Lo que sea que estés pensando —le advierto—, es mejor que tengas mucho cuidado. Darío es un mal hombre, no dudará en hacer lo que sea con tal de que no lo atrapen.

—No te preocupes —me tranquiliza—. Tendré cuidado, sé muy bien cómo tratar con ese tipo de gente. Ahora escucha; quiero que te quedes en casa y recojas todas tus cosas, mañana temprano vendré por ti y por Esteban, se irán a vivir conmigo a mi casa. Esta noche preséntate a trabajar como siempre, yo resolveré lo de Darío.

Sus palabras salen de su boca con tal seguridad, que no me deja espacio para la duda. Supongo que se aprenden muchas cosas en la policía, aunque solo sea psiquiatra.

Después de eso Ezequiel se fue, no sin antes asegurarme que vendría a recogernos al día siguiente y pedirme que preparar lo necesario para casarnos por el civil. En cuanto cerré la puerta comencé a recoger nuestras cosas. Incluso Esteban me ayudó, se veía contento con la idea de mudarse.

Ezequiel

Regresé a mi casa para hacer unos ajustes en ella, tenía que prepararla para recibir a nuevas personas. Hay demasiado espacio, sólo tengo que organizarlo un poco para que todos estemos a gusto.

Poco antes de llegar a mi casa veo a Simón afuera, limpiando la entrada con su enorme horquilla, sueno la bocina y el corre a abrirme la puerta principal, debería considerar ponerle una chapa electrónica, así no tendría que hacer correr a Simón cada vez que llego.

—Llegó temprano hoy, señor —dice.

—Un poco, sí —le respondo—, ¿dónde está Martha?

—En el cuarto de lavado —dice señalándome la dirección—. ¿Quiere que la llame?

—Sí, por favor. Tengo algo que decirles a los dos.

Simón deja su herramienta en el suelo y se apresura a llamar a su esposa, siempre está presto a cumplir mis deseos aunque no sean tan apremiantes.

Mientras, yo entro a la casa para pensar qué es lo primero que debo hacer. Tengo una idea de cómo abordar al inútil de Darío. Es un asqueroso avaro que sólo vive para sí mismo, me es fácil imaginar qué es lo que quiere y qué oferta puedo hacerle para que nos deje en paz.

Arrojo las llaves a una mesa cerca de la puerta, me quito la chaqueta y enciendo mi computadora. También debo investigar los horarios que tiene el registro civil y los requisitos que debo cumplir para casarme. No son muchos y tampoco son muy complicados. Sólo necesito mi acta de nacimiento, mi credencial para votar, una prueba de sangre y dos testigos.

Los primeros dos requisitos ya los tengo, el tercero podré hacerlo en la oficina, le pediré a uno de los médicos que me realice una prueba de sangre; así no tendré que esperar las horas en el hospital para que me den los resultados. De todos los requisitos, el más complicado será el último, dos testigos; no porque no tenga a quién pedírselo, sino porque a quién se lo pida, me mirará con incredulidad, extrañeza y luego comenzará a hacer bromas respecto a eso.

No puedo culparlos, siempre fui muy tajante respecto a lo que pensaba en este tema, y ahora hago todo lo contrario.

Simón regresa con su esposa y ambos me miran expectantes.

—¿Me mandó llamar señor? —pregunta Martha mientras seca sus manos en su mandil.

—Hola, Martha. Sí, le pedí a Simón que te buscara porque tengo algo importante que decirles.

Miro al suelo, busco las palabras adecuadas para explicarles lo que pasa.

—El día de mañana —continúo—, dos personas vendrán a vivir a esta casa.

La cara de Martha se ilumina.

—¡Oh que bien señor! ¿Sus primos vendrán a visitarlo?

—No, no es eso Martha. Se trata de una joven mujer y su hijo.

Fue bastante extraño para ellos lo que les dije. Me miran como si les hubiera hablado en chino. No se atreven a preguntarme nada, siempre han pensado que lo que yo haga con mi casa es mi asunto. Pero esta vez necesitan saber exactamente lo que está sucediendo.

—Me voy a casar —anuncio—. Keren y su hijo Esteban se mudarán mañana temprano a esta casa.

Con eso terminé de hacer corto circuito en sus cabezas. Martha tapa su boca con sus manos, no

sabe si ponerse feliz o preocuparse.

—Pero ¿Cómo señor?... —dice sin terminar de comprender—, sin ser indiscreta, yo nunca le conocí una novia.

Simón toma del brazo a su mujer para callarla. Simón siempre ha sido muy sumiso y lo que su mujer acaba de hacer es bastante atrevido para su juicio.

—No nos incumbe a nosotros —la reprende—, el señor Espadas puede hacer lo que le venga en gana, Martha.

—No, Simón, está bien —lo tranquilizo—. La verdad Martha, ella es una chica muy hermosa, que me enamoró de inmediato.

—Pero... ya tiene un hijo señor.

—¡Martha! —la regaña Simón.

—Es un gran muchacho —respondo ignorando la actitud de Simón—. En fin, quería pedirles su ayuda para que preparen los cuartos de arriba.

—En seguida —se apresura a decir Simón, quería evitar que su mujer dijera algo más.

—Gracias —contesto.

Simón toma a Martha del brazo y la jala para llevársela de la sala.

Ahora que me dejaron solo, contactaré a quienes deseo que sean mis testigos. Se me vienen a la mente dos personas que de seguro me harán más burla de la necesaria.

Tomo mi celular y marco el primer número, el de Rebeca.

—¿Diga? —contesta.

—Hola ¿Cómo estás?

—Como siempre. Tengo demasiado trabajo —se queja.

—Lamento escuchar eso.

—Da igual ¿Por qué me has llamado?

—Verás, necesito tu ayuda.

Muevo nervioso una pluma en el escritorio.

—¿Sí? —pregunta para invitarme a seguir hablando.

—¿Estarás muy ocupada el día de mañana?

Oigo como Rebeca suspira del otro lado del teléfono.

—Sí, la verdad sí. Pero no hay problema, puedo hacerte un espacio, digo... sí de verdad me necesitas.

—La verdad sí, necesito que seas mi testigo ante el registro civil.

Un pesado silencio se interpone cuando digo esas palabras, pareciera que nadie en este mundo me imagina casándome.

—¿El registro civil...? Pero eso no es... ¿Cuál registro civil? —pregunta confundida.

—El único que existe Becky —respondo en tono cansino—, vamos, siempre me han hecho burla de que no hay un chica que pueda llevarme al altar.

—Precisamente...

Rebeca deja su frase en el aire y se hecha a reír escandalosamente.

—Mi querido Cheque —dice entre risas—. No voy a caer en tu broma, además el día de los santos inocentes ya pasó.

—Becky, no es broma. De verdad me voy a casar mañana.

—No te creo Cheque, ni novia tenías ¿Por qué te vas a casar tan rápido?

—Pues no lo sé. Cuando encuentras a la indicada ¿para qué esperar?

—¡Qué romántico!

Las carcajadas de Rebeca retumban por la bocina del móvil y me lo separo para que no me

aturdan. Esto era lo que me esperaba, los mejores amigos siempre hacen burla de las decisiones importantes que uno toma, pero también están ahí, para ayudarnos a tomarlas.

—Bueno, ya, ya. No es para tanto —la regaño—, concéntrate o no te invito a mi boda.

Rebeca se serena poco a poco.

—Está bien, perdona. Es que esto es una novedad. Tu boda es el evento que menos me perdería en la vida ¿cuándo será?

—Mañana a las cinco de la tarde —le informo—. Lleva tu credencial al registro civil, recuerda que vas a ser mi testigo.

—Sí, sí, claro, no hay problema.

—Bien, entonces te veré mañana ¿De acuerdo?

—De acuerdo, hasta mañana, bye.

Antes de colgar el teléfono, escucho a Rebeca estallar en carcajadas de nuevo. Menuda testigo me he conseguido, pero la verdad, Becky es una buena amiga y sí me gustaría que me acompañara.

El proceso para pedirle a Pablo que sea mi testigo, resulta casi igual que con Rebeca, al principio no me cree y se burla de mi decisión.

—Creí que nunca nadie te domaría compadre —dice entre risas.

—Nunca dije que no iba a casarme, solo que quería hacerlo con mucho cuidado.

—Sí, claro —dice con sarcasmo—, ¿y estás teniendo cuidado ahora?

—Por supuesto, todo estaba planeado desde hace mucho.

—A mí se me hace que te comiste la torta antes del recreo amigo. Nadie se casa así como así.

—¡Claro que no! Ya te dije que ella me agrada mucho, por eso me caso.

—Ajá, ¿cuál dedo quieres que me chupe primero? —dice en broma.

—No seas imbécil, ¿vas a querer ser mi testigo sí o no?

—Ya, ya, tranquilo está bien. Mañana estaré presente en la boda del año, no te preocupes.

—Muy bien, te veo mañana entonces, adiós.

—Adiós —se despide.

Suspiro aliviado al poner el celular de nuevo en la mesa. Al menos la parte más difícil ya pasó, ya tengo a mis dos testigos.

Simón y Martha siguen afanados en preparar las habitaciones que les pedí, llevo rato escuchando mucho ruido en la planta alta. Mientras ellos recogen yo aprovecharé para ir a hacerme la prueba de sangre.

El médico de la policía ni siquiera se molestó en preguntarme para qué quería yo una prueba sanguínea. Estaba tan ocupado con otras cosas que tuve suerte que me diera un espacio a mí. Dijo que podría recoger mis resultados al día siguiente a primera hora. Lo haré antes de ir a recoger a Keren.

Cuando menos lo pensé, el día ya se me había ido, el sol ya se había puesto y la hora de enfrentarme a Darío había llegado. Me escondí un arma en una funda cerca del tobillo, por cualquier cosa que pudiera salir mal. La verdad, estaba un poco nervioso; sé defenderme, pero no soy un hombre de acción. De serlo me habría hecho policía, no psiquiatra.

Estacioné el auto cerca de la entrada, donde estuviera más oscuro para que fuera difícil verlo, pero que fuera de fácil acceso para mí.

El burdel ya estaba casi a reventar cuando entré. De nuevo ese repugnante olor a sudor y polvo saturó mi nariz.

Busqué a Keren con la vista y no tarde en encontrarla. Salía de una de las habitaciones con un político famoso pegado a ella. No tenía que preguntarle que hacía con él en este lugar, eso era más que obvio. Sentí una creciente ira dentro de mí, en ese momento quise ir a golpear al fulano y

después desaparecer. Keren podría no ser nada mío aún, pero lo sería en unas cuantas horas y no debía permitir que cualquiera llegara a ensuciar mi lugar.

“No, Ezequiel”, escuché la voz de Elyon dentro de mí, “Ten calma, todo estará bien”.

Consideré ignorar su voz, seguir mis instintos e irme para jamás volver. Pero, por alguna razón, no lo hice. Mi enojo era más grande que mi orgullo. Caminé y me abrí paso entre las personas a empujones. Todos se quejaban a mis espaldas, pero ninguno intentó detenerme o golpearme.

—Fue un rato muy agradable —decía el político a Keren—. Te invito un trago para recompensarte.

Me interpose entre ellos y miré furioso al infeliz político. Estuve a nada de golpearlo, si me hubiera dado indicios de que quería pelea, lo habría hecho con gusto. Pero resultó ser un cobarde, levantó las manos y puso cara de inocente.

—Tranquilo, amigo —me dijo—, no hay problema. No detendré más a la preciosa Keren. Todos necesitan de un tiempo con ella ¿no es cierto? Nos vemos garañón.

Me dio una palmada en hombro con su última frase y se alejó. Eso terminó de llenar mi vaso y di un paso hacia él, quería partírle toda la cara por ser tan desgraciado. Keren me detuvo con fuerza del brazo.

—No, Ezequiel, no lo hagas —pidió.

Me giré hacia ella con la ira estampada por toda mi cara.

—¿Por qué te acostaste con él? —solté de pronto.

Ella se quedó callada, estaba asustada de verme así. Dio un paso hacia atrás, como si fuera golpearla.

—Tú dijiste que viniera a trabajar —dijo con un hilo de voz. Había lágrimas asomándose por sus ojos.

—No tenías por qué acostarte con nadie —le reclamé—. Sabías que iba a venir, sabías que mañana te casarías conmigo ¿y aun así decidiste acostarte con otro?

—¿Qué se suponía que hiciera? Tú ya sabías lo que soy.

—Una hora, Keren, una hora, fue todo lo que me tardé en venir y no pudiste guardarte ni una hora.

Sé que mis palabras son duras, pero no creo que pueda endulzarlas ahora. De verdad estoy muy molesto. Keren se recarga en la pared y comienza a llorar.

—¿Dónde está Darío? —le pregunto sin tomar en cuenta sus lágrimas.

—No... no creo que quiera esto —gimotea.

Suspiro para tratar de calmarme, me quito los lentes y tallo mis ojos. En este estado los dos, no llegaremos a ningún lado.

—Escucha, lamento cómo te hablé —para ser sinceros, no lo lamento, pero se lo digo para que se calme y responda a mi pregunta—, no debí hacerlo. Pero de verdad necesito saber dónde está Darío.

Le doy un pañuelo para que limpie sus lágrimas y poco a poco se calma.

—Está arriba —dice sin mirarme—. Debe estar en su oficina, es la primer puerta por el pasillo.

—Gracias —le digo.

Aún con la ira en mi interior voy hacia dónde Keren me dijo. Ahora ya no me preocupa si las cosas se ponen mal. De hecho, casi deseo que alguien me dé motivos para pelear, sólo así podré sacar todo el enojo que traigo dentro.

Abro la puerta de un empujón. El famoso Darío está sentado en un escritorio y habla por teléfono. Es un anciano con un horrible gusto por la ropa, toda la oficina huele a marihuana y está

casi a oscuras.

—¡Ey! ¿Quién te crees que eres pedazo de...?

Le arrebató el teléfono de las manos antes de que termine de insultarme, lo tiro al suelo y se hace pedazos.

—Sí que tienes agallas idiota —dice, para mi mala suerte no salta sobre mí para golpearme—, ¿Qué rayos quieres?

—Voy a comprarte a una de tus trabajadoras —tengo los puños tan apretados que casi hago que me sangren las manos.

Me esperaba que se riera de mi propuesta, es un completo ignorante que no sabe lo que le puede llegar a pasar si no acepta mi trato.

—Eres más idiota de lo que pensé —contesta—. No voy a venderte a ninguna de mis nenas por mucho que te guste.

Me apresuro a rodear el escritorio y tomarlo del cuello, tengo toda la intención de ahorcarlo hasta que no respire más. Él estira su mano derecha para presionar un botón en el escritorio, me imaginé que era para llamar a sus guardias. Pero antes de que pueda tocarlo, saco un cuchillo de mi cinturón y le hago un corte en la mano. La retira de inmediato con un gemido y la aprieta contra su pecho.

—Tú vas a aceptar el trato que te dé —amenazo—, si sabes lo que te conviene infeliz.

—¿O qué? —dice con los dientes apretados de coraje y dolor—. Tú no sabes quién soy, y si quiero, puedo matarte ahora mismo.

Lo azoto con fuerza en el piso, está claro para ambos que él con sus cincuenta años encima no podrá conmigo y mis uno noventa de estatura.

—Te mataría yo antes —contesto—. Acepta mi trato, o lo menos por lo que tendrás que preocuparte, será por tu asqueroso negocio.

—¿Quién eres? —pregunta.

Le pongo un pie en el cuello para que deje de moverse.

—Eso no te incumbe, lo único que debes saber es que puedo clausurar tu maldito burdel y darte cadena perpetua.

—¿Eres policía? —pregunta.

—Así es. Y lo mejor para ti será que no nos busques una vez que nos vayamos.

Le quito el pie de encima y saco de mi chaqueta un cheque con una exorbitante cantidad escrita en él y se lo arrojo a la cara. Me doy la vuelta y salgo de ahí. Si con eso nos dejará en paz no lo sé. Pero lo dejará tranquilo por un tiempo.

Bajo rápido las escaleras y vuelvo a buscar a Keren, ella está en el mismo lugar que la dejé, no se ha movido para nada.

—Vámonos de aquí —le digo.

Ella se levanta y me sigue con la vista clavada en el suelo. Tiene los ojos rojos, me parece que ha llorado todo el tiempo que la dejé sola.

Le abro la puerta del carro y los dos nos subimos en silencio. Ni una palabra sale de nuestras bocas mientras conduzco camino a su casa. Ella mira por la ventana y gimotea de vez en cuando. Yo también evito mirarla. Reconozco que fui yo quien le dijo que fuera a trabajar, pero la verdad no pensé que tan rápido alguien requiriera sus servicios. En mi mente, yo me apresuré a llegar para que nadie la tocara, pero me equivoqué y no hay peor cosa para mí que sentirme traicionado. Incluso puedo decir que me siento herido, hablar tanto de mi boda hoy me hizo ilusionarme y emocionarme. Después de lo que pasó, toda esa ilusión cayó por una ventana y se hizo pedazos.

Intento recordarme la promesa de Elyon de que sólo será un año, que esto no será para

siempre. Eso es lo que me anima un poco.

Estaciono el auto justo enfrente del edificio de apartamentos. Keren masculla un “gracias” y se apresura a abrir la puerta.

—No, Keren, espera —la detengo y cierro la puerta de nuevo.

No quiero empezar nuestra relación así, quiero intentar que este año sea más fácil para los dos y no será así si no hablamos de ciertas cosas primero.

Tomo a Keren de la barbilla y la giro hacia mí. Aunque tengo su rostro de frente, ella evita mirarme.

—Lamento mucho haberte hablado de esa forma —me disculpo—. No debí hacerlo, pero quiero que me entiendas. No me gustaría que fueras de ningún otro hombre. No importa que este matrimonio sea una pantalla, yo quiero que me respetes y yo también te voy a respetar ¿de acuerdo?

—No soy tu esposa de verdad —reprocha—. No tienes derecho a pedirme nada.

—No es sólo por mí —recalco—. Es por ti, porque abandones esa vida que llevabas hasta el día de hoy. Desde hoy eres una nueva mujer, con todo por delante. No hay nada envidiable en la vida que llevabas, olvídala porque ya está en el pasado.

—Si yo hago eso, entonces yo quiero que tú hagas algo —pide.

—¿Qué cosa?

—Que dejes de verme como si fuera un ave herida, que sin tu ayuda se muere.

—Jamás te he visto de esa manera.

—Sí lo haces —se apresura a decir—. Cada vez que apareces. Primero eres grosero y luego te arrepientes y eres amable. Dejas ver tus verdaderos sentimientos hacia mí y luego, actúas como si tuvieras una especie de deuda que pagar o promesa que cumplir. No hagas eso, no estás obligado a ayudarme, si te alejas, encontraré la manera de salir adelante.

Reflexiono en lo que acaba de decirme, tal vez tiene razón y he manifestado que estoy aquí más por obedecer a Elyon que por amor a ella. Si quiero que este año sea agradable para los dos, debo ser más atento.

—Muy bien —acepto—, te prometo que seré más atento y te demostraré que soy un buen hombre.

Ella asiente en silencio, ahora me siento mal por haberla hecho llorar. Me inclino hacia ella y la abrazo. Me corresponde y hunde su frente en mi hombro. Después de unos segundos la suelto y salgo a abrirle la puerta.

—Vendré por ustedes en unas horas —aviso.

—Gracias —susurra.

La acompaño hasta la puerta de su casa y ahí nos despedimos.

Keren

Al cerrar la puerta a mis espaldas, me di cuenta que tenía mucho tiempo que no pasaba una noche en mi casa. Es una sensación agradable el saber que no tengo que volver a ese lugar nunca más. Aunque aún tengo un mal sabor de boca por todo lo que pasó con Ezequiel, me sentí culpable después de verlo tan molesto cuando me vio salir de las habitaciones. No creí que fuera a tomar las cosas así.

Me asomo al cuarto de Esteban, él sigue dormido, tal como lo dejé. Su respiración es acompasada y calmada, me alejo de ahí para no despertarlo.

Me acuesto en el sofá de la sala, no puedo hacerlo en mi cama porque he empacado la mayoría de mis cosas y las coloqué todas sobre ella.

Sé que no podré dormirme pero quiero hacer el intento, mañana será un día ajetreado y con muchos cambios. Un día así, había estado sólo en mi imaginación; es raro mirar a mi alrededor y ver muchas cajas anunciando una nueva vida. También noté un cambio en Esteban, mientras empacaba sus cosas más importantes, pude oírlo hablar consigo mismo y contarse lo maravilloso que sería cambiarse de casa.

Tengo mis dudas sobre este radical cambio, lo que pasó con Ezequiel hace rato me hace preguntarme si de verdad podré mantener esta nueva vida. Ahora todos esperarán que me comporte como una señora de sociedad, criticarán mis modales y esperarán que esté siempre colgada del brazo de mi nuevo esposo. Sé que será difícil, pero al menos debo intentarlo.

Ezequiel llegó a las siete de la mañana, había conseguido dormir unos minutos cuando escuché que alguien tocaba a la puerta. Me levanté amodorrada y fui a abrirle. Él no tenía mejor aspecto que yo, por las ojeras en sus ojos deduje que tampoco durmió durante la noche.

—Hola —lo saludé—. Pasa, iré a despertar a Esteban.

—Muy bien —contestó—. ¿Qué me llevo primero?

—Lo que sea, toma cualquier caja.

Ezequiel entró y tomó sin ninguna dificultad dos cajas que estaban sobre la mesa de la cocina. Lo bueno es que no hay muchas escaleras que bajar.

Abrí despacio la puerta del cuarto de mi hijo y luego fui a sentarme a su lado. El movimiento que hice fue suficiente para que abriera los ojos.

Se talló su carita unos segundos y poco a poco me reconoció.

—Hola, mami —dijo con voz adormilada.

—Hola, tesoro. ¿Cómo dormiste?

Esteban asintió con la cabeza y bostezó, con eso supe que había pasado una buena noche.

—Ya ha llegado la hora de irnos, amor —le recordé.

Su cara se iluminó con mis palabras y saltó en su cama.

—¡Sí, sí, sí! —gritó emocionado—. ¡Ya guardé a *loquillo* mami!

Para él sus DVD'S de *El pájaro loco* son lo más importante, y el día de ayer fue lo primero que empacó cuando le dije que guardara en cajas lo más importante.

—Qué bueno tesoro, no podíamos dejar a *Loquillo* atrás ¿verdad? Ahora, vístete, yo ayudaré a Ezequiel a bajar las cajas ¿de acuerdo?

No le dije dos veces que se vistiera, saltó de su cama y fue a cambiarse la pijama. Cuando yo

salí de nuevo a la sala, Ezequiel ya venía de regreso para llevar más cajas, la verdad no eran muchas. Consideré que la mayoría de nuestras cosas serían inservibles en una casa como la de él.

Media hora fue lo que nos tardamos en cargar el jeep, Esteban miró a Ezequiel todo el tiempo con una especie de admiración. Él no se dio cuenta, pero mi hijo lo imitaba en muchas formas.

Fue toda una impresión cuando llegamos a su casa. Era enorme en comparación con nuestro antiguo departamento. Un señor mayor nos abrió la puerta del jardín principal, saludó muy efusivo a Ezequiel y luego nos miró a nosotros con una media sonrisa.

Ezequiel estacionó el jeep frente a la puerta de la casa y entre él y el señor mayor, que nos presentó como Simón, cargaron las cajas hasta el segundo piso.

Ezequiel ya había preparado dos habitaciones para nosotros, una para mí y otra para Esteban. Mi hijo estaba rebosante de alegría cuando entró en su nueva habitación, era el doble de grande que la última y tenía una televisión propia. Lo dejamos acomodar sus cosas como mejor le pareciera y él se veía muy feliz con ello, comenzó a colocar todos sus dinosaurios en los estantes que Ezequiel le había puesto el día anterior.

—Esta será la tuya —me indicó y abrió una puerta justo al lado del cuarto de Esteban—. Espero que te guste y estés cómoda.

Cómo no estar cómoda en esa habitación, tenía una hermosa vista hacia las montañas y era amplia y bien ventilada.

—Gracias, es muy hermosa.

—La habitación al final del pasillo es la mía —indica Ezequiel—, si necesitas algo, pídemelo, a mí o a Simón o a su esposa Martha. Ellos viven en la casa de al lado.

Del otro extremo del pasillo hay una ventana que da al lado izquierdo de la casa, Ezequiel me guía hasta ahí para mostrarme el hogar de Simón y Martha. Es pequeña, pero se ve muy acogedora. Afuera de ella veo a una señora mayor que riega sus plantas, supongo que ella será Martha.

—Viven ahí —comenta Ezequiel—, pero la mayor parte del día están aquí, en esta casa que ahora es tuya.

—Muchas gracias por todo Ezequiel —le digo—. Esto es maravilloso.

Lo miro con una sonrisa en mi cara, la verdad esto es más de lo que pensé recibir de su parte.

—Te dejaré para que te instales —contesta y me da un leve apretón en el hombro.

Cuando Ezequiel se fue, lo menos que pude pensar fue en acomodar mis cosas, la casa estaba tan fuera de lo común para mí que me dediqué a mirar por el inmenso ventanal. En la parte trasera había un extenso jardín, a pesar de estar en invierno, todo se veía verde y bien cuidado. Supongo que eso se debía al trabajo de Simón. Lo vi abajo, podando unos arbustos. Todo el jardín estaba lleno tan de árboles que parecía que la primavera ya se había instalado en esta casa. Me alegré mucho por Esteban, ahora tendría mucho espacio para jugar. Cuando vivíamos en el departamento casi no le permitía salir a jugar, no teníamos patio y la calle era muy peligrosa, pero ahora no tendré ningún pretexto para impedir que se divierta.

Salgo de mi habitación y voy hacia donde mi hijo está. Lo veo tararear una canción y acomodar sus juguetes.

—¿Estás feliz en esta casa? —le pregunto. Él se da la vuelta y me mira emocionado.

—¡Sí, mami! ¿Podemos quedarnos para siempre?

Sonríó al verlo tan feliz.

—Bueno, no sé si para siempre, pero al menos estaremos aquí un buen tiempo.

Se ve contento cuando digo eso.

—¿Ya viste el enorme jardín que hay aquí mami? ¡Podremos jugar a muchas cosas!

—¡Sí, lo vi! Es hermoso ¿verdad?

—¡Mucho! ¡Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida!

Esta vez comparto su felicidad, por primera vez en mi vida siento que todo comienza a mejorar.

Tan sólo me preocupa el cómo reaccionarán las personas del DIF cuando lleguen a mi casa y encuentren que me he ido. Ezequiel y yo planeamos muchas cosas y nos ocupamos tanto en ellas, que no pensamos en decirles de los cambios que estábamos haciendo.

Termino de acomodar mis pocas pertenencias y junto con Esteban, salimos a dar un paseo por el jardín, me insistió tanto que no pude negarme. Al poco rato Ezequiel se nos unió, nos mostraba todo sobre la casa.

—Por allá hay una pequeña piscina —decía—, por ahora no está funcionando. No es posible usarla en invierno, pero en cuanto entre la primavera y el clima sea favorable, podremos usarla.

—Es genial —comento.

—Me gusta mucho vivir aquí —dice Ezequiel—, no hay mucho ruido, y los vecinos son agradables.

—Pero, casi no tienes —señalo.

—Por eso lo digo.

Nos echamos a reír después de eso.

—Nadie viene a pedirme tacitas de azúcar —continúa Ezequiel.

—¿No te aburres de tanta soledad?

Ezequiel guarda sus manos en las bolsas de su pantalón y caminamos mientras Esteban explora el jardín.

—La soledad es muy desestimada hoy en día —contesta—. Es bueno estar solo de vez en cuando, es la manera de invertir tiempo en ti mismo. Pero también es bueno invertir tiempo en los demás, a mí me gusta pensar muy bien en quién invierto mi tiempo. Porque es algo valioso, mucho más que el dinero, y además, una vez invertido no lo recuperas.

—Tienes razón —admito—, pero creo que pensar demasiado con quién pasas tiempo te priva de la sorpresa de encontrar nuevas personas. Y de experimentar nuevas relaciones.

Ezequiel detiene su caminar para mirarme. No sé si está sorprendido de que alguien lo contradiga.

—¡Mami mira! —exclama Esteban—. ¡Mira lo que encontré!

Esteban corre hacia nosotros, está tan emocionado por lo que encontró que no quita la vista de sus manos. Ni siquiera mientras corre, abre sus ojos lo más que puede y protege con todo su cuerpo lo que carga.

—¿Qué es tesoro? —pregunto.

—¡Un caracol! —grita y nos muestra al pequeño animalito en sus manos.

Ezequiel y yo nos inclinamos para verlo más de cerca.

—Es muy bonito —comento.

Esteban está tan absorto en su descubrimiento que ignoró mi comentario. Se puso a gatas y tomó un palo del suelo, lo vi con toda la intención de picotear al caracol con él.

—¡Wow! Tranquilo amigo —lo detuvo Ezequiel—, vas a lastimar al pequeño caracol.

Al principio Esteban se contuvo preocupado, por si Ezequiel lo iba a regañar, pero en cuanto vio la amable sonrisa que le dedicó, se relajó y también le sonrió.

—Ven conmigo —lo invita Ezequiel—, los animalitos como este ayudan a que el jardín se vea más hermoso.

Ambos se pusieron en cuclillas en una de las macetas que adornaban las paredes de la casa. Ezequiel tomó con delicadeza el caracol de las manos de mi hijo mientras él lo miraba con mucha atención, aprendía de todo lo que le decía.

—¿Ves? —comentó Ezequiel cuando volvió a colocar al animalito en la maceta—. Ahora el caracol está feliz de estar de nuevo en su casa. Está agradecido contigo por haberlo regresado.

Esteban sonríe y luego aplaude, Ezequiel lo hizo sentirse importante al decirle que había ayudado al caracol. Mi hijo se quedó un buen rato observándolo, el caracol es todo un evento para él. Ezequiel se levanta para dejarlo con su nuevo amigo.

—Gracias —le digo cuando está de nuevo a mi lado.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Por enseñarle eso.

Ezequiel se encoge de hombros.

—No es nada, me agrada Esteban.

—Tú también le agradas.

Ambos nos dedicamos a mirar a Esteban, es una escena enternecedora la que nos ofrece.

—Señor Espadas —llama Simón.

—¿Sí? —contesta Ezequiel.

—Alguien lo busca en la sala.

—¿Quién es Simón?

—Una dama, dice ser trabajadora del DIF.

Mi corazón se aceleró al máximo cuando escuché esas palabras ¿qué tal que no funciona esto de cambiar de vida? ¿Y si aún insisten en quitarme a mi hijo? Miro preocupada a Ezequiel, pero él se ve calmado, como si hubiera esperado esta visita. Me toma de la mano y la aprieta para transmitirme su seguridad.

—Tranquila —me dice—, todo estará bien. Espera aquí.

No aguarda por una respuesta de mi parte, solo se va hacia la sala. Tal vez debería hacerle caso y quedarme en el jardín, pero estoy tan nerviosa que lo sigo sin que se dé cuenta. Me oculto detrás de la puerta para escuchar todo lo que dicen.

—Hola, Rut —saluda.

—¿Qué pretendes Ezequiel? —la voz de ella es algo exaltada.

—Nada malo o preocupante —contesta Ezequiel—. Dijiste que ella necesitaba un cambio radical para que dejaras a su hijo con ella.

—¿Desde cuándo ofreces casarte con todas las mujeres que están en peligro de perder a sus hijos?

—No creo que eso le incumba al DIF.

—Estoy aquí porque soy más tu amiga que trabajadora del DIF. Me preocupa esta decisión que tomaste. No puedes cargar con la responsabilidad de un niño y una mujer de honor dudoso.

Cosas como esta era las que pensé que no tardarían en suceder. Todos me ven como una molestia, o un peligro para un hombre tan respetable como Ezequiel. Esta mujer me llamó “responsabilidad”, solo para no sonar tan grosera. Pero la verdad, puedo ver más allá de sus palabras, sé que piensa que soy muy poca cosa para su amigo y que yo no lo merezco. Me siento furiosa, quisiera gritarle que no necesito de nadie y que tampoco tiene por qué preocuparse por su amigo, él puede dejarme en cuanto le plazca y yo buscaré mi camino.

—Mis decisiones son asunto mío —responde Ezequiel.

—Soy tu amiga, también me importa tu bienestar —recalca ella.

—Qué bueno, entonces alégrate, porque estoy muy bien.

Ambos se quedan callados, me parece que a ella le molestó la última respuesta de Ezequiel.

—Vivir contigo no es suficiente para ella —dice para cambiar el tema—. Si no me muestras el acta de matrimonio, esto no le valdrá de nada y me llevaré a su hijo.

—Te invito a la celebración de nuestra boda —dice Ezequiel—, será en cinco horas, en el registro civil.

—También necesito que me compruebes que el niño ya está inscrito en la escuela —Rut ignoró la invitación de Ezequiel.

—Mañana comenzará sus clases. Ayer fui a inscribirlo en la escuela primaria *Benito Juárez*. No tenía idea de que hubiera hecho todo eso en un día.

—Veo que pensaste en todo —comenta la licenciada en tono agridulce.

Ezequiel guarda silencio.

—Bien —continúa ella—, espero que seas feliz.

No sentí sinceridad en sus últimas palabras, pero aun así, Ezequiel le agradece sus “buenos” deseos y la despide, ella se va sin más. Oigo a Ezequiel caminar hacia donde yo estoy. No se ve sorprendido cuando me encuentra detrás de la puerta.

—Aquí estabas —afirma.

—Quería saber qué quería la licenciada.

—No te preocupes, ya tenemos todo arreglado y no tiene motivos para llevarse a Esteban.

—Oh, supongo que te debo la vida por eso —digo con amargura.

Ezequiel frunce el ceño sin comprender mi actitud. No entiende que me molesta que me vean como alguien inferior a él.

—No tenías qué defenderme —suelto molesta—. Ya te he dicho que no necesito tu ayuda.

—¿Por qué estás molesta conmigo? —dice exaltado.

—No me gusta que tus “amiguitas” piensen que soy menos que tú, quiero dejar bien en claro que no necesito de nadie.

—¿A quién le importa si mis “amiguitas” piensan que eres menos que yo? Tú y yo sabemos que no es así. Olvídalo, ella solo se preocupa por mí, eso es todo.

—Claro, porque necesitas de alguien que diga lo que tú piensas —le reclamo—. Yo sé que piensas lo mismo, pero no tienes el valor de decírmelo a la cara.

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que he hecho por ti y por Esteban?

—¿Ahora me lo vas a cobrar? Puedo pagar por mi hospedaje en esta casa, si tanto te molesta.

Vi cómo miles de palabras se quedaron atoradas en la garganta de Ezequiel. Suspiró profundo y restregó sus ojos con sus manos.

—Keren —dice con calma—, ya habíamos hablado de esto. Intento ser amable, yo sé que tal vez te molestó lo que Rut dijo, pero no es algo que a mí me haga cambiar de opinión respecto a ti. Olvida lo que dijo —se acerca a mí para tomarme de la mano—. Yo quiero estar contigo.

Sus palabras son sinceras a mi parecer y me calmo, comprendo que exageré con él, pero de verdad me molestó la actitud de Rut, y más que molestarme, me hicieron sentir mal e inferior.

—Lo lamento —me disculpo con Ezequiel—. Es solo que...

—Está bien —me interrumpe—, te entiendo, fue muy grosero de su parte y estás molesta.

—No debí reaccionar así contigo —admito.

—No hay problema. Olvidémoslo.

Respiro profundo, Ezequiel me invita a salir de nuevo al jardín, me parece buena idea. También quiero olvidar este evento.

Keren

Estoy tan nerviosa que no paran de sudarme las manos, ya sé que esta boda no es del todo real, pero aun así, no puedo evitar sentirme presionada. Ni siquiera sé que ponerme, estoy revolviendo todas mis prendas pues ninguna me convence del todo.

Saqué tres vestidos que son los que podrían ser aptos para una ocasión así, pero tienen un no sé qué, que no me termina de agradar. También tengo que pensar en cómo vestiré a Esteban. Casarme ya me está dando dolores de cabeza.

Después de mucho pensarlo, me decido por un vestido color beige, pegado al cuerpo y que me llega hasta las rodillas. Elijo unas zapatillas a juego, de color café oscuro. Siempre me han gustado esas, aunque casi nunca las usaba, siempre me hacen ver mucho más alta y a la mayoría de los hombres eso no les agrada, sin embargo, ahora estaré parada junto a Ezequiel un buen rato y eso no será problema con él.

—¿Puedo pasar? —la voz de Ezequiel me sobresalta, estaba concentrada viendo mi vestido.

—Ezequiel, sí, pasa —contesto.

Él entra con algo en sus manos, una pequeña cajita negra con letras doradas.

—Es muy bonito —dice del vestido.

—¿Tú crees? Tengo dudas sobre él, no es del estilo para una boda.

—Yo creo que te verás muy guapa en él.

—Gracias —le respondo sonrojándome. Fue un lindo comentario.

Se sienta en mi cama y me mira, yo estoy de pie frente a él.

—Keren —dice—, quiero regalarte algo, y me gustaría, si tú quieres, que lo uses hoy en nuestra boda.

—¿Qué cosa? —pregunto.

—Esto.

Ezequiel abre la cajita que traía y me deja ver una preciosa esclava de oro, con unas letras grabadas en ella “*Señora de Espadas*” ponía la inscripción.

—Mi madre la usó el día de su boda —comenta.

—¿Es importante para ti? —pregunto.

Él asiente.

—Lo haré —afirmo—. Si es importante para ti, entonces lo haré.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Me siento a su lado en la cama. Pienso que casi no sé nada sobre él, y si vamos a estar casados, aunque sea de mentira, necesito empezar a conocerlo.

—¿Qué fue de tus padres? —le pregunto.

—Murieron —dice con un suspiro—, hace seis años. Un accidente de auto. Mi padre murió al instante, pero mi madre sobrevivió una semana más. Era invierno y ellos habían salido a celebrar sus bodas de plata. La carretera estaba congelada y el auto derrapó hasta chocar con una pipa industrial. En su última semana, mi madre me dio su esclava y me dijo que se la diera a la chica indicada.

Guardo silencio ante su pérdida. Aunque fue hace tiempo, siempre es difícil superar eventos de esa magnitud.

—Lamento mucho lo de tus padres —comento.

—Sí, también yo —dice con semblante triste—. Nunca se es demasiado grande como para no resentir la muerte de tus padres ¿no?

—Eso creo.

Imagino que sus padres fueron buenas personas, yo no me quejo de mi madre, pero tampoco tengo muchos recuerdos gratos de ella, y de mi padre, bueno, cualquier recuerdo que pueda tener de él ya se ha desvanecido con el tiempo.

—Hoy es el día de nuestra boda —dice Ezequiel—, no hablemos de cosas tristes.

—De acuerdo —coincido.

El ambiente se estaba tornando un poco taciturno, cuando debería ser festivo.

—Me voy —anuncia Ezequiel—, dejaré que te pongas más guapa.

Se levanta y me dedica una sonrisa con un amistoso apretón de mano.

En cuanto sale por la puerta, tomo mis productos de aseo y me encamino a darme una ducha. Debo apresurarme porque también necesito arreglar a Esteban y solo tengo tres horas para hacer eso y más.

El baño, al igual que toda la casa, está lleno de lujos, tiene una tina de hidromasaje, dos lavamanos, gabinetes de caoba y muchos otros artefactos más. En otra ocasión me daré el tiempo de usar la tina, se ve muy relajante.

Tomo mi ducha rápida y enseguida meto a Esteban, tampoco gasto mucho tiempo en él, lo único que me preocupa, es que no tengo ropa elegante para él, no sé qué voy a ponerle.

—Pues mi camisa de *loquillo* mami —sugiere él.

—No creo que podamos llevar a *loquillo* hoy corazón. Necesitamos ponerte un traje.

—Pero no tengo trajes.

Estaba dando una tercera vista a toda su ropa para tratar de encontrarle algo, cuando llegó Martha, la cocinera.

—Supuse que tendría problemas para vestir al niño —dice—. Tengo este trajecito que fue de mi nieto. Ahora ya no le queda, supongo que no le molestará que se lo regale.

Tomo la ropa que me ofrece, es un bonito conjunto gris, con una corbata negra. Sé que Esteban se verá muy guapo en él.

—Podría tener algo para ti también querida —ofrece Martha.

—Gracias —contesto con una sonrisa—. Creo que ya he encontrado algo para mí entre mis cosas.

—¿De veras? —dice incrédula—. Oh, sí ya lo vi. Es muy bonito, pero... No, no, no. Ese vestido está muy corto, creo que al señor Espadas le gustará que uses algo menos... revelador.

—La verdad, ya me he decidido por este —indico—, y estoy segura que a Ezequiel no le molesta.

—Querida, he vivido con el señor Espadas por años, lo conozco muy bien. Él es más del estilo serio y recatado. Le gustará algo más largo, estoy segura.

Los comentarios de esta señora están comenzando a irritarme, no le he pedido su opinión. Como quisiera que se marchara de una vez.

—Estoy muy bien, Martha. Usaré este vestido —recalco.

—Está bien —admite sin darse cuenta de mi molestia—, pero si lo piensas mejor, estaré en la cocina ¿de acuerdo? Adiós pastelito —le dice a Esteban.

Cierro con fuerza la puerta detrás de ella. Que molestia de señora. Olvido el asunto cuando volteo a ver el reloj y veo que tengo poco tiempo.

Visto a Esteban primero y luego me siento frente al espejo para arreglarme yo. Me da tanto

coraje cuando por las prisas me mancho de rímel. “Calma, Keren, calma” me digo a mí misma “así te tardarás más”.

Relajo mi pulso para no volver a mancharme y termino justo a tiempo. Como quisiera tener una cámara fotográfica justo ahora para tomarle una foto a mi hijo, se ve tan adorable en su nuevo trajecito. Pero de todos modos ya no hay tiempo. Salimos Esteban y yo de la habitación y en el pasillo nos encontramos con Ezequiel.

No puedo creer lo que mis ojos ven. Ezequiel se ve tan guapo, que casi lamento que esta boda no sea del todo real. Usa un elegante traje de marca y su cabello está peinado en un estilo alocado, se ve como un modelo de revista. Sus lentes ayudan a darle ese toque intelectual que tanto enamora.

Después de apreciar su figura, me doy cuenta de que él también me mira con atención. Sólo que él no reacciona u oculta que me está mirando. Se queda parado junto a su puerta, como una estatua.

Me acerco hacia él, pero ni mis movimientos hacen que deje de mirarme con demasiada atención, comienzo a sentirme alagada.

—Estamos listos —anuncio.

—¿Qué...? Oh, sí —reacciona—, ¡Qué bien! Yo, también.

—¡Excelente! Vamos —lo invito.

Comenzamos a bajar por las escaleras y luego él se apresura a alcanzarnos.

—Te ves hermosa —me dice al oído.

Esta es la segunda vez que me hace sonrojarme en el día.

—Gracias. Tú también te ves bien —contesto.

Los tres nos subimos en el auto de Ezequiel, sé que Simón y Martha también irán a la boda, pero ellos usarán su propio auto.

Llegamos cinco minutos antes al registro civil. Ahí ya nos esperaban los testigos que Ezequiel había conseguido. Rebeca, según dijo, y Pablo. Ambos compañeros del trabajo.

—Buenos días, afortunada señorita —me saluda Pablo—. Qué gusto que me hayan invitado a su boda.

Me parece que es un completo bufón ese Pablo, pero también es agradable, al menos, no me miró con desdén como la mayoría lo hace. Rebeca también se portó amable conmigo, aunque un poco más distante. En el camino, Ezequiel me contó que ella es una de sus mejores amigas, y que era importante para él que ellos dos estuvieran presentes en este día. A mí me hubiera gustado invitar a Talita, pero todo sucedió tan rápido que no lo pensé con tiempo.

El juez llega y nos invita a todos a tomar nuestros lugares. Rebeca y Pablo se sientan en unas sillas detrás de nosotros, más atrás de ellos, están Simón y Martha con Esteban cerca de ellos. Nosotros estamos de pie frente al juez con un escritorio entre nosotros.

—Muy bien —comienza el juez—. Una vez revisada toda la documentación podemos proceder. Se aclara la garganta, abre su carpeta y la acomoda en el escritorio.

—Es necesario que antes de casarlos —anuncia—, ambos entiendan muy bien lo que están haciendo. Casarse es una de las decisiones más importantes para el ser humano. Es más que hacer un contrato donde aceptas vivir con una persona para siempre, es hacer un contrato con el sufrimiento, con la bondad, con el continuo aprendizaje. Si estás con la persona equivocada, llegará el día en que el matrimonio se acabe...

“Genial” pienso “nos enumerará todos los desastres que viviremos”

—...cada quién tomará su rumbo —continúa el juez—, y la historia terminará sin más. Pero, si estás con la persona correcta, llegará el momento en el que ambos quieran renunciar, donde el sufrimiento será mayor que la bondad o los sentimientos que los trajeron a este momento, pero los

dos decidirán quedarse, porque el amor será mayor que las diferencias y que el sufrimiento. Porque si clasificáramos a las virtudes, el amor sería el rey de todas ellas, porque no sólo es un sentimiento, sino que crece hasta convertirse en una decisión activa que se vuelve más fuerte ante la adversidad.

Ezequiel y yo nos revolvimos inquietos en nuestro lugar, este juez parecía adivinar que sólo veníamos a crear una pantalla ante una institución gubernamental, y nos pidiera arrepentirnos para así no enfrentarnos a lo que nos acaba de describir.

—Es por eso que muy pocos sobreviven al amor —sigue el juez—, porque elegir mal, es dejar de creer en él y seguir fantasías que nunca terminan de complacernos. Cuiden que su amor no sea una fantasía, sino una decisión firme y real.

Siento cómo Ezequiel, al igual que yo, se esfuerza en contener más aire dentro de sus pulmones, el momento más importante de la boda parece estar muy cerca de llegar.

—Ahora, Ezequiel Espadas, ¿libre y voluntariamente consiente en contraer matrimonio con Keren Cordero?

Ezequiel mira al suelo y un nudo se me hace en el estómago y no sé por qué. Siento cuando su mirada se posa en mí, evito mirarlo, tengo miedo de lo que pueda pasar.

—Así es —contesta muy seguro.

Me volteo a él, ahora sigue mi turno.

—Muy bien —dice el juez—, Keren Cordero ¿libre y voluntariamente consiente en contraer matrimonio con Ezequiel Espadas?

No estoy segura de que esto sea libre, en un noventa por ciento es por miedo a perder a Esteban y el otro diez por ciento... No lo sé.

Me concentro en los ojos de Ezequiel, también veo algo de miedo en ellos, el silencio se ha apoderado de toda la sala, no sé por qué alguien no interrumpe este momento. No quiero equivocarme ni lastimarme o lastimar a otros.

Por fin respiro de nuevo y volteo a ver al juez.

—Así es.

—Muy bien —responde el juez—. Les pido entonces que cada uno firme en el lugar correspondiente de esta acta.

Ezequiel es el primero en tomar la pluma e inclinarse a firmar, después me pasa la pluma a mí, y firmo al igual que él. Pensé que me sentiría oprimida y triste cuando me supiera casada de manera oficial, pero para mi sorpresa, no siento nada de eso. Más bien me siento optimista y alegre.

—Testigos, por favor —pide el juez.

Rebeca y Pablo se acercan y firman en sus lugares sin ninguna tardanza.

—Entonces —anuncia el juez aclarándose la garganta—, yo los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Estrepitosos gritos resuenan en la sala, distingo sobre todo, la voz de Pablo. Demasiado burlona y escandalosa.

Estaba concentrada sonriendo a quienes gritaban, que se me olvidó el beso que Ezequiel debía darme. Sentí su mano sobre mi mejilla y me giré hacia él. Su rostro estaba contento y quizá hasta emocionado. Se acercó lento hacia mí y depositó un suave y sencillo beso en mis labios.

Ésta es la primera vez que lo beso. Una electrizante sensación recorrió todo mi cuerpo con ese rápido contacto. Me sonrojé de inmediato. Ezequiel me tomó de la mano y se volvió para sonreír a nuestra poca audiencia.

—¡Que vivan los novios! —gritaba Pablo.

Los demás se unieron a los gritos de Pablo con chiflidos y aplausos.

Ahora me da gusto que sean pocas personas las que estén aquí, no me imagino el escándalo que se habría hecho con más personas.

Ezequiel me encamina hacia los demás que esperan para felicitarnos. Pablo de inmediato se lanza sobre Ezequiel y lo abraza con efusión. Rebeca y yo casi no nos conocemos, así que sólo me da un apretón de manos y un rápido abrazo.

—Felicidades —me susurra al oído.

—Gracias —contesto.

Pablo por fin suelta a Ezequiel y Rebeca sigue a felicitarlo.

—Supongo que no irás a trabajar en varios días —comenta—, te irás a celebrar tu luna de miel ¿no?

—Pues...

—No —lo interrumpo—. Decidimos dejar la luna de miel para otra ocasión. Sé que Ezequiel está muy ocupado ahora y no me molesta dejar nuestro viaje para después.

No esperaba que dijera eso, en algún momento del día se me pasó por la cabeza que muchos preguntarían sobre nuestra luna de miel, pero de inmediato supe que no obligará a Ezequiel a gastar en un viaje innecesario.

Sus ojos expresan primero duda, y luego, cuando comprende lo que estoy pensando, sonrío agradecido.

—¿De verdad? —pregunta Rebeca.

—Sí —confirma Ezequiel—, resolvamos primero lo del asesino rojo y luego ya veremos. No creo poder viajar a gusto si sé que hay un asesino suelto en la ciudad.

—Vaya, pues entonces quiero agradecerles a ambos el que hayan tomado esta decisión. La verdad es preocupante este caso.

—Lo comprendo —contesto.

Cuando ya todos nos han felicitado, Ezequiel se despide y nos lleva de nuevo al auto.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—Bien —contesto con sinceridad—. Me gustó la ceremonia. Todo fue muy objetivo y acogedor.

—Sí —coincide—, pienso lo mismo.

Guardamos silencio, siento que compartimos el mismo sentimiento de calma.

—Quiero agradecerte —continúa Ezequiel—. No sé cómo supiste que estaba involucrado con las investigaciones del asesino rojo. Pero te agradezco por apoyarme.

—Pues, no estaba segura de que estuvieras involucrado. Te vi en el periódico una vez, y me lo imaginé. Pensaba más que no es necesario realizar un viaje de luna de miel.

—¿Por qué no?

—No gastemos más dinero en esta pantalla.

—No me molestaría gastarlo.

—A mí sí —respondo—, sé que lo harías de buen corazón, pero no es necesario, y no seré una mayor carga para ti.

—No eres una carga.

Descubro lo caballeroso que pude ser Ezequiel, veo que se esfuerza en cumplir su promesa de ser más atento. Pero esto va más allá de lo que necesito para salvar a mi hijo, y no lo haré pagar por más cosas de las requeridas, aunque lo haga de corazón.

—Hablemos después de esto —sugiero.

—Bien, de acuerdo —dice Ezequiel—. Sabes, me gustaría celebrar este evento en otro lado,

algo más privado, para nosotros tres.

—¿De verdad? —pregunto.

—Sí, te llevaré a buen lugar que conozco ¿quieres ir?

—Seguro. Me gustaría.

Ezequiel echa a andar el auto y se encamina hacia el centro de la ciudad.

Ezequiel

Regresamos a nuestro hogar hasta las once de la noche. Fue una velada maravillosa, me divertí en serio al lado de Keren y Esteban. Los llevé a comer al *Biko Nahm*, mi restaurante favorito. Me dijeron que también les había gustado. Después de eso, pasamos un rato agradable en la plaza de armas, comimos helado y reímos con los actos urbanos que presentaban ese día.

—Muchas gracias por todo —me agradeció Keren.

—No hay de qué. También me divertí.

—Buenas noches —se despide.

—Hasta mañana.

Keren entra en su habitación con sus zapatos en mano y cierra la puerta. Me voy hacia la mía, mañana tengo que presentarme a trabajar y debo descansar antes de enfrentarme de nuevo a la frustración del asesino rojo.

Al amanecer, me levanto primero que todos y desayuno en soledad. La casa está en silencio, no parece que hubiera nuevas personas viviendo aquí.

Pongo a funcionar la cafetera y espero un momento. No tengo mucha hambre esta mañana, ayer comí suficiente, incluso me siento pesado, abusé al pedir dos bolas de helado. De todos modos me preparo un cereal, sé que necesitaré llevar algo en el estómago hoy, si hay demasiada información o cosas que hacer, el almuerzo podría retrasarse bastante.

—Buenos días —saluda Keren a mis espaldas.

—Buenos...

Me interrumpo cuando me doy cuenta que estoy sin camisa en la cocina. Siempre ha sido mi costumbre bajar a desayunar sólo con mi pantalón pijama. De manera torpe intento cubrirme con mis brazos y la servilleta que tomé.

Creo que Keren ni siquiera había notado que no traía camisa, ella miraba distraída hacia la cafetera, sin embargo, volteo por todos los movimientos que hice.

Primero apareció una sonrisa en su cara y luego aumento hasta volverse carcajada. Fue muy torpe de mi parte lo que hice, “¿Qué me sucede?” me pregunté. Estoy seguro de que le di una escena bastante graciosa, ahora que lo pienso, de verdad fue muy gracioso y también me rio con ella. Pero es que jamás nadie me había visto así, sólo Martha y su esposo Simón cuando entraban a la casa, pero ya me había acostumbrado a ellos. Keren es una persona nueva y aún no me acostumbro a su presencia aquí, de haberlo pensado mejor, habría bajado con una camisa puesta, pero no creí que se levantara tan temprano.

—Tranquilo —dice todavía riéndose—, no abusaré de ti.

Me vuelvo a reír con más intensidad.

—Bien, bien —contesto—, ya puedo relajarme entonces. Perdona, es que todavía no me acostumbro a que haya nuevas personas aquí.

—Está bien, yo sólo bajé porque pensé que querrías desayunar antes de irte.

Keren se acerca a la estufa y la enciende.

—Pues... así es pero, no te preocupes. Desayunaré cereal, no tenías por qué levantarte temprano.

—Bah, está bien. Dormí muy bien anoche y... te lo debo. Por todo lo que has hecho por mí y

por Esteban.

—No me debes nada —recalco—, de verdad, no necesitas pagarme cada cosa que hago.

—Pongámoslo así, tú me ayudas y yo te ayudo ¿te parece?

Keren es un poco obstinada, lo admito, pero la amabilidad no debe ser negada, y sé que sólo intenta ser amable conmigo.

—Además —agrega—, un cereal no es desayuno suficiente. Necesitas más vitamina, un buen licuado de frutas te vendría bien.

No lo había pensado, pero un licuado suena muy bien para desayunar, sonrío y asiento con la cabeza.

—Muy bien —dice ella—, si quieres ve a cambiarte mientras yo hago licuado para los dos ¿sí?

—Claro. En seguida regreso.

Me giro para ir hacia mi habitación.

—Ezequiel

—¿Sí? —digo deteniéndome.

—¿Dónde...?

Comprendo su pregunta antes de que termine de formularla. No le he mostrado dónde está todo en la cocina.

—Oh, claro, todo lo que necesites está en estos gabinetes.

Abro todos los gabinetes para que vea donde están los platos, los aparatos electrónicos, la despensa y todo lo demás.

—Excelente —dice ella—, gracias.

Subo de dos en dos los escalones mientras oigo a Keren ponerse a trabajar en la cocina, ha sido un gesto de lo más agradable el que ha tenido conmigo hoy. Sé que podremos llevarnos bien, al menos, cuando todo esto acabe, tendremos una bonita amistad que nos unirá por años.

Cuando vuelvo a bajar, ya cambiado, Keren me ofrece un gran vaso de licuado y nos sentamos en la barra de la cocina para disfrutarlo juntos.

—Es la especialidad del chef —dice orgullosa cuando pone el vaso frente a mí.

—Démosle un vistazo entonces.

Ambos tomamos de nuestro vaso al mismo tiempo, yo le di un pequeño sorbo y de inmediato noté el sabor de la piña.

Keren en cambio bebió hasta la mitad del vaso y lo puso en la barra de nuevo con un suspiro de satisfacción.

—Delicioso ¿no? —me pregunta.

—Hmm, aja —respondo.

—¿Qué sucede?

—Nada... ¿Tiene piña?

—Sí, ¿Por qué?

—Nada, nada —repongo—, está rico, gracias.

No he engañado a Keren, notó la mentira en mis palabras.

—Oh no, eso no Ezequiel.

—¿Qué cosa?

Keren frunce el ceño.

—¿No te gusta la piña?

—Sí me gusta —digo sin mucha convicción.

—Claro, como no. Sé distinguir las mentiras a kilómetros de distancia, por si no sabías. ¿Cómo es posible que no te guste la piña?

Me encojo de hombros, hay ocasiones que las cosas no te gustan sólo porque sí, no hay una gran explicación detrás de eso.

—Oh, no. Creo que tú y yo tenemos un problema —apunta—. Me veré en la necesidad de enseñarte a comer la que es la mejor fruta de todas. La piña es mi favorita, por mucho. ¿De verdad no te gusta ni en jugo?

—No, es demasiado ácida. Me escalda la lengua.

—Qué llorón eres.

—¿Qué? —pregunto divertido—, ¿te oí llamarme llorón?

—Por supuesto que sí, la piña es la mejor de todas, y en la pizza sabe a gloria.

—¿¡Qué!?! —Pregunto incrédulo—, ¡no! Piña en la pizza es blasfemia a la buena comida, una falta de respeto.

—No te metas con la pizza hawaiana porque saltarán chispas, te lo advierto. Es más, trae acá.

Keren me arrebató mi vaso y lo pone junto al de ella.

—No eres merecedor de una delicia como esta —dice fingiéndose resentida.

—¿Y qué voy a desayunar entonces?

—No lo sé, busca algo por ahí. Quizá... cereal sin piña.

—Eres cruel —digo en broma.

—No me importa, ofender a la piña es ofenderme a mí también. Anda, anda, ya vete porque llegarás tarde.

Keren me corre haciendo ademanes con su mano, me señala efusivamente la puerta.

—¿Me estás corriendo de mi propia casa?

—Así es. Corre como el viento y no vuelvas hasta que admitas que la piña es la mejor de las frutas.

—Nunca lo haré.

Keren hace un fingido puchero que demuestra tristeza por mí, como si me dijera que entonces nunca volveré a mi propia casa. Se levanta y pone unas galletas en una bolsa de plástico y me la da.

—Toma tu lonche —dice—, para que no te de hambre mientras encuentras otra casa.

Estallo en carcajadas y ella me sigue la corriente. Tomo la bolsa que me ofrece, me las llevaré al trabajo, ahora que ya se me hizo tarde para salir, sí necesito algo para calmar el hambre mientras estoy allá.

—Está bien —apunto—, las tomaré, pero sólo por esta vez. Ya debo irme.

—Que te vaya muy bien.

Esa última frase me la dijo un poco más seria que antes. Le sonreí y me marché al trabajo.

—Mírate —me dice Pablo cuando me ve entrar—, todo un señor casado ¿Que tal tu noche?

Me mira con ojos de pícaro al decir eso.

—¡Uy! La pasaste bien ¿verdad? —continúa—. Se nota en esa sonrisa que traes.

—Pablo —pronuncio su nombre con seriedad para que me imite—, cierra la boca.

Pablo rueda los ojos y tuerce los labios, sabe que nunca me ha gustado bromear de esa manera.

—Me agradabas más de soltero —dice—. No llevas ni un día de casado y ya estás bien amargado.

—Pero así soy feliz —respondo con una sonrisa.

—Qué ironía —suspira.

—Ahí estás —Rebeca apenas entra en el edificio y avienta su saco al perchero—. ¡Qué gusto que si hayas venido! —me dice.

—Lo prometí ¿no?

—Ven conmigo a mi oficina. Ayer en la noche me entregaron los análisis del papel que encontraste en la escena del crimen.

Camino detrás de ella hasta su oficina. Ella cierra la puerta y se deja caer en su silla detrás del escritorio.

—Te ves cansada —comento.

—Lo estoy, ayer me fui hasta las tres de la mañana y casi no pude dormir.

—Este caso te está consumiendo, necesitas relajarte —sugiero.

—No puedo, debo encontrar a este infeliz y entonces me relajaré.

Me preocupa ver a Rebeca así, pero no intento convencerla de que tome un descanso porque sé que no aceptará ni aunque le ruegue de rodillas.

—En fin —prosigue—, la nota que nos dejó en la escena de crimen está limpia, qué raro —murmura la última frase—, y este es el paquete de fotografías que sacaron, tal vez descubras algo en ellas, aunque lo dudo.

—No te rindas Rebeca, daremos con él.

—Llevo dieciocho años buscándolo y nada, es imposible no perder la esperanza en este punto

Concuerdo con ella, mantener la esperanza a veces es difícil, pero... ¿rendirse será la solución? Si pelear no lo es, entonces estoy seguro que rendirse mucho menos, sólo hay que golpear desde otro ángulo.

—Encontraré algo, ya verás —la aliento—. Me llevaré todo esto a mi oficina y trataré de averiguar más ¿de acuerdo?

Me contesta con un bufido y salgo para dejarla sola un rato.

Al entrar a mi oficina, cierro las persianas y me quedo a oscuras, tan sólo enciendo la lámpara que hay en mi escritorio y ahí mismo esparzo las fotos por toda la superficie.

Según el informe, la víctima tenía treinta años y se llamaba Israel Zamora. Era profesor de secundaria y lo habían reportado como desaparecido dos días antes de encontrarlo sin vida, en el baño de la gasolinera. La persona que lo reportó fue su esposa, dijo que el día que desapareció, salió temprano hacia su trabajo pero nunca llegó. Hasta aquí, se puede decir que todo es normal. Todas las personas que el asesino rojo ha matado, tienen rutinas. Éste era maestro, otros eran estudiantes de preparatoria o universidad, amas de casa, empresarios, policías y arquitectos. Todos ellos tenían rutinas marcadas que casi nunca rompían.

La causa de muerte es, como siempre, fallo cardíaco por desangramiento, debido a múltiples heridas con objeto punzo-cortante, en otras palabras, murió acuchillado.

El informe no me provee ningún dato nuevo y lo dejo a un lado para mirar las fotos con detenimiento. De nuevo el cuerpo está acomodado boca arriba, con las manos cruzadas al pecho y pintura roja en sus ojos.

Debería iniciar una nueva visión para ver qué es lo que ha acontecido, pero después de lo que pasó la última vez, incluso siento miedo. Es como si en medio de mi visión, ese monstruo con el que soñé se me fuera a aparecer. Me armo de valor e inicio la visión.

La inicié justo cuando Rebeca y yo llegamos a la escena del crimen, nos veo inspeccionar el lugar y luego a mí encontrar la nota. Justo antes de ver el momento en el que me asalta la visión, retrocedo en el tiempo hasta que es de noche, poco antes de que depositaran el cadáver.

Una sombra titilante se acerca arrastrando el cuerpo, es el asesino rojo, de nuevo con su gabardina negra. Deposita el cadáver en medio del baño y comienza su ritual de acomodarlo. Una vez que ha terminado, veo cómo saca la nota de una de sus bolsas y la coloca en la ventana del baño. Me acerco a él, quiero encontrar cualquier indicio de su identidad en su ropa, o zapatos o lo que sea. Me asusta que ahora su rostro sea negro como su gabardina, sin ojos ni boca, sólo un

cráneo negro.

Me concentro en su camisa, negra para variar, pero no hay nada. Ni siquiera manchas de sangre. El asesino es más bajo que yo así que está estirado para alcanzar a poner la nota en la ventana, pero antes de depositarla por completo y sin bajar su mano, se gira lento hacia a mí. Un escalofrío me recorre toda la espina dorsal y me pone los pelos de punta. Retrocedo de manera instintiva, sé que no puede verme, estoy seguro porque yo no estoy en el baño físicamente.

Aun así, lo veo con miedo, su rostro no tiene ojos, pero siento una pesada mirada sobre mí. Doy un paso más hacia atrás, de pronto una boca aparece en su rostro y forma una tenebrosa sonrisa. Eso es todo, termino con la visión, la escena es de lo más perturbadora para mí.

Cuando mi mente regresa a la oficina, mi respiración es agitada y estoy sudando frío. Me recuesto en el respaldo de la silla para intentar calmarme.

—Qué horrible —susurro.

Quedarme en la oficina no me está ayudando a calmarme, necesito aire fresco. Salgo al patio trasero del edificio, ahí también podré estar sólo.

El sol pega directo a mis ojos, tibio y vivo. Esa sensación de calidez me ayuda a serenarme, me recargo en la pared y cierro los ojos para seguir recibiendo su calor. Mi pulso se normaliza poco a poco. Me siento muy confundido, cada vez las visiones se vuelven más pesadas, horribles y... demoníacas. ¿Cómo es que este tipo puede verme? ¿Cómo sabe que de alguna manera, yo estoy ahí?

—Bien, bien —me digo a mi mismo—, por ahora dejaré las visiones de lado y me concentraré en su perfil psicológico, tal vez eso dé más resultado.

Aunque ahora tengo un nuevo “plan” me quedo otro momento recargado en la pared, no sé qué más puedo buscar en su perfil psicológico, después de tres años, siento que ya lo he visto todo. Me doy ánimos a mí mismo y me regreso a la oficina.

Tomo de nuevo el informe que dejé de lado, el perfil del asesino rojo está ahí, en la parte de atrás de todo el caso. Lo hojeo una y otra vez sin encontrar algo relevante. Siento que me voy a dar por vencido cuando se me ocurre volver a mirar los datos de todas sus víctimas, tal vez después de todo sí hay algo que las una a todas.

Comienzo desde el más reciente hasta la más antigua. Ninguno coincide ni en edad, ni religión, creencias, política o amigos. Todos parecen estar desconectados entre sí. Estaba por darme por vencido cuando noté que todos tenían una cosa en común, eran casados, todos, excepto la sobrina de Rebeca que tenía tan sólo tenía diecisiete años. No parece un dato muy revelador, pero es algo. Voy hacia la oficina de Rebeca para comentarle mi descubrimiento.

—Todos son casados —le digo nada más abro la puerta.

Rebeca levanta la vista de los papeles que tenía en el escritorio y me mira sin comprender.

—Las víctimas —digo—, todos eran casados, excepto por tu sobrina.

Ahora ya me ha comprendido, se recarga en el respaldo de su silla y mira al vacío, como pensando.

—Pero iba a casarse —comenta.

—¿Qué?

—Mi sobrina, iba a casarse. Sólo estaba esperando a cumplir la mayoría de edad. Le faltaban meses para cumplir los dieciocho.

—¿Qué significará? —pregunto.

—No lo sé, pero creo que es algo para tomar en cuenta. No creo que haya sido al azar. ¿Qué sabemos sobre las parejas de las víctimas?

—Pues todo se ve normal, son personas comunes.

—¿Alguna tenía amante?

—Mmm... no —contesto revisando los datos que tengo—. Más bien no dice nada. No investigamos la vida amorosa de las víctimas, no pensamos que podría ser un crimen pasional.

—Todavía no estoy segura de que lo sea, pero es algo que debemos tomar en cuenta. Tal vez el asesino busca a personas que engañen a sus parejas, quizá por alguna decepción amorosa muy personal.

—Pero... ¿Dónde encajaría tu sobrina ahí? ¿Crees que engañaba a su prometido?

—Pues no, pero hay que tomarlo en cuenta. Iré a visitar a las parejas de las víctimas, quizá pueda enterarme de algo más. Quédate aquí y sigue investigando, llámame por si notas que alguna de ellas tenía amante o algo parecido.

Rebeca toma su arma y placa y sale apresurada, oigo cómo llama a Saúl, el otro detective, para que la acompañe en la investigación.

Tomo el informe de nuevo y me lo llevo a mi oficina, lo guardaré en mi mochila y me lo llevaré a casa, con tantas personas aquí, siento que no puedo concentrarme. Mientras me guardo las llaves en el bolsillo y me cuelgo la mochila al hombro, pienso en si debería llevarme las fotos también, no tengo ganas de hacer otra visión y que sea igual de espantosa, pero creo que ahora que tengo algo específico que buscar, debería llevármelas. Las meto todas de jalón en la mochila y me voy hacia mi casa.

Ezequiel

—¿Tan pronto regresas? —me pregunta Keren cuando me ve entrar a la casa.

Ella paseaba en el jardín principal.

—Sí, es que, me acordé que dejé algunas cosas aquí y decidí venir a revisarlas acá ¿Y Esteban?

—Ya lo he llevado a la escuela.

Por un momento olvidé que Esteban debía ir a la escuela hoy, es más, ni siquiera le dije a Keren cuál era la dirección. Me golpeo la cabeza, ¿cómo pude olvidarlo?

—Keren discúlpame, olvidé por completo decirte dónde estaba la escuela.

—No te preocupes, le pregunté a Martha y ella me lo dijo.

—¿Y cómo lo llevaste? La escuela está lejos de aquí.

—En camión, no fue nada complicado, llegamos justo a tiempo.

Sé que Keren es una mujer fuerte e independiente, pero no me agrada la idea de que esté viviendo en mi casa y tenga que moverse en camión. No es posible cuando yo tengo dos automóviles.

—Fue muy descuidado de mi parte —comento—, mira cuando yo no esté, el jeep estará a tu completa disposición ¿de acuerdo? Yo usaré el carro y tu usa el jeep. Así los dos estaremos más a gusto.

Saco mi llavero y extraigo la llave del jeep, Keren se apresura a detener mi mano.

—No Ezequiel, no es necesario. De verdad, no debes preocuparte por nosotros.

—Como no me voy a preocupar, además, tengo dos automóviles, puedes usar uno sin ningún problema.

—Pero es que yo...

—Nada —la interrumpo—, hazlo por mí, aunque sea. Por favor —suplico.

Ella se muerde el labio inferior, no la veo con intenciones de tomar la llave de mi mano, así que tomo la de ella y se la entrego. Ella mira al suelo con vergüenza.

—Ahora eres la señora de esta casa —le recuerdo—, debes tomar ese lugar ¿de acuerdo?

Levanta la vista hacia mí y asiente despacio.

—Eso es —digo y le acaricio la barbilla.

—Entonces ¿ya no regresarás a la oficina? —dice ella cambiando de tema.

—No lo creo, pero estaré ocupado un rato en mi habitación —aviso.

Antes, cuando sólo éramos tres en la casa, me era suficiente decir estas palabras para que Simón y Martha no me buscaran hasta que no saliera de mi habitación. Fue así como aseguré mantener mi secreto a salvo, siempre me encerraba en mi cuarto cuando quería hablar con Elyon o invocar una visión. Esta vez creo que tendré que ser un poco más específico en cuanto a no ser importunado mientras estoy en una visión.

No es que Keren tenga la costumbre de irrumpir en mi habitación, pero prefiero ser precavido en cuanto a mi secreto se refiere.

—Ammm —titubeo—, necesito concentrarme mucho para lo que voy a hacer, y quisiera...

—Oh —me interrumpe—, claro, no te preocupes. No te molestaremos para nada —dice con una sonrisa.

Me alegra que lo haya entendido, e incluso antes de decírselo, es casi como si me leyera la mente o me conociera tan bien que supiera lo que voy a decir antes de expresarlo. Eso es algo muy interesante.

—¡Excelente! —contesto—. Los veré a la hora de la comida entonces.

—De acuerdo —dice Keren y se gira para seguir con su caminata por el jardín.

Camino a paso acelerado hacia mi habitación y vacío todo el contenido de mi mochila sobre el escritorio cuando llego. Hasta las galletas que me dio Keren salen de una de las bolsas, tomo una antes de empezar a revisar la información.

—Veamos —me digo—, ¿qué más sabemos sobre Israel Zamora?

La víctima y su vida amorosa serán mis áreas de estudio, ya he visto que es por ese lado que puedo encontrar algo interesante.

No obstante, la vida amorosa de Israel es algo aburrida, al menos lo que alcanzo a ver en el expediente. Supongo que era normal, nadie se había tomado la molestia de investigarla más a fondo hasta ahora. Se me ocurre que tal vez pueda encontrarlo en Google, en internet se puede encontrar casi cualquier cosa.

Bajo hasta la sala para recoger mi computadora y llevármela a la habitación. Una vez con ella escribo en el buscador su nombre y obtengo cerca de tres mil resultados. Los primeros parecen inútiles, hay chefs, empresarios y otros más. No tenía idea que hubiera tantos Israel Zamora viviendo en el mismo estado, continúo bajando por la lista de resultados y al final, me encuentro con el que busco. Le doy clic al enlace y me lleva hasta su cuenta de Facebook. Sólo puedo ver algunas fotos de perfil, no somos amigos en Facebook así que mucha de su información me está negada. Pero no importa, en las pocas fotos que puedo ver se le nota muy feliz al lado de su esposa, y como no estarlo, si son fotos de su boda. Según la cuenta, Israel cambió su foto de perfil hace tres semanas, eso quiere decir —a menos que sea foto vieja —que su boda fue hace cerca de un mes, en otras palabras, Israel era recién casado. Dudo mucho que un recién casado engañe a su esposa tan pronto. La opción de que Israel tenga una amante está noventa por ciento descartada en mi cabeza.

Continúo con el nombre de otra de las víctimas, Josué Talamantes. Este era un joven de veinte años, estudiante del segundo año de la licenciatura en criminalística, vivía en un pequeño apartamento en el centro de la ciudad junto a su también joven esposa, de diecinueve años, que estudiaba en la misma universidad que él. Sólo que ella estaba en la carrera de gastronomía.

Por mera curiosidad, los busco en Facebook. Al igual que con Israel, sólo puedo ver pocas fotos de ellos, pero esas pocas fotos, me proveen una información valiosa. De nuevo, son imágenes de su reciente boda, tal parece que mi asesino rojo siente debilidad por los recién casados

Continúo mi búsqueda en Facebook de cada una de las víctimas y todas eran parejas recién casadas.

Tomo apresurado mi celular para llamar a Rebeca, creo que necesita saber este nuevo detalle sobre el caso. El teléfono suena tres veces y luego ella contesta.

—No vas a creer esto —me dice.

—Déjame adivinar, todas las víctimas eran recién casados —comento.

—¿Cómo lo sabes?

—Los investigué en Facebook.

—Ah, claro —dice Rebeca con un poco de decepción—. Aun no entiendo que tiene que ver eso con el asesino rojo, pero lo sabré ¿Tú cómo estás? —me pregunta.

—Bien ¿Por qué?

—Bueno... tú eres recién casado, ¿No te da miedo pensar que tal vez estás en la lista del asesino rojo?

Me quedo callado, no había pensado en eso. Su cuestionamiento me pone nervioso, creo que mientras investigaba olvidé que yo era recién casado, aunque la verdad, muy pocos tienen ese dato. Como fue una boda más bien improvisada, nadie tomó fotos y nadie las subió a ninguna red social. Supongo que eso nos pone a salvo por el momento.

—No hay que ponernos paranoicos —le refuto con nerviosismo—. Debemos seguir investigando.

—Sólo digo, debes tener cuidado. Seguiré adelante con la investigación, tu ve a tu casa e investiga desde ahí ¿sí sabes a lo que me refiero?

Suelto un bufido, sé que por “investigar” se refiere a que realice visiones.

—Estaré bien —apunto y luego me cuelga el teléfono.

Suspiro preocupado, sé que no debería darle tanta importancia a lo que Rebeca me ha dicho pero, ¿y si tiene razón? Ahora tengo dos personas más en quienes pensar. Me pone intranquilo que Esteban esté en la escuela y Keren vaya a recogerlo, ¿Qué tal que si algo les pasa?

—Calma, calma Ezequiel —me repito—. Sólo concéntrate en hacer tu trabajo.

Aunque de verdad pienso que sería exagerado considerar que estamos en la mira del asesino rojo, también tomaré precauciones y le pediré a Keren que jamás vaya a ningún lado sola, es más, creo que será mejor que yo la acompañe a recoger a Esteban hoy.

Bajo de dos en dos los escalones y busco a Keren en el jardín, pero ella ya no está, casi de manera inconsciente, comienzo a entrar en un leve pánico.

—¡Martha! —grito—. ¡Martha!

A lo lejos distingo la voz de Martha respondiéndome.

—¡Voy señor!

En segundos, Martha aparece a mi lado en el jardín.

—Aquí estoy señor ¿para qué me necesita?

—¿Dónde está Keren?

—La señora dijo que saldría a correr por el sendero.

—¿El sendero? ¿El sendero de la calle?

—Sí señor ¿por qué? ¿Hay algún problema?

No le contesto a Martha y salgo corriendo por la puerta principal. Fuera de mi casa, hay un sendero que la rodea por unos dos cuartos, y que los ciclistas y caminantes utilizan para salir a hacer ejercicio. Es un bonito sendero que esta flanqueado en todo momento por inmensos árboles, pero en situaciones más complicadas, también es un buen lugar para hacerle daño a alguien, tantos árboles en ocasiones impiden mirar más adelante.

Salgo hacia el sendero y miro para todos lados, algo que me tranquiliza, es que veo a un grupo de ciclistas venir de mi lado izquierdo.

—Disculpen, ¿vieron a una mujer por el sendero? —pregunto.

—No señor —contestan y continúan con su camino.

Miro preocupado hacia el sendero, trato de decidir qué camino tomar cuando siento que alguien choca conmigo a mis espaldas. Recupero el equilibrio y me giro para ver quién me ha chocado, fue un alivio cuando vi que era Keren, ella alcanza a afianzarse de mi brazo para no caerse. Acababa de dar vuelta y no me había visto.

—¡Keren! —exclamo aliviado.

—Ezequiel, perdona, no te había visto.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no pasó nada ¿qué hacías por aquí?

—Pues yo... estaba buscándote —comento.

—Oh, ¿Y para qué?

No le mencionaré a Keren lo que acabo de descubrir, es suficiente paranoia con la que yo tengo.

—Quería decirte que me gustaría acompañarte a recoger a Esteban a la escuela hoy.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza. Keren frunce el ceño como investigándome si tengo un propósito más con todo esto.

—¿Por qué?

—Sólo quiero pasar más tiempo con ustedes.

Keren se ve extrañada con mi propuesta, es una mujer muy desconfiada, ahora mismo eso me agrada, muchas veces la desconfianza en las personas es la que nos mantiene a salvo.

—Está bien —acepta—. Él sale a las tres de la tarde, iré a recogerlo un poco antes.

—Bien, me parece bien.

—Muy bien, todavía faltan tres horas ¿quieres acompañarme a correr?

Titubeo, me gustaría acompañarla para que no esté sola, pero no tengo ganas de correr ahora mismo.

—Amm... pues yo....

—Tranquilo está bien, supongo que aún no terminas de trabajar ¿o sí?

—Pues no, todavía no, pero... Keren, no me da confianza que corras por este sendero.

—¿Por qué no?

—Pues porque ahora está muy solo, ¿Qué tal que alguien quiere hacerte daño?

Ella me mira justo como me siento, como un paranoico.

—Bueno, tranquilo, estaré bien. Me he topado con varias personas que recorren este sendero. No estaré sola.

Pienso que debo relajarme un poco, no darle tanta importancia a lo que Rebeca me dijo.

—Bien, muy bien. Entonces yo iré a seguir trabajando.

—Muy bien —contesta ella y se aleja trotando por el sendero.

De regreso a mi habitación me siento incluso un poco loco por la manera en que actué, creo que trabajar estos años en la policía me volvió más obsesivo con la seguridad, y me hizo ver el peligro en todos lados, no sé qué tan bien o mal esté eso.

Cuando regreso, llevo una idea dentro de mi cabeza de lo siguiente que debo hacer para seguir investigando, pero no es una idea agradable. Había tratado de evitar pensar en usar mi don para ver qué pasó con las víctimas después de que salieron de su casa y fueran secuestradas por el asesino rojo, sé que lo que hago se le llama cobardía, pero sí, tengo miedo de volver a ver ese horrible rostro.

Doy varias vueltas por mi habitación, intento encontrar más detalles y pistas sin tener que recurrir a las visiones. Esta vez ni Facebook ni Google proveen información importante, aunque no quiera y tenga miedo, deberé iniciar las visiones.

Suspiro y me siento en la orilla de mi cama, en mis manos tengo la computadora y observo una foto de la casa de Israel. Cierro los ojos, inhalo profundo y comienzo la visión.

Cuando el asesino rojo no hace su aparición las visiones son claras en todo momento, es como ver una película en 3D. Veo a Israel salir de su casa y despedirse con un beso de su esposa, él sale en su auto y lo sigo con la vista. Para mí no es necesario correr detrás de él, es como si yo fuera de aire y como tal corriera a su lado.

Se detiene en un semáforo, lo veo regalarle unas cuantas monedas a un niño que le limpió el parabrisas y luego reanuda su camino.

En un punto, Israel toma una salida alternativa y se dirige a una tienda de autoservicio. Este dato ya lo tenía en el informe, para Israel, venir a esta tienda era rutinario.

Una vez dentro de la tienda, toma un café y una dona para luego seguir mirando los estantes, como buscando un antojito más. No me pierdo ninguno de sus movimientos y lo sigo muy de cerca, casi pisándole los talones, no obstante, justo cuando da vuelta en uno de los estantes, dejo de verlo. Me asomo en todos los pasillos y la caja registradora, pero él no está. Tan sólo desapareció de mi campo de visión en un segundo. Incluso me elevo hasta el techo para mirarlo todo, pero no hay ningún rastro de él.

Estoy tan frustrado, ¿cómo pudo desaparecer así como así? No había puertas o ventanas o algo que se pudiera usar para desaparecerlo, pero no quiero rendirme tan fácil, camino hacia su auto y lo inspecciono. El auto sigue estacionado, aunque está vacío, me quedo ahí unos minutos. Israel debe volver a aparecer para sacar su auto de aquí. Cuando la policía busco su auto, el primer lugar que revisó fue este estacionamiento, pues sabíamos que era un lugar que frecuentaba, pero no lo encontramos aquí, debe estar todavía oculto en otra parte y yo quiero saber dónde.

Los minutos pasan y nadie se acerca al auto, comienzo a desesperarme, podría avanzar el tiempo pero temo perderme algún detalle importante.

Después de horas de estar cuidando el auto, ya ha anochecido, estoy más que desesperado, estoy enojado porque pienso que algo se me ha escapado en esta visión, me decido a esperar solo unos minutos más, si no llega nadie, entonces adelantaré el tiempo hasta que alguien aparezca.

Me recargo en la cajuela y sigo esperando, después de un par de minutos, cuando ya han cerrado la tienda, la visión comienza a ponerse de nuevo borrosa, me levanto sobresaltado, presiento que el monstruoso ser volverá a aparecerse. No me equivoco. De la puerta trasera, el hombre de la gabardina negra, aparece de nuevo arrastrando un cuerpo. Veo lo inteligente que es al sólo moverse por las sombras, así las personas que pasan veloces por la carretera no alcanzan a verlo. Se acerca a la cajuela y la abre, ya ha despojado a Israel de las llaves de su auto, ahora sé por lo menos dónde ha sido cometido el homicidio. Carga penosamente el cuerpo de Israel y lo mete en la cajuela. La cierra y se sube al auto, conduce despreocupado por las calles de la ciudad y nadie nota nada raro en este tipo.

Tal como lo esperaba, llega hasta la gasolinera. Se estaciona en el lugar más oscuro y baja el cuerpo de Israel. Es aquí donde mi visión se vuelve más complicada de mantener. Todas las cosas tiemblan como si fueran meros hologramas y no imágenes reales. La niebla aumenta y la mayoría de mis sentidos se embotan. Hago un esfuerzo sobre humano para mantener activa la visión.

Lo veo arrastrar de nuevo el cuerpo y colocarlo en medio del baño. Me dan ganas de abandonar la visión ahora, ésta fue la escena donde hace rato todo se puso feo, iba a hacerlo, pero un cambio se produjo. La niebla disminuyó casi de repente, de un segundo a otro las imágenes se tornaron nítidas. Me quedé quieto, tratando de entender que estaba ocurriendo. Sentí que todos mis sentidos volvieron a tomar fuerza, e incluso, uno que jamás había podido utilizar funcionó, el oído. Comencé a escuchar los autos pasando a gran velocidad por la carretera, escuché los claxon de muchos y también algo muy nuevo, la voz del asesino rojo.

Me acerqué más a él, ignorando el miedo que hacía temblar todo mi cuerpo y me concentré en lo que decía. Era sólo una frase que repetía una y otra vez.

—Tú me la quitaste, yo te los quito ti —decía una y otra vez mientras pintaba los ojos de Israel de rojo.

Me imaginé que por fin podría verle la cara, estaba de espaldas a mí, concentrado en su

trabajo. Una nueva fuerza me invadió, me puse frente a él y cuando estaba por agacharme para ver su rostro, de un tirón la visión se terminó.

Volví en mi cuerpo de manera muy brusca, caí al suelo y mi cabeza dio vueltas. Nada dentro de mí se acostumbró tan rápido al mundo real, me dieron náuseas. Sujeté con fuerza mi cabeza para que dejara de dar vueltas y también para calmar el pitido en los oídos. Rodé sobre mí mismo dos veces de lo desorientado que estaba.

—Ezequiel ¿estás bien? —preguntaba una voz a lo lejos.

No podía contestarle, sólo podía quejarme del dolor de cabeza que me estaba dando.

—Tranquilo —decía—, estarás bien. Aquí estoy, estarás bien.

No quise abrir los ojos para saber qué había pasado, pensé que si lo hacía el dolor de cabeza aumentaría. Unas manos se afianzaron a mis hombros y me sujetaron con fuerza para que dejara de rodar en el suelo.

—Respira —me indicaba la voz. Seguí su consejo y respiré profundo.

Las náuseas disminuyeron y mi cerebro dejó de moverse por todo mi cráneo. Tragué saliva para destruir todo resto de náusea en mí. Despacio, mi pulso se normalizó y al fin pude abrir los ojos. Estaba tendido de lado sobre el suelo de mi habitación, miraba hacia el fondo de mi cama, estaba casi debajo de ella. Me acosté sobre mi espalda, durante todo el movimiento perdí mis gafas y no podía ver bien, unas manos morenas los volvieron a colocar sobre mis ojos. Keren estaba ahí, a mi lado y con rostro preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Keren? ¿Qué haces aquí? —pregunté más asustado que ella.

—Vine por ti, para que fuéramos por Esteban, ya son las tres de la tarde. Toqué varias veces y no me abriste por eso entré, luego te miré algo... ido. Parecías estar en shock o algo así, tus ojos estaban todos blancos. Me asusté y te moví y entonces reaccionaste. ¿Qué te ocurre?

Me incorporé todavía impactado por la visión y ahora asustado porque Keren descubrió mi secreto, o al menos, sabe que algo extraño pasa conmigo.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar—. ¿te llevo al médico?

—No... no, estoy bien, es solo que...

—¿Seguro?

—Sí, sí, yo sólo necesito... tomar un poco de aire, eso es todo.

Keren no termina de creerme por completo, se nota en su mirada que está muy preocupada, o asustada.

—Ezequiel, yo creo que debemos ir al médico, eso no es normal. Te grité varias veces y tú no me contestabas, sólo mirabas al vacío.

—No, de verdad, no te preocupes, estoy bien.

—No lo sé. Creo que necesitas ayuda. Iré rápido por Esteban y luego iremos al médico ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, si puede dejarme solo unos instantes en lo que descubro lo que pasó, la dejaré creer que la acompañaré.

Me aprieta el brazo a manera de apoyo y sale rápido por la puerta.

—No me tardo —dice sin girarse.

Oigo sus pasos correr a toda prisa y luego el jeep ponerse en marcha, cuando ya estoy seguro de que se ha ido llamo a Elyon.

—¡Elyon! —grito—. ¡Elyon!

Él aparece casi de inmediato.

—Hola —saluda como si nada.

—¿Qué rayos pasó? —exijo —Dime ¿qué rayos acaba de pasar?

—Es ella, yo te lo dije, ella es la respuesta a todo esto ¿ahora ya confías en mí?

—¿A qué te refieres? Explícame de una vez.

—El lazo que formes con ella es equivalente a tus visiones. Si tú y ella tienen buena relación, tus visiones serán más fuertes, si no, entonces serán más débiles. Una buena relación con ella es lo que necesitas para eliminar la niebla de tus visiones.

Keren

Tomé el jeep y salí a toda prisa para recoger a Esteban. Estaba muy preocupada por Ezequiel y quería volver pronto para llevarlo al hospital, estoy segura que no es normal lo que le ocurrió hoy, aunque él se veía más asustado de verme en su habitación que por lo que le había pasado.

Me desespera cuando quiero llegar rápido a algún lugar y todo el universo conspira para que me tarde más. Había un choque en la carretera y el tránsito avanzaba a gotas, incluso algunos se detenían para verlo más de cerca y lo hacían todavía más lento.

—¡Muévete! —gritaban algunos a los que se detenían—. ¡No hay muertos que ver!

En cada uno de sus hostiles gritos también sentía descanso en mi interior, su ira y desesperación se parecían a la mía.

Después de lo que pareció una eternidad, al fin pude llegar a la escuela, Esteban ya estaba esperándome, tenía quince minutos de haber salido.

—¡Mami! —gritó y corrió a recibirme con los brazos abiertos.

—¡Hola, corazón!

Abracé muy fuerte a mi hijo cuando saltó a mis brazos, me encanta verlo tan feliz. Lo bajé y tomé su mano para llevarlo hasta el jeep.

—¿Qué tal te fue hoy corazón?

—¡Muy bien mami! Hice mi nombre con macarrones ¡mira!

Esteban saca un papel de su mochila y me lo enseña con entusiasmo. Tiene su nombre escrito con letras grandes y está adornado con macarrones.

—Vaya pero ¡qué hermoso! Lo pondremos en el refrigerador ¿te parece?

Esteban asiente con efusión.

—Pero... la maestra tuvo que escribir mi nombre, yo no sé escribir todavía mami.

—No te preocupes tesoro, ya aprenderás y yo te voy a ayudar ¿sí?

—¡Sí! Algún día quiero ser como Ezequiel mami.

Me detengo a mitad del camino hacia el jeep y miro a mi hijo, no sabía que admirara tanto a Ezequiel.

—¿De verdad cariño? ¿En qué sentido? ¿También quieres ser psiquiatra?

—No, quiero ayudar a la gente mami, como él nos ayudó a nosotros.

Me arrodillo frente a él y le sonrió.

—Eso es muy lindo corazón, verás que cuando seas grande serás un gran hombre.

Esteban y yo continuamos nuestro camino hacia el jeep y una vez ahí, reinicio mi carrera para llegar pronto a la casa. Esta vez tomo una ruta alternativa y así evitar el accidente vial con el que me topé hace rato.

Llegamos en menos tiempo que el que hice para ir a la escuela, Esteban entra brincando a la casa y corre con Ezequiel en cuanto lo ve para mostrarle su trabajo. Pero, no le dice nada, solo le extiende el papel para que él lo vea.

—¡Vaya! Pero mira que obra de arte tan hermosa tenemos aquí —dice Ezequiel. Mi hijo solo sonríe y agacha la cabeza, un poco sonrojado.

—Ven, vamos a ponerlo en el refrigerador.

Ambos se van a la cocina y Ezequiel levanta a Esteban en brazos, para que coloque el dibujo

en la parte más alta del refrigerador con un imán.

Es una linda imagen la que veo, Esteban corre hacia mí y yo le pido que vaya a dejar su mochila a su habitación, cuando lo veo subir las escaleras me acerco a Ezequiel.

—Vamos ahora a que te vea un médico.

Lo tomo de la mano e intento sacarlo de la cocina, pero él se queda firme en su lugar.

—No, no, Keren espera —me pide.

Lo veo algo nervioso, mueve sus manos sin parar y mira por la ventana como buscando a alguien que lo ayude.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Es que... tengo algo que decirte.

El semblante de Ezequiel me pronostica una tragedia, por un segundo se me pasan por la cabeza todas las enfermedades terminales que conozco. Saco de un tirón todas esas ideas, Ezequiel es un hombre sano, no me lo imagino muriendo tan joven. Pero cómo quisiera que cambiara esa cara de tragedia.

—Pues dímelo, me asustas cuando te pones así.

—Lo lamento —se disculpa—. Es algo muy importante y quisiera que mantuvieras una mente abierta en todo momento.

—Claro, puedes decirme lo que sea.

—Bien, bien.

Ezequiel comienza a dar vueltas y vueltas por toda la cocina, mueve sus manos más nervioso que antes.

—Verás yo... soy... un vidente.

Quisiera comprender lo que acaba de decirme, pero aunque sus palabras salieron lentas de su boca, ni siquiera puedo imaginar lo que me dijo. Tampoco entiendo la relación que tiene con ir al hospital.

—¿Qué? —pregunto.

—Soy un vidente —repite.

—No, no. Sí te escuché, pero no entiendo qué quieres decir. Dices un vidente como... los que te leen la mano y te predicen el futuro ¿qué tiene eso que ver con ir al hospital?

Ezequiel deja de caminar y se detiene frente a mí.

—No, Dios, no, no así. Amm ¿Por qué no te sientas?

Me ofrece una silla mientras él se sienta en otra al lado de la mía.

—Verás —continúa—, yo tengo una capacidad que muy pocos tienen. Yo puedo ver... el futuro, el presente, incluso el pasado.

Lo miro de manera sospechosa, quiero averiguar si me está jugando una mala broma.

—No lo puedo creer —le recrimino—, ¿en serio prefieres inventarte este cuento que acompañarme al hospital? Eres muy extraño Ezequiel.

Pareciera que se desespera cuando se da cuenta que no le estoy creyendo su historia.

—Sé que es difícil de creer, pero así es —me asegura—. Cuando me viste hace rato, tan sólo estaba en una visión y por eso no te oía.

No sé qué decir ni cómo reaccionar. Se me hace imposible que un adulto como él quiera inventarse una elaborada historia para evitar ir al hospital. Sólo puede haber tres razones por las que me está contando todo esto, uno, de verdad le sucede algo muy malo y no quiere que lo descubra, dos, es un completo maniático y no me había dado cuenta o tres, básicamente está diciendo la verdad. No sé cuál opción descartar.

—Mira, yo no quería que te enteraras —continúa—. Este ha sido mi secreto durante años, eres

la primera persona a la que se lo digo.

—¿Y por qué me lo dices a mí? —pregunto—, pudiste haberme seguido el juego y haber ido al hospital para hacerme creer que algo te pasaba.

Ezequiel sonrío casi tímido.

—No creo que hubiera podido mantener una enfermedad ficticia por mucho tiempo, además, necesitabas saberlo, vivirás conmigo un tiempo y sobre todo...

Se detiene y lo veo luchar consigo mismo en su mente por lo que piensa decirme.

—¿Qué? —pregunto para animarlo a seguir hablando.

—Sólo tenemos permitido hablar de nuestro secreto con nuestras parejas.

Me quedo pensativa, ahora descarto la opción de una enfermedad pero eso me deja en un mayor dilema, porque las opciones que me restan tampoco son buenas.

—Creo que estás jugando conmigo Ezequiel —señalo—. Yo no creo que existan personas con poderes como los que me describes. Si no querías ir al hospital, tan sólo debiste decírmelo.

Ezequiel agacha la cabeza decepcionado. Se levanta de la silla y camina alrededor de la cocina, como si sopesara varias opciones en su cabeza.

—No tengo de otra —comenta con pesadez—. Te lo mostraré.

Levanta la cabeza y me extiende una mano como para que yo la tome, pero estoy insegura al respecto, no sé qué intenta hacer.

—¿Qué vas a hacer? —cuestiono.

—Dame tu mano, te mostraré lo que puedo hacer.

Me niego a darle mi mano y él nota la duda en mis ojos.

—Tranquila —continúa—, no te hará daño.

Dudo unos segundos, pero al final extendiendo mi mano y tomo la de él.

Siento un tirón en el estómago y de un momento a otro, aparezco en la escuela de mi hijo. Me asusto y doy un brinco hacia atrás. Choco con alguien y me doy la vuelta más asustada que antes, Ezequiel es quien está detrás de mí y con quién he tropezado.

—No pasa nada —dice tomándome fuerte de los hombros—. Estamos en una visión.

Todavía confundida, miro a mi alrededor. Hay muchos padres que vienen a recoger a sus hijos; entre todos los pequeños, veo a Esteban salir un poco asustado por la puerta. Algunas niñas se le acercan para despedirse de él. Mi hijo les sonrío y mueve su manita para decirles adiós.

—¡Esteban! —grito, pero él me ignora.

—Nadie puede oírnos, o vernos —me indica Ezequiel.

—Pero... todo esto, sí ocurrió ¿Cómo es posible...?

—Sí, este es un pequeño vistazo de lo que pasó hace algunos minutos atrás. Observa.

Esperamos unos minutos más y entonces me veo llegar en el jeep y recoger a Esteban.

—Esto no es normal —aseguro.

Siento que la presión me está bajando, me siento muy mal, Ezequiel se da cuenta de eso y de alguna manera, termina con la visión.

Aparecemos de nuevo en la cocina, seguimos sentados en nuestras sillas, lo que agradezco porque no podría mantenerme en pie.

—¿Estás bien? —pregunta Ezequiel preocupado.

—No, yo no sé... —titubeo—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Me acompañaste en una visión —me recuerda.

—Pero ¿cómo pude hacer eso?

—Pues, por un momento te compartí de mis poderes y viajamos juntos al pasado.

Me levanto de la silla, ahora siento adrenalina correr por mis venas. No me creo lo que hice

hace rato.

—Dios, entonces es verdad —afirmo—, tú eres un vidente.

Ezequiel sonrío y asiente con la cabeza.

—Y... ¿por qué tiene que ser un secreto? —cuestiono—, es decir, cualquier otro sacaría provecho de todo esto.

Él suspira, mira al techo como si recordara miles de cosas tristes que le han pasado.

—Como todo don, o poder, la clarividencia tiene sus reglas y limitaciones. En realidad es un don muy peligroso, si alguien que no es elegido por Elyon para esto, podría incluso morir por la carga que representa.

—¿Por quién?

—Elyon, él es el padre de todos los videntes. Él es el que elige a quienes portarán el don, pero para ello, debe saber si tu corazón no es avaricioso y así no lo uses para tu propio beneficio, sería un caos si todo el mundo supiera lo que sucederá en el futuro.

—Y ¿desde cuándo posees el don?

—A los doce años, Elyon se presentó ante mí y me eligió. Llevo catorce años con esta vida.

—¿Llevas catorce años guardando este secreto? —pregunto incrédula—. ¿No es muy agotador cargar con esto sólo?

—Lo es —suspira—, pero si guardé tanto tiempo el secreto, es porque quería proteger a los que amo.

—¿A qué te refieres? ¿Protegerlos de qué?

—Si alguien cercano a mí sabe de mi secreto y tiene continuo contacto conmigo, puede llegar a tener visiones, pero en realidad no es algo bueno, las visiones pueden atormentar a la persona hasta la locura, no podría controlarlas y al final le harían mucho daño.

Me asusté cuando me dijo todo eso, yo acabo de tener una visión con él ¿qué le hace pensar que no me harán daño a mí? Sin decirle nada, él noto el miedo que sus palabras me infundieron.

—No, tranquila —dice y me toma de los hombros para volverme a sentar en la silla.

—¿Tranquila? ¿Cómo sabes que no me pasará nada? —exijo.

—Es diferente contigo —suspira.

—¿En qué sentido?

—Verás, Elyon es consciente de que sus hijos no podemos cargar con el don por el resto de nuestras vidas y no explotar en el proceso. Siempre es necesario compartir la carga con alguien, así que... él se encarga de elegirnos pareja. Elige a la persona que será capaz de compartir nuestro don, aunque no siempre nuestras parejas adquieren el don, pero si llegan a tener visiones, no les hace daño.

—Espera —lo detengo un momento en la plática. Siento que es mucha información—. ¿Entonces Elyon me eligió para ti? ¿Por eso me buscaste desde un principio?

Ezequiel agacha la cabeza avergonzado.

—Sí, así es —afirma.

—Vaya —suspiro, ahora comienza a tener sentido para mí todo lo que hace—, y... ¿Elyon elige las parejas de todos, absolutamente todos los videntes?

Ezequiel asiente con la cabeza, todavía avergonzado.

—Supongo que no te agradó mucho cuando te dijo que tu pareja sería yo —apunto.

Él levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—Tuve mis dudas al principio —admite—, pero confié en Elyon. Es muy difícil que se equivoque en cuanto a parejas se refiere.

—¿Por qué no buscar una pareja por tu cuenta? —sugiero.

—No, jamás haría eso. Sólo hubo un solo vidente que se atrevió a retar las decisiones de Elyon y acabó muy mal. Mateo buscó a una chica que supuso sería buena compañera, pero al poco tiempo, ella también comenzó a tener visiones. Al principio estaba feliz, creyó que podría sacar provecho de eso y puso un negocio. Mateo nunca la detuvo, pues aunque sabía que estaba mal, las ganancias que el negocio produjo lo deslumbraron. Pero luego, las visiones fueron insostenibles para ella, veía cosas horribles, en la noche, día, tarde, a todas horas. Enloqueció al grado de... arrancarse los ojos para luego suicidarse.

—Dios mío, qué horror —digo llevándome la mano al pecho. Mi corazón está latiendo a mil por hora y no puedo detenerlo.

—Fue un caso terrible. Mateo se deprimió después de eso y también se suicidó.

Me vuelvo a levantar de la silla, caminar me ayuda a calmarme y pensar con claridad.

—Así que, te quedas conmigo porque soy yo o morir de locura —señalo.

Ezequiel me mira casi asustado, abre grande sus ojos y también se levanta de la silla.

—¿Qué? No, no, no. No es así —dice exaltado—. Dije que tuve mis dudas, como sería normal, vamos, no te conocía. Pero luego, te fui conociendo, creo que tenemos muchas cosas en común y si no quisieras ser mi pareja, al menos podríamos ser buenos amigos.

Lo miro con sospecha, parece sincero, pero ¿cómo sabría que soy buena para él en tan pocos días que hemos pasado juntos?

—Y ¿hay muchos otros videntes? —digo para cambiar de tema.

—Pues no lo sé. Fuera de mí no conozco a otros videntes, dado que cuidamos mucho nuestro secreto, es difícil saber de otros videntes.

—Pero, conocías a Mateo.

—No, no lo conocía —apunta—. Supe lo que era porque el negocio que pusieron él y su esposa, fue muy llamativo y escandaloso.

—Y en todos estos años ¿nadie te ha descubierto?

Ezequiel se pone a pensar en su respuesta.

—Sólo hay una persona —admite—. Rebeca, mi jefa, o al menos lo sospecha. Pero nunca le he confirmado nada, no quiero que sufra después por mi culpa. Ella es una buena amiga y me sentiría muy mal si algo le pasara.

—Por eso estaba tan agradecida cuando le dije que no iríamos de luna de miel ¿cierto? Tú le ayudas a atrapar al asesino rojo.

—Así es, solo que... me cuesta mucho trabajo atraparlos. Todos sus asesinatos están llenos de neblina que me impide ver lo que hace.

Nos quedamos callados unos segundos, de verdad es mucha información y muy increíble además.

—También por eso te necesito —continúa Ezequiel.

—¿Cómo podría ayudarte? Yo no tengo visiones como tú.

—No, pero mejoras las mías.

Lo miro sin comprender.

—¿De qué hablas? —pregunto.

—Hace rato, cuando me descubriste en la habitación, mi visión de repente mejoró. Pienso que fue mientras me hablabas. Elyon me dijo que mi relación contigo es proporcional a mis visiones. Si tú y yo estamos bien, las visiones mejoran.

Me quedo callada, incrédula de todo lo que me dice. De pronto soy esencial para el universo y eso no me lo creo. Ezequiel me toma de la mano y me ruega con sus ojos.

—Por favor Keren —me pide—, al menos, deja que nuestra amistad crezca ¿quieres?

Soy bastante reacia la mayor parte del tiempo, no quiero que me usen sólo porque les es conveniente, pero creo que con Ezequiel es diferente, veo que de verdad quiere ser mi amigo por lo menos.

—Está bien —admito—. También eres agradable, sería bonito tener un amigo como tú.

Él sonrío feliz con mi respuesta.

—Gracias —me dice.

Ezequiel

Creo que Keren tomó mejor de lo que esperaba mi confesión, la noté muy confundida al principio, como sería normal, pero después que la llevé a una visión conmigo, sentí que lo tomó con calma, bueno, más de la que esperaba.

Nuestra relación cambió después de eso, y para bien, ahora que entendía el por qué la busqué desde un principio, le hizo abrirse a la posibilidad de ser más que conocidos formales. Incluso Esteban me miraba como al tío gracioso, o eso me imaginé yo. Aunque todavía no consigo sacarle ninguna palabra cuando está conmigo. Desde el punto de vista psicológico entiendo eso como la desconfianza en los extraños, pero a la vez el deseo de agradecerles para sentirse aceptado. Esteban me analiza muy seguido, quiere saber si puede confiar en mí. Me parece que es un chico muy inteligente y perspicaz, llegará muy lejos algún día, yo lo sé, solo tengo que impulsarlo por el buen camino y animarlo a hacer más amigos.

En cuanto al asesino rojo, he intentado hacer visiones con Keren en la misma habitación que yo, y, aunque la neblina se ha disipado de manera considerable, todavía tengo problemas para ver su rostro. Aun es una mancha borrosa que no tiene sentido, lo único que ha sido constante en todas mis visiones, ha sido la capacidad de oír lo que dice, pero siempre es la misma frase monótona y sin sentido: “Tú me la quitaste, yo te los quito a ti”. Le comenté a Rebeca lo que descubrí y ahora hemos decidido investigar todos sus crímenes como pasionales; alguien lo lastimó tanto que se desquita con quienes son felizmente casados.

Revisamos también la tienda de auto servicio a la que Israel llegó, pero, el asesino dejó limpio y en las cámaras no hay nada, eso reafirmó lo que le había comentado a Rebeca sobre el hecho de que investiga a sus víctimas a fondo y planea con minuciosidad cada homicidio, pero nos sentimos optimistas al respecto. Es la primera vez en años que tenemos más de un indicio.

El invierno se despide de nosotros poco a poco, ya hemos entrado al mes de marzo y una fecha importante se acerca, se lo comento a Keren mientras desayunamos en la barra de la cocina.

—¿Qué te gustaría que hiciéramos para tu cumpleaños? —pregunto.

Ella suelta la cuchara y levanta sus ojos hasta mí, me mira con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes que será mi cumpleaños pronto?

—Porque estamos casados —le recuerdo—, vi tu acta de nacimiento el día de nuestra boda.

Se endereza en el banco y me sonrío.

—Ah, claro, tienes razón.

—Entonces... ¿Qué te gustaría?

Se encoge de hombros y sigue desayunando.

—No lo sé —responde—, nunca he hecho nada.

Ahora soy yo quien deja la cuchara de golpe en el plato, no es posible que nunca haya tenido una celebración de cumpleaños.

—¿Qué? ¿Es en serio? ¿Ni siquiera cuando niña?

Keren niega con la cabeza.

—Mi madre nunca tuvo el suficiente dinero como para hacerme una fiesta de cumpleaños — comenta.

La miro con tristeza, yo siempre tuve todo lo que quise. Sobre todo en mis cumpleaños, mi

padres siempre se afanaron por darme cada cosa que les pedí cuando era niño, y aún de grande, quisieron regalarme un departamento de lujo en el centro de la ciudad, pero al final no quise, yo necesitaba mi independencia y no la conseguiría dejando que mis padres me siguieran dando todo, así que trabajé duro mientras estudiaba en la universidad para dar el primer pago por la que ahora es mi casa, quería sentir que era completamente mía y mientras estudiaba, también jugaba con las acciones que me correspondían en la empresa de mi papá. Después de su muerte ya no fue necesario seguir trabajando, pues toda su fortuna pasó a mí, pero aún me gusta sentirme independiente manteniéndome por mi cuenta.

—¿Dónde está tu madre ahora? —pregunto, ese era un dato que aún no tenía.

—Murió, hace diez años ya, de cáncer.

—Oh, lo lamento —digo, sé lo que se siente perder a una madre.

—Está bien, ella y yo nunca fuimos tan unidas. Después de que mi padre nos abandonara cuando yo tenía cinco años ella... no sé, creo que entró en depresión y eso ayudó a que el cáncer la alcanzara.

—Debió ser muy difícil para ti —comento.

Ella suspira, su pasado había sido casi como un tabú entre nosotros, pero creo que ese mismo pasado es lo que la ha hecho fuerte hoy.

—Tenía solo quince años cuando ella murió —recalca—. No sabía hacer casi nada, me sentía muy sola y entonces, conocí a Darío. Me ofreció mucho dinero y una vida fácil y como muchacha ingenua que era, acepté trabajar para él. Está de más decir que nada fue como me lo prometió.

Se ríe sin ganas, yo la tomo de la mano para confortarla. Ella me responde el gesto y aprieta un poco mi mano.

—¡Wow! Qué ambiente tan tétrico he creado —dice riéndose un poco más fuerte.

—Me agrada saber más cosas de ti —señalo.

—Pero mejor ya no hablemos de esto —sugiere—, son cosas del pasado que allá es donde deben quedarse.

Le sonrío y acepto su propuesta.

—¿Sabes qué? —le digo y ella levanta la vista hacia mí—, haremos que este cumpleaños sea memorable para ti ¿de acuerdo? Cuando vuelva del trabajo planearemos todo ¿estás de acuerdo?

Keren me sonrío y asiente con alegría. Me da gusto que me siga la corriente y ya no se muestre tan reacia a recibir mis atenciones.

Mientras hablaba con Keren, recibí una llamada de Rebeca.

—Diga —contesté.

—¿Ya vienes para acá? —me pregunta preocupada.

—Estaba a punto de salir ¿qué sucede?

—Necesito que vengas al relleno sanitario, hay un nuevo caso —me informa.

—¿El asesino rojo? —pregunto más bien asustado.

—No, no lo creo. Pero te necesito ¿puedes venir enseguida?

—Claro, ya salgo.

Tomo mi chaqueta del respaldo del banco y me dirijo aprisa a la puerta.

—¿Qué sucede? —me grita Keren.

—Hay un nuevo caso, no es del asesino rojo, pero Rebeca quiere que haga una visión de seguro. No me tardaré, regresaré a tiempo para la comida y luego planearemos lo de tu cumpleaños. No lo olvidaré.

Casi grito la última frase y enciendo el auto para salir rápido por la puerta.

El relleno sanitario debe estar a las afueras de la ciudad, cuando hablé con Rebeca no tuve ni

tiempo de preguntarle dónde quedaba eso. Activé el GPS, en raras ocasiones lo necesitaba, pero esta vez prefiero usarlo en lugar de andar adivinando.

—Buenos días Ezequiel —me habla la robótica voz del GPS—. ¿A dónde quieres ir hoy?

—Dame la ruta más rápida al relleno sanitario —le ordeno.

—Enseguida.

Después de unos segundos la ruta apareció en la pantalla.

—Tiempo de llegada: sesenta y dos minutos.

—¿Estás segura de que es la ruta más rápida? —cuestiono.

La máquina no me contesta, ya me imaginaba que la ruta sería larga, después de todo, el relleno está lo más alejado de la sociedad posible. Piso a fondo el acelerador para intentar llegar en menos tiempo. Logro hacer cincuenta minutos de camino, pero aun así, siento que me tardé demasiado.

—¡Ezequiel! —me grita Rebeca desde adentro de la cinta periférica.

Levanto la mano para hacerle saber que ya la vi, intento acercarme a ella pero un policía me detiene.

—Alto ahí amigo —me dice—. Sólo los agentes de la policía pueden traspasar.

—Trabajo con la policía —le aviso.

—No me importa —dice brusco—. Si no eres policía no puedes pasar.

—Está bien Santiago —interviene Rebeca—, déjalo pasar bajo mi responsabilidad.

El policía me mira hosco y a regañadientes me deja pasar.

—Gracias —digo más para molestarlo que por amabilidad.

Oigo que susurra un “imbécil” a mis espaldas.

—Un trabajador de la basura encontró el cuerpo de una chica mientras vaciaba su camión —me informa Rebeca—, alguien ocultó su cuerpo en el contenedor y el chofer no se dio cuenta hasta que..., bueno, la vio caer del camión. Me parece que se trata de una trabajadora sexual, es importante saber de dónde viene para también dismantelar la red de prostitución que la manejó y que probablemente la asesinó.

Seguimos caminando y al final llegamos hasta donde está el cuerpo, rodeado de cinta amarilla y plásticos que marcan los lugares donde están sus pertenencias. El rostro de la chica está mirando contrario a mí y yo la rodeo para ver su cara.

—Todavía no sabemos de quién se trata. Si la chica traía identificación, se debió perder entre toda esta pila de basura.

Escucho a Rebeca pero casi no le presto atención, más bien un terrible presentimiento ha empezado a crecer en mi interior, creo reconocer a la chica. Termino de rodearla y quedo frente a ella, ahora el presentimiento que tenía se ha confirmado. Conozco a la chica, se trata de Talita, la amiga de Keren.

—¿Qué sucede? —pregunta Rebeca al verme tan pálido.

—¿Cómo murió? —pregunto con una mezcla de sentimientos creciendo en mi interior.

—Por las marcas en sus brazos, suponemos que de sobredosis, pero no hemos confirmado nada, hace falta llevarla al laboratorio para que Pablo nos dé más información.

Me inclino para verla más de cerca, siento que la pena me embarga, debí hacer algo por ella también, ahora ya es muy tarde.

—Sé quién es —señalo—, su nombre es Talita.

—¿De dónde la conoces? —pregunta Rebeca incrédula.

—Era amiga de mi esposa.

—Oh, lo lamento —dice.

Me quedo callado, no sé cómo darle esta terrible noticia a Keren. Pienso por un momento en ocultárselo, pero creo que me odiaría si le ocultara algo así. Tal vez, para consolarla un poco debería buscar a infeliz que hizo esto y encerrarlo de por vida. Ya me hago una idea de quién lo hizo, pero sabiendo lo cobarde que es, ya debió haber huido.

—Necesito estar solo un momento —le susurro a Rebeca.

—¿También era tu amiga? —me pregunta.

—No por eso —recalco—, ya sabes, para averiguar quién lo hizo. Saca a tu gente de aquí un minuto —le pido.

Rebeca levanta las cejas y se apresura a sacar a su gente de la escena del crimen. Cuando me he quedado solo, me siento en el suelo y comienzo la visión. Sin la interrupción del asesino rojo, las visiones son tan claras que las haría a cada instante.

Me concentro en seguir al camión y confirmar el lugar de donde recogió a Talita. No me sorprende cuando llegamos hasta el burdel. Una vez ahí, sigo retrocediendo el tiempo. Uno de los gorilas de Darío, saca el cuerpo de Talita a escondidas y lo deposita sin ningún respeto en el contenedor. Retrocedo un poco más hasta llegar al momento en el que Talita perdió la vida. La veo discutir con Darío, al parecer, ella se negaba a atender a más clientes, argumentando que estaba cansada. Darío la golpea y ella cae al suelo inconsciente, le inyecta algo varias veces en el brazo y luego la carga hasta las habitaciones, ahí estaba un tipo gordo y asqueroso esperándola. Talita aún estaba viva, aunque muy perdida por la droga que le habían administrado, Darío le debió inyectar algún tipo de metanfetamina para que llegara a ese estado de euforia y así obligarla a atender al gordo. Se le veía perdida, el asqueroso hombre se dio cuenta de su estado pero no le dio importancia y continuó abusando de ella. Cuando Talita cayó inerte en la cama, el gordo supo que estaba muerta y huyó como un completo cobarde. Sentí náuseas y una implacable ira. Este gordo también me las pagará.

Aun con las náuseas me concentré en seguir a Darío. Al darse cuenta de que una de sus trabajadoras había muerto, mandó a uno de sus gorilas a deshacerse del cuerpo, como ya lo había visto antes. Pero luego se molestó por la torpeza que demostró al dejarlo en el contenedor de basura. Corrió a evitar que se lo llevaran, pero ya era tarde, el camión ya había pasado. Fue tanta su ira, que asesinó a su guardia de un balazo en la frente. Se apresuró a recoger sus cosas, despidió a gritos al resto de sus trabajadoras y huyó.

Lo vi salir a toda prisa en su auto, lo seguí hasta que lo encontré en lo que parecía una casa secreta en Monterrey.

Respiré hondo, moví mi mano en círculos y terminé con la visión. Seguía solo en la escena del crimen, con el cuerpo de Talita a mi lado.

—Lo lamento Talita —me disculpé con ella en un susurro—. Pero vengaré tu muerte, te lo aseguro.

Me levanté y fui a buscar a Rebeca, este caso se resolvería pronto con toda la información que ya tenía.

—¿Qué pasó? —me preguntó en cuanto me vio.

—Busca a un desgraciado llamado Darío Huerta, él es el asesino y quién maneja toda la red de prostitución en nuestro estado. Ahora está escondido en una casa en Monterrey, esta es su dirección —le extiendo un papel donde anoté la dirección de su escondite y debajo de ella, también anoté la del burdel—, también ve a esta dirección, encontrarás el cadáver de quién se deshizo del cuerpo de Talita.

Rebeca toma el papel y se lo guarda en el bolsillo, me agradece la información y se dispone a marcharse.

—También quiero un favor especial —le digo deteniéndola de un brazo.

—Lo que sea.

—Dile a Pablo que busque ADN en el cuerpo de Talita de todos los hombres que estuvieron con ella y cuando los encuentres, enciérralos de por vida.

Rebeca me mira casi asustada por la fiereza con la que me dirigí a ella.

—Pero Ezequiel yo...

—Hazlo, también ellos son culpables de la muerte de Talita. Rebeca, si no lo haces, te juro que yo mismo los buscaré y lo mejor para ellos será estar encerrados.

Asiente despacio, sé que ella también está indignada por el trato que se le dio a Talita.

—Lo haré —me asegura.

Abandono el lugar, pero no me dirijo a mi casa. En lugar de eso me voy a un parque a sentarme en una de sus bancas, necesito pensar. También me siento culpable por la muerte de Talita, de alguna manera apoyé a Darío al darle tanto dinero. Debí dismantelar su asqueroso negocio y así acabar con la prostitución en mi ciudad. De haberlo hecho, habría evitado una muerte.

Ezequiel

Se me hace muy difícil el camino de regreso a mi casa. Keren me había contado que su mejor amiga siempre había sido Talita, que congeniaron desde el primer día que se conocieron en el negocio de Darío. Muchas veces Talita la había ayudado con Esteban o cuando se metía en problemas con el DIF. Estoy seguro que le dolerá mucho la noticia que voy a darle.

Cuando llego a mi casa, el portón del jardín principal está abierto y veo a Esteban jugando pelota muy contento. Levanta los ojos cuando ve llegar el auto y sonrío.

—Hola campeón —lo saludo cuando me bajo—. ¿quién va ganando el partido?

Esteban se señala a sí mismo con autosuficiencia, levanta la barbilla e infla el pecho.

—¿En serio? —cuestiono—, ¿cuántos goles llevas?

Levanta cuatro dedos para indicarme el número de goles que lleva.

—¿¡Cuatro!?! —Exclamo—. Esos son muchos goles, déjale algo a tus contrincantes campeón.

Se ríe a carcajadas cuando le digo eso, se sintió muy importante cuando alguien alabó sus logros.

—¿Dónde está tu mamá?

Me señala el segundo piso.

—¿En su cuarto? —Esteban asiente—. Muy bien, iré a verla. Luego bajaré y te retaré a un futbolito, a ver si logras ganarme a mí ¿de acuerdo?

Esteban se mostró contento con mi reto y se quedó en el jardín a practicar con su pelota. Yo subí las escaleras todavía dándole vueltas al asunto de Talita y el cómo se lo diría a Keren.

Llegué a su habitación y la puerta estaba entreabierta, ella estaba de espaldas y a mí y doblaba casi de manera mecánica su ropa. Toqué suavemente la puerta con mis nudillos para anunciarme, ella se dio la vuelta y me dedicó una media sonrisa.

—Pasa —me invitó. Noté algo de tristeza en su semblante.

—¿Pasa algo? —le pregunté antes que nada.

Ella suspiró y se sentó en la cama. Me parecía que estaba ahogando muchas lágrimas.

—Nada, es solo que... vino a verme una ex compañera de trabajo.

—Oh —comenté—. y ¿qué te dijo?

Keren restregó sus manos entre sí y bajó su mirada antes de contestarme.

—Dijo que..., que Talita murió —después de eso al fin liberó las lágrimas que había estado conteniendo, aunque de manera silenciosa.

Sentí un leve alivio de saber que alguien se me hubiera adelantado a darle la mala noticia, pero me sentí muy mal al verla llorar. Me senté a su lado y la acerqué hacia mí para abrazarla. Ella entonces dio rienda suelta a su llanto.

—Lo lamento —la consolé.

—Pude ser yo —gimoteaba—. Yo pude haber muerto como ella. Ella no se merecía esto, era una buena mujer. Dios, ¿por qué no hice nada para ayudarla?

—Tranquila, si alguien debió hacer algo, ese debí ser yo.

Ambos sabíamos que ya nada podíamos hacer para cambiar el pasado, aunque lo deseábamos. Cada uno de nosotros se sentía culpable a su manera, pero eso no reviviría a Talita.

—Fuiste por ella ¿no? —me preguntó todavía sollozando.

—Sí —afirmé—. Encontraron su cuerpo hoy en la mañana.

—Y fue él ¿verdad? ¿Darío? Él la mató, estoy segura.

—Sí, pero ya sabemos dónde está, ya han ido por él y lo harán pagar por todo lo que le hizo y lo que te hizo a ti también.

Esperaba que Keren se consolara con la idea de que pronto Darío pagaría por todos sus crímenes, pero una pérdida así no se supera tan fácil.

—Que bien pero, aunque no lo creas, no me satisface del todo —me confesó—. Mi amiga murió y lo que yo quiero es que esté conmigo.

—Lo sé —digo acariciando su espalda—. Al menos se le hará justicia.

Me estuve sentado a su lado un buen rato, consolándola hasta que al fin se quedó dormida en mis brazos aun llorando. La acosté en su cama y la cubrí con sus mantas, pasará un buen tiempo antes que supere por completo la pérdida de su amiga.

Salgo despacio y la dejo dormir. Bajo hasta el jardín para buscar una manera de reanimarme a mí mismo. Si yo no estoy feliz, entonces será difícil que pueda animar a Keren.

Esteban sigue jugando con su pelota y me acuerdo del reto que le propuse hace rato, tal vez pasar un tiempo con él me anime un poco.

—¿Listo para ganarme? —le pregunto.

Esteban hace como que no me escucha y realiza increíbles acciones con la pelota, debo admitir que es bastante bueno. Mientras la está dominando, yo corro y se la arrebato en el aire, él se ríe a carcajadas y me persigue para quitármela. Competimos por ella un rato.

—Espera, espera —le pido—, necesitamos una portería ¿no crees?

Antes de que me responda, comienzo a buscar algo que nos sirva de delimitación y encuentro unas macetas. Las coloco a diez pasos de distancia entre sí para que sea nuestra portería.

—Listo —digo con satisfacción. Me deshago de mi chaqueta para jugar más a gusto—. Continuemos.

Seguimos jugando por un buen rato. Cuando estaba en la universidad, mi fuerte era el fútbol, incluso pertencí al equipo y ganamos muchos torneos, pero creo que llevo demasiado tiempo sin jugar. Aunque parezca increíble, en ocasiones me costaba trabajo seguirle el paso a Esteban, él se movía por toda nuestra “cancha” sin ninguna dificultad, en cambio yo, siento que ya me hace falta el aire. Me detengo de vez en cuando y coloco mis manos en las rodillas para recuperar el aliento

—¡Gol! —grita Esteban.

—Me rindo —digo sin aliento—, ganaste.

Me dejo caer de espaldas en el pasto, Esteban ni escuchó mis palabras, está ocupado mofándose de que me ha ganado. Yo me preocupo más bien en meter aire en mis pulmones. Me recupero después de unos minutos, pero Esteban sigue brincando y gritando que me ganó. Aprovecho que está distraído y me levanto para robarle la pelota. Reacciona muy tarde y yo me apresuro a meter mi gol, pateo muy fuerte la pelota y fallo, en lugar de dar en el centro de la portería golpeo una de las macetas y la hago pedazos. Esteban y yo nos quedamos callados al instante y no llevamos las manos a la cabeza.

—¡Ay no! —exclamo—. Martha nos matará por haber roto una de sus macetas.

El niño me mira y asiente con la cabeza.

—Hay que correr —le digo. Lo tomo en brazos y salimos corriendo como dos delincuentes, al parecer eso le divierte y se ríe hasta doblarse.

Lo bajo en la sala y aún ahí ambos seguimos riendo por lo que acaba de pasar, en medio de nuestras risas oímos que Martha se ha dado cuenta de nuestras travesuras.

—¿Quién quebró mi maceta? —refunfuña.

Nos miramos con complicidad y salimos corriendo de nuevo, cada quién huye hacia su habitación y cerramos la puerta de golpe.

No volvimos a salir hasta que llegó la hora de cenar, Keren no nos acompañó, ella seguía en su habitación y preferí dejarla ahí, para darle su espacio, ella bajaría cuando se sintiera lista.

Cenamos en silencio, de vez en cuando Esteban y yo nos dedicábamos furtivas miradas, pero ninguno decía nada, Martha tampoco mencionó el incidente y nos sirvió la cena con la sonrisa de siempre. Al terminar nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones para descansar y olvidar nuestra travesura.

Me encantaba el aire tibio que ya comenzaba a filtrarse a través de mi ventana por las noches, me quedé dormido en un instante.

Estaba en lo más profundo de mi sueño cuando el ruido de mi puerta abrirse me despertó. Me incorporé asustado, la luz que entraba del pasillo me dejó ver una extraña silueta acercarse a mi cama. Restregué mis ojos con fuerza y tomé rápido mis gafas para poder ver mejor. La silueta se sentó en mi cama y cuando pude al fin colocarme mis lentes, reconocí a Keren cubierta con su cobija.

—Keren, me asustaste —comenté.

Ella se recostó a mi lado y me contestó sin mirarme.

—Lo lamento —se disculpó—, es solo que no quería dormir sola hoy.

Me relajé al notar su estado taciturno, aún seguía triste por su amiga Talita.

—Puedes quedarte aquí —le sugerí.

—Gracias.

—Por nada, yo dormiré en el suelo —anuncié.

Me levanté de la cama pero Keren me detuvo de la mano.

—No, por favor —me suplicó—, no te alejes de mí.

Volví a sentarme en la cama y luego me recosté. Estábamos frente a frente.

—¿Sigues triste por lo de Talita? —pregunté.

—Sí, no dejo de pensar que... pude ser yo.

—Ya no pienses en eso —le pedí—, ahora estás aquí, conmigo. A salvo.

—Exacto, tú me salvaste. Estoy viva gracias a ti. Ezequiel, te debo la vida, es una deuda que jamás podré pagarte.

Tomo su mano y la aprieto fuerte.

—No, Keren, está bien, yo soy feliz con que tú estés bien, no me debes nada porque ya me pagaste todo cuando me aceptaste aun sabiendo la carga que llevo.

Ella se queda callada y pensativa.

—Yo estoy dispuesta a ayudarte en todo lo que necesites —me asegura—, la tarea que cumples es muy noble, y quiero ser parte de esto.

—Gracias —le digo con toda sinceridad.

Se acomoda para dormir y yo hago lo mismo, sin embargo, antes de que nos quedemos dormidos, ella me susurra una última pregunta.

—Ezequiel.

—¿Sí?

—¿Tú me quieres?

Acaricio su mejilla con el dorso de mi mano antes de contestarle.

—Sí, te quiero, y mucho.

Ella toma mi mano y deposita un suave beso en ella.

—Yo también —me asegura.

Esta vez ella se gira y queda de espaldas a mí para dormir.

Mi corazón dio un violento vuelco cuando ella dijo esas últimas palabras, ha sido la sensación más extraña que he experimentado jamás. En mi cabeza, le doy gracias a Elyon por la mujer que me escogió, él tenía razón, ella es la mejor compañera para mí.

La abrazo y así ambos nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente una tierna vocecita nos despierta.

—¿Mami?

Ambos abrimos los ojos con pereza, Esteban está medio oculto detrás del marco de la puerta, aprieta su peluche de *loquillo* y nos mira con cierta emoción.

—Hola tesoro —saluda Keren—, ven aquí.

Esteban corre y se avienta a nuestra cama.

—Te levantaste muy temprano hoy corazón.

Cuando Keren menciona la palabra “temprano”, se me ocurre consultar la hora. Tomo mi reloj de pulsera que siempre pongo en mi mesita de noche y me levanto de un salto. Para mí no es tan temprano, faltan quince minutos para que sea mi hora de entrada al trabajo.

—¡Ya es muy tarde! —digo exaltado.

Corro hacia mi armario y tomo lo primero que encuentro. Me pongo de manera muy torpe mis pantalones y no noto que tanto Keren como Esteban se están riendo de mí.

—¿Qué sucede? —pregunto después de rato, cuando me he puesto la camisa al revés.

—Que hoy es domingo —contesta Keren todavía riéndose.

—¿Qué? —pregunto incrédulo—. No es cierto.

—Sí, mira —Keren me muestra la fecha en su teléfono y en efecto veo que es domingo.

—No lo puedo creer.

—Sí, además es puente —me informa Keren y sigue riéndose.

—¿Puente?

—Es día festivo por el natalicio de Benito Juárez.

—No juegues.

Me dejo caer de nuevo en la cama y Keren y Esteban se ríen de mí con más fuerza que antes.

—Y ustedes malvados, no me lo dijeron antes ¿eh? —los amenazo pero ellos no me prestan atención—, no se ríen o tendré que usar mi arma cosquillas contra ustedes.

Antes de que puedan huir de mí, los agarro a los dos y comienzo a hacerles cosquillas hasta que me canso.

—Está bien, está bien —digo y los suelto—, entonces tengo una idea ¿Por qué no vamos de compras hoy?

—¿Compras? —dice Keren.

—Sí, así podemos celebrar tu cumpleaños hoy.

—Pero mi cumpleaños es mañana.

—Sí, pero mañana estará todo cerrado —le recuerdo.

Ambos, Esteban y Keren se quedan pensativos y luego me responden al unísono.

—¡De acuerdo!

—¡Excelente! Entonces cambiémonos todos y salgamos después de desayunar.

Todos nos levantamos de la cama y nos preparamos para salir, yo soy el primero en bajar hasta la cocina para desayunar. Martha está ahí, cocinando algo que huele demasiado bien.

—¡Buenos días, Martha! —saludo.

—Buenos días, señor, hoy está de excelente humor.

—Creo que sí Tita.

—Quiero aprovechar, señor, para decirle que tal vez sea prudente ponerle un área específica al niño para que juegue, ¡ayer destruyó por completo una de mis plantas!

Creí que ya nunca mencionaría nada de eso pero me equivoqué.

—Oh, no, ese fui yo Martha, cómo lo siento. Pero te compraré otra hoy ¿de acuerdo?

Martha iba a replicar pero se calló cuando escuchó a Esteban y Keren bajar por las escaleras.

Desayunamos sin contratiempos y salimos todos para el centro de la ciudad.

Ezequiel

Avanzábamos por la avenida y Keren y yo tarareábamos *Espacio Sideral* de Jesse y Joy, resulta que a ambos nos encantaba esta canción, y ahora teníamos algo más en común.

—... *Quisiera ser un súper héroe* —cantábamos—, *y protegerte contra el mal, regalarte la vía láctea, en un plato de cereal, llevarte al espacio sideral, y volar como lo hace superman...*

Keren estiró su mano y subió todo el volumen del estéreo, Esteban tuvo que taparse los oídos con las manos, no por lo alto de la música, si no por nuestros gritos que pretendíamos era cantar.

—... *Me tienes tan debilitada* —gritábamos—, *todas mis fuerzas se me van si estás aquí, y mis poderes no son nada, me siento tan normal, tan frágil tan real, me elevas al espacio sideral, tal como lo hace superman...*

—Muy bien, creo que hemos llegado —anuncié.

Keren suspiró de tristeza por dejar de cantar y Esteban de alivio porque ya no tendría que escucharnos más. Apagué el auto y todos nos bajamos.

El centro comercial era inmenso, y al parecer, todos venían a abastecerse de lo que necesitarían durante el puente, había demasiada gente caminando por todos lados.

—¿A dónde iremos primero? —preguntó Keren.

Yo tenía planes muy específicos, primero quería pasar un tiempo con Esteban, para ver si podía conseguir que me hablara por primera vez. Saqué mi tarjeta de crédito y se la extendí a Keren.

—¿Por qué no vas a comprarte algo bonito? —sugerí—. Esteban y yo iremos al área de zapatos, ambos necesitamos un nuevo par ¿no es así campeón?

Esteban levantó su mirada hacia mí y me tomó de la mano, eso quería decir que aceptaba ir conmigo.

—De acuerdo —dijo Keren—, entonces los veré aquí mismo en un rato más.

—Excelente.

Esteban y yo nos dimos media vuelta y caminamos por los pasillos del centro comercial. El niño caminaba a mi lado dando leves saltitos de vez en cuando, feliz de acompañarme.

Llegamos a la zapatería y una señorita se acercó a atendernos.

—Buenos días, señor —saludó— ¿gusta que le muestre algo en específico?

—Sí, muéstreme zapatos para niño por favor —pedí.

—Claro, sígame por aquí.

La señorita nos guió a través de la tienda y nos llevó hasta donde estaban los estantes de calzado para niño. Había una infinidad de muestras, algunos muy deportivos, otros muy elegantes y otros que se veían más cómodos.

Sabía que si le preguntaba a Esteban cuál le gustaba, se limitaría a señalarme el modelo de su agrado, pero eso no era lo que yo quería, yo necesitaba que comenzara a confiar más en mí y me dirigiera sus palabras, no sus gestos.

—¡Vaya! —exclamé—, qué gran cantidad de zapatos hay aquí, me pregunto cuál le gustará a Esteban.

Fingí no darme cuenta que el niño me señalaba con insistencia un par de tenis deportivos que estaban a mis espaldas. En cambio, me llevé mi mano al mentón como si estuviera pensando muy fuerte.

—Hum —murmuré—, pienso que tal vez le gusten estos.

Tomé entre mis manos un mocasín café, y lo giré varias veces como apreciándolo. La señorita me miraba con desconcierto, mientras Esteban brincaba y gemía cada vez más alto para que lo escuchara, no obstante, me mantuve firme y no me gire a verlo.

—No, quizá este no.

Continué moviéndome por los estantes como pensando cuál sería el mejor, Esteban ya estaba desesperado por mi actitud distraída y corrió para jalarme de la camisa, y así evitar que me alejara más de dónde estaba el par que le gustaba.

Dejé que me guiara hasta donde estaba lo que a él le gustaba, ahí entendí porque estaba tan ansioso porque le hiciera caso, los tenis que me había estado señalando tenían el dibujo de *loquillo* en los costados. Sin embargo, tomé el par que estaba justo al lado.

—¡Oh! —exclamé— ya veo, estos tenis negros son una belleza.

Esteban hizo una leve rabieta de desesperación por mi actitud despistada.

—Los de *loquillo* —murmuró.

Me detuve en seco y bajé mi mirada hasta él.

—¿Qué dijiste compadre?

Tal vez pensó que no lo escuché y cuando se dio cuenta que sí lo había escuchado, se encogió de hombros y miró al suelo avergonzado. Me puse en cuclillas frente a él.

—¿Cuáles son los que te gustan? —le pregunté.

Él continuó en silencio y clavó más su mirada en el suelo.

—Muy bien —dije—, compraremos los negros.

—¡No! —exclamó de repente y volvió a levantar su mirada hasta mí.

—¿Entonces cuáles?

Al fin estaba comprendiendo que necesitaba ser más específico con sus deseos para que yo se los pudiera cumplir. De nuevo bajó la mirada pero esta vez me susurró.

—Los de *loquillo* —indicó.

Me hice el que no había entendido y le pedí que me lo repitiera más fuerte.

—Los de *loquillo* —dijo, y esta vez me miró a los ojos y habló más claro.

—Muy bien —dije—, compraremos los de *loquillo*.

Le pedí a la señorita que me entregara los tenis de Esteban mientras yo buscaba un par para mí. Escogí unos puma de color negro con plateado, quería algo deportivo para jugar más a gusto con Esteban en el jardín.

Después de pagar, ambos salimos a buscar a Keren. Llevaba a Esteban de la mano.

—Creo que hace falta que tú y yo hablemos más, amiguito —sugerí—, ¿no te parece?

Él asintió.

—Así podré saber más sobre ti y tú sobre mí, las señas en ocasiones no son suficientes.

Esteban volvió a asentir.

—Tenemos un acuerdo entonces, venga, dame esos cinco.

Me incliné y le ofrecí la palma de mi mano, él chocó su manita contra la mía.

—Muy bien, ahora solo debemos encontrar a tu madre, dudo mucho que ya haya terminado ¿dónde podrá estar?

—En la tienda de vestidos —sugirió Esteban.

—¿Tú crees? ¿Por qué piensas eso?

—Porque es mujer —dijo sin mirarme.

Me dio gracia su comentario, no creí que un niño tan pequeño ya viera el mundo de esa manera.

—Tienes razón compadre, sabes mucho de mujeres, un día deberías enseñarme.

El niño me sonrió y seguimos caminando. Al poco rato y tal como lo había pronosticado Esteban, encontramos a su mamá probándose un vestido. Antes de que nos viera, le lancé un chiflido como un cumplido. Se giró sorprendida y cuando vio que se trataba de nosotros, nos sonrió.

—¿Qué les parece? —preguntó.

—Te ves hermosa —afirmé.

Keren giró sobre su propio eje para darnos una mejor vista del vestido.

—Eres como un ángel mami —dijo Esteban.

—Gracias corazón, tu siempre me levantas el ánimo.

—¡Eh! —exclamé—, yo también te dije un cumplido.

Keren sonrió con una sonrisa muy coqueta, y hasta ese día extraña, pues nunca la había visto en su rostro. Se acercó a mí, balanceándose arriba y abajo con cada paso y plantó un beso en mi mejilla. Por segunda vez, en menos de veinticuatro horas, esta mujer ha hecho que mi corazón salte de manera violenta en mi pecho.

Me quedé como lelo mirándola y deseando otro beso, pero en los labios.

—¡Muy bien! —comentó Keren—, compraré este entonces.

Acompañamos a Keren a pagar el vestido y luego salimos de la tienda.

—¿A dónde iremos ahora? —preguntó Esteban.

Keren me miró sorprendida de que el niño se dirigiera a mí con esa pregunta, ella también había notado que antes de hoy, Esteban no me había dirigido ni una palabra. Le respondí guiñándole un ojo.

—Vamos por un cono de nieve ¿les parece? —sugerí—. Yo tengo ganas de uno.

—Sí, yo quiero uno —dijo Esteban saltando delante de nosotros.

Mientras caminábamos por los extensos pasillos del centro comercial, tomé la mano de Keren, pensé que tal vez ella se mostraría reacia a mi contacto, pero no fue así, ella me respondió apretando mi mano. Eso me dio más confianza aún y la rodee con mi brazo sin soltar su mano, quedé muy cerca de ella y del aroma de su cabello, era un aroma hechizante.

Estaba embelesado en Keren y su aroma que no vi al anciano que salía con prisa de una de las tiendas. Chocó de manera muy brusca con mi hombro y me obligó a soltar a Keren. Antes de verlo, me sentí muy molesto por su imprudencia.

—¡Ten cuidado imbécil! —le increpé.

Me sentí culpable cuando noté que aparte de ser un anciano, el tipo era ciego. Keren se apresuró a ayudarlo a levantarse.

—¿Se encuentra bien señor? —le preguntó.

—Sí, sí, mil disculpas —dijo—. Debo usar mi bastón, pero a veces lo olvido.

Mientras el anciano se levantaba, Keren me miró como regañándome por ser tan insensible y luego señaló las bolsas que el anciano había tirado. Me incliné para recogerlas.

—Lo lamento —me disculpé—, no debí reaccionar así.

—Tranquilo jovencito —me tranquilizó el anciano—, estoy bien y además, tienes razón, debo tener más cuidado.

No le contesté nada y le extendí las bolsas, tomé una de sus manos para entregárselas, pues él no veía nada, pero ese rápido contacto me hizo sentir demasiado incómodo. Cuando toqué la piel del anciano, sentí en mi interior mucho miedo, como el mismo que había sentido cuando tuve las pesadillas hace meses. Lo solté rápido y volví a tirar las bolsas. Keren me miró confundida y entonces ella se inclinó a recogerlas. Mientras ella estaba ocupada en eso, miré con más detenimiento al anciano. Llevaba unas gruesas gafas negras y gran parte de su cara quedaba oculta

detrás de una poblada barba negra, inusual para la edad que aparentaba. Era bajo, aunque no tanto, cerca de un metro sesenta y ocho. Se le veía fuerte a pesar de que se movía con lentitud. Me pareció que estaba fingiendo su ceguera, en un momento dado, giró su rostro hacia mí, como si pudiera verme, aunque no puedo decirlo, sus gafas me impedían saber con exactitud hacia dónde miraba.

Keren le entregó sus bolsas y luego me tomó del brazo, yo continuaba mirándolo con desconfianza.

—Lamento este incidente —se disculpó Keren.

El anciano, no le respondió, tomó sus bolsas y se giró para continuar su camino. Me pareció que me retó con una última mirada, levantó la barbilla y sonrió con satisfacción. Eso, en lugar de enojarme, me dio más miedo. Continué mirándolo hasta que Keren me sacudió del brazo.

—Oye, ya se fue —me informó—, no vayas a matarlo.

Parpadee varias veces, y luego la miré, me sonreía, eso fue un pequeño alivio, al menos no me catalogó como un abusón después del incidente.

—Lo lamento —me disculpé—. Vayamos por esa nieve.

Continuamos nuestro camino, pero yo iba más taciturno, el encuentro con el anciano me alejó de mi buen ánimo que tenía antes de verlo. Incluso la nieve perdió su sabor, Keren y Esteban seguían tan felices como hace rato, pensé que no tenía razón para ponerme así. Daba igual como se hubiera comportado el anciano conmigo, debía olvidarlo, seguramente jamás volvería a verlo.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Keren.

—No, no es nada —respondí.

—A mí no me engañas —rechistó—, a ti te pasa algo.

Suspiré.

—Fue ese encuentro con el anciano —admití—, me dejó un poco... desconcertado.

—¿Por qué?

—No lo sé, había algo extraño en él.

—Yo no noté nada extraño, creo que estaba apenado por haberte chocado.

—Sí, eso creo —dije jugando con la cuchara de mi nieve—. Debe ser que estoy cansado, ya estoy imaginando cosas.

—¿Y quieres volver a la casa?

—No, me la estoy pasando muy bien con ustedes, y todavía nos queda mucho día ¿quieren ir a ver una película?

—¡La de *Coco*! —sugirió de inmediato Esteban.

Keren y yo nos reímos, no podíamos pedir otra cosa con un niño entre nosotros. Aceptamos ver la película que él quiso, creo que todos la disfrutamos, incluso lloramos un poco al final. Era una película muy hermosa cuyo mensaje principal era la importancia de la familia, un mensaje muy oportuno para nuestros días.

Ya en la noche, regresamos a nuestro hogar. Esteban se quedó dormido durante el camino y cuando llegamos, lo cargue hasta su cama. Creí que Keren querría quedarse en su habitación, pero una vez más, optó por dormir conmigo, lo cual agradecí.

Keren

Es media noche, hay un delicioso aire tibio moviéndose por toda la habitación, lo veo entrar cuando mueve la cortina de la ventana de un lado a otro.

Hoy fue un día tan agradable, que ni siquiera puedo dormir por revivir en mi mente cada uno de los instantes que pasé con Ezequiel y mi hijo. Ezequiel ya se ha dormido a mi lado, oigo su acompasada respiración y siento su pecho subir y bajar de forma rítmica. Su brazo izquierdo me rodea y me acurruco más con él para sentir el calor de su cuerpo.

Esta es la primera vez que alguien me hace sentir segura, es un sentimiento que nunca había experimentado antes. Ezequiel me hace sentir que jamás me sucederá nada malo, que él me protegerá siempre, y que ya no tengo porque temer al mundo y lo que digan de mí. Es como si hubiera una voz en mi interior que me susurrara que confiara en él, que él jamás me hará daño, y yo lo creo, con todo mi corazón. Quisiera hacer más por él, quisiera poder ser mejor para él, pero no tengo idea de cómo hacer eso.

Me aferro más a él, lo tomo de la mano y le hago suaves caricias en el dorso. No sé qué esté pasando en su mente justo ahora, ni lo que esté soñando, pero debe ser algo bonito, oigo que se ríe bajito. Supongo que yo también soñaré algo agradable, dado el placentero día que tuve hoy. Me acomodo para acompañarlo al fantástico mundo de los sueños.

Dos días después, todos tuvimos que regresar a nuestras actividades normales, y es que el corto puente, se pasó muy rápido. El martes por la mañana, me levanté antes que Ezequiel para plancharle su camisa y pantalón con la que se iría al trabajo. Sé que él no se espera cosas como esas, y me gustaría sorprenderlo con un pequeño detalle, así como él me ha sorprendido ya muchas veces con pequeños detalles de atención.

Oí cuando Ezequiel se metió a la ducha y me apresuré a terminar. Cuando él salió de nuevo a su habitación, encontró toda su ropa lista. Bajó al comedor elegante y muy guapo.

Se acercó hasta mí, que estaba de espaldas a él, preparando el desayuno y sin decir nada me abrazó y me regaló un beso en la mejilla.

—Gracias —me susurró al oído.

Me gire a él y crucé mis brazos detrás de su cuello.

—Por nada. Te ves muy bien —le aseguré.

—Gracias señora de Espadas, usted también se ve muy hermosa hoy.

—Claro, en mandil y chongo —digo con un toque de sarcasmo.

El me mira fijo a los ojos, siempre que hace eso, no puedo evitar sonrojarme, me mira como si no existiera otra mujer en el mundo.

—No hagas eso —me ruega en voz baja.

—¿Hacer qué?

—Minimizarte, eres muy hermosa, lo digo en serio, pero no me crees.

“¿De verdad lo hago?” me pregunto en mi mente. Antes no lo había pensado, no sé si sea eso o el hecho de que no estoy acostumbrada a responder a los “cumplidos” de los hombres. Cuando trabajaba con Darío, quienes me decían cosas bonitas era sólo para aliviar su culpa. No eran cumplidos sinceros y yo lo sabía, por eso no me he tomado en serio ningún comentario amable desde entonces.

Sonríó como asintiendo a su afirmación de hace rato.

—Hoy iré a buscar empleo —anuncio para cambiar de tema.

Ezequiel me mira sorprendido y alegre a la vez.

—¿En serio? —pregunta.

—Sí, es lindo estar en esta casa, pero me sentiría más útil si tuviera algún empleo.

Ezequiel se ríe bajito.

—Muy bien —dice—, si te hace sentir más a gusto, adelante. Pero, sólo quisiera pedirte una cosa.

—¿Qué es?

—Que sea un empleo por las mañanas, así podré verte por las tardes.

—Muy bien señor Espadas, buscaré uno en la mañana. Ahora, desayune porque se le hace tarde para ir a su trabajo.

Ambos nos sentamos a la mesa para compartir el desayuno y poco rato después, Ezequiel se marchó a su oficina.

Después de llevar a Esteban a la escuela, fui a buscar empleo. Debo admitir que iba muy nerviosa, una parte de mí sentía que me rechazarían como en el pasado, y que nadie me daría una oportunidad de demostrar que soy digna y que merezco el mismo buen trato que le dan a cualquier otra persona.

El primer lugar al que fui, fue el *Biko Naham*, había sido una invención mía cuando le dije a la licenciada Rut que trabajaba ahí pero después me agradó la idea.

Llegué temprano, cuando apenas se preparaban para servir la comida. Una mujer de mediana edad y muy elegante me atendió y recibió mi solicitud. Al principio me miró con recelo, como si fuera una mujer de la calle, pero en cuanto vio mi apellido de casada, cambió su semblante y me sonrió. Incluso me trató con amabilidad, dijo que revisaría la solicitud y que en unos días me llamarían para decirme si me habían contratado o no. Salí de ahí con un buen presentimiento. Pero aun así, decidí visitar otros lugares y dejar mi solicitud, solo por si acaso.

Casi toda la mañana se me fue en buscar nuevos empleos, cuando pensé que ya era hora de volver, pasé a recoger a mi hijo, que también ya era tiempo de que saliera de la escuela. Al llegar a la casa, nos encontramos con Simón y Martha, que trabajaban afanados en las plantas que estaban alrededor de la casa.

—Buenas tardes —me saludó Simón, muy afable.

—Buenos días —le respondí.

Martha en cambio, siempre se ha mostrado reacia hacia mí, me parece que no le ha sentado nada bien el hecho de que Ezequiel y yo estemos casados. Me trata con respeto, sí, pero siempre que puede, hace comentarios un poco fuera de lugar.

—Buenos días pequeño —le dice a Esteban revolviéndole la mata de cabello—, ¿aprendiste mucho en la escuela hoy?

Mi hijo asiente con su cabeza y luego corre a su cuarto para dejar su mochila.

—Es un lindo niño —me dice Martha suspirando—, y muy inteligente además, si tan sólo hubiera llegado a esta casa antes.

—¿Qué quiere decir?

—Sí, si mi amo Ezequiel lo hubiera encontrado antes, habría explotado al máximo todo su potencial. Es una lástima la vida que llevó antes de venir aquí.

Todo el veneno de sus palabras me da de lleno en la cara, a este tipo de comentarios me refería. Ella siempre está tratando de sacarme de mis casillas, sé que me odia, aunque no tiene ninguna razón para ello. Siento la ira llegar hasta mis mejillas, quisiera voltearle la cara de un

bofetón, pero al menos yo sí sé respetar a la gente mayor. Me trago mi coraje, me doy media vuelta y me voy de ahí. Ahora no estoy en condiciones de responderle nada, pero esto se tiene que acabar, yo no le he hecho nada a esta señora para que me esté tratando así. Por un instante pienso en decírselo a Ezequiel, pero no quiero darle el gusto de hacerle saber a Martha que sus comentarios me han molestado.

En la tarde, cuando Ezequiel ha vuelto del trabajo, esa idea de decirle lo que ocurre con Martha sigue dándome vueltas en la cabeza, incluso él lo nota. Mientras comíamos no dejaba de mirarme con ojos interrogativos, pero evité decirle nada, puesto que Martha estaba sirviéndonos la comida, no obstante, al levantarnos de la mesa me siguió hasta la habitación.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta—, te noté muy silenciosa esta tarde.

—No es nada —respondí—, estoy un poco cansada. Caminé mucho hoy mientras repartía mis solicitudes de trabajo.

—¿Y cómo te fue?

—Muy bien, fui a varios lugares aunque ninguno me aseguró nada todavía, pero tengo un buen presentimiento.

—¡Eso es! —dice y se acerca para levantarme en brazos—, eres una mujer muy fuerte, te felicito.

Ese abrazo y esa muestra de apoyo me ayudó a olvidar el amargo encuentro con Martha hace rato.

Me vuelve a poner en el suelo y me da un beso en la coronilla.

—Sabes, también tengo algo que decirte con respecto a mi trabajo —anuncia Ezequiel.

—Dime.

—Bueno, en realidad son dos cosas importantes que debo decirte. La primera es que, hoy me enteré que encontraron a Darío en su casa de seguridad en Monterrey.

Ezequiel toma aire y luego se sienta en la cama para continuar hablándome.

—La intención de la policía era arrestarlo —continuó—, pero él prefirió tomar otro camino. No deseaba poner un pie en la cárcel y ya que estaba acorralado, no tuvo de otra más que volarse los sesos.

Ambos guardamos silencio con la noticia, sumergidos en nuestros pensamientos.

—Para serte sincero —me dijo Ezequiel a media voz—, no siento ninguna pena por él o por el final que tuvo. De hecho, creo que incluso sentí gran satisfacción al saber que ese tipo ya no existía más.

Me senté a su lado en la cama.

—Siento lo mismo —admití—, Darío era un desgraciado que no merecía vivir, y pagó con creces lo que le hizo a Talita.

Ezequiel me toma de la mano para consolarme por la pérdida de mi amiga.

—Ya no le hará daño a nadie más —dice.

—Lo sé.

Volvemos a sumirnos en el silencio, es una buena noticia la que acaba de darme, pero sigue siendo la muerte de alguien.

—¿Cuál era la otra noticia que querías darme?

Suspira y se gira a verme.

—La otra noticia es que por los siguientes días estaré demasiado ocupado.

Lo miro sin comprender.

—Le he pedido una audiencia a Elyon —continúa—, quisiera que me ayudara con el caso del asesino rojo y ha aceptado verme.

—¿Qué significa eso para nosotros? —pregunto.

—Significa que estaré ausente en mente durante unos días. Hablar con Elyon es como tener una visión, uno se desconecta del mundo y solo existimos él y yo. No sé cuánto tiempo durará esta audiencia, pero podrían ser semanas. No te asustes si no me ves salir en todos esos días.

—Pero ¿Cómo dormirás o comerás?

—Es algo extraño, cuando hablo con Elyon, todas esas necesidades desaparecen. Ya he tenido audiencias con él en otras ocasiones, y han durado cerca de tres semanas. Cuando regreso a este mundo, es como si para mí hubiera pasado tan sólo un día.

—Comprendo. Pero, ¿tú estarás aquí, en casa? Al menos tu cuerpo ¿cierto?

—Sí, así es. Sólo quería pedirte un favor.

—Lo que sea —me apresuro a decir.

—Evita que alguien me interrumpa durante el trance. Es muy importante que la conexión con Elyon no se pierda hasta que yo termine, y si alguien entra por error a mi habitación y me toca, la conexión se romperá. Necesito que me cuides, al menos hasta que yo salga.

Suspiro profundo, pienso en lo difícil que será mantener la puerta de su habitación cerrada durante mucho tiempo, pero creo que podré hacerlo.

—¿Cuándo comenzarás la audiencia?

—Esta noche, necesitamos pensar en algo que decirles a Simón y Martha para explicar mi ausencia.

Asiento con la cabeza, ya estaba pensando en eso también.

—¿Qué hay de Rebeca? —pregunto, seguramente ella también se preguntará dónde está.

—Ya he hablado con ella hoy, no le dije exactamente qué haría, pero le dije que necesitaba ausentarme unos cuantos días y que esa ausencia nos ayudaría mucho en el caso del asesino rojo.

—Muy bien, no te preocupes, yo te cuidaré las espaldas, cuenta con ello.

Ezequiel me sonrío con ternura y me abraza.

—Gracias, eres una gran compañera.

Cerca del anochecer, Ezequiel y yo ya habíamos planeado la mejor manera de explicar su ausencia; le diríamos a Martha y Simón que tuvo que salir de emergencia con sus primos. Uno de ellos estaba “grave” en el hospital y Ezequiel quería ir a verlo. Fingí llevarlo a la estación de autobuses, salimos a las ocho de la noche y regresé “sola” a las diez p.m. Lo escondí en la parte de atrás del carro y cuando todos me vieron entrar sin compañía a la casa, fui a su habitación y lo ayudé a entrar por la ventana.

Normalmente Martha jamás se metía a la habitación de Ezequiel, pues él siempre se encargaba de ordenarla, pero aun así, le pedí que no entrara mientras Ezequiel no regresara, que él me había pedido que dejáramos todo en su lugar, puesto que tenía cosas muy importantes que no quería que se perdieran. Se mostró molesta con mi petición, no porque quisiera entrar a hacer la limpieza de la habitación, sino porque no le gustaba recibir órdenes mías. Se dio la media vuelta con un bufido y se alejó, supe que no se atrevería a desobedecer, aunque presentí que más adelante buscaría la forma de vengarse de mí. No le di importancia al asunto y me concentré en mantener la puerta de Ezequiel cerrada con llave en todo momento.

Han pasado diez días desde que Ezequiel se encerró en su habitación, hasta ahora ha sido fácil mantener la pantalla de su visita a sus primos. Por las mañanas y noches, saco mi móvil y finjo

hablar con él, preguntándole cómo está y cuándo regresará, así, cuando Simón o Martha me preguntan sobre su regreso siempre puedo decir: “Su primo aún no mejora, volverá después”.

Mantener lejos a los demás no es tan complicado, lo que temo justo ahora es que sea yo quién irrumpa en su habitación, y es que, por las prisas de organizarlo todo, olvidamos un pequeño detalle y es el asunto del dinero. No tengo idea de dónde guarda sus tarjetas y si las guarda, seguramente las tiene en su habitación, donde no puedo entrar. Todo sería más fácil si yo ya tuviera empleo, pero hasta el día de hoy, nadie me ha llamado para decirme que estoy contratada, los alimentos están escaseando y no sé qué hacer. Martha me mira con desprecio por ser tan floja que ni siquiera voy a comprar la despensa. Por supuesto, no me cree cuando le digo que Ezequiel se marchó y no dejó las tarjetas, ella dice que su amo siempre ha sido muy atento y que no olvidaría algo así. Yo le creo, pero ella no entiende las circunstancias en las que se fue Ezequiel, ha llegado incluso, a acusarme de estar reteniendo las tarjetas para mí. Esta mujer me está volviendo loca, espero no cometer ninguna locura bajo su presión.

Ezequiel

—Hemos visto esa escena ya diez veces —le reproché en tono cansino a Elyon—, ¿Qué esperas que encuentre ahí?

Elyon detuvo la visión justo a la mitad, cuando el asesino rojo acomodaba el cuerpo de Josué Talamantes en la sala de su casa.

—¿Crees que ya memorizaste esta escena? —me pregunta Elyon.

—Sí, yo creo que sí.

—Muy bien —Elyon elimina la visión y regreso a la sala blanca donde comenzamos la audiencia—. Dime ¿de qué color eran los botones de la camisa del asesino?

Suelto un bufido, no sé qué rayos intenta hacer Elyon con estas preguntas absurdas, pero me estoy cansando.

—No lo sé, ¿blancos? —respondo, aunque sé que me he equivocado, ni siquiera me detuve a mirar sus botones, ¿quién lo haría teniendo una horrible escena de homicidio enfrente?

—Veamos.

Elyon reinicia la visión. Cuando estoy con él, soy un poco más valiente y tengo las agallas para acercarme al asesino. Observo su camisa, en especial sus botones, quiero ver si de casualidad acerté en el color. Me quedo mudo cuando veo que su camisa, de hecho, no tiene botones, pero aun así, está muy bien cerrada hasta el cuello.

—Qué cosa tan extraña —susurro frunciendo el ceño.

—Observa mejor —sugiere Elyon—, pon atención a los detalles, dime qué cosas no encajan con la realidad.

Hago lo que me pide, observo toda la sala sin perderme de ningún detalle, todo parece estar acorde con la realidad, excepto un tramo de piso. En la casa de Josué hay un poco de polvo en todos lados, pero no en ese pedazo de suelo. Es como si hubieran limpiado un sendero que guiara hasta la puerta trasera del apartamento. Sigo el sendero y abro la puerta, esa puerta debería llevarme a la escalera de incendios y así es, pero esta escalera también tiene algo extraño; no está hecha de metal, sino de plástico. Desciendo por ella, debo admitir que el material se ve muy semejante al metal, pero al tocarla puedo saber con certeza que es plástico.

Una vez en el suelo, continúo buscando aquello que no encaja en la escena. A unos cuantos metros de mí, hay una fuente que ¿arroja agua hacia abajo?, eso es lo siguiente que estaba buscando, es obvio que una fuente invertida no es para nada real. Camino decidido a ella, pero a mitad de mi camino, me doy contra una pared invisible.

—¡Auch! —exclamo.

Me masajeo la frente, justo donde recibí el golpe más fuerte. Con mi mano tanteo lo que está frente a mí. Es una especie de cristal que se desestabiliza cuando lo toco.

—Es un espejismo —indica Elyon—, está puesto ahí a propósito. Para evitar que veas lo que está detrás de él.

Sigo tanteando con mis manos hasta que encuentro el fin del espejismo y lo rodeo. Elyon tenía razón, el espejismo estaba ocultando un auto viejo y desvencijado.

—Pero que rayos... —susurro confundido.

—Escúchame bien Ezequiel, cada una de estas cosas que no encajan con la realidad, no son

más que simples y torpes intentos del asesino rojo por cubrir sus huellas. Pone cada espejismo exactamente en los lugares que estuvo y donde dejó la mayor cantidad de evidencia. Este auto, es el que usó para llegar con el cadáver de Josué, la escalera de plástico es la distracción para que no sepas que fue por ahí por donde metió el cuerpo. Si tú vieras en las visiones las huellas de sangre que dejó en la escalera real, sabrías por dónde llegó, por eso colocó una escalera falsa en la visión, para que cuando tú la vieras no encontraras ninguna huella, ninguna mancha y así no tuvieras ni la más mínima idea de cómo entró al apartamento.

Caigo de rodillas al suelo y apretando mi cabeza con mis manos. Estoy muy confundido.

—Pero ¿cómo lo hace? —pregunto desesperado—. ¿cómo sabe colocar estos espejismos?

—Tienes que descubrirlo —me asegura Elyon.

Me quedo pensando, esto es más grave de lo que imaginaba.

—No, no, esto está muy mal Elyon —recalco—. Si este tipo me puso trampas en las visiones, entonces sabe de la existencia de los videntes y peor aún, sabe desequilibrarnos y usar nuestro don a su favor.

—No, no es así. En realidad es un tipo muy torpe que lo único que ha hecho es dejarte un camino de migas para que lo encuentres, sólo sigue todo lo que sea irreal y pronto darás con él.

—Pero ¿sabe de nuestra existencia?

—Sí, lo sabe. Y cree que es su ventaja, pero no es así. Mira, él limpia con cloro y detergente las pistas que podría hallar la policía, y a ti te intenta ocultar sus huellas con ridículas ilusiones, pero esa será su perdición, pues con eso te dice dónde está lo esencial del caso.

Suspiro frustrado, sé lo que Elyon quiere decirme, pero casi no lo escuché por estar pensando que un asesino en serie es consciente de la existencia de los videntes y anda libre por la ciudad.

—Hijo, ya debo irme —anuncia Elyon—, me dio gusto pasar un rato contigo.

—Claro, nos vemos —respondo todavía meditando en el hecho de que el asesino rojo sabe de nuestra existencia.

La sala blanca donde tuve la audiencia con Elyon se desvanece poco a poco, las luces bajan hasta un nivel más aceptable y me siento dueño de mi cuerpo de nuevo. Cuando mis ojos se abren por primera vez en mucho tiempo, veo que Keren se ha mantenido fiel a su promesa y no ha dejado que nadie entre en mi habitación. Una ligera capa de polvo cubre mis muebles y alfombra, incluso yo tengo polvo en mi cabeza y hombros, me sacudo para librarme de él y también para deshacerme de la rigidez que se ha apoderado de todas mis coyunturas. Me pregunto cuánto tiempo estuve en la audiencia esta vez.

Enciendo mi computadora que está sobre mi escritorio para revisar la fecha de hoy. Según el calendario es el día veintiocho de abril, estuve cuarenta días en la audiencia con Elyon, creo que he batido record de la audiencia más larga que haya tenido hasta ahora.

Estoy ansioso por bajar a la sala y saludar a Keren y Esteban, hace mucho que no los veo, aunque yo no lo sienta así, para mí pasaron apenas un par de días. Iba a salir corriendo por la puerta de mi cuarto, pero recordé que debía fingir regresar de ver a mi primo “enfermo”, además, no podía presentarme con la misma ropa con la que me fui ni con una capa de polvo sobre todo mi cuerpo. Tomé ropa nueva de mi armario y fui a darme una ducha, después de eso, brinque al jardín por la ventana y salí con una maleta para entrar por la puerta principal y así darle más fuerza a la historia de mi viaje.

Camino despreocupado por el sendero que lleva del portón a la puerta principal de mi casa. Son las ocho de la mañana, apenas se habrán levantado todos en la casa. Cuando me falta poco por llegar a la puerta, ésta se abre de improviso y una pequeña silueta muy vivaracha sale corriendo a recibirme.

—¡Volviste! —grita Esteban.

Me pongo en cuclillas y tiro la maleta para recibir con un abrazo al niño.

—¡Hola, campeón! —saludo gustoso.

Esteban se cuelga de mi cuello y me aprieta fuerte, me levanto con él y enreda sus pies en mi cintura.

—Te extrañé mucho papi —me susurra al oído.

No puedo describir lo hermoso y la grata sorpresa que fue para mí escuchar esas palabras en labios de Esteban, ni siquiera me lo creo. Me separo un poco al niño para verlo a los ojos.

—¿Me llamaste papi? —le pregunto.

El niño no dice nada, me mira con lágrimas en los ojos y me vuelve a abrazar. Yo lo aprieto fuerte, como agradeciéndole sus palabras. Nos metemos a la casa y ahí lo vuelvo a bajar.

—¿Dónde está tu mami? —le pregunto.

—Ella está trabajando —me informa Esteban.

Frunzo en ceño, se me hace muy temprano como para que Keren ya esté trabajando.

—Con que ya tiene empleo ¿eh? —comento—, me da gusto ¿sabes en qué trabaja?

Esteban niega con la cabeza y luego se encoje de hombros.

—Muy bien campeón, corre a cambiarte entonces, yo te llevaré a la escuela hoy.

El niño me sonrío de oreja a oreja y corre a su habitación, justo cuando él sube por las escaleras, Martha aparece en la sala.

—¡Válgame Dios! —exclama—. ¡Qué gusto volver a verlo señor!

—Hola, Martha —la saludo.

Ella se apresura a tomarme de la mano y me la estrecha con fuerza.

—No sabe cuánto lo extrañamos ¿Cómo está su primo?

—Muy bien Martha, ya está fuera de peligro y en su casa, por eso volví.

—¡Oh, que gusto escuchar eso! Ya nos hacía falta su presencia aquí.

Le sonrío por el cumplido.

—¿Sabes dónde está Keren, Tita?

Al mencionar el nombre de Keren, el semblante de Martha se tornó sombrío y molesto.

—Oh, esa mujer —contesta con desprecio—, desaparece todas las noches y regresa en las mañanas usando un inapropiado vestido. Nunca me ha querido decir a dónde se va, pero si yo fuera usted, mejor me deshacía de esa mujer.

Las palabras de Tita iban tan impregnadas de amargura que me costó trabajo asimilarlas.

—¿De qué hablas Tita?

Veo que mi cocinera había estado esperando todo este tiempo mi regreso sólo para darme esta noticia, aunque la verdad prefiero que no lo haga. No quiero empezar a pensar mal, pero no puedo evitar que una idea desagradable se plante en mi cabeza.

—Yo creo que ella se ha regresado a su antigua vida —sentencia.

En mi interior no quiero creerle, sé que Keren y Tita nunca se han llevado bien, y pienso que es probable que esa enemistad que hay entre ellas esté motivando este chisme. Deseo que lo sea, un chisme, un mal entendido.

Las palabras se atorán en mi garganta, siento en mi interior que algo comienza a quebrarse. Me hago fuerte, porque es probable que no sea verdad lo que Tita me está diciendo. Esperaré a que Keren llegue para arreglar esto. No espero mucho, todavía estoy mirando a Tita y tratando de entender lo que ocurre cuando escucho la voz de Keren a mis espaldas.

—Volviste —dice sin entusiasmo.

Tengo miedo de darme la vuelta y ver que está parada detrás de mí con un provocativo vestido

como la primera vez que la vi. Contra mi voluntad, mis pies me obligan a girarme y entonces la veo, trae puesto un corto vestido negro, con un escote muy pronunciado y carga sus altos tacones en la mano.

Esa primer vista es suficiente para hacerme sentir que cargo una pesada piedra en mis entrañas.

—Tita, ¿nos das un minuto? —le pido, para sorpresa mía, mi voz es grave y profunda. Creí que sonaría quebrada y chillona, pues la verdad me siento a un paso de derrumbarme.

Tita me obedece y se marcha al jardín. Veo confusión en el rostro de Keren al verme tan taciturno.

—¿Qué sucede? —me pregunta.

Aprieto el puño ¿cómo es posible que me pregunte eso?

—¿De dónde vienes? —la cuestiono duro y frío.

—Del trabajo, resulta que me han contratado.

Me cruzo de brazos para verme más imponente.

—¿En serio? ¿En qué clase de trabajo? —mis palabras son como cuchillos cuando salen de mi boca y ella lo siente.

Se encoje de hombros y se achica ante mí.

—Escucha, no tienes porqué tomarlo así —me pide.

—¿¡Cómo te atreves!?! —Le grito sin poder controlarme más—. ¡Te burlas de mí en mi cara!

—¡No es mi culpa! —grita y comienza a llorar—, el dinero comenzaba a escasear, necesitábamos comida y yo no sabía dónde guardabas tus...

—¿Qué ridículo! —la interrumpo—. Hay miles de empleos en esta ciudad y tenías que optar por el que destruyera lo que habíamos formado juntos ¿Así me agradeces todo lo que hice por ti?

—¡También lo hice por ti! —me reclama—. Yo no quería entrar en tu habitación y arruinar lo que estuvieras haciendo.

Me sorprendo de la poca capacidad de comprensión que tiene Keren respecto a estas cosas.

—Hubiera preferido que me interrumpieras a que fueras a la calle y me dejaras como un idiota cornudo.

Keren me mira como herida, sé que mis palabras la han herido porque esa era mi intención, quería que sintiera parte de lo que yo estaba sintiendo. Después de todo este tiempo, yo creí que algo había surgido entre nosotros, que forjábamos una bonita y perdurable relación. Incluso llegué a ilusionarme con ella como mi verdadera esposa. Pero me doy cuenta de lo ingenuo e idiota que fui al confiar en ella. La encontré siendo una prostituta y seguirá siendo una prostituta.

—Fuera de mi casa —sentencio.

Keren no se esperaba eso, me mira como suplicando perdón pero no se lo daré, ni hoy ni nunca. Nadie que juegue con mis sentimientos así, puede esperar recibir misericordia de mi parte.

Ella sigue llorando a mares, pero sus lágrimas no me conmueven en lo más mínimo, la miro con más frialdad que antes y entonces entiendo que no le daré el perdón.

—¿Mami? —una voz que proviene de las escaleras interrumpe nuestra discusión. Sé que se trata de Esteban, pero no me giro a verlo porque si hay alguien que me duela dejar en todo esto, ese es él.

Keren aun llorando extiende una mano hacia él.

—Vamos tesoro —le dice—, debemos salir de aquí.

Escuchar los pasos de Esteban aproximarse a su madre me rompe el corazón y lucho por contener mis lágrimas un segundo más. No obstante, siento las manitas de Esteban aferrarse fuerte a mi pierna. Miro hacia abajo y lo veo suplicarme con sus ojos misericordia.

—Esteban, vámonos hijo —lo invita Keren, pero Esteban no me suelta, en cambio lo veo mirar

a su madre con desconfianza.

—Esteban se queda conmigo —afirmo—, no dejaré que lo vuelvas a arrastrar en tus malas decisiones.

Eso fue lo más duro que le haya dicho a Keren jamás, pero siento que aún no es suficiente daño el que está sintiendo como para compararlo con el daño que ella me hizo. Nos mira a ambos una vez más y luego se da la media vuelta para marcharse. Esteban se suelta de mí y corre detrás de su madre.

—¡Mami, no te vayas! —le suplica llorando—. ¡mami, no me dejes!

Yo hubiera pensado que en ese momento, Keren se daría la vuelta y tomaría a Esteban para llevárselo, pero en lugar de eso, corrió para alejarse de él y de mí. Eso llenó de impotencia al niño que intentó correr más rápido para alcanzar a su madre mientras le gritaba con lágrimas que no lo abandonara. Al ver la actitud de Keren hacia el niño, corrí también detrás de él y lo alcancé, lo tomé en mis brazos y lo acurruqué en mi pecho.

—Todo estará bien —le aseguré para consolarlo. Esteban lloraba sin control sobre mi hombro, llamando una y otra vez a su madre que se alejaba cada segundo más de nosotros.

Me rompía el corazón ver a Esteban tan destrozado, y mi ira aumentaba contra Keren por el daño que nos había hecho a los dos.

Horas después, Esteban se quedó dormido de cansancio, de tristeza y de tantas lágrimas que derramó por Keren. Fui a acostarlo a su habitación y una vez que lo dejé ahí, entonces me fui a la mía y ahí lloré y desahugué mi dolido corazón.

Ezequiel

Después de acostar a Esteban, le pedí a Simón y Martha que se retiraran a su casa y regresaran hasta el día siguiente. Ya se imaginaban lo que había sucedido hoy, escucharon toda nuestra discusión y por eso no tardaron en acatar mi petición y no los vi por el resto del día.

Cuando la casa quedó en completo silencio, me encerré en mi habitación. No creo poder explicar con exactitud la revoltura de emociones que tenía en mi interior. Mi corazón estaba completamente destrozado, me sentía débil, mis piernas no me sostenían, pero a la vez, tenía la energía suficiente como para recorrer veinte kilómetros a pié. Tomé un jarrón de una mesita y lo estrellé contra la pared. Un grito desesperado se escapó del lugar más oculto de mi pecho. Me senté en el suelo, a los pies de mi cama, estiré con fuerza mi cabello y comencé a llorar desconsolado. Golpee el suelo hasta que me sangraron los nudillos. Estaba enojado, triste, desesperado. Me sentía traicionado y sobre todo, muy, muy estúpido.

En mi cabeza se repetía una y otra vez la misma pregunta “¿Por qué?” Me porté bien con ella, la traté como a una dama, siempre le di su lugar, y aun así ella no dudó un segundo en correr a traicionarme. Sus acciones me dolieron más de lo que podía imaginar, una pequeña parte de mí siempre supo que Keren me engañaría tarde o temprano, pero luego de los días tan hermosos que pasamos juntos, luego de que ella misma quisiera quedarse a dormir conmigo, que riéramos como niños pequeños durante los desayunos, de verdad creí que podríamos ser felices juntos.

—Soy un completo imbécil —me regaño con amargura.

Siento que fui un estúpido por haberle entregado mi corazón a una mujer que yo sabía que no lo cuidaría, porque sí, lo hice. La amé, y cuando en mi cama le dije que la quería, se lo dije de corazón.

Mis ojos están calientes de tanto llorar e incluso ya veo borroso, no tengo la fuerza para levantarme del suelo y ahí mismo me quedo dormido.

Despierto al día siguiente con el molesto sonido de mi alarma. Todos mis músculos están rígidos y acartonados por haber dormido en el piso. Me levanto con dificultad y apago la alarma. El primer pensamiento que me cruza por la cabeza es Keren alejándose de mí, pero no lloro más, ayer lloré todo lo que debía llorar. Todavía me siento triste y sin ganas, pero no lloraré más, al menos no por ahora.

Camino hacia la ducha arrastrando mis pies y de manera muy mecánica me baño con agua fría. Salgo ya cambiado para irme al trabajo, eso distraerá mi mente un poco y no pensaré en Keren y su traición.

Antes de bajar las escaleras, me asomo al cuarto de Esteban, ayer no volví a verlo después de acostarlo. Sin embargo, él sigue dormido y en la misma posición que lo dejé ayer. Creo que de los dos, él es quien está más lastimado por el abandono de Keren, un niño difícilmente logrará entender porque su madre lo deja atrás. Le encargo a Martha que despierte al niño en unas horas más y luego lo lleve a la escuela.

—¿Desayunará antes de irse? —me pregunta.

Lo cierto es que he perdido todo apetito.

—No, Martha, ya es tarde pero gracias —digo sin ninguna emoción.

No recuerdo haber recorrido el camino hasta la oficina, pero es obvio que debí hacerlo porque

ya estoy entrando por la puerta. A diferencia de mí, todos se ven de buen humor y me sonríen cuando paso junto a ellos, es una lástima que no les corresponda de la misma manera. Prefiero correr y encerrarme en mi oficina para no ser grosero con nadie más.

Tomo una pila de papeles que alguien ha puesto en mi escritorio para que la revise. En ella están todos los datos del caso de Talita para que dé mi opinión profesional, pero creo que es una pérdida de tiempo, mi opinión no llegará hasta el juzgado. De todos modos, es por cumplir con el papeleo y distraer mi mente un rato.

Es gracioso, pero todo me recuerda a Keren ahora, incluso este horrible caso de Talita. Me hace pensar en aquella noche que se deslizó hasta mi habitación, y me dijo lo mucho que me agradecía el haberla rescatado de su anterior vida. Me llena de coraje el saber que todo eso fue falso, y no entiendo por qué me siento tan perdido sin ella. Arrojo los papeles lejos de mí, necesito concentrarme en algo más.

Sigo rebuscando en la pila de papeles para encontrar algo más, pero no puedo. Elyon se presenta ante mí. Si no fuera por el hecho de que cuando él aparece no existe nada más, lo ignoraría.

—Hola, hijo —saluda—. ¿Cómo estás?

—Mal —contesto de mal humor—. Y no me digas que no sabes por qué.

—No —suspira—, sé muy bien lo que pasó.

—Entonces déjame en paz —le ordeno—, ahora no quiero hablar con nadie.

—No es así como deberías tomar las cosas Ezequiel.

—Gracias por el consejo —digo para que se vaya y me deje solo—, ya puedes irte.

—No me voy a ir hijo, siempre estoy contigo cuando algo va mal.

Me resulta muy falso que Elyon me diga eso justo en estos momentos.

—¡No es cierto! —le grito—. ¡Eres un mentiroso, todo esto es tu culpa! Si no hubieras metido tus manos al buscarme una “esposa” nada de esto habría ocurrido. ¡Tú eres el único culpable en todo esto!

Elyon no se inmuta, cuando me contesta, su voz es calmada y paciente, eso me enoja más.

—Calma, Ezequiel —me pide—, todo va a estar bien.

—No me pidas que me calme —le contesto más enojado que antes—, y tampoco niegues que esto no fue tu culpa. Tampoco me digas que en todo esto hay un plan, porque no te creo nada, me importa un comino tus planes.

—Está bien —accede—, entiendo cómo te sientes.

—No es verdad, en toda tu perfecta vida, jamás te has equivocado ¿cómo podrías saber lo que estoy sintiendo?

—Porque aunque el amor es perfecto, siempre será doloroso amar a otros. Yo tengo muchos hijos, y a todos ellos los amo, y por ustedes he sufrido lo que no se imaginan.

—No me interesa, todos tus sermones de sabiduría no son más que palabras vacías.

Nunca creí decirle esas palabras a Elyon, pero la verdad estoy muy molesto, y sí es con él. Desde un principio le dije que yo no quería a Keren por esposa y él fue quien insistió en que me casara con ella. De haber sido más listo, me habría negado y no estaría en esta situación. Toda mi ira la descargo sobre él y sé que lo sabe, guarda silencio, como si estuviera herido.

—¿Eso piensas? —pregunta con un tono de decepción.

—Sí, eso pienso —digo con énfasis.

Sentí un poco de culpa después de decirle eso, pues sé que aunque todo haya salido mal, la intención de Elyon siempre fue la de verme feliz. Pero yo no soy feliz solo con intenciones, y por ahora, necesito estar en completa soledad, así que espero que mis palabras sean suficientes para

alejarse a Elyon de mi vida.

—Dime qué es lo que quieres justo ahora —pide.

—Que te vayas, que me dejes solo y nunca regreses.

—Pero hijo yo...

—¡Que te vayas! —lo interrumpo—. ¡No quiero verte nunca más! Trabajar contigo me ha traído puras desgracias. Cargo un enorme peso desde que soy niño y nadie me lo agradece, ni siquiera tú. Me quitas a mis padres y luego me das a una pésima esposa. ¿Qué más quieres de mí? Ya lo tomaste todo, me has dejado sin nada ¡vete!

—Estás enojado, y dices cosas que realmente no sientes. Y yo no te he quitado nada, por el contrario, te lo he dado todo.

—¡Largo!

Mi voz sale chillona y aflautada, de nuevo las lágrimas comienzan a brotar sin control de mis párpados. Maldigo a mi corazón por ser capaz de sentir tanto dolor, maldigo a mi mente por no pensar en otra cosa más que en lo malo de todo esto, y me maldigo a mí mismo por ser tan estúpido y haberle entregado mi corazón a Keren sin pensar en las consecuencias. Quisiera que Elyon se quedara y me abrazara, pero al mismo tiempo quiero que se vaya y se sienta culpable por la esposa que me eligió, y que vea que se ha equivocado conmigo.

—Está bien —cede—, te dejaré solo.

Cuando de nuevo el silencio reina en mi oficina y todo regresa a la normalidad, dejo caer mi cabeza en el escritorio y me pongo a llorar. Tengo la sensación de estar hecho pedazos, el nudo en mi garganta me impide respirar, estoy desesperado porque todo esto termine, quiero olvidarme de este trago amargo y volver a empezar, esta vez solo, sin nadie que pueda lastimarme.

Tanto llorar me adormece, me quedo con la mente en blanco después de unos minutos, mirando a la nada. Siento mis ojos calientes e hinchados, de seguro daré todo un espectáculo si alguien me ve así. Saco una botella de agua de mi mochila y me humedezco los ojos, para ver si así recuperan un poco su normalidad. Me seco con la manga de mi suéter y trato de calmarme.

Como psiquiatra, sé que la calma viene después de la catarsis y creo que ya la he tenido, así que ahora solo tengo que respirar y dejar que las cosas tomen su rumbo. Es sano llorar, pero no demasiado, cada cosa tiene su tiempo y creo que ya he llorado lo suficiente hoy.

Me levanto y voy por algo de tomar a la cafetería, trato de no mirar a nadie mientras camino por los pasillos del edificio, finjo estar muy interesado en algo en mi celular, así no notarán mis ojos de sapo y nadie preguntará que me sucede.

Poco antes de llegar, veo a una chica afanada en el suelo tratando de recoger los papeles que ha tirado al chocar contra la puerta giratoria. Me inclino y la ayudo a recoger sus cosas, creo que la he visto antes por estos lugares, pero nunca le había dirigido la palabra, siempre estaba metido en mis propios asuntos que las únicas personas que saludo o tomo en cuenta por aquí, son Rebeca y Pablo y eso sólo porque son los únicos con los que debo tener contacto.

—Gracias, Ezequiel —me dice la chica.

No creí que se supiera mi nombre y me siento mal por no saber el de ella. Me encojo de hombros y le sonrío.

—Por nada —contesto.

Me levanto para seguir mi camino. Gracias a Dios que la cafetería está más bien vacía. Me acerco a las máquinas de café y tomo un vaso de los medianos. Me apetece tomar un capuchino de vainilla y presiono el botón. Me quedo mirando cómo se llena mi vaso y respiro el rico aroma de vainilla. Una mano se posa sobre mi espalda mientras sigo mirando la cafetera.

—Buenos días —me saluda Pablo—. ¿Cómo estás?

—Bien —contesto de manera mecánica.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

No sé si Pablo me creyó o no, pero no me giro a verlo para comprobarlo, él guarda silencio unos segundos en los que finge servirse café también.

—Oye, creo que la última vez que hablamos fui un poco descortés —comenta.

No recuerdo cuando fue la última vez que hablamos y mucho menos lo que hablamos, así que mejor me quedo callado.

—Es sólo que es extraño para mi saber que estás casado —continúa—, yo solo quería saber cómo te estaba yendo. La verdad estoy feliz por ti.

—Gracias, Pablo —digo lo más convincente que puedo. Es obvio que él ignora lo que acaba de pasar y no sabe que sus palabras ahora no me ayudan.

—Un día deberíamos juntarnos a ver el futbol —propone —así conocería mejor a tu esposa.

Ahora pienso en si debería comentarle a Pablo lo que sucedió, es un buen amigo y creo que guardará el secreto, además que no me importunará con más comentarios como ese.

—No lo creo amigo —digo en tono seco.

Pablo se sorprende y me mira frunciendo el ceño.

—¿Por qué no? —pregunta.

—Porque se acabó, Keren y yo ya no estamos juntos.

Mi amigo abre los ojos como plato y se queda boquiabierto.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No —le contesto cortante. Tomo mi café y me voy del lugar.

Será mejor que no sepa nada más de mi relación con Keren, no quiero verme más cornudo de lo que ya estoy.

Pablo

Un frío cadáver yacía sobre una plancha en mi mesa, el bisturí estaba listo en mi mano y lentamente descendió hasta hacer contacto con la piel del difunto. Hice un profundo y largo corte por todo el esternón de la víctima y comencé mis estudios. Recitaba a una pequeña grabadora que guardaba en mi bolsillo todo lo que veía, cada cosa resaltante que pudiera notar en el cuerpo era de vital importancia para la investigación.

A la mayoría de mis compañeros de trabajo les causa escalofríos visitar la morgue, pero a mí me gusta este lugar. Es muy tranquilo y siempre he pensado que dan más miedo los vivos que los muertos, pero claro, aprovechándome de esa idea que muchos tienen sobre muertos andantes, he gastado varias y muy buenas bromas a todos, en especial a Ezequiel, quien siempre ha sido mi mayor reto. Creo que de todas las bromas que le he gastado, solo una ha tenido el efecto deseado. Es un tipo bastante rudo, aunque debo admitir que hoy en día, ya no lo es tanto. Jamás hubiera pensado de él que se ofreciera a ayudar a alguien, como lo vi hacerlo hoy, cuando ayudó a Deb a recoger sus cosas después que hubo chocado contra la puerta de la cafetería. Creo que Keren lo ha cambiado bastante, o al menos lo estaba haciendo. No me explico lo que pudo haber sucedido entre ellos para que se dejaran, Ezequiel se veía tan feliz con ella, era más atento con todos, ya no llegaba a la oficina con cara de pesadumbre, al contrario, siempre estaba con una sonrisa, saludaba, bromeaba y se abría más en sus sentimientos y de pronto hoy, me dice que ya no está con Keren. Si algo deseo en toda esta situación, es que no sea algo irreparable. Me agradaba el Ezequiel que era feliz casado.

Apago un momento la grabadora, hay cosas que debo anotar y otras de las que debo estar bien seguro antes de grabarlas. Desde los inicios del asesino rojo, los forenses de esta agencia de policía hemos tenido una cantidad inmensa de trabajo. No solo basta con echarle un vistazo a los cadáveres que deja, debemos dar una, dos, hasta tres repasadas a cada cuerpo que nos mandan de su caso, todo con la esperanza de que haya cometido algún error en la ejecución de su crimen.

Tres forenses me han precedido en esta agencia y ninguno ha encontrado algo que sea de mucho valor para dar con el paradero del asesino; tengo la esperanza de ser yo quien encuentre algo prometedor y que gracias a ello lo atrapen. No obstante, pienso que gracias a Rebeca, mi trabajo no es tan valorado como debería. Quisiera que supiera que si me diera más recursos y libertades, desde hace mucho tiempo que habríamos atrapado al asesino rojo. Pero, creo que no puedo hacer nada, no toman en cuenta mis opiniones cuando les digo que la morgue necesita instrumentos nuevos y mejores, siempre me responden que es un gasto innecesario.

Mientras estaba concentrado escribiendo en mi reporte, oí que alguien llamaba a la puerta. Levanté la cabeza y vi a través del vidrio la cara de Rebeca. Dejé mi bolígrafo en la mesa y fui a abrirle.

—Hola —saludé—, qué milagro.

—Vine por los resultados de la autopsia del cuerpo de Saúl Jiménez —dice frunciendo la nariz. Nunca le ha gustado el olor de la morgue.

—¡Oh, sí! Ya los tengo —contesto.

Camino hacia el archivero que contiene todos mis reportes de las autopsias que he practicado desde que entré a trabajar en la agencia. Tomo un sobre amarillo que tiene escrito el nombre

completo de Saúl y se lo entrego a Rebeca. Ella lo abre y saca los papeles para darles un rápido vistazo. Mientras ella lee, pienso en Ezequiel y en hacer algo por él, ahora que está pasando por un momento muy complicado.

—¿Has visto a Ezequiel? —pregunto retorciendo mis manos. La verdad, Rebeca me impone mucho.

—Creo que lo vi en la mañana, cuando llegó —contesta sin levantar la vista de los papeles.

—¿No notaste algo raro en él?

Rebeca levanta la mirada hasta mí y frunce el ceño. Mueve los ojos levemente hacia la izquierda, como recordando cuando lo vio.

—No, no lo creo ¿Por qué?

Dudo un instante si me concierne a mí decirle lo que sucedió con el matrimonio de mi amigo, pero conociendo a Ezequiel, se hará el fuerte, nunca dirá nada y Rebeca seguirá explotándolo como siempre; así que termino confesándole lo que sé.

—Voy a decirte algo que sólo yo sé ¿de acuerdo? —digo en voz baja. Rebeca asiente y me mira expectante—. Ezequiel y Keren ya no están juntos, me lo dijo hace rato.

Mi jefa vuelve a fruncir el ceño y ahora me mira como si no me creyera, creo que mi fama de bromista no me ayuda ahora.

—¿Qué? —pregunta.

—No me mires así —me defiendo—, es cierto. Nada más ponle atención a la cara de tragedia que trae hoy. Esa es suficiente evidencia de que lo que te digo es verdad.

—¿Por qué Ezequiel y Keren se dejarían a tan sólo tres meses de casados?

—Yo que sé, jamás he estado casado. Qué voy yo a saber de esas cosas. Mejor dime tú, que ya llevas dos matrimonios.

—Fui viuda del primero —reclama ofendida—, no te engañes.

—Bah, me da igual. Yo solo te decía eso para que lo consideraras y le dieras el día libre. No creo que esté en condiciones de trabajar.

Rebeca cierra los ojos, se quita un mechón de pelo de la frente y sonríe, no sé por qué esa sonrisa me dio escalofríos.

—¿Estás bien seguro que terminaron? —me pregunta con cierto tono de satisfacción.

—Sí —mascullo—, muy seguro.

Se queda mirando el piso, como pensando muy fuerte y con la misma sonrisa de hace rato.

—Muy bien —contesta después de unos segundos—, ve y dile que se tome el día. Dile que vaya a tomarse unos tragos o algo.

Se da la media vuelta y camina de regreso hacia la puerta.

—Sabes bien que Ezequiel no toma —le recuerdo.

—Convéncelo —me dice sin mirarme. Abre la puerta y pronto desaparece de mi vista.

Quizá la razón por la que nunca me he casado es que no entiendo a las mujeres, en especial a las que son como Rebeca.

Chasqueo la lengua y continúo mi trabajo, iré con Ezequiel cuando haya terminado con esta autopsia. Pero me doy prisa para terminarla más rápido, así que después de una hora, dejo mis guantes de curación en la charola y guardo el cadáver en su respectivo lugar.

La morgue está situada en la parte baja del edificio, mientras que las oficinas de la agencia, están esparcidas por los últimos pisos; debo subir una gran cantidad de escaleras para poder llegar hasta la oficina de Ezequiel, y todo gracias a que el ascensor está averiado.

Llego casi sin aliento a la puerta de su oficina y toco suavemente con los nudillos, se oye el silencio unos segundos antes de que me conteste.

—Adelante —escucho que dice sin ganas.

Entro despacio, para tratar de importunarlo lo menos posible.

—Hola —saludo con timidez.

—Pablo, ¿qué necesitas? —me contesta rápido, de seguro quiere que me vaya.

—No seas así —le reclamo—, vengo a darte buenas noticias, no me corras tan rápido.

Me mira con enfado y deja los papeles que tenía en las manos sobre la mesa. Noto sus ojos un poco rojos e hinchados, jamás creí verlo de esa manera tan vulnerable.

—Lo dudo —dice corriéndome con la mirada.

—Es en serio, Rebeca te da el día libre, dice que vayas a tomarte unos tragos o algo para que te animes.

—¿Y por qué Rebeca me concedería eso?

Los ojos de Ezequiel ahora son amenazantes, ya veo el plan de Rebeca al pedirme que fuera yo quien le dijera que se tomara el día, gracias a eso quedaré como el peor de los chismosos. Pero ya es tarde para retractarme.

—Pues es que yo... no te veía con muy buen semblante, sé que es difícil lo que estás pasando y pensé en pedirle un favor a Rebeca por ti.

—Le dijiste lo que pasó entre Keren y yo ¿verdad? —reprocha—. Creí que me guardarías el secreto.

Para ser sinceros, esas palabras me dolieron en lo profundo, yo solo intentaba ayudar.

—Oh vamos, yo solo quería ayudarte. Hazme caso, toma el día libre. Si te quedas aquí será más fácil que todos se den cuenta que algo te pasa. No creas que podrás ocultar esos ojos que tienes.

Al mencionar lo de sus ojos, mi amigo desvía la mirada y se los frota con el dorso de su mano.

—Sabes bien que yo no tomo —suspira—, y no me apetece volver a mi casa. Debo distraer mi mente en otra cosa.

—Mira, yo sé que no te gusta beber, pero, hay ocasiones en las que un hombre lo necesita.

Ezequiel suspira y mira al techo, presiento que ya lo estoy convenciendo.

—Me tomaré el día —anuncia—, pero no iré a tomarme nada. No quebraré mi principal regla.

Dentro de mí sonrío, el hecho de que esté tratando de convencerme de que no beberá, solo me hace pensar que sí lo hará. Pero no digo nada, si siente que lo reto a romper su mayor regla, entonces no se dará la oportunidad de relajarse con una cerveza, solo por no darme el gusto y por proteger su orgullo.

Se levanta de su silla y toma su chaqueta para marcharse, yo me hago a un lado y lo dejo pasar sin ningún problema. Lo observo caminar con la vista clavada en el suelo y evitar al máximo que otros noten su presencia. Mi amigo es muy orgulloso, que alguien lo vea llorar es uno de sus peores miedos creo yo. Me parece que todo esto es bueno para él de alguna manera, lo ayuda a abrirse más con sus seres queridos. Nadie que yo conozca, puede salir adelante completamente solo de una decepción amorosa.

Me regreso a mi cueva en lo profundo de este edificio para continuar con mi trabajo, todavía tengo tres autopsias más que realizar. No obstante, poco antes de llegar a la morgue, me topé con Rebeca, supuse que había ido a buscarme a mi área de trabajo, porque ella subía las escaleras y en el camino nos encontramos.

—Hola —me saluda sonriente. Me parece extraño que me sonría, siempre es demasiado ruda en su trato conmigo.

—Hola —contesto extrañado.

—Fui a buscarte pero no estabas.

—Estaba con Ezequiel, en su oficina.

Rebeca abre los ojos y ensancha su sonrisa, como si le diera inmenso gusto el que yo haya ido a visitar a Ezequiel.

—¿En serio? —pregunta—. ¿Y le dijiste que se tomara el día libre?

—Sí, lo hice. De hecho ya se fue.

—Qué bien, me alegra, porque sí lo necesitaba.

Contesto con un gruñido a su afirmación, ambos nos quedamos callados y yo dudo en si debería irme de una vez a mi lugar de trabajo, pero siento que Rebeca quiere preguntarme algo más, así que espero.

—Y... ¿le dijiste que se tomara unos tragos? —pregunta al fin.

—Sí, también se lo dije —suspiro—, pero me contestó que no lo haría, ya sabes cómo es, dice que no quebrará su mayor regla.

Veo decepción en los ojos de mi jefa.

—Pero para ser sinceros —continúo—, creo que si lo hará.

Rebeca levanta los ojos hasta mí, con interés.

—¿En serio? ¿Por qué crees eso?

Me encojo de hombros, sólo tengo una suposición.

—No lo sé, por la forma en que me lo dijo. Intentaba convencerme de que no lo haría, si de verdad estuviera seguro de no hacerlo, simplemente se hubiera marchado sin prometerme nada.

—Tienes razón —dice Rebeca pensativa—, bueno, como sea, espero que este día libre le ayude a aclarar sus ideas —me da una cariñosa palmada en el hombro antes de marcharse—. Hasta luego —se despide.

Observo con el ceño fruncido a Rebeca mientras sube las escaleras, esta mujer es todo un misterio para mí.

Sacudo mis hombros para deshacerme del escalofrío que recorrió mi espalda y me olvido de todo el asunto.

Ezequiel

Conduzco por las atestadas calles de la ciudad sin rumbo fijo. No quiero llegar a mi casa porque sé que sería más deprimente para mí, y justo ahora lo que necesito es encontrar algo con qué distraer mi mente. Pienso en algo que no implique pensar mucho, algo que no requiera de actividad física o mental. Carajo, creo que lo único que puedo hacer es dormir. Si tan sólo pudiera llamar a mis primos e invitarlos a irnos unos cuantos días al campo, pero no, tampoco quiero pasar mucho tiempo con gente conocida; en cualquier momento preguntarán qué me sucede y no quiero responder a esas preguntas, ni yo mismo sé que me sucede.

Continúo con mi vago recorrido, ahora no me molesta el intenso tráfico que hay el día de hoy, cuando me detengo en un semáforo en rojo mi mente divaga y observa todo lo que me rodea. Hay un local a mi derecha, pintado de amarillo y azul. Inmediatamente desvío mi mirada de ese local, no quiero ni siquiera pensar en esa opción.

—No seas tonto, Ezequiel —me recuerdo—, sabes bien que no puedes beber ni una sola gota de alcohol.

Por fortuna, el semáforo cambia a verde y me apresuro a alejarme de ahí. Siempre he sido muy firme en cuanto a la restricción de no beber alcohol durante toda mi vida. Incluso cuando era estudiante y mis amigos me invitaban a los bares, nunca sentí algún tipo de interés por seguirles el paso, la verdad, me desmotivaba el hecho de verlos llegar bastante borrachos y sin ninguna pizca de dignidad, no me parecía divertido perder el conocimiento y llegar a mi casa todo vomitado. Siempre me reí de lo absurdo que era salir a beber. Pero esa no era la principal causa por la que jamás había bebido alcohol durante mi vida; cuando era niño y Elyon me llamó para ser vidente, me advirtió que las bebidas embriagantes no podrían ser parte de mi vida, y es que el alcohol en nosotros los videntes solo hace que se distorsione nuestra capacidad de ver el futuro, es como el equivalente a estar drogados. No vemos la realidad, sino que nuestra mente nos juega bastantes bromas, al punto de imaginar cosas y creerlas como verdaderas, eso y que es probable que una vez ebrios nos dé por gritarles a todos nuestro secreto. El alcohol es nuestra kriptonita.

Suspiro, no acabo de comprender por qué todavía tengo ese deseo de dar la vuelta y dirigirme a ese bar. He oído que beber puede ayudar a olvidar las penas, pero sería algo vergonzoso para mí terminar llorando frente a todos y maldiciendo a Keren, además, como ya lo he dicho, está prohibido para mí.

—No lo hagas —me ruego—, solo te vas a poner en ridículo.

Dentro de mí siento que esa no es una buena excusa para no ir, en mi cabeza todavía está la idea de buscar un bar.

—Lo tienes prohibido —me recuerdo.

Esa fue la peor excusa, ahora que lo pienso, ya no tengo por qué seguir obedeciendo las órdenes de Elyon, él me arruinó la vida al darme a Keren por esposa, además, ya no tengo ningún deseo de ser vidente; por mí, que se vaya al caño el asesino rojo, que otro más intente buscarlo. No me interesa lo que Elyon vaya a pensar de mí, si me quiere olvidar y expulsar de entre sus hijos, pues que lo haga, total, sería más cómodo para mí.

Doy un volantazo hacia la derecha y salgo de la calle principal, varios automovilistas muestran su descontento al sonar el claxon con furia, pero los ignoro, ya no me importa nada.

Me parece que no podré volver al bar que vi hace rato, así que abro bien los ojos en busca de otro, uno que no se vea tan *de mala muerte*, algo más decente. Me tomó varios minutos, pero al fin encontré algo que me agradó. Estacioné mi auto a unas cuantas cuadras del establecimiento y llegué hasta él caminando. Cuando entré, había pocas personas ahí, supuse que sería normal, apenas eran las doce de la tarde, la mayoría de las personas visitan los bares por la noche.

Me senté en la barra y al poco rato apareció el camarero, sostenía un vaso en la mano y lo limpiaba con afán.

—Buenas tardes, caballero ¿qué le sirvo? —preguntó con amabilidad.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de que no sabía nada sobre bebidas, miré alrededor como buscando un menú o algo parecido.

—Ammm —titubee.

Es obvio que no había ninguna especie de menú colgado en ninguna parte, pero tampoco quería verme tan ignorante, así que recité un pedido que escuchaba muy seguido en las películas.

—Sí, deme un whisky doble —pedí tratando de sonar seguro.

El camarero dejó de limpiar el vaso y lo puso en la barra, miró hacia los lados y se acercó a mí, quería hacerme una confidencia.

—Usted jamás ha bebido nada ¿verdad? —susurró.

Me quedé mudo, no sabía cómo era que lo había adivinado.

—Mire, amigo —continuó el camarero—. Si lo que quiere es olvidarse por un momento de la realidad, yo le aconsejo que comience por algo más leve, un whisky puede ser algo brusco para alguien como usted.

El camarero no esperó a que yo le respondiera y se puso a trabajar, yo lo dejé hacerlo porque creí que tenía razón, la verdad no sé qué tan fuerte sea el whisky, pero me da igual lo que me dé. Sacó un enorme tarro de vidrio y lo llenó hasta el tope con un líquido parecido a la coca cola, la espuma se derramaba por todos los bordes.

—Cerveza negra mi amigo —dijo el camarero y me puso el tarro en frente—, que la disfrute.

Después de eso se alejó de mí, hacia el otro extremo de la barra donde siguió limpiando más vasos. Me acerqué al tarro y olí su contenido. Para empezar, el puro olor no me agradó, olía como a pan mohoso remojado, pensé que quizá su sabor no era tan malo y le di un primer trago. Intenté no respirar mientras me acercaba el vaso a los labios, pero cuando sentí el líquido en mi lengua no pude evitar escupir todo lo que había tomado, el sabor era aún más asqueroso. Voltee a todos lados para ver si alguien me había visto, pero o nadie se dio cuenta o fingieron muy bien que no me habían visto. Dejé el tarro en la barra y suspiré, beber no era lo mío.

Consideré regresar a mi casa, tal vez después de todo, no fuera tan malo estar a solas un rato y desahogarme conmigo mismo. La verdad es que jamás había estado en una situación como esta, en la que uno desea con todo su ser deshacerse de los sentimientos de tristeza que impiden respirar. Cuando mis padres murieron me sentí muy triste, sin embargo, dentro de mí sabía que lo superaría, que pronto encontraría la salida a la situación; pero ahora, es como si mi mundo hubiera cambiado por completo, siento que jamás en la vida podré volver a confiar en ninguna mujer, mi corazón está tan roto que lo menos en lo que quiere pensar jamás es en amar de nuevo.

Saqué mi billetera para pagar la cerveza que me habían servido y luego me dispondría a salir de ahí, pero al llevar mi mano a la bolsa trasera de mi pantalón, sentí que alguien me tocaba la espalda, me sorprendí y levanté la vista para ver de quién se trataba, era Rebeca, se sentó a mi lado sin mirarme.

—Vaya, vaya —comentó—, mira a quién me vengo a encontrar aquí.

No entendí su comentario, se suponía que ella me había dado el día libre, además de ser quien

sugirió que visitar un bar sería buena idea para mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté todavía sorprendido—. ¿No deberías estar en la oficina?

—Igual tú, pero henos aquí a los dos —respondió sin importancia.

—Sí, pero creí que me habías dado el día libre —repuse.

—Claro que lo hice, y ya que yo soy la jefa, también puedo darme mis días libres cuando quiero. Pero no pensé encontrarte aquí.

Entendí entonces que su sorpresa se debía a que yo hubiera cedido a su sugerencia, ella sabe bien que nunca en mi vida había probado las bebidas alcohólicas.

—Bueno —comenté—, tampoco yo sé qué es lo que hago aquí.

—No, no, no es necesario arrepentirse tan pronto, además, a mí tampoco me agrada la cerveza negra, no puedo creer que el camarero te haya servido eso.

Rebeca puso cara de asco y alejó el tarro lo más que pudo de nosotros, después levantó la mano y llamó la atención del camarero. Pronto se acercó a ver qué era lo que se nos ofrecía.

—Dígame *madame* —pidió cortés.

—Tráigame dos caballitos, por favor.

Fruncí el ceño, nunca había escuchado semejante cosa como *caballito*, me sonó a algo demasiado salido de lo común.

—Eh, no creo que yo pueda...

—No, basta —me interrumpió Rebeca—, no dejaré que arruines esto. Te enseñaré lo que es bueno.

Me quedé callado, ya me daba igual si me influenciaban a beber.

—¿Cómo me encontraste? —le pregunté a Rebeca cuando el camarero se hubo ido.

—Vi tu auto estacionado a unas cuantas cuadras de aquí.

—¿Me estabas siguiendo?

—Sí —contestó sin empacho—, ya sabes que Pablo es un boquifloja. Me dijo que Keren y tú ya no están juntos. Supuse que querías olvidarte de ella con un buen trago, pero ya que no sabes nada de bebidas, decidí venir a ayudarte.

Agaché la mirada, recordar que Pablo fue a decirle a Rebeca lo que me sucedía todavía me tenía molesto, lo último que quiero en una situación como esta, es llamar la atención de todos.

—Calma —me tranquilizó Rebeca—, no tienes que hablar de ello si no quieres. Entiendo que lo único que deseas es distraerte de todo, pero, lo haces mal amigo mío.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es hacerlo bien?

—Pues con compañía, tontito.

—Mañana tenemos que estar en la oficina temprano —le recuerdo.

—¿Y qué? Eso da igual, se necesita un descanso de vez en cuando.

En ese momento, el camarero volvió con una charola que contenía dos vasos de vidrio pequeños, sal y limones y nos los puso en frente. Rebeca le agradeció y tomo uno para ella mientras que el otro me lo dio a mí.

—Por el desamor —dijo y puso el vaso a la altura de sus ojos.

Yo la imité y choqué mi vaso contra el de ella. Ni tarda ni perezosa, apuró el vaso a sus labios y se bebió todo el contenido, la miré con desconfianza, al final la vi hacer muecas de desagrado cuando el líquido pasó por su garganta. Se apresuró a chupar el limón y después puso cara de alivio.

—Vamos, vamos —me apuró—, bébelo todo. De golpe, venga.

Todavía con desconfianza me acerqué el vaso a la nariz para olerlo primero. Este me agradó más, distinguí un leve aroma a menta. Despacio llevé la bebida hasta mis labios y comencé a

beberlo. Rebeca me miraba expectante y me pedía que lo bebiera todo rápido, sin tener idea de lo que hacía, me lo tomé de un solo trago. Inmediatamente después me arrepentí, sentí que me quemaba la garganta y me ahogaba, comencé a toser desesperado, pero Rebeca solo se reía.

—Chupa limón —me indicaba—, chupa el limón.

Yo estaba ocupado tratando de no morir en el intento de beber y no atinaba agarrar ningún limón. Al final Rebeca me alcanzó uno y rápido lo chupé, poco a poco la sensación de alivio llegó a mi garganta.

—A que está genial ¿no? —me preguntó Rebeca.

Gruñí con sarcasmo, era obvio que yo no estaba hecho para estas cosas. Rebeca volvió a llamar al camarero para pedir más.

—Rebeca, no creo poder soportar otro más —anuncié, pero ella me ignoró.

—Deme otros dos aquí —pidió al camarero—. Venga, toma uno más, el más difícil siempre es el primero, este será más fácil.

Suspiré, de nada me serviría llevarle la contraria. Al poco rato teníamos delante de nosotros una nueva ronda de tragos, Rebeca me dio uno a mí y el otro lo tomó ella.

—Esta vez te dejo el brindis a ti —indicó.

Ambos sosteníamos nuestros vasos en alto mientras yo pensaba qué decir.

—Ammm —titubee—, por nuestra amistad —dije.

Rebeca chocó su vaso contra el mío con una enorme sonrisa.

—¡Salud! —dijo casi gritando.

Ella apuró su vaso seguido de una nueva mordida a un limón, intenté parecer más valiente esta vez y me lo tomé más rápido. Sentí algo parecido a un tremendo golpe en mi cabeza cuando bebí el segundo vaso, de nuevo el líquido quemó mi garganta pero esta vez lo controlé mejor. Después de dejar el vaso en la barra, decidí que ese había sido el último. Mi cabeza comenzaba a actuar raro, supuse que sería normal en mí, pues este era mi primer acercamiento al alcohol, lo que claramente me estaba afectando más fácil que a Rebeca.

A diferencia de mí, mi jefa se veía un poco más fresca y de nuevo pidió más al camarero.

—Rebeca, fue suficiente —anuncié—, fue bueno para mi primera vez.

Ella se ríó bajito y asintió con la cabeza.

—Está bien, te dejaré descansar un poco antes de beber el tercero.

—¿Qué? No —intenté exclamar, pero mi voz sonó cansada—, fue todo, dije.

No sé si me puso atención, miraba como distraída hacia un cuadro que colgaba frente a nosotros.

—Me hubiera gustado hacer esto con ella alguna vez ¿sabes? —comentó sin mirarme.

—¿Con quién? —pregunté, me costaba mantener la mirada en ella.

Suspiró y se giró a verme.

—Con mi sobrina, me hubiera gustado salir y... no sé, conocer chicos en el bar, bailar, disfrutar de la música, lo que fuera. Pero ella no bebía, como tú —agachó la mirada al decir eso, como si estuviera molesta y comenzó a jugar con un vaso vacío—. Los videntes tienen demasiadas reglas.

Ella tenía razón, nosotros los videntes tenemos demasiadas reglas, y muchas de ellas no tienen sentido para mí, no tengo idea de por qué acepté ser uno. De pronto me siento enojado por todo lo que sucedió últimamente. Toda la culpa es de Elyon por darme la bonita carga de la clarividencia.

—Lo sé —admito—, es una basura.

Me agarro fuerte de la barra, de pronto ya hay dos Rebecas sentadas a mi lado, intento mirarla fijo para que no se dé cuenta de que ya estoy ebrio. Pero ella no me presta atención, sigue mirando

el gracioso cuadro que está frente a nosotros.

—Él me la quitó —dice con amargura—, Elyon se llevó a mi sobrina desde que la obligó a ser vidente. Éramos mejores amigas ¿sabes? Teníamos casi la misma edad en ese tiempo.

Gruño para no darle una respuesta con palabras, si lo hago, todas mis palabras saldrán arrastradas e inteligibles, aunque la verdad, un foco rojo intentó prenderse en mi cabeza, algo que dijo me llamó la atención, pero ya no estoy muy seguro de qué fue.

Suspira y me alcanza el otro caballito.

—Bueno, ya no importa —dice—, este tiempo es para nosotros dos, no para lamentarnos por el pasado.

Ya no tengo la voluntad suficiente para negarme, tomo el vaso y me lo tomo completo. La sensación de ardor casi ni se siente en mi garganta, solo noto el rico sabor del tequila en mi lengua.

—¡Eso es! —me anima Rebeca—. ¡Otro más aquí!

Se me hace muy graciosa la manera en que Rebeca le habla al camarero y me rio sin tapujos. Minutos después aparece el joven y pone un caballito más delante de mí. Se me hace extraño que Rebeca no se haya tomado su anterior caballito, pienso que es una lástima, la verdad están muy buenos.

—¡Gracias amigo! —le digo al camarero, él solo me sonrío, creo que es un amargado.

Apuro el vaso hasta el fondo, algo muy extraño le sucede a mi cabeza, todo comienza a dar vueltas, incluso siento que algo tira de mí hacia abajo, iba a caerme del banco pero Rebeca me tomó del brazo y evitó que sufriera una desgracia, es una muy buena amiga.

—Tú eres la única que se preocupa por mí —le digo, ella me sonrío—, voy a llevarte a tu casa —le anuncio—, tenemos que ser responsables porque mañana debemos trabajar.

Me levanto del banco e intento caminar hacia la salida, pero algún idiota debe estar jugando con la puerta y no la deja en paz en su sitio, tal vez por eso Rebeca no se levanta a acompañarme al auto. De pronto, una mesa me golpea las rodillas y caigo al suelo, sentí un líquido caliente saliendo de mi cabeza, debió ser el tequila que bebí saliéndose de mi cuerpo.

Ezequiel

—Ezequiel —A lo lejos oía una voz que hacía eco en mi cabeza dolorida—, Ezequiel —repitió—, tienes que ayudarme. Tú sabes dónde están todos los videntes, debes decírmelo.

Intenté reconocer la voz que me hablaba, pero no pude. Estaba aletargado, todo se movía más lento de lo normal, justo como yo.

Abrí los ojos lentamente, varios árboles corrían a toda prisa a cada uno de mis costados, me pareció que era gracioso y sonreí. Vóltee a mi lado izquierdo y vi a una mujer sentada a mi lado, su silla era más alta que la mía y yo estaba casi acostado, así que tenía que mirarla hacia arriba. Sostenía un círculo en sus manos y miraba fijamente hacia adelante, aunque de vez en cuando se giraba a verme.

—Ezequiel ¿me oyes? —preguntó la mujer. Entonces la reconocí, era Rebeca y manejaba por la carretera—. ¿puedes oírme?

La verdad sí la oía, pero ¿por qué arruinar con mi voz el dulce sonido de...? bueno no sé exactamente lo que era, pero era una bonita melodía.

Volví a cerrar mis ojos, estaba muy cansado y deseaba dormir, pero alcancé a oír lo último que me dijo Rebeca.

—Lo siento, pero haré lo que sea con tal de que me lo digas —dijo y entonces todo se volvió a poner negro para mí.

De pronto me encontré en un campo sembrado de cadáveres, todo mi entorno estaba en escala de grises, no había nada de color en el mundo donde estaba y la muerte podía respirarse en el aire.

Caminé indeciso por el campo, quería saber en qué clase de lugar me encontraba. Parecía que una sangrienta batalla se acababa de llevar a cabo, los cadáveres estaba esparcidos por un área de veinte hectáreas. Incluso el cielo comenzó a gritar la palabra *muerte*. Al llegar el ocaso, todo adquirió un deprimente color naranja-rojizo.

Me acerqué a uno de los cadáveres y le di la vuelta, se trataba de Josué Talamantes. Su mirada inexpresiva y vacía fue suficiente para llenarme de miedo, comencé a temblar sin control. Quise alejarme de inmediato de ahí, pero tampoco podía dejar de verlo. Di unos apresurados pasos hacia atrás y tropecé con otro cadáver. Caí de espaldas en el suelo sólo para enfrentarme al frío rostro de Israel Zamora. Me levanté de inmediato y miré a todo mi alrededor, fue entonces que me di cuenta de que cada cadáver ahí era una de las víctimas del asesino rojo.

Estaba tan perturbado mirando a cada uno de los cuerpos, que sentía que me volvería loco.

—Esto no es real —me aseguré en voz baja—, no es real.

Un susurro comenzó a tomar fuerza, pero yo ya no tenía el valor para levantar la mirada y ver de qué se trataba.

—Sí que lo es —decía el susurro.

—No, no —intentaba convencerme a mí mismo.

—Tienes que ver esto —decía la voz, pero yo me negaba a abrir los ojos—, Ezequiel, mira.

—No —dije sin fuerza.

—¡Ezequiel! —gritó y entonces abrí los ojos.

Un oscuro cráneo con sonrisa macabra estaba frente a mí. Intenté correr para alejarme de él, pero estaba en todos lados, yo estaba en su mundo y no podía alejarme de él. De pronto choqué

contra un cadáver que estaba de pie y volví a caer al suelo, miré bien su rostro y entonces mi horror llegó a su límite; el cadáver era yo mismo.

—Tú sigues —dijo mi cadáver señalándome.

Grité sumamente asustado y entonces desperté, con mi corazón latiendo a mil por hora. Una punzada recorrió toda mi cabeza y me quejé, apreté mis sienes con las manos para detener el zumbido y sentí unas gasas y vendas cubriendo la mayor parte de mi cabeza. La luz intensa que entraba por la ventana me cegaba un poco, parpadee varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz.

Me encontraba en una pequeña sala, sobre un sofá. Mi cuerpo estaba medio desnudo, sólo tenía puestos mis pantalones y mi camisa y suéter no estaban muy lejos de mí. Estaban sobre una silla en una esquina, quise esperar un momento sentado en el sofá antes de ir por ellos.

—Buenos días —me saludó la voz de una mujer.

Me di la vuelta sorprendido, fue una mala idea porque el zumbido volvió a aparecer, aunque me dio gusto saber que la mujer no era otra que Rebeca, salía de su habitación ya cambiada para ir al trabajo.

—Hola —dije arrastrando las palabras.

—En lo personal pienso que manejaste muy bien tu primer borrachera —dijo y luego se sirvió una taza de café.

Sonreí de alivio, de alivio por saber que mi pesadilla fue solo eso, una pesadilla que se acababa de terminar.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Pues caminaste dos pasos y luego chocaste contra una mesa —dijo como si fuera algo normal, luego bebió un largo trago de su taza—, al caer te diste en la cabeza con la esquina de la barra y perdiste el conocimiento.

Debí darme un buen golpe porque no recuerdo nada de lo que pasó antes de despertar.

—Gracias por cuidarme —dijo con sarcasmo—. ¿por qué tú no te ves tan mal como yo? También bebiste.

—Soy un hueso duro de roer —dijo ahora leyendo el periódico.

Nos quedamos callados unos minutos, yo recuperándome y Rebeca leyendo su periódico. Cuando se cansó de él lo arrojó a la mesa y luego fue a sentarse a mi lado.

—¿Recuerdas algo de lo que sucedió ayer? —preguntó un poco preocupada.

Intenté hacer memoria, pero mi cerebro estaba algo dañado por el tequila todavía.

—No, creo que no —respondí a media voz.

—¿Nada en absoluto?

—Sabes, la verdad me alegra no recordar lo que sucedió ayer —le recalqué—. No puedo creer que me hayas obligado a beber.

Rebeca sonrió, pero no era una sonrisa amigable, no, era más bien una sonrisa llena de ambición, algo extraña. Nunca la había visto sonreír así.

—Lo lamento —se disculpó.

Se me hizo raro que Rebeca se disculpara conmigo, en un día normal, me habría dado un millón de pretextos para hacerme creer que lo que hice ayer fue bueno.

—Ya me tengo que ir —dijo y se levantó del sofá.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las ocho a.m.

—¿Del día siguiente? —cuestioné alarmado.

—Así es, dormiste toda la tarde y toda la noche.

—Me lleva la... —susurré.

—Ya me voy, te quedas en tu casa.

Rebeca se despidió sin voltear a verme y yo corrí a ponerme mi camisa y suéter, ambos estaban manchados de sangre, pero no tenía nada más para cubrirme así que solo los usé al revés.

Bajé de prisa las escaleras que me separaban de la calle y cuando puse un pie en la acera, me di cuenta que no tenía idea de dónde estaba mi auto. Metí las manos en las bolsas de mi pantalón para ver si de casualidad las traía, las encontré en el bolsillo izquierdo y presioné el botón del llavero. El sonido de la alarma de mi auto sonó a la vuelta de la esquina, corrí para no perder tiempo, la verdad, me sentía culpable por Esteban, se había pasado todo el día anterior completamente solo. Lo último que el niño necesitaba ahora, era sentirse más solo.

Me subí y eché a andar el auto. Trataba de ignorar los síntomas de la terrible resaca que traía. Me dolía la cabeza al punto de querer estallarme, tenía muchas náuseas y me sentía demasiado cansado. Me arrepentí de no haber tomado un garrafón de agua mientras estaba en casa de Rebeca. Pero claro, quien me manda andar bebiendo cuando bien sé que eso no es lo mío.

Hubiera dado lo que fuera porque cada conductor dejara de usar su claxon por unos minutos, el ruido excesivo solo estaba empeorando el dolor de cabeza. Pisé más a fondo el acelerador para llegar cuanto antes a mi casa y tomarme unas veinte aspirinas.

Cuando llegué, Martha y Simón hablaban entre ellos y se les veía preocupados, estaban fuera de la puerta principal y al verme llegar Martha corrió a recibirme.

—¡Válgame Dios! —exclamó mientras yo bajaba del auto—, pero ¿dónde había estado señor? Nos tenía preocupados.

Al terminar de bajarme del auto, Martha notó los vendajes en mi cabeza y las manchas de sangre en mi ropa. Se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—¿Qué sucedió señor? ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien Martha, tuve un accidente sin importancia ¿Dónde está Esteban?

Quise cambiar pronto de tema de conversación porque sentí que si no lo hacía, tendría a Martha haciendo mil preguntas sobre mis vendajes por el resto del día.

—Está en su habitación —contestó Simón, creo que él entendió mi deseo de no hablar sobre mi “accidente”, él siempre me ha comprendido respecto a estas cosas y me ha echado la mano.

—No ha querido salir desde ayer señor —me informó Martha—, hoy quise levantarlo para llevarlo a la escuela y se encerró en su cuarto, no ha querido abrir la puerta.

Suspiré profundo, yo también era culpable de la decepción que Esteban sentía ahora mismo.

—Muy bien, gracias por todo, yo iré a verlo.

Pasé de lado a Martha y cuando llegué cerca de Simón, le pedí un favor en voz baja para que Martha no escuchara.

—Que Martha me prepare un desayuno que me ayude a eliminar la resaca, por favor Simón —pedí.

—Claro, en seguida señor.

Confíe en Simón y me fui a la cocina a buscar primero unas aspirinas, me tomé una con medio litro de agua. Después de eso fui a cambiarme el suéter, no quería que Esteban me viera todo manchado de sangre, usé una gorra en la cabeza para disimular los vendajes y entonces fui hasta su habitación.

Dentro no se oía nada, pero supuse que Esteban no tendría ganas de hacer nada en estos momentos y eso explicaba su silencio. Toqué levemente la puerta con mis nudillos y lo llamé.

—Esteban, soy yo ¿puedo pasar?

No hubo respuesta, me sentí todavía más mal, también yo lo había decepcionado.

—Esteban, perdóname por no haber estado ayer contigo. No tengo una excusa para eso, ¿crees que puedas perdonarme?

De nuevo el silencio fue su respuesta, pero yo no me iba a dar por vencido tan fácil. Fui a mi habitación para traer la llave de su cuarto y entonces hablar con él. Abrí despacio, para no asustarlo. Él estaba acostado en su cama, mirando hacia la pared, se acurrucó más con las mantas cuando me oyó entrar. Caminé hasta él y me senté a su lado.

—Esteban yo... —no encontraba las palabras adecuadas para disculparme—, de verdad lamento haberme ido ayer, no quería dejarte solo, pero ¿sabes? Los adultos cometemos muchos errores, más que los niños incluso.

—Eso ya lo sé —respondió, y su voz se quebró.

Saber lo mucho que lo había decepcionado, me llenó de tristeza, apenas comenzábamos a formar una bonita relación y yo tenía que arruinarlo todo.

—Es solo que, también extraño a tu madre —admití—, y me puso muy triste que se fuera.

—Ella no es mi madre —contestó con amargura.

—No digas eso, ella te ama —dije sin mucha convicción.

—No es cierto, si me amara no se habría ido.

Guardé silencio, no quería darle falsas esperanzas ni tampoco mentirle.

—Bueno, no tengo idea de por qué se fue —admití—, pero lo que sí sé, es que si tú me lo permites, yo puedo ser tu papá de ahora en adelante.

Esteban se incorporó cuando me oyó decir esas palabras, sus ojos expresaban duda y a la vez ilusión.

—¿Para siempre? —preguntó.

—Claro campeón, para siempre. Hasta que mi corazón deje de latir.

—¿Y puedo llamarte papá?

—¡Por supuesto!

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas y se apresuró a abrazarme. Sus bracitos me apretaban con fuerza, como si temiera que me fuera a ir.

—Estaremos bien campeón —le aseguré—, saldremos adelante juntos.

Asintió con su cabeza mientras seguía abrazándome, lloraba en silencio sobre mi hombro y poco a poco se tranquilizó.

—¿Qué te sucedió en la cabeza papi? —preguntó y luego me soltó.

—Ah, nada importante, solo que quise jugar cabezazos contra el piso.

—¿Y quién ganó?

Suspiré.

—Creo que el piso sigue invicto.

Esteban rio a carcajadas y yo me sentí mejor de verlo más animado.

—Tengo mucha hambre campeón ¿quieres desayunar conmigo?

Mi hijo asintió con efusión y saltó de la cama para que fuéramos a desayunar juntos. Me llevó de la mano por el pasillo pero le pedí que me diera un minuto. Yo necesitaba una ducha con urgencia, pero después de tomarla, ambos disfrutamos de unos deliciosos chilaquiles que Martha nos había preparado.

Ezequiel

Tuve que tomar increíbles cantidades de agua durante el desayuno para poder combatir la deshidratación y las náuseas que me aquejaban. La resaca es la peor parte de beber, no es el ridículo que uno puede llegar a hacer, ni la visión doble, sino los terribles síntomas del día siguiente.

—¿Te duele la cabeza papi? —preguntó Esteban.

—Un poco campeón —dije mientras apretaba con fuerza mis sienes.

—¿Irás a trabajar hoy?

—No lo creo, no me siento nada bien.

Esteban asintió y siguió jugando con la cuchara en la mesa.

—Yo tampoco quiero ir a la escuela hoy —dijo.

Sonreí para mis adentros, este chico es demasiado listo, estaba usando mi situación para justificar una falta a la escuela.

—¿Por qué no quieres ir? —pregunté.

Esteban solo se encogió de hombros, no sé si no me quería decir la verdad o simplemente no tenía ganas hoy. Miré mi reloj, aun había tiempo de llevarlo a la escuela, pero si lo llevaba a la escuela, entonces yo también debería ser más responsable y asistir al trabajo, aunque me sintiera terrible.

—Lo siento, pero tendrás que ir —sentenció—. Los dos debemos ser más responsables y asistir a donde debemos estar, yo también iré al trabajo hoy ¿De acuerdo?

Suspiró decepcionado y siguió jugando con la cuchara.

—Vamos, termina tu desayuno —indiqué.

Comenzó a hacerme caso y al poco rato ya había dejado vacío su plato, lo llevé a su habitación para cambiarlo de ropa y después de eso ambos ya estábamos en camino a la escuela.

Cuando llegamos, ya todos los niños estaban en su salón y las clases habían comenzado, solo se oía el barullo de varios niños recitando las tablas de multiplicar. En la entrada de la escuela, solo se encontraba el portero, un tipo alto y enclenque que tenía fama de malhumorado, me preparé para debatir con él y rogarle que nos dejara pasar.

—Buenos días —saludé—. ¿Podría abrir la puerta para nosotros?

—Hace una hora que las clases comenzaron —dijo moviendo su enorme escoba de aquí para allá—. No se admite el ingreso a alumnos después de iniciadas las clases.

—Entiendo —comenté—, me preguntaba si podría hacer una excepción solo por esta vez. Le aseguro que no volverá a pasar.

—No —contestó seco—, sin excepciones.

Mientras yo le insistía que olvidara nuestro retraso solo por esta vez, la directora apareció.

—Buenos días —saludó—. ¿cuál es el problema?

—Directora Esparza, este niño llegó tarde —contestó el portero—, según el reglamento no puede ingresar.

La directora miró a Esteban y luego a mí.

—Bueno, haremos una excepción esta vez —dijo la directora—, pasa a tu salón pequeño. Hablaré con tu padre un minuto.

Esteban se despidió con un *adiós, papi* y salió corriendo hacia su salón. El portero también se alejó para dejarnos solos a la directora y a mí, no sin murmurar sobre la gente que se creía muy importante para hacer lo que le viniera en gana.

—Señor Espadas —comenzó la directora de manera solemne—, la puntualidad es muy importante para nosotros en esta escuela.

—Lo sé directora, no volverá a suceder, se lo prometo.

—Eso espero —contestó dando un paso más cerca de mí—, no me gustaría que Esteban perdiera clases. Es un niño muy listo, tiene poco tiempo aquí pero he podido darme cuenta del gran potencial que tiene. Quizá algún día lo cite para informarle de todos sus avances.

—Eso me encantaría —contesté con sinceridad. Yo sabía que Esteban era muy listo, pero oír eso en labios de la directora, me llenaba de orgullo.

—Muy bien, entonces esté al pendiente, pronto lo llamaré.

—Gracias directora —dije y luego estreché su mano.

Me fui de ahí sintiéndome como un pavorreal por el cumplido que había recibido. Quise ser igual de responsable que mi hijo y me fui directo a la oficina.

Una canción conocida para mí sonaba en la radio, una que Keren y yo habíamos compartido hace algún tiempo. Apagué de un golpe la radio, no quería pensar más en ella. Me lastimaba a mí mismo con eso. Tenía que tranquilizarme, no podía ir por la vida relacionando todo lo que viera o escuchara con Keren. Por mucho que me hubiera dolido el hecho de que jugara conmigo, no era sano para mí aferrarme a eso. Las personas nos lastiman todo el tiempo, está en nuestras manos el nivel de daño que nos hacen y yo no permitiría que me dañara en lo más mínimo, además, yo obtenía algo muy bueno de todo esto, Esteban es mi regalo, lo que vale la pena de haber conocido a Keren.

Llegué a la oficina y lo primero que hice fue ir por un enorme vaso de agua. Mientras lo bebía, me prometí a mí mismo que nunca más volvería a beber, es algo horrible en verdad y no me ayuda en nada.

—Hola —me saludó Pablo—, ¿qué haces aquí? Pensé que no querías venir hoy.

—¿Por qué? —pregunté sin mirarlo.

—Pues, porque... bueno, tu sabes, por lo de Keren.

Miré a los ojos a Pablo, ya no quería que me volviera a mencionar ese asunto de Keren.

—Eso ya está en el pasado —le aclaré y luego me fui de ahí.

—Ay mi amigo —oí que susurró Pablo a mis espaldas.

Me encerré en mi oficina y me concentré en mi trabajo. Para mi sorpresa, trabajé sin parar durante horas, sin que el nombre de Keren o algún asunto relacionado con ella irrumpieran en mi cabeza. Incluso, la pila de papeles que había dejado el día anterior llegó a desaparecer. Creo que desde que entré a trabajar en la agencia de policía, nunca había trabajado con tanto esmero. Con eso creo que he compensado todos los días que estuve ausente.

Estaba terminando de archivar el último documento cuando alguien llamó a mi puerta.

—Pase —respondí.

Entró Lidia, la chica de recursos humanos.

—Hola, Ezequiel —saludó.

—Hola, Li, ¿qué necesitas?

—Rebeca me dijo que te ingresara incapacidad por los días que te ausentaste, pero perdí tu número de seguro social y quería saber si me lo puedes pasar para anotarlos de nuevo en el sistema.

—Claro.

Me quedé pensando después de responderle, no tenía idea de dónde estaba mi número de seguro social.

—Debe estar anotado en tu gafete —indicó Lidia.

Palpé todas mis bolsas pero no traía mi gafete puesto, la verdad, ni siquiera recordaba haberlo sacado de la casa en la mañana, antes de venir al trabajo.

—Li, creo que no lo traigo —comenté.

—No me digas eso, Ezequiel de verdad lo necesito ahora.

—Sí, sí tranquila, deja reviso en los cajones.

Abrí cada puerta de mi escritorio, miré en cada rincón, revisé incluso las carpetas que estaban en los cajones pero nada, no lo veía por ningún lado y Lidia comenzaba a desesperarse.

—Oye, si quieres te doy tiempo para que lo busques —propuso—, tengo otras cosas que hacer, pero después regreso para ver si ya lo encontraste ¿de acuerdo?

—Sí está bien, muchas gracias Li.

Cuando Lidia se fue, yo me quedé pensativo. Trataba de recordar la última vez que lo había visto. Me parecía que tenía algo que ver Rebeca, mi cerebro quería relacionar mi gafete con ella por alguna razón, y entonces me acordé. Ella me había pedido que se lo dejara mientras yo me ausentaba, sólo por si necesitaba revisar los documentos que guardaba en el cuarto de archivos, y que sólo podían abrirse con mi identificación.

Caminé hacia su oficina para pedirle que me entregara mi gafete. Toqué a la puerta una, dos y tres veces pero nadie me contestó.

—No está —me avisó Saúl, el detective—, no se ha presentado a trabajar hoy.

—¿Cómo? —pregunté incrédulo.

—No ha venido en toda la mañana, me llamó y dijo que no vendría en todo el día, que tenía cosas importantes que hacer.

Me pareció extraño eso. Yo vi a Rebeca salir de su casa lista para venir al trabajo.

—¿Te dijo qué cosas? —pregunté

Saúl se rió con mi pregunta.

—¡Claro que no! —afirmó—, ella nunca le da explicaciones a nadie, es la jefa.

Bufé frustrado, me preguntaba cómo conseguiría ahora mi identificación.

—Sea lo que sea —continuó Saúl—, tendrá que esperar hasta mañana.

El detective se levantó y se fue cargando unas carpetas en el brazo. De todos los detectives que se quedaron, ninguno me ponía atención, todos estaban concentrados en sus computadoras o haciendo llamadas telefónicas, o consolando personas cuyos problemas tenían que ver con maleantes.

Aproveché que todos estaban distraídos y probé abrir la puerta para ver si de casualidad no le había puesto llave, para mi gran sorpresa, la puerta se abrió sin ningún problema. Entré con cautela, con cuidado que nadie me viera o me oyera. Una vez dentro, cerré la puerta a mis espaldas, ahora la gran cuestión era saber en qué parte podría estar mi gafete.

Busqué primero por encima de su escritorio, movía papeles aquí y allá, aunque siempre cuidaba que todo quedara en su mismo sitio, estaba seguro que Rebeca se molestaría si descubría que había husmeado en sus cosas.

Buscar por encima no estaba dando resultados, así que comencé a abrir cajones y demás puertas en busca de mi gafete. En uno de los cajones de un archivero estaba una gruesa carpeta roja, cerrada con un hilo, que ponía “*privado*”. Me entró una intensa curiosidad por saber lo que Rebeca guardaba ahí. Agucé mi oído para comprobar que nadie me descubriría revisando las cosas personales de Rebeca y sin poder contenerme, abrí la carpeta. Me sorprendió mucho que a

primera vista, estuviera mi gafete.

Tomé mi identificación entre mis manos pero al hacerlo, me di cuenta que estaba pegada a una hoja. Le di la vuelta para ver lo que contenía o la razón de estar pegada ahí. En ella estaba toda mi información personal, desde estatura hasta el accidente de mis padres. Creí que podría ser algún registro de todos los empleados que trabajábamos en la agencia de policía, pero esa idea quedó descartada cuando vi otra sección que contenía todos los datos de un joven que jamás había visto en mi vida. Su nombre era Joaquín Molina y el expediente contenía una foto de él como sacada de sus redes sociales. Al igual que en el mío, su expediente estaba lleno de información, no obstante, noté algo que no había visto en el mío y me regresé de inmediato a ver si yo también había recibido la misma etiqueta.

Con un poco de alarma, descubrí que había una frase debajo de mi gafete que me catalogaba como “*vidente confirmado*”. En el expediente de Joaquín, esa etiqueta era bastante parecida, solo que la de él ponía “*posible vidente*”.

Mi cerebro no terminaba de armar aquel rompecabezas, toda esa carpeta y su contenido eran muy extraños.

Continué mirando la información que Rebeca había recopilado y mi alarma aumentaba minuto a minuto. Cada persona en ese expediente, eran las víctimas del asesino rojo y tenían la misma etiqueta que yo: “*vidente confirmado*”. Lo peor de todo eso, es que todas las fotos, excepto la mía y la de Joaquín, tenían una brillante equis roja, pintada por todo el retrato, además de un escalofriante título puesto a un lado: *Terminado*.

No podía creer que alguien estuviera cazando a los videntes, jamás pensé que el asesino rojo quisiera exterminarnos, ¡a nosotros que solo queremos ayudar!

Mi estómago se revolvió cuando entendí que según la lista, Joaquín y yo éramos los siguientes en morir, y no sólo eso, sino que moriríamos a manos de aquella en quien menos hubiera pensado.

—No, no, no —me repetía a mí mismo.

Quería convencerme de que Rebeca no tenía nada que ver con el asesino rojo, al menos no más de querer atraparlo y hacerlo pagar por sus crímenes, pero no podía estar seguro. De pronto, los recuerdos del día anterior llegaron a mi memoria, ella me había preguntado por el resto de los videntes y su ubicación. Mi corazón comenzó a palpar como loco, la culpa me llenó de los pies a la cabeza, quería recordar un poco más, quería saber si de verdad le había dado la información, pero no podía, toda esa parte del día anterior estaba en completa negrura.

—Dios mío ¿qué he hecho? —susurré—, es mi culpa, todo es mi culpa.

Corrí a la computadora de Rebeca, para ver si ella había sacado la foto de Joaquín del internet. Entré a google pero no había una búsqueda reciente, no obstante, Rebeca había olvidado cerrar todo el historial y con amargura vi que había abierto la página de Facebook de Joaquín, de donde había conseguido su foto.

Con las ideas enredadas en mi cabeza, las lágrimas luchando por salir de mis ojos y el corazón latiéndome a mil por hora, salí de su oficina y fui a encerrarme en la mía. Intentaría generar una visión para ver lo que había ocurrido el día anterior, mientras veníamos en el auto.

Me senté en el suelo, con la espalda recargada en la pared y me concentré. Luché por varios minutos, pero algo andaba mal conmigo, las visiones no llegaban a mis ojos, lo único que veía era negro y después destellos de color. Me maldije por haber sido tan tonto y haber bebido el día anterior. Ahora, gracias a ello, no podría tener ninguna visión en un tiempo.

Comprendí el plan de Rebeca, siempre fue su intención emborracharme para deshacerse de mí, por eso ella nunca tocó su tercera copa, sólo quería verme ebrio a mí.

Aun así, con toda la información en contra de Rebeca, una parte de mí se negaba a creer que

ella fuera el asesino rojo y menos aún, que quisiera acabar con todos los videntes. Pero al final tenía lógica. Ella nunca quiso que su sobrina fuera vidente, ni que tuviera tantas reglas y así no fuera sólo para ella, al menos, eso me dijo mientras bebíamos. Estaba molesta porque Elyon captó toda su atención y ella pasó a segundo plano. Matar a su sobrina, solo fue el inicio, la nota que dejó en el baño dejaba en claro que solo faltábamos Joaquín y yo.

Sujeté fuerte mi cabeza y comencé a llorar desesperado.

—¡Elyon! —llamé entre lágrimas—. ¡Elyon, ayúdame!

No hubo respuesta.

—¡Elyon! —llamé una vez más.

Pero Elyon se mantenía en silencio. Temí que eso fuera a pasar, la última vez que hablamos le pedí que se alejara de mi vida y nunca regresara. Con tristeza descubrí que me había hecho caso. De pronto me sentí muy solo. No tenía a nadie a quién acudir, ni armas para pelear, la muerte me acechaba y yo no sabía qué hacer ¿cómo iba a enfrentar a Rebeca si no tenía ni siquiera a Elyon de mi lado?

Golpee fuerte el piso con mis puños, debía haber algo que pudiera hacer. No podía permitir que matara a nadie más, ni a Joaquín ni a mí.

Apretaba con fuerza la hoja que contenía la información de Joaquín, pensé que sería lógico que Rebeca hubiera ido en su búsqueda, ya que era muy probable que yo le hubiera dicho el día anterior todo sobre él.

Me levanté del suelo, limpié mis lágrimas y corrí hacia la dirección que estaba escrita en el papel, algo debía hacer para evitar un desastre mayor, intentaría remediar un poco el daño que ya había hecho.

Ezequiel

Manejaba a gran velocidad por las calles de la ciudad, sin respetar los semáforos en amarillo o las señales de tránsito, gracias a Dios que ningún policía me vio o me detuvo en el trayecto. Consultaba de manera constante mi GPS, no podía perderme o llegaría demasiado tarde.

Al parecer, la dirección estaba en una fundidora de metal a las afueras de la ciudad, donde Joaquín trabajaba con operador de maquinaria, según el expediente que Rebeca había hecho. Creo recordar haber pasado por ese lugar alguna vez.

Revisé en la guantera a ver si de casualidad traía mi arma, salí tan apresurado que ni tiempo tuve de pensar con qué me defendería. Creo que en mi interior anhelaba no utilizar ningún tipo de violencia, Rebeca había sido mi amiga, o al menos eso creí, no quería lastimarla, sino hablarle y hacerla entrar en razón, pero a estas alturas ¿podría razonar con ella? En serio deseaba que sí.

Poco antes de llegar a la fundidora, bajé un poco la velocidad, no quería llegar haciendo un escándalo y que entonces Rebeca actuara más rápido. Me estacioné varios metros más lejos de su auto, ella lo había dejado cerca de la entrada, mientras que yo tuve que dejarlo casi a la vuelta de la esquina. Me fijé también que conducía el auto que la agencia de policía le había dado, supuse que era para que nadie sospechara de ella si veían que se llevaba a Joaquín en él.

Ni siquiera quise intentar entrar por la puerta principal, sabía que no me dejarían pasar. Rebeca solo debía mostrar su placa y pasaría sin ningún problema, pero no yo, así que busqué entrar por otro lado. Por fortuna no fue tan complicado, pues la fundidora solo estaba rodeada por una cerca de malla. Observé con cuidado a ambos lados, vigilando que nadie me viera y cuando me aseguré que no había nadie cerca, salté dentro.

Había varias máquinas cargadoras y camiones de volteo, pero al parecer, todos los conductores de las máquinas estaban concentrados en su trabajo porque nadie notó mi presencia. Me deslicé a hurtadillas por todo el patio de maniobras, con los ojos muy abiertos en busca de Rebeca. Inmensas montañas de metal y de tierra bloqueaban mi vista constantemente, tenía que quedarme al descubierto muchas veces para poder abarcar con mi vista cada rincón, pero era inútil, ni Rebeca ni Joaquín se veían por ningún lado. Se me ocurrió que si no estaba afuera, entonces debían estar adentro, en la nave industrial. Tomé un casco de seguridad y una chaqueta sucia que estaba por ahí para pasar más desapercibido. Mi improvisado disfraz pareció dar resultado, varios trabajadores que salían de la nave pasaron por mi lado pero no notaron nada raro.

Una vez dentro continué buscando a Rebeca, de pronto sonó una campana, era el timbre que anunciaba el inicio del receso de los trabajadores, me dio alivio saber que la nave quedaría parcialmente vacía, así me sería más fácil ubicar a Rebeca. Mientras todos los trabajadores salían por la inmensa puerta de la nave, yo entraba chocando con varios de ellos, me disculpé en repetidas veces hasta que no se oyó a nadie dentro. Caminé hacia las oficinas que estaban a los lados de la nave; estaban vacías, todas estaban vacías, sin embargo, cuando ya me daba la vuelta para buscar por otro lado, vi a dos personas conversando en un rincón. Aunque estaba de espaldas a mí, reconocí a Rebeca y frente a ella estaba Joaquín. No alcanzaba a escuchar lo que conversaban, pero fuera lo que fuera, tenía muy confundido a Joaquín. Limpiaba el sudor de su frente cada segundo y cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, como si estuviera nervioso.

Me acerqué a ellos por otro lado, algunas estructuras de metal tapaban su lado derecho, mientras que la pared cubría su lado izquierdo, Joaquín estaba encerrado con su verdugo y no lo sabía. Pegué mi espalda a la estructura de metal para oír lo que decían.

—No tienes otra opción —decía Rebeca—, tienes que venir conmigo.

—No me da confianza —le respondió Joaquín—, prefiero no hacerlo.

—No me obligues a llevarte, sería muy complicado para ti.

“No cedas” rogué en mi mente “no cedas, Joaquín, por favor”

Escuché a Joaquín suspirar, como si se diera por vencido.

—Está bien —respondió—, iré contigo.

—Eso es —contestó Rebeca con satisfacción.

Se oyó el sonido metálico de las esposas al chocar entre sí.

—Espera —respingó Joaquín—. ¿por qué sacas eso?

—Debemos fingir hasta que lleguemos al auto, no puedo subir a un civil a una patrulla si no está esposado.

—Esto... no es... —titubeó Joaquín.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para esto —interrumpió Rebeca.

—¡Oye, tranquila!

Me imaginé que lo había esposado a la fuerza para llevárselo, luego escuché sus pasos caminando hacia mí. Pronto dieron la vuelta y Rebeca me miró, bastante sorprendida.

—¡Ezequiel! —exclamó.

Mi mirada era fría y demasiado ruda, no podía creer lo que estaba haciendo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó molesta.

—Te lo advierto, Rebeca —pronuncié cada palabra lentamente para que me comprendiera—, no lo hagas.

—Ezequiel, vete de aquí o también morirás.

—Espera ¿¡qué!? ¿Cómo que también? —exclamó Joaquín, a quién Rebeca sostenía de un brazo.

Tanto Rebeca como yo, ignoramos su desconcierto.

—¿Es en serio? —le pregunté incrédulo.

—Hablo en serio —me respondió de manera ruda—. Apártate ahora mismo.

—No lo haré, no dejaré que hagas esto. Ni siquiera te creí capaz.

—Escucha, no me importa lo que pienses, hago lo que creo que es correcto.

—¿Correcto? ¿Te parece que es correcto matar a cientos de personas sólo por eventos del pasado?

Rebeca frunció el ceño y soltó a Joaquín, dio un paso hacia mí, lo que Joaquín aprovechó para alejarse lentamente de nosotros. Me pareció bien que lo hiciera, así podría ponerse a salvo.

—¿Matar? —repitió Rebeca—. ¿De qué hablas?

—No juegues conmigo —exigí—, sé muy bien lo que haces.

Rebeca se quedó mirándome unos segundos, parecía que ya se había olvidado por completo de Joaquín.

—Escucha, amigo —comentó despacio—, será mejor que regreses a la oficina, después hablaré contigo.

Me molestó bastante que se atreviera a mandarme, aún después de haberla descubierto. Me acerqué a ella de manera violenta y la tomé de un brazo.

—No seas cínica —dije entre dientes—, deja de burlarte de mí.

Se libró de mi brazo empujándolo con fuerza a un lado.

—¿Quieres calmarte? Este no es el momento.

Iba a replicar, pero entonces, un grito ahogado hizo eco por toda la nave. Ambos volteamos a ver a Joaquín que se desplomó de espaldas, a unos cuantos metros de la puerta.

—Ay no, Joaquín —susurré.

De inmediato corrí hacia él, preocupado y desconcertado por lo que había ocurrido. Llegué barriéndome a su lado, tenía un profundo corte por toda la garganta e intentaba desesperado detener el flujo de sangre con sus manos. La adrenalina comenzó a correr por todas mis venas. Actué con prontitud y me quité la chaqueta para colocarla en la herida y así evitar que perdiera más sangre.

—Aguanta amigo —lo animaba—, vas a estar bien.

Hacia todo lo que podía, pero no había forma de detener la sangre y Joaquín lo sabía, sus ojos estaban vidriosos, aguardaban la muerte y me suplicaban en silencio.

—¿Quién te hizo esto? —pregunté.

Pero ninguna palabra podía salir ahora de la boca de Joaquín, solo me miraba como rogando misericordia.

Quería consolarlo, decirle algo que lo alentara y así hiciera la transición menos aterradora, pero Rebeca me tacleó a un lado antes de poder decirle nada. Escuché un sonido metálico, como algo chocando con las estructuras detrás de nosotros. Una vez en el suelo, Rebeca volvió a tomarme de la camisa y me jaló hacia atrás de las estructuras, de nuevo se oyeron más sonidos metálicos a mis espaldas.

—¡Aléjate de mí! —exigí—. ¡eres una asesina!

—¡No seas estúpido! —me regañó entre dientes—. ¡No fui yo!

—¡Claro que sí! —respondí airado—, vi el expediente que guardas en tu gaveta.

Más cosas chocaron contra las estructuras de metal donde estábamos escondidos, no tenía idea de qué podía ser, ni de por qué Rebeca actuaba así. Iba a alejarme de ella, pero en cuanto saqué la cabeza de detrás de la estructura, un cuchillo muy afilado rozó mi frente y fue a incrustarse en la pared.

Rebeca volvió a meterme detrás de la estructura y me tomó de la camisa para ponerme frente a ella, mientras, yo cubría la pequeña herida que me hizo el cuchillo con la mano.

—Busqué a todos los videntes para protegerlos —me informó, yo la miré confundido.

—¿Qué?

No pudo responderme en ese momento, pues más cuchillos comenzaron a llovernos, ahora por el flanco izquierdo. Corrimos a escondernos entre unas tarimas de madera.

—Cuando te ausentaste, descubrí que todas las víctimas del asesino rojo eran videntes — continuó Rebeca—, así que busqué a los demás para protegerlos.

Todo aquello me sonaba bastante extraño y agregado a eso, estaba el hecho de no saber quién nos estaba atacando ahora mismo.

—Si tú no eres el asesino rojo —dije—, ¿entonces quién?

La torre de tarimas se precipitó sobre nosotros, Rebeca y yo apenas tuvimos tiempo de escapar de ahí rodando sobre nosotros mismos. La gran mayoría de las tarimas se hicieron pedazos, algunas tablas saltaron muy cerca de nosotros y casi nos golpean.

Estaba seguro de que Rebeca no había podido tumbar la torre sobre nosotros, ni lanzarme cuchillos como hace rato, alguien más estaba en la nave y buscaba asesinarlos.

—Pues yo —escuché que alguien respondió a mi pregunta de hace un momento.

La voz del individuo resonó por todos lados, era una voz escalofriante, rasposa y anormal, como la de mis pesadillas, como la que escuché en una de mis visiones.

Levanté la vista para buscar a quién había hablado, pero no se veía nada. Rebeca y yo, guardamos el más profundo de los silencios y de pronto, en la nave no se oyó ni una mosca. Aquel silencio me ponía los pelos de punta, estaba mirando a todos lados, sin saber de dónde podría venir el peligro. Rebeca juntó su espalda con la mía y sacó su pistola que guardaba en su cinturón.

Por un minuto creímos que quien fuera que nos estuviera buscando se había ido, pues todo se veía demasiado tranquilo, como si lo que pasó hacía un momento en realidad no hubiera sucedido. Comenzamos a respirar más calmados, sin embargo, el silencio se rompió de repente cuando un gancho de gran tamaño, se movió sobre su riel en el techo y se precipitó hacia nosotros. Yo reaccioné a tiempo, pero no así Rebeca. El gancho se clavó en su hombro y la llevó varios metros antes de lanzarla con fuerza hacia la pared. Ella cayó inconsciente al suelo.

—¡Rebeca! —grité desesperado

—Ahora sí, solo estamos tú y yo —dijo alguien a mis espaldas.

Me quedé en una pieza al escuchar su voz y comencé a girarme lento, no quería hacer movimientos súbitos que molestaran a quien fuera que nos estuviera cazando. Cuando quedé de frente a mi cazador, reconocí en su barba al anciano que había visto aquella vez en el centro comercial, aquel mismo que tantos escalofríos me había causado.

—¿Quién eres? —pregunté.

El anciano sonrió, en una mueca muy parecida a la que miraba en mis visiones de sus crímenes. Era horrible verlo, tenía unos puntiagudos colmillos y una mirada que demandaba más sangre. Comenzó a despegar su barba. Yo había acertado la última vez, cuando pensé que era falsa. Se quitó las gafas oscuras, con las que se hacía pasar por ciego, después quitó su despintada gorra y por último, dejó caer al suelo su pesado abrigo lleno de cuchillos, incluso, un bote de pintura roja rodó por el suelo al salirse de uno de sus bolsillos.

La sangre bajó hasta mis pies y toda mi piel se puso pálida como el papel. Literalmente estaba viendo a un muerto, al menos, a alguien que creía muerto. Llevé mis manos hasta mi boca, estaba muy impactado por lo que miraba.

—No puede ser —susurré—. ¿Mateo?

Ezequiel

—Pero... deberías estar muerto —objeté.

Mateo se rio con ironía mientras caminaba en amplios círculos alrededor de mí.

—Claro, eso le gustaría a Elyon, pero ya ves que no es así. Solo fingí mi muerte para poder deshacerme de todos ustedes.

Apreté el puño con todas mis fuerzas, no podía creer su actitud hacia nosotros.

—¡Estás loco! —grité—. ¿Por qué matas a tus hermanos?

—¡Esas son tonterías! —dijo deteniéndose frente a mí—. Yo no tengo hermanos, no tengo a nadie. Y la única familia que podía tener, me fue arrebatada por Elyon.

De inmediato entendí que se refería a su esposa.

—Esa no fue culpa de Elyon —apunté—. Fue tuya, siempre supiste que no debías relacionarte con alguien que no tuviera la fuerza para sobrellevar nuestro don.

—Bah, no me digas que eres de esos que todo le creen a Elyon ¿De verdad te parece justo que no podamos ni siquiera elegir con quién nos casamos?

Me quedé mudo, pensaba en la pareja que a mí me había tocado, y lo descontento que aún me sentía por ello. Quizá Mateo tenía un punto a su favor.

—Yo le rogué a Elyon mil veces —continuó Mateo—, le pedí de muchas maneras que me dejara ser libre de elegir, pero no. A él solo le interesa cumplir con sus propósitos y punto. Nosotros somos solo peones, sirvientes de los que se vale para engrandecerse. O dime ¿alguna vez alguien te ha agradecido tu ayuda?

Me negué a responderle, solo lo miré a los ojos, la respuesta a su pregunta era obvia, sólo quería acorralarme con su lógica.

—¿Eh? ¿Verdad que no? —dijo con ironía—. ¿Lo ves? Yo me negué a seguir participando en su juego, porque yo nunca ganaba, él era el único ganador siempre.

—¿Y qué tenemos que ver los demás con eso? —exigí—. Si nosotros queremos seguir en este juego ¿a ti qué?

Mateo se acercó más a mí. Me tomó del brazo y se estiró para hablarme al oído.

—No, no, no. Yo los estaba liberando, nadie quiere ser parte de un juego donde nunca gana nada.

Su repugnante aliento me asqueó y di un paso hacia atrás para alejarme de él, no disimulé mi disgusto, al contrario, lo acentué más para que no se atreviera a acercarse de esa forma. Sacudí con fuerza mi brazo para que me soltara, pero él no le dio importancia a ninguno de mis rechazos y continuó caminando en círculos a mí alrededor.

—No me juzgues mal —pidió—, a todos les di la oportunidad de unirse a mí, pero... eran débiles, tontos sin cerebro. Elyon ya había absorbido toda su esencia, de tal modo que sólo quedaban obedientes máquinas que siempre respondían: “Jamás traicionaría a Elyon” —fingió la voz cuando dijo eso, se le veía muy molesto con las decisiones de los demás videntes—. Bah, ya no importa, veo que no eran lo suficientemente audaces para unirse a mí.

—¿Unirse a ti? ¿Para hacer qué? —pregunté, quería que siguiera hablando, así quizá se me ocurriera un plan para librarnos de él.

Sonrió con una macabra mueca que dejaba ver sus puntiagudos colmillos.

—Destruir a Elyon, por supuesto. Apoderarnos del don de la clarividencia sin estúpidas reglas carentes de sentido. Imagina todo lo que podríamos hacer.

—Estás loco —afirmé—, haces esto solo porque tu esposa murió por tu culpa, y lo sabes bien. Pero quieres culpar a alguien más, quieres culpar a Elyon.

Mateo se movió rápido hacia mí de nuevo, intentó acercarse como hacía un momento, pero lo rechacé con un leve empujón.

—¿De verdad? —preguntó agresivo—. Dime ¿Tú estás feliz con la esposa que te eligió? ¿Estás feliz con Keren?

Lo miré con fiereza, me molestó que mencionara a Keren. No quería que le hiciera daño, ni a ella ni a Esteban, pero él asumió que me irritaba que Keren fuera mi esposa, lo cual era mitad cierto.

—¡Ah! ¿Lo ves? Pero no es una sorpresa para mí —comentó con arrogancia—, lo noté el día que te conocí en el centro comercial ¿Tienes idea de cómo encontré a todos los videntes?

No respondí, dejé que siguiera hablando.

—Fue por sus parejas —suspiró—. Hay una regla que muy pocos conocen; entre videntes no nos vemos, irónico ¿no? Pero así es, si intentas mirar a otro vidente en una visión, todo se pone borroso y confuso y ¿sabes qué? Es más confuso cuando ese vidente tiene ya a su pareja. La pareja te vuelve un vidente más poderoso, y por lo tanto, ya no es fácil que otros te vean. Así que yo caminaba de aquí para allá convocando visiones, cuando estaba cerca de un vidente que ya tenía a su pareja, entonces mi visión se volvía sumamente confusa. Eso era suficiente para mí, para saber que había encontrado uno más. Cuando te encontré a ti, sentí una conexión muy débil, podía incluso mirar en tu pasado sin ningún problema, y me di cuenta de lo disgustado que estabas con Elyon por esa esposa que te había elegido.

Las mejillas me ardían por el coraje que sentía ¿cómo se atrevía a husmear en mi vida?

—Tu y yo —continuó Mateo—, no somos tan diferentes Ezequiel, tú me comprendes, sabes lo horrible que es compartir tu vida con alguien a quien no amas.

Hizo ademán de querer acercarse a mí de nuevo, pero lo pensó mejor y guardó su distancia, aunque su semblante cambió, me miraba con comprensión, algo que yo necesitaba en ese momento.

—Únete a mí —suplicó—, no es necesario que obedezcamos todo el tiempo a Elyon. Esta vez, nos aseguraremos de ser nuestros propios dueños.

Muchos recuerdos se dispararon en mi mente, todos los problemas y martirios que había sufrido desde que Elyon me eligió como vidente llegaron sin que yo se los pidiera. Había sido un niño rechazado, un adolescente terriblemente ridiculizado y en la opinión de muchos, un joven mediocre. Una pregunta que Mateo hacía de manera indirecta me ponía a pensar ¿Qué gano, o he ganado, siendo vidente? La respuesta era cicatrices, humillaciones, burlas, me había perdido de muchas cosas solo por ayudar a otros y al final, una mala esposa.

—Piensa en esto —pidió Mateo —: Elyon siempre supo que yo era el asesino ¿y alguna vez te dio una pista útil para detenerme?

Nunca me había puesto a pensar en eso, y cuánta razón había en esa simple pregunta ¿por qué Elyon no evitó que todos sus hijos murieran teniendo en su mano el poder de salvarlos? Me sentí furioso de inmediato, pero ahora en contra de Elyon.

—¿Te das cuenta de lo poco que le importan a Elyon sus hijos? —escupió Mateo—. Los dejó morir en mis manos, no hizo nada para detenerme ¿Quién dice que no te dejaría morir también a ti en cualquier circunstancia?

A partir de ese momento desee que Mateo cerrara la boca, que no dijera ni una palabra más, necesitaba pensar y hablar mucho con Elyon.

—¿Lo ves? Lo mejor para ti ahora es que te unas a mí, y que hagas tu propio camino, sin Elyon estorbando.

Mateo podría tener varios puntos a su favor, podría también tener una lógica aceptable, pero jamás tendría excusas para asesinar a tantas personas. No aceptaría unirme a él, ni ahora ni nunca.

—No —dije muy seguro—, estás enfermo, eres un psicópata con sed de venganza, y no la apagarás hasta que mueras.

Mateo bufó con desprecio, él no era de esas personas a las que les gustaba que los contradijeran, y yo sabía lo que seguía; intentaría matarme. Sentí un escalofrío al pensar que este podría ser mi último día en la tierra. Por lo menos me defendería y no le haría fácil el acabar conmigo.

—Es una lástima —dijo despacio—, tú eras mi favorito, creí que podría hacer un buen equipo contigo.

Mientras él hablaba, yo buscaba con la vista cualquier cosa que pudiera ayudarme a salir con vida. Había cientos de cosas a mí alrededor, cosas que podía utilizar y cosas que podían matarme también. Debía ser más rápido que Mateo para asegurarme de ser yo quien saliera caminando de la nave.

Tomé unas cadenas que estaban a mis espaldas, y esperé a que estuviera descuidado.

—Pero no te preocupes —continuó Mateo—, tendré más compasión contigo, a ti no te...

No lo dejé terminar, lancé las cadenas directo a su cara. Lo golpeé en la sien, se giró con brusquedad aunque no cayó al suelo, solo se tambaleó a un lado. Aproveché para correr a ocultarme, también quería sacar a Rebeca de ahí pero ella seguía inconsciente en el piso.

—¡Eres un necio! —gritó Mateo—, ¿crees que podrás escapar de mí? Ninguno de tus hermanos lo hizo, tú tampoco podrás. Será más fácil para ti si te entregas.

Escuchaba sus pasos moviéndose cautelosos, yo no estaba muy lejos de él, tan sólo había corrido a ocultarme detrás de una máquina excavadora. Estaba trepado en la inmensa llanta de la máquina, pero muy pronto me encontraría ahí. Mientras seguía oculto marqué le número de emergencias. Sonó dos veces y luego la operadora contestó, no me atreví a pronunciar ninguna palabra, si lo hacía me delataría de inmediato. En repetidas ocasiones la operadora me preguntó cuál era mi emergencia y mi ubicación, pero nunca respondí, yo sabía que aunque no se les diera mucha información registraban todos los datos e intentaban ubicar la dirección de donde se realizó la llamada, luego, si había alguna patrulla disponible, la enviaban a verificar. Sólo esperaba que no estuvieran tan ocupadas.

Un pesado silencio se apoderó de pronto de toda la nave, como si el mundo se hubiera quedado mudo, al igual que yo, ya ni respirar quería para que Mateo no me encontrara.

—¡Ya te vi! —dijo Mateo con sarcasmo.

Estaba a mi izquierda, traía puestos sus lentes de nuevo. Me solté de la llanta y volví a correr, esta vez más cerca de Rebeca, que para mi mala suerte, estaba justo en el lado contrario a la salida.

Mateo reía despiadado y macabro, como si cazarme fuera lo más divertido de todo el mundo.

—Sabes bien que no podrás ir a ningún lado —comentó—, donde sea que te ocultes podré verte, de todos los videntes que he matado, tú eres el más débil, es tan claro verte que incluso es gracioso.

Mi corazón se aceleró aún más, Mateo podía verme en visiones y ambos lo sabíamos. Me senté en el suelo y convoqué una visión para estar iguales en cuanto a armas, pero había olvidado una cosa importante. El alcohol no me dejaría ver nada más allá de mis narices. Me maldije incontables veces por haber bebido el día anterior.

Inicié varias visiones, pero en ninguna veía nada más que negro con destellos de colores, la impotencia llenaba todo mi cuerpo. De pronto se oyó un disparo y de inmediato sentí algo caliente rozando mi brazo, abrí los ojos y me di cuenta que Mateo me había encontrado de nuevo y había disparado hacia mí. Sujeté fuerte mi herida y corrí de nuevo, me oculté detrás de unos inmensos contenedores de agua. A unos cuantos metros de mí se encontraba Rebeca y, por fortuna, su arma. No obstante, no quería arriesgarme a sacar la cabeza y quedar al descubierto para que Mateo volviera a dispararme. Esperé unos segundos para escuchar y saber dónde estaba. Leves sonidos de pies arrastrándose se oían a varios metros de mí, mi respiración era demasiado agitada e intenté calmarla un poco.

En eso estaba cuando comencé a escuchar mucho barullo de voces fuera de la nave, eran los trabajadores que ya volvían de su receso. Tuve miedo por ellos, Mateo comenzó a descargar su arma sobre cualquiera que intentara entrar, escuché incontables disparos que rebotaban en el metal, aproveché la distracción para tomar el arma y ocultar a Rebeca. Al salir pude ver que todos los trabajadores habían huido, no vi a nadie en el suelo excepto a Joaquín, sentí un poco de alivio al saber que no había herido a nadie más. Pero la realidad era que seguía atrapado con el asesino adentro de la nave, necesitaba una salida y la necesitaba ya.

—¡Cometiste un grave error, Mateo! —grité—, ahora todos ellos llamarán a la policía y te atraparán.

—No me importa —contestó—, mientras tú estés muerto para entonces.

Había querido intimidarlo al recordarle las consecuencias que sus actos podrían tener, pero al parecer, él ya no le tenía miedo a nada, tan sólo deseaba vengarse.

Limpí el sudor de mi frente, pensaba con intensidad en alguna solución. Cualquier cosa que pudiera intentar Mateo la vería un segundo antes, pues convocaba visiones que le permitían verse un segundo en el futuro, así era intocable para mí. Si tan sólo yo también pudiera tener conmigo mi don.

Ezequiel

Intenté despertar a Rebeca sacudiéndola del brazo pero no respondía, me alarmé al pensar que algo más grave le sucedía, pero después de comprobar que aún respiraba, me sentí tranquilo, al menos por ella.

—Hay algo más que no sabes de mí —dijo Mateo, y su voz resonó por todo el lugar—, aprendí muchas cosas en estos años, mientras estuve lejos de Elyon.

Ignoré sus palabras, no quería que me enredara en su juego de intimidación. Me concentré en evitar que Rebeca siguiera sangrando por la cabeza. Rompí mi camisa y se la enredé lo mejor que pude, después la recargué en la estructura de metal con la cabeza apoyada en su hombro.

—Creo que ni siquiera Elyon sabe hasta dónde llega el poder de la clarividencia —continuó Mateo—. Descubrí algo maravilloso, algo que me sería muy útil en el futuro, cuando quisiera convencer de algo a otro vidente —se oía exaltado, como si estuviera muy emocionado—, es una herramienta infalible a la hora de..., bueno, es mejor si te lo enseño.

De inmediato mis cinco sentidos se pusieron en alerta, ignoraba qué intentaría a continuación. Un pesado silencio se apoderó de todo el lugar, al principio me negué a salir de mi escondite, pero luego de un par de minutos en donde no se oía nada en absoluto, asomé la cabeza. Me sorprendí cuando no vi a Mateo por ningún lado, aun así no me confié y escruté toda el área con la vista para asegurarme que no había peligro.

Empuñaba el arma de Rebeca con ambas manos, busqué por cada rincón de la nave, incluso dentro de las oficinas pero no se le veía por ningún lado. No me confié del todo y seguí buscándolo hasta que di con él. Estaba sentado en el suelo, sus lentes puestos y se le veía muy concentrado. No tenía idea de lo que intentaba, pero no me importó y le apunté a la cabeza con el arma. Él no se movió ni un milímetro, si me oyó acercarme no le preocupó y continuó concentrado.

Me dispuse a jalar del gatillo y terminar con él de una vez por todas, al fin iba a hacerlo pagar todos los crímenes que había cometido, me hubiera gustado darle una muerte menos rápida y más dolorosa, pero ya que se me había entregado en bandeja de plata no iba a desperdiciar la oportunidad.

Le ordené a mi mano disparar pero por alguna razón, nada sucedió. Ella no me obedecía, estaba como congelada y no sólo mi mano, sin darme cuenta todo mi cuerpo se iba poniendo rígido. Comencé a asustarme y de pronto, mis visiones volvieron, pero no era algo normal y lo sabía, en realidad era algo aterrador porque no era yo quien las controlaba.

Todo lo que veía a mi alrededor no tenía nada que ver con la realidad, había sombras caprichosas moviéndose aquí y allá. Bestias de inmensas proporciones, gritos de millones de personas sufriendo y por sobre todo ese barullo, ordenaba una tenebrosa voz que cimbraba todo mi ser. Mis piernas flaquearon y caí al suelo, era como estar en el mismo infierno.

De pronto un dolor insoportable se apoderó de mí cabeza, la sentí estallar y la sujeté en un fallido intento de mitigar el dolor. Comencé a gritar lo más fuerte que pude, pero ni yo mismo me oía, pues mis súplicas se unieron a las demás que se oían a mi alrededor. Sentí que nadie podría ayudarme en ese infierno. Una figura se acercó lento hacia mí, era Mateo y yo no entendía por qué él se veía tan bien en este horrible mundo.

—¿Lo ves? —me preguntó, yo seguía luchando contra el intenso dolor de mi cabeza—. Descubrí la más sublime manera de hacer sufrir a un vidente. Puedo hacer que veas lo que sea que yo quiera. Y adivina qué amigo mío; por haberte negado a ayudarme, me voy a divertir de lo lindo contigo.

Me sentí perdido después de escucharlo; ahora ya sabía de lo que era capaz y si seguía atormentándome de esa manera no podría soportar mucho tiempo. Estaba seguro que mi fin había llegado.

—Pero te voy a dar un último regalo —anunció Mateo—, te permitiré ver cómo tu hijo muere.

La sangre se me agolpó en la cabeza al oírlo decir eso y me llenó de coraje. Mateo se giró y yo tiré un leve manotazo para detenerlo, alcancé a sujetarlo por la ropa y lo aventé al suelo.

Se incorporó muy molesto por mi acción, quise intentar algo nuevo, pero ya estaba muy débil por el intenso dolor de cabeza, sentí lágrimas calientes saliendo de mis párpados y después me di cuenta de que en realidad eran gotas de sangre.

—¡Necio! —gritó Mateo—, ya nada puedes hacer para detenerme.

Movió su mano en círculos y en medio de ese perturbador escenario, apareció Esteban. Se veía asustado e inseguro. Sujetaba con fuerza su dinosaurio de plástico, miraba a todos lados hasta que se dio cuenta que yo también estaba ahí.

—Esteban —susurré y levanté un brazo en su dirección.

Cuando el niño me vio corrió hacia mí, con lágrimas en los ojos por lo asustado que estaba. Le faltaba muy poco para llegar a mí cuando una flecha atravesó su pecho. Se detuvo confundido y se miró la herida.

—¡No! —grité, quería correr a ayudarlo, pero todo mi cuerpo era inútil.

Esteban cayó de rodillas al suelo, al momento, dos demonios de espantoso aspecto llegaron a despedazar su cuerpo, todo frente a mis ojos. No podía creer lo que veía, era demasiada crueldad. Me dolió en lo más profundo de mi ser es cuchar a Esteban pedirme ayuda a gritos, y yo ni mover un dedo podía. La impotencia llegó a cada rincón de mi cuerpo y entonces entendí, que no podía ser real. Yo siempre estuve dispuesto a hacer todo por proteger a Esteban, incluso dar mi vida, si ese Esteban que estaba sufriendo, no me impulsaba a salvarlo, quería decir solo una cosa: no era real.

Me levanté con dificultad, Mateo pagaría cada uno de los horrores que había cometido.

En ese momento no supe de dónde tomé fuerzas para mantenerme en pie, pero poco a poco, tomé el control de mi cuerpo.

—Se acabó, Mateo —sentenció—, sé que esto no es real, no dejaré que sigas dañándome.

El Esteban que era despedazado por los demonios guardó silencio de repente. Los demonios se fusionaron con él y formaron un nuevo cuerpo, era Mateo y se incorporó cuando su cuerpo estuvo completo.

—Eres más listo de lo que pensé —comentó.

El mundo que había creado a mi alrededor comenzó a titilar, Mateo se vio confuso por eso. También yo estaba confundido, pero no lo demostré. Le hice creer que era yo quién trastornaba su mundo. Levanté las manos y tomé parte del control de lo que sucedía, las imágenes se volvieron cada vez más inestables hasta que desaparecieron por completo. Supe que no todo eso tenía que ver conmigo, porque yo no tenía en ese momento la capacidad suficiente para combatir el poder de Mateo.

Mi ventaja en ese momento, era que Mateo no tenía idea de lo que estaba sucediendo y atribuía todo a mí, así que comenzaba a temerme.

—¿Qué haces? —preguntó. Trató de sonar seguro pero no lo logró.

—Te dije que se acabó, no permitiré que sigas haciendo daño a nadie.

—Es un bonito sueño, pero lamento decirte que no se cumplirá.

Juntó sus manos para convocar una nueva visión que me debilitara, pero nada pasó cuando intentó usar sus poderes, en cambio yo junté mis manos y él tembló cuando me vio hacer eso. No estaba muy seguro de que fuera a funcionar, pero debía intentarlo. Convoqué una visión, justo como él lo había hecho conmigo y para mi sorpresa, funcionó.

No obstante, a diferencia de él, yo tan sólo le haría sentir el mismo dolor que sintieron cada una de sus víctimas. El mundo que cree era real y genuino, era la reconstrucción de cada uno de sus crímenes, solo que en esta ocasión, él sería la víctima. Mateo palideció al verse fuera de la casa de Sara, la sobrina de Rebeca.

—¡Eres un estúpido! —me increpó—, no tienes ni idea de lo que haces ¿no entiendes? Podríamos hacer cientos de cosas juntos ¿por qué le sigue siendo fiel a Elyon?

—Todos pagamos nuestros crímenes —le respondí.

La respiración de mi enemigo se volvió rápida e inconstante, y de pronto, lanzó un grito aterrador, se sujetó el estómago con fuerza, estaba sintiendo el dolor de un cuchillo penetrando en sus entrañas. Me sorprendí porque yo no ordené nada de eso. Miré a mi alrededor, para saber qué era lo que estaba ayudándome, creí que encontraría a Elyon en algún lado, pero no. Quien estaba detrás de mí, apoyándome, era sólo Keren.

Apuntaba las palmas de sus manos hacia mí y me miraba. Sentí una revoltura de emociones en mi interior. Por un lado estaba feliz de verla de nuevo, pero había otro sentimiento detrás de todo eso, no sabía explicarlo, era parecido al temor y no estaba seguro de a qué le temía.

Aunque quería acercarme y hablarle, sabía que no era el momento. Me gire a ver a Mateo, él no tenía idea de lo que sucedía realmente, él solo miraba lo que yo quería que mirara.

Comencé a recordar todo el daño que Mateo había hecho a cientos de familias. Yo había sido testigo de lo mucho que habían sufrido quienes perdieron a alguien por su culpa, cada lágrima que derramaron, cada noche de insomnio, cada día intentando salir adelante, todo eso tendría valor ahora. El coraje por la justicia se reunió en mis brazos y lo impulsé todo hacia Mateo. Se tiró al suelo y se revolcó de dolor, en su cuerpo sentía cada cuchillada que algún día había dado, más la agonía de sus víctimas al morir y la impotencia de aquellos que aún seguían vivos.

—¡Piedad! —gritaba entre lágrimas—. ¡Piedad!

—No —contesté firme—, tú no se la tuviste a ellos.

—¡Me arrepiento! ¡Pagaré de otra manera, lo prometo! No así, no así ¡Piedad!

Mateo se veía como un despreciable gusano revolcándose en el suelo de la fundidora, me pedía piedad, pero en mi interior, yo no sentía por él ni la más mínima compasión. Concentré cada sentimiento de rabia que los familiares habían sentido durante mucho tiempo, y también lo descargué sin remordimiento sobre él. Mateo ahora estaba cara a cara con quienes había lastimado, y ellos hacían con él lo que mejor les parecía.

Yo mismo me sentía satisfecho al ver cómo se hacía justicia. Estaba furioso contra Mateo y saboreaba cada grito de dolor que lanzaba, me gustaba oírlo suplicar perdón a las personas que veía en su mente.

Cuando más enojado me sentía, un tacto suave y delicado en mi brazo me tranquilizó. Miré a mi lado y vi a Keren con su brazo en el mío, con sus ojos tiernos fijos en mí.

—Es suficiente —dijo casi en un susurro.

Volví a ver a Mateo, él seguía revolcándose por todo el piso, dentro de mí, había un enorme deseo por seguir haciéndole daño, hasta que muriera, pero la petición de Keren ablandó mi corazón. Dudé unos segundos más, pero al final bajé mis brazos. Los gritos de Mateo cesaron

poco a poco, al final sólo se quejaba en voz baja.

Mis manos estaban temblorosas y todo mi cuerpo se sentía débil, nunca había usado mi don con tanta intensidad. Ni siquiera quería levantar la mirada, pero quizá eso se debía a la presencia de Keren, sentía que debía pedirle perdón, pero no sabía cómo. Estaba muy agradecido que hubiera vuelto cuando más la necesitaba y eso me hacía sentirme aún peor, porque yo creí muchas cosas erróneas sobre ella, lo sé porque de haber sido cierto, ella no hubiera vuelto conmigo. Nos quedamos callados por varios segundos, ninguno decía nada, sólo estábamos ahí, uno al lado del otro.

—Gracias por volver —dije al fin en un susurro, aunque todavía no me animaba a verla a la cara.

Ella no respondió, pero reaccionó después, dándome un cálido abrazo. Yo le correspondí y así nos quedamos un buen rato. Me sentí muy feliz de que estuviera sana y salva, pero sobre todo, estaba feliz de que estuviera conmigo. Coloqué mi barbilla en su cabeza y respiré el dulce aroma de su cabello, la apreté fuerte contra mi pecho, no quería dejarla ir de nuevo.

—Te dije que eras el más débil.

La voz de Mateo nos sobresaltó y levanté la mirada hasta él. Por unos segundos me olvidé que seguía en la nave con nosotros y los aproveché para incorporarse y sacar de nuevo su arma, con la que nos amenazaba.

De manera instintiva, coloqué a Keren a mis espaldas, me dio coraje conmigo mismo por no haber hecho algo con Mateo antes de relajarme.

—Pudiste acabar conmigo —dijo con voz temblorosa.

Se mantenía en pie con dificultades, se le veía muy demacrado por todo lo que le había hecho ver hacía un momento.

—Pero ya que no lo hiciste —continuó—, yo lo haré contigo.

Afianzó más el arma en su mano y nos apuntó decidido a terminar con nosotros, sin embargo, un chirriante sonido se oyó sobre su cabeza. Los tres volteamos sorprendidos hacia el techo de la nave, donde un inmenso contenedor lleno de metal fundido, se balanceaba sobre Mateo. Intentó saltar a un lado, pero no pudo evitar que el ardiente material cayera sobre la mitad de su cuerpo.

Desde lejos vimos cómo sus piernas y gran parte de su estómago se deshacían bajo una cortina naranja y roja. Abracé con fuerza a Keren y ella hundió su cabeza en mi hombro, aquel espectáculo era horrible de ver. Esta vez, Mateo ni siquiera pudo gritar, solo escuché un gemido ahogado y al final, un suspiro que pronto se apagó.

Ezequiel

Sujetaba con fuerza a Keren mientras veía a Mateo morir de la manera más justa y dolorosa que pudiera imaginar. No quise apartar mi mirada del terrible espectáculo que tenía lugar en ese momento, yo sabía que apenas estaba pagando una parte de todo el mal que había hecho.

Cuando no quedó ni el más pequeño rastro de vida en Mateo, levanté mi mirada para buscar el origen de todo aquello, sabía que alguien nos había ayudado y quería saber quién.

Me alegré mucho cuando vi a Rebeca de pie, aunque con dificultades, apoyada sobre una palanca, la misma que había ocasionado que el metal fundido se derramara sobre Mateo. Aparté con delicadeza a Keren para poder ir a ayudar a Rebeca. Keren aún no la había visto, pero cuando lo hizo me soltó despacio y asintió con la cabeza. Corrí lo más rápido que pude hacia mi jefa y la sujeté del brazo cuando llegué a ella.

—Rebeca ¿estás bien? —pregunté preocupado.

Estaba cansada y débil pero mantenía un excelente humor.

—Sí —dijo riéndose—, por fin acabé con ese maldito.

Yo también me reí con ella.

—Sí, lo hiciste —respondí.

La ayudé a volver a sentarse en el suelo, para así revisar que tan mal se veían sus heridas. Se quejó un poco mientras se sentaba pero continuaba sonriendo, matar al asesino rojo era todo un logro para ella.

Supe que sólo no podría atender a Rebeca y me giré para llamar a Keren para que me ayudara. Mi corazón dio un vuelco cuando la vi correr veloz hacia la salida y me levanté para alcanzarla, no quería que me dejara.

—Keren, espera —le pedí, pero ella corrió más a prisa.

Comencé a correr detrás de ella también pero cuando salí de la nave la perdí de vista. Busqué alrededor de todo el lugar, dispuesto a no dejarla ir así de fácil. Salí de la fundidora esperando verla cerca de la salida o escondida detrás de la nave, se me hacía casi imposible que desapareciera sin dejar rastro, sin embargo, eso parecía haber sucedido, ella no se dejó ver por ninguna parte. Patalee el suelo, estaba enojado conmigo por haberla dejado ir de nuevo.

Desanimado, volví con Rebeca con el corazón en el puño.

—¿Dónde está Keren? —me preguntó al volver.

—No lo sé —respondí triste, mientras me arrodillaba frente a ella.

Supuse que Keren aún no me perdonaba por lo que había sucedido la última vez que nos habíamos visto.

—No te preocupes —me dijo Rebeca tomándome de un brazo—, ella volverá.

En verdad deseaba que así fuera, ya no quería estar lejos de Keren, no más.

—Ojalá que sí —respondí.

Me concentré en atender a Rebeca, la herida en su cabeza había dejado de sangrar y le quité mi improvisada venda para cambiársela por otra mejor. Tomé el resto de mi camisa y se lo enredé más firme. La herida en el hombro estaba peor, al parecer el gancho había penetrado por su axila y le había dejado un corte muy feo, además, tenía todo el hombro zafado. Al intentar moverlo, Rebeca se quejó demasiado y decidí dejarlo así, no tenía idea de si algún hueso estaba roto y

preferí esperar a que un profesional la atendiera. Me quité mi cinturón y le hice un cabestrillo para ayudarle a soportar su brazo.

—¿No es este el heroico momento en el que la policía debía llegar? —pregunté.

—Tienes razón —admitió Rebeca—, ya deberían haber llegado para llevarse todo el crédito. Ambos nos reímos, habíamos visto muchas películas de policías durante nuestra vida.

—Volveré a marcar al 066 —anuncié.

Tomé mi teléfono y marqué. Sonó dos veces y luego la operadora me contestó.

—Está llamando al 066 —dijo—, ¿cuál es su emergencia?

—Necesito que envíen una patrulla a la fundidora de metal, en las afueras de la ciudad —pedí—, y una ambulancia también, una oficial de policía está herida.

—Hemos recibido decenas de llamadas y hace rato que enviamos las patrullas, llegarán en cualquier momento ¿cuál es su nombre?

—Ezequiel Espadas.

—Muy bien Ezequiel, ¿hay algún otro herido?

—No, solo ella. Esperaremos a la ambulancia entonces, muchas gracias.

—Gracias a ti —dijo la operadora y luego colgó.

Guardé el teléfono en mi bolsillo de nuevo y miré a Rebeca, ella me sonreía muy satisfecha.

—Ahora todo se acabó —dije—, eres una gran policía, la ciudad está segura gracias a ti.

—Gracias al trabajo en equipo —me corrigió—, hubo mucha gente ayudando en esto, en especial tú. Gracias por lo que hiciste.

Iba a comentar algo más, pero el sonido de sirenas y de muchos carros llegando nos interrumpió. Al momento, cientos de policías entraron por la inmensa puerta empuñando sus armas, al frente de todos ellos iba Saúl, el detective.

—Vaya que llegas tarde —le reclamó Rebeca—, y todavía preguntas por qué no te doy un ascenso.

—Me perdí —se excusó Saúl—, ¿sabías que hay dos fundidoras a las afueras de la ciudad?

—Claro, y tenías que ir primero a la equivocada ¿no?

—Lo lamento —se disculpó Saúl—, no volverá a suceder.

—Claro que no —le increpó Rebeca—, ya no habrá más asesino rojo que atrapar.

Saúl abrió sus ojos como plato, incrédulo de que hubiésemos acabado con la pesadilla de todos los detectives de la ciudad.

Todos los policías se detenían y miraban con horror el cadáver de Mateo, los peritos judiciales se apresuraron a clasificar cada cosa en la escena.

—¿Dónde está la ambulancia? —pregunté.

—Afuera —me indicó Saúl.

Tomé a Rebeca por el brazo bueno y la llevé hacia la ambulancia para que la atendieran. Pronto los paramédicos pusieron manos a la obra, incluso hubo algunos que se ofrecieron a ayudarme con mis heridas, me negué al principio pues las mis eran superficiales, sin embargo, al final acepté que me ayudaran. Me limpiaron y cubrieron las heridas muy rápido y alguien me ofreció una camisa, la cual acepté con gusto. Una vez que estuve libre, un oficial de policía se acercó para tomar mi declaración, se la di rápido y sencillo. Estaba muy cansado y deseaba irme a casa a descansar.

Antes de irme, fui a ver a Rebeca una vez más, ella aún estaba en la ambulancia, siendo atendida por los paramédicos.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Algo raspada, pero sobreviviré —dijo divertida.

—¡Qué gusto!

—Sí, dicen que es probable que tenga algún hueso roto, así que iré al hospital en un momento.

—Lamento oír eso —comenté—, ¿te duele?

—No mucho, me dieron un tramadol, así que no me duele tanto. ¿Te irás?

—Sí, creo que yo ya he acabado con todo y estoy un poco cansado. Iré a mi casa ahora.

—Genial —comentó, guardó silencio unos segundos y luego rio—. ¿Cómo fue que pensaste que yo era el asesino rojo? —preguntó divertida.

Yo también me reí, ahora que lo pensaba esa idea había sido muy absurda.

—Ah, fue una combinación de malas conjeturas con evidencia fuera de contexto —admití.

—¿A qué te refieres?

—Recordé que el día anterior me habías preguntado por los demás videntes, eso aunado a que encontré una carpeta muy sospechosa en tu gaveta.

—¡Ah, sí! La carpeta —suspiró—, bueno, creo que todo salió muy bien al final. Si no hubieras visto esa carpeta quizá nunca habrías venido a encontrarme y esta historia se habría escrito diferente. Tal vez no habría salido con vida.

—Ya no importa —le aseguré—, todos estamos bien, muy bien.

Hasta ese momento fue que los dos nos relajamos, mi anterior afirmación nos hizo darnos cuenta que realmente ahora todo estaría bien.

—Ahora solo falta que vayas por ella —comentó Rebeca.

La miré pensativo, no sabía si era buena idea salir a buscar a Keren en estos momentos.

—Quizá no quiera verme —dije decepcionado.

—No pongas pretextos —me regañó—, ve a buscarla.

No le respondí nada, los paramédicos llegaron y la acomodaron para llevarla al hospital. Me hice a un lado para dejarlos trabajar.

—Hasta luego —susurró mi amiga antes de que cerraran la puerta de la ambulancia.

—Hasta luego —respondí, aunque sabía que no me había escuchado, pero me vio levantar la mano en señal de despedida y entonces se recostó en la camilla.

Me retiré de ahí cuando el sol ya comenzaba a ponerse en el horizonte, eso ayudó a sentirme un poco triste. Deseaba que Keren estuviera conmigo en ese instante, quería ir a buscarla, pero no tenía idea de dónde empezar.

Llegué a mi casa cuando ya todos se habían retirado a dormir, no se oía nada en el interior. Fui al cuarto de Esteban para revisar que todo estuviera bien, y así era. Él estaba acostado y dormía profundamente. Sabía que lo que Mateo me había mostrado habían sido imágenes falsas, pero aun así, sentí un inmenso alivio al ver a Esteban tan tranquilo. Cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido y luego me fui a la mía para dormir igual que él.

Llegué arrastrando los pies, me saqué mis zapatos y aventé toda mi ropa al suelo, ni siquiera me dieron ganas de bañarme, estaba tan exhausto que ya pensaría en eso la mañana siguiente. Tomé las cobijas y me acurruqué debajo de ellas. Me sentía muy a gusto así, descansando mi dolorida espalda, sin embargo, no podía conciliar el sueño. Había sido un día demasiado fuera de lo normal. Todavía tenía en mi cabeza las imágenes aterradoras que Mateo me había hecho ver, escuchaba los gritos desesperados de miles de personas y de manera inconsciente, mi cuerpo sentía el dolor de cabeza. Froté mis ojos y suspiré, si seguía pensando en eso nunca iba a poder dormirme. Mateo estaba muerto, todos estábamos a salvo y ya nada podría perturbar nuestra paz.

Comenzaba a creer que podría dormir cuando de pronto, todo se puso blanco, como inundado de luz, y supe que Elyon estaba ahí y quería hablar conmigo.

—Hola, hijo —saludó.

—Hola —respondí.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy bien, un poco mejor ahora que Mateo ha muerto.

—Fuiste muy valiente —aseguró—, estoy orgulloso de ti.

Miré hacia mis manos y guardé silencio, aún había algo que me molestaba.

—Gracias —respondí al fin, sin mucho entusiasmo.

—¿Qué sucede? —preguntó Elyon.

—No dejo de pensar en lo que me dijo Mateo —respondí—. ¿Es cierto? ¿Todo el tiempo supiste que él era el asesino?

Elyon suspiró.

—Sí, es cierto.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Pude salvar a muchas personas.

—Porque tú no tenías idea de mis propósitos y tampoco podía decírtelos.

—¿Así que tus propósitos siempre fueron destruir a todos los videntes? —reclamé—, supongo que estás decepcionado de que yo no haya muerto.

—¡Claro que no! —señaló enérgico—, y a eso me refiero, siempre cuestionas todo, pero no porque quieras saber, sino porque ya decidiste que tal o cual cosa es injusta a tus ojos.

—¿Cómo no va a ser injusto que permitas que tus hijos mueran?

—No lo es si piensas que no existe nada mejor que esta vida, pero te equivocas, hay cosas mejores que esta vida.

—¿De qué hablas?

—Hijo, la vida no se acaba si tu cuerpo se desgasta, o deja de funcionar. No si estás conmigo. Yo quería recoger a mis hijos y tenerlos conmigo. Este mundo ya no se merecía tenerlos con ellos, así que, sin saberlo, Mateo cumplió con un propósito. Tal vez permití que destruyera sus cuerpos, pero no su vida.

—¿Y dónde están ahora?

—Conmigo, en un nuevo mundo, si quieres llamarlo así. Con un nuevo cuerpo y nueva vida.

Me reí con sarcasmo, para Elyon muchas cosas eran demasiado fáciles de decir.

—Claro, pero ¿qué sabes tú de todo lo que sufrieron mientras te los “llevabas”? —exigí.

Elyon guardó silencio varios segundos, yo sabía que estaba actuando como un insolente con él, pero de verdad necesitaba que me respondiera.

—Te lo mostraré entonces —contestó al fin.

Cuando dijo eso, una luz aún más intensa brilló a mi izquierda, giré para ver lo que ocurriría. La luz fue menguando poco a poco, una extraña figura se distinguía en ella, como si se tratara de su fuente misma. Yo estaba impresionado, no creí que Elyon fuera a hacer lo que pensaba. Jamás lo había hecho con nadie más pero no detenía el proceso. Después de años de conocerlo, finalmente ese día lo vería cara a cara.

La luz cedió hasta un punto aceptable a mis ojos y pude ver a Elyon, sin embargo, tuve que ahogar un grito en mi garganta por la impresión, primero por su extraña figura. Era un humanoide, pero su piel era de topacio azul y sus ojos eran llamas de fuego, y segundo, todo su cuerpo estaba desgarrado y sangraba. Su rostro reflejaba la agonía de su cuerpo y me sentí muy preocupado por él.

—No —susurré.

—Mis hijos son mi cuerpo —informó—, lo que les pase a ellos, también lo resiento yo. Jamás estuvieron solos al morir. Yo estuve con ellos, soportando cada herida, pero también brindándoles consuelo.

Sentí que la fuerza abandonaba mis miembros y me arrodillé frente a Elyon.

—Perdóname —susurré—, siempre juzgo sin conocer.

—No te preocupes, hijo, todo estará bien.

—Pero..., estás agonizando —señalé.

—Sólo mi cuerpo agoniza —comentó—, al igual que tus hermanos yo cambiaré de cuerpo. Ya no viviré entre los videntes, sino sólo entre aquellos que quieran conocerme.

—¿Qué significa? —pregunté. Por un instante pensé que él también me abandonaría como Keren.

—Hoy mismo me llevaré tu don —anuncio—, y entonces mi transición estará completa.

Unas lágrimas salieron de mis párpados sin que yo pudiera detenerlas, me sentiría muy solo en el mundo si él también se fuera de mi lado.

—¿Me dejarás? —pregunté.

—No, me quedaré contigo, si así lo deseas.

—Claro que lo deseo —me apresuré a decirle—, eres el único que siempre me ha comprendido y que nunca ha dejado de tenerme paciencia.

Elyon sonrió, yo me sentía como un completo patán por haberle hablado como a un criminal.

—Entonces estaré contigo, siempre —dijo con amor.

—Llévame contigo —supliqué.

Si me iba a quedar solo en el mundo, prefería mil veces que me llevara con él de una vez a soportar para toda mi vida el vacío que tanto él como Keren dejaron en mi corazón.

Elyon se levantó con dificultad de su silla y se acercó a mí y me miró con compasión.

—No, hijo —afirmó—, debes quedarte aquí por Esteban, por Keren.

Reí con amargura.

—Keren ya no me ama —señalé—, huyó de mí hace rato.

—Tendrás que pelear por ella —comentó Elyon y me puso su mano en mi hombro.

—Dime una cosa —le pedí, Elyon asintió—. ¿Por qué Keren decidió dejarnos?

—Debes preguntárselo a ella —indicó.

—No sé dónde está.

—No pongas excusas. Sabes dónde está, o al menos lo imaginas. Debes ir con ella.

Asentí con mi cabeza, si Elyon no quería llevarme con él era porque confiaba en que Keren y yo volveríamos a estar juntos, así que intentaría recuperarla, primero porque la necesitaba a mi lado y porque el mundo sin ella no tendría sentido para mí. Elyon tenía razón, debía ir a buscarla, sin importar lo noche que fuera.

—Pero, si me voy ahora, nunca más te volveré a ver.

De verdad me entristecía el pensar que Elyon y yo jamás volveríamos a vernos.

—Pero estaré contigo siempre —afirmó—, y aun podemos hablar cuando quieras.

Sonreí satisfecho, me alegraba saber que lo tendría conmigo por muchos años más.

—Adiós —dijo y me soltó el hombro.

—Adiós —susurré.

Elyon abrió los brazos y la luz comenzó a absorberse en su cuerpo, yo miraba sorprendido todo ese espectáculo, jamás había visto algo semejante. Muy pronto toda la luz había desaparecido y sólo podía distinguir el cuerpo de Elyon con esfuerzo. Un segundo después, algo dentro de mí también escapó y fue a integrarse a él, como había dicho hacía unos minutos, quitaría mi don de la clarividencia y completaría su transición. Una pequeña esfera de luz entró en él y luego, todo su cuerpo se desintegró frente a mis ojos y no quedó nada.

Me sentí triste al principio, pero supe que cumpliría su promesa y siempre podría hablar con

él.

Cuando mi habitación volvió a la normalidad, tomé ropa nueva para vestirme y salí a buscar a Keren, al menos, intentaría hablar con ella para arreglar las cosas entre nosotros.

Ezequiel

Elyon me había dicho que yo sabía dónde estaba Keren pero ahora que conducía por las oscuras calles de la ciudad, me sentía inseguro de a dónde dirigirme. Algo me decía que Keren no estaría en su antiguo apartamento, no, ella intentaría seguir adelante y cambiar de vida. Volver a su antigua casa habría significado un retroceso para ella, no un avance. Pero si no se encontraba en su apartamento, ¿entonces dónde?

Bajé la velocidad de mi auto y traté de concentrarme, tampoco iría a buscarla a ningún burdel, ella no estaría ahí con seguridad. Respiré profundo, lo mejor sería dejar que mi instinto me guiara. Seguí conduciendo por las calles sin rumbo fijo, los edificios pasaban por mi lado y apenas los notaba, pensaba mucho en Keren, en todo lo que habíamos vivido desde que nos conocimos, lo mucho que la llegué a querer y el hermoso regalo que me había dado, Esteban. Pensaba en lo complejo que es el amor, todo lo que se tiene que vivir y entregar para llegar a experimentarlo en su máximo esplendor y me preguntaba si yo lograría entregárselo a Keren como se debe.

Después de horas de conducir, estaba cansado, decidí tomar un respiro en mi restaurante favorito, el *Biko Naham*, era apenas la una y cuarto de la mañana, aún tenía tiempo de llegar y pedir por lo menos un postre.

Todos me miraron raro cuando entré, y es que la verdad llamaba un poco la atención con la pinta que traía. El *Biko Naham* es un restaurante elegante y yo llegué con camisa y pantalón de mezclilla, era obvio que no encajaba ahí, si no fuera un cliente frecuente quizá hasta me habrían sacado de ahí, pero tuvieron compasión de mí y me guiaron hasta una mesa, la más apartada de la vista de todos, seguramente para que nadie me viera así y arruinara la reputación del restaurante.

—¿Qué pedirás hoy Zequi? —preguntó la mesera, que ya me conocía de tiempo atrás.

Tomé la carta que me ofrecía, aunque en realidad no tenía mucha hambre.

—¿Sabes qué? Creo que sólo quiero un café bien cargado —respondí—, y quizá algo dulce después, algo que me recomiendes.

La mesera tomó la carta de mis manos y se fue asegurándome que pronto regresaría con mi pedido.

Al quedarme solo, la nostalgia me pegó con el puño, recordé la última vez que estuve aquí con Keren y Esteban, esa había sido una noche maravillosa. Esperaba poder regresar algún día con ellos a este lugar, pero para eso, debía encontrar a Keren primero y luego intentar recuperarla.

Mientras pensaba en dónde podría encontrarla, dos meseras platicaban a escasos metros de mí, no presté mucha atención a lo que decían, pero parecía que había ocurrido un problema en una mesa, algo se les había derramado.

—Pídele a la nueva que lo limpie —dijo una—, yo estoy muy ocupada.

—No puedo —le respondió la otra—, hoy es el día libre de Keren.

Mi corazón se aceleró a mil por hora cuando escuché ese nombre, no había muchas Keren en la ciudad, no que yo supiera, además, este restaurante representaba algo para mí y para ella, era muy probable que se tratara de mi Keren. Elyon me había dicho que yo sabía dónde estaba y quizá tenía razón.

Me giré con brusquedad para preguntarle a las meseras sobre Keren, pero cuando lo hice, ellas ya se alejaban de mí, caminaban hacia la cocina. Las seguí con la emoción a flor de piel, estaba

seguro que la podría encontrar esta misma noche. Empujé la puerta por donde las meseras entraron, pero un tipo fornido y de rostro hosco, de inmediato me interceptó.

—¡Oye, amigo! —gruñó—, solo el personal autorizado puede entrar en esta área.

—Sí, p-p-pero... —tartamudee.

—Lo siento, el área para los clientes está detrás de ti.

El tipo me empujó fuera de la cocina y yo obedecí, traía en su mano un inmenso cuchillo que me dio escalofríos.

Caminé hacia mi mesa y traté de encontrar a algún otro mesero que me pudiera atender. Había uno en la mesa continua y lo llamé, pero con un ademán me hizo saber que estaba ocupado y que tardaría en atenderme.

Golpee la mesa levemente para dejar escapar un poco de mi frustración. Continué buscando con la vista quién pudiera ayudarme, cuando la mesera que me había atendido un momento atrás, volvió con mi café.

—¡Esther! —dije emocionado.

—Aquí tienes tu café —contestó con una sonrisa.

—Ah, sí gracias, oye, debo preguntarte algo.

—¡Claro! Lo que sea —contestó.

—Verás —dije y bajé el tono de mi voz—. ¿Aquí trabaja alguna joven mujer que se llame Keren?

—Pues, sí, hace poco que contrataron a una muchacha de nombre Keren.

No puedo explicar la emoción que me dio escuchar esas palabras, pero aun así, quise asegurarme que se tratara de la misma Keren.

—Y esa Keren ¿es bajita, morena y linda?

La mesera no pensó su respuesta, simplemente me la dijo.

—Sí, así es.

No quise demostrar mi emoción porque quería ser prudente al decir mis siguientes palabras, si la mesera llegaba a pensar que era una especie de acosador, no me diría lo que yo necesitaba.

—Bien —comencé—, esto te puede sonar extraño, pero estoy buscando a esa chica, porque... conozco a su hijo y necesitaba hablarle de él; y yo quería preguntarte si ¿podrías darme su dirección?

Esther dudó un segundo antes de responderme.

—Zequi, no lo sé yo...

—Por favor —supliqué—, es importante.

Poco a poco su semblante cambió por uno más comprensivo y me sonrió.

—Pues yo no me sé su dirección —respondió, eso me bajó el ánimo de pronto—, pero puedo conseguirla —sugirió, de nuevo mi ánimo se elevó por los cielos.

—¡Gracias, Esther! —dije con sinceridad.

Ella me volvió a sonreír y se alejó para buscarme la dirección. Volvió minutos después con un pequeño papel en su mano.

—Aquí tienes —dijo entregándome el papel.

Lo tomé y lo guardé en mi bolsillo.

—Muchas gracias —le dije—, eres muy amable.

Dejé un billete de quinientos pesos en la mesa y me fui, escuché que la mesera ahogaba un grito de sorpresa cuando vio su propina.

Corrí a mi auto y me puse en marcha, la dirección me llevó hasta el centro de la ciudad, en un complejo de apartamentos, bastante agradable debo decir. Estaba muy emocionado por verla, pero

también un poco asustado, no sabía cómo reaccionaría al verme. Bajé del auto y me quedé de pie junto a la puerta. Volví a sacar el papel que Esther me había dado y leí; decía que ella vivía en el cuarto piso, en el número 28. Los nervios estaban matándome, sentía un nudo en el estómago y casi me arrepentí, pensé que quizá debí llegar con flores en las manos o algo que me ayudara a mi propósito.

Respiré muy hondo varias veces para llenarme de valor y al fin me encaminé hacia dentro del edificio. Preferí usar las escaleras en lugar del elevador, quería hacer un poco más de tiempo y pensar mejor lo que le iba a decir, aunque yo sabía que al verla todo mi discurso se borraría de mi mente.

Llegué frente a su puerta y mi mano titubeó varios minutos antes de decidirse a tocar el timbre, tragué saliva nervioso y con el temor a flor de piel, presioné el botón. Llamé varias veces, era tarde, de seguro ya estaba dormida y por eso se tardaba en atender, pero fui persistente.

—Ya voy —dijo desde atrás de la puerta y mi corazón saltó.

Abrió la puerta pero no por completo, la cadena que la aseguraba seguía puesta, así que sólo la vi por la ranura que se formó. Tenía puesta su pijama y tenía su cabello revuelto. Agaché la mirada en cuanto nuestros ojos se conectaron, estaba muy arrepentido por haber dudado de ella en el pasado.

—Ezequiel —susurró sorprendida.

—¿Puedo pasar? —pregunté aun sin verla a los ojos.

No me respondió, oí que cerró con suavidad la puerta y luego escuché el sonido de la cadena al caer, para después abrir por completo.

—Pasa —indicó.

Entré frotando mis manos por el nerviosismo. El apartamento era muy pequeño, pero bastante acogedor. Había lámparas encendidas en las esquinas que le daban ese toque cálido.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó cuándo cerró la puerta a mis espaldas.

Este es el momento en el que todo lo que planeo decirle, se borra de mi mente.

—Ammm —titubee—, te fuiste muy rápido hace rato.

Ella estaba cruzada de brazos, eso me hacía sentirme aún más nervioso.

—Sí, estaba muy impresionada por lo que vi —señaló.

—Claro —dije.

Me quedé callado, intentaba buscar una nueva forma de abordarla.

—Es un lindo apartamento —comenté.

—Gracias —respondió.

De nuevo el silencio se interpuso entre nosotros y las ideas se agotaban en mi cabeza.

—Entonces ¿todo este tiempo has estado trabajando en el *Biko Naham*? —pregunté nervioso.

—Así es.

Ya había tocado el tema más importante, y del que se desprendían todas las demás cosas, así que fui al grano.

—Keren, perdóname, yo...

—Creíste que había vuelto a prostituirme —me interrumpió.

Me sentí más culpable aun cuando de su boca salieron las palabras que yo había pensado con tanta intensidad. Volví a bajar la mirada avergonzado.

—No te culpo del todo —señaló—, en parte era lo que yo quería que creyeras.

La miré extrañado, aquellas palabras eran difíciles de asimilar.

—¿Por qué?

Keren suspiró y tomó asiento, me señaló con su mano el sillón para que me sentara y lo hice.

—Mientras tú estabas con Elyon —comenzó—, yo de alguna manera, también pude hablar con él. Me llamó una noche, justo después de que me contrataran en el *Biko Naham*, dijo que estabas en peligro y que yo podía ayudarte.

—Espera ¿En peligro? ¿Cómo si yo estaba con él? —pregunté

—No en ese momento, pero estabas en la mira del asesino rojo. Te había descubierto mientras caminábamos por el centro comercial aquella vez ¿recuerdas? Imagino que ya sabes que siempre fue su intención exterminar a todos los videntes.

Asentí con la cabeza, era lo mismo que Mateo me había mencionado.

—Elyon dijo que Mateo nos había descubierto gracias al fuerte lazo que estábamos formando, tú y yo, y que la única manera de que no te encontrara, era rompiendo ese lazo.

Escondí mi cabeza entre mis manos, ahora todo comenzaba a tener sentido para mí.

—Yo me negué al principio —continuó Keren—, no quería alejarme de ti, pero Elyon me dijo, que si nuestro amor era sincero, ese lazo se restauraría en el momento indicado.

Comenzaba a entender el sacrificio que ella había hecho por mí, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo lamento —susurré.

—No fue muy complicado romper el lazo ¿sabes? —apuntó Keren ignorando mi anterior comentario—. Elyon me dio el día exacto en el que terminaría tu audiencia con él, así que ese día, solo tuve que ponerme un vestido, cargar mis tacones en la mano y mi reputación con Martha harían el resto. Yo sabía que ella te haría creer que había vuelto a prostituirme. Lo que nunca esperé, fue que le creyeras tan fácil.

Sentí mi corazón achicarse por sus palabras llenas de decepción.

—Creo que nunca pensaste de mí que pudiera cambiar —dijo con amargura.

Yo estaba de acuerdo en que creí demasiado fácil las palabras de mi cocinera, pero también fui consciente del cambio que hubo en su vida, así que sus últimas palabras no eran ciertas.

—Espera —la detuve—, claro que no es así, siempre supe que harías grandes cosas con tu vida, y yo te apoyé siempre.

—Claro, y por eso a la primera creíste todo lo que Martha te dijo —dijo con ironía.

—Pero tú misma has dicho que eso era lo que querías hacerme creer ¿qué otra cosa pude pensar?

—No me refiero a eso, Ezequiel, si no al hecho de creer todo sin preguntarme, no me diste ni siquiera el beneficio de la duda.

Me quedé callado unos segundos, en eso sí tenía razón, pero ello no significaba que dudara de su capacidad de cambiar para superarse.

—En verdad lo lamento —dije despacio—, pero aún tengo fe en ti.

Mi comentario obtuvo la reacción opuesta a la que esperaba. Keren se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta.

—Está bien —dijo mientras caminaba—, no importa, pero es mejor que ya te vayas ahora.

Pensé en irme y no importarle más, pero si lo hacía, entonces nunca la recuperaría. Me levanté del sofá, pero no para irme, sino para hablarle cara a cara.

—No —dije cuando estaba muy cerca de ella y mientras la veía fijo a los ojos—. Ese es tu problema y no te das cuenta, siempre huyes cuando debes quedarte a enfrentar las cosas y luchar. La gente intentará humillarte todo el tiempo, dirá cosas que no te agraden, pero odiar a esas personas y evitarlas para que no te vuelvan a decir nada, no es una manera de arreglar el problema. Porque eso sólo demuestra lo mucho que te importa lo que piensen y digan de ti. Si de verdad deseas salir adelante, lucharás por lo que quieres siempre. Es lo que hago yo.

Tomé su mano y la puse en mi pecho.

—Yo te quiero a ti, Keren —apunté—, por eso estoy aquí, luchando por recuperarte. Podrás decirme que no cuantas veces quieras, pero eso no me detendrá.

Keren guardó silencio, me pareció ver que trataba de impedir que las lágrimas se escaparan de sus ojos.

—Yo te amaba —dijo en un susurro—, te estaba muy agradecida por haberme rescatado de ese mundo en el que vivía ¿cómo pudiste pensar que regresé a él después de saber que Talita había muerto?

Abracé fuerte a Keren, para transmitirle mi amor de esa manera.

—Porque soy un idiota —dije—, y me equivoqué.

Keren escondió su rostro en mi pecho y sentí sus lágrimas mojando mi camisa.

—Yo te amo —señalé con mucho énfasis—. ¿Puedes perdonarme?

Keren enredó sus brazos en mi cintura y asintió de manera muy sutil con su cabeza. Solté un gran suspiro de alivio cuando me perdonó.

Nos quedamos un buen rato así, abrazados, y luego, cuando las lágrimas habían cesado en los ojos de ambos tomé su rostro entre mis manos y besé sus cálidos labios. Ese beso me regresó a la vida, y también a ella, sentí cómo sus brazos me apretaron con toda la fuerza que tenían.

Keren

Todo el tiempo que estuve lejos de Ezequiel, desee con todas mis fuerzas regresar con él o que él viniera buscarme, sin embargo, cuando lo vi en el umbral de mi puerta, sentí muchas ganas de cerrársela en la cara, aun sabiendo que si lo hacía, lloraría toda la noche. Quizá por eso me contuve y lo dejé pasar, en el fondo quería que luchara por mí, que intentara recuperarme. En los meses que estuvimos juntos, cada aspecto de él me había hechizado, y ahora mi alma estaba prendida a la de él. Formábamos una sola persona y ambos lo sabíamos.

—Me encantaría que volvieras a vivir conmigo, Keren —dijo Ezequiel.

Yo volví a asentir con mi cabeza, también deseaba estar con él para siempre.

—Vámonos ahora —sugirió—, regresa conmigo esta misma noche. Si quieres mañana regresamos por tus cosas, pero vuelve conmigo esta noche.

De haberse tratado de otra circunstancia y de otra versión de mí, una más antigua, me habría negado, habría aprovechado que Ezequiel estaba en una posición vulnerable para hacerlo pagar por todo lo que había creído de mí. Pero esa ya no era yo, había cambiado, y mucho. El odio había desaparecido de mi interior. Lo que sea que otras personas me hubieran hecho en el pasado ya estaba perdonado, cuando hice eso, yo misma me liberé y me di la oportunidad de crecer y de tomar un rumbo diferente en mi vida. No puse mucha resistencia a su propuesta, extrañaba mucho a mi hijo y deseaba verlo. Ezequiel sonrió complacido cuando acepté volver con él esa misma noche y me bajó hasta su auto casi en brazos.

—Gracias, gracias —repetía una y otra vez en mi oído.

Me abrazaba fuerte mientras caminábamos y no dejaba de mirarme, ni siquiera cuando íbamos en el auto.

—Ezequiel, cariño —lo llamé—, te amo mucho y de verdad te perdono, pero chocaremos muy pronto si continúas así —comenté.

—Lo lamento —se disculpó—, es que estoy muy feliz de estar contigo.

Lo miré a los ojos y le sonreí.

—También estoy feliz —respondí.

Mi comentario lo dejó tranquilo y feliz y sólo así volvió a dirigir su mirada al camino.

—Tengo una duda todavía —comentó.

—¿Cuál?

—¿Cómo supiste dónde estaba?

Suspiré, no le había contado esa parte.

—¿Recuerdas que dijiste que era común que las parejas de los videntes también tuvieran visiones?

Ezequiel asintió, como recordando lo que me había dicho.

—Pues, eso mismo pasó conmigo —continué—, quería saber cómo estaban, así que todos los días los miraba.

Noté cómo Ezequiel agachaba la cabeza, muy pensativo, me di cuenta de lo que le estaba haciendo creer sin querer.

—Sólo fueron pequeños momentos —aclaré—, nunca pude ver mucho, era nueva en todo eso. Además, hace poco Elyon me habló y dijo que tomaría mi don y se lo llevaría.

—Sí —contestó Ezequiel—, me dijo lo mismo hace rato. No habrá más videntes desde ahora.

—Es triste —comenté—, Elyon me agradó, siempre fue muy comprensivo conmigo. Jamás me juzgó.

Mi amistad con Elyon apenas comenzaba a crecer, pero con Ezequiel era diferente, ellos se habían conocido desde hace años y siempre lo trató y lo llamó su hijo. El hecho de que Elyon tomara la decisión de cambiar de cuerpo hacía pensar a Ezequiel que lo había dejado.

—Pero no se ha ido —dije para animarlo—, aún podemos hablar con él cuando queramos.

—Claro —dijo aún triste—, pero no es eso lo que me molesta.

—¿Qué es?

—Que lo traté muy mal —suspiró—, lo culpé por todo siempre, fui un pésimo hijo.

Puse mi mano en su hombro para consolarlo, yo sé muy bien lo que se siente el pensar que ha decepcionado a alguien que ama.

—Elyon sabe mucho sobre ser padre, y comprende el dolor mejor que nadie quizá. No creo que te culpe por nada, al contrario, te ama y está orgulloso de ti.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó desanimado.

—Porque me lo dijo.

—¿De verdad?

—Así es, dijo que lo importante siempre fue que te quedaste, sabía que lo que pasabas era difícil, pero estuvo siempre contento de que nunca renunciaste. Dijo que tú eras valiente porque a pesar que nada tenía sentido, te quedaste con él.

—No siempre —apuntó triste—, hubo un momento en el que le pedí que se alejara de mí y nunca volviera.

—Lo sé —admití—, pero volviste con él ¿verdad?

Ezequiel asintió levemente.

—Eso es lo que Elyon admiró en ti, y nunca te dejó de amar.

Ezequiel sonrió complacido con mi respuesta, me parece que de verdad necesitaba saber lo que Elyon pensaba de él.

Llegamos cuando aún era noche, Esteban seguía dormido, pero no pude resistir las ganas de subir a verlo aunque estuviera dormido. Subí a su cuarto y entré despacio, cuidando de no despertarlo. Me senté a su lado, en una silla que estaba ahí y acaricié su cabello, se removió un poco con mi tacto pero no se despertó. Me quedé ahí cerca de él, lo veía dormir plácidamente, hasta que despertó varias horas después. Me incorporé en la silla y parpadeé varias veces para despertarme yo también. Despacio abrió los ojos y se quedó mirando el techo un rato, después, cuando al fin se giró y me vio, no dijo nada. Frotó sus ojos y parpadeó varias veces, tal vez pensaba que seguía soñando.

—¿Mami? —preguntó inseguro.

—Hola, tesoro —saludé.

Cuando escuchó mi voz se dio cuenta de que en realidad era yo. Creí que saltaría de su cama y me abrazaría fuerte, pero para mí tristeza, bajó los ojos y se giró al lado contrario. De nuevo lo había decepcionado por haberlo abandonado. Sin embargo, esta vez no tenía palabras para explicarle lo que había sucedido ni por qué. Me levanté con las lágrimas a punto de salirse de mis ojos. Ezequiel estaba en la puerta y había observado todo, me tomó por los hombros para consolarme y salió conmigo al pasillo.

—Yo arreglaré esto —dijo—, me tomará tiempo, pero le explicaré que tú me salvaste la vida.

Se veía muy seguro de arreglarlo, pero yo no lo estaba tanto.

—Sólo dale tiempo —me pidió.

Asentí con la cabeza y ambos bajamos a la cocina, sólo para encontrarme con otro obstáculo. Martha estaba preparando el desayuno y no le causó ninguna gracia verme de nuevo en la casa.

—¿Qué hace usted de nuevo aquí? —dijo con desprecio.

Acababa de tener un mal momento con mi hijo y no quería tratar con esta mujer de nuevo, iba a alejarme de ahí, no obstante, Ezequiel me detuvo del brazo y me miró a los ojos. No tuvo necesidad de decirme nada, con su mirada supe lo que él esperaba que hiciera y comprendí tenía razón, no correría de nuevo. Esta vez enfrentaría a Martha y me aseguraría de que jamás me volviera a faltar al respeto.

—Martha —dije firme y despacio, incluso titubeó al verme tan serena, ella esperaba que me fuera o que explotara y así le diera la razón—, te agradezco el hecho que te preocupes por Ezequiel, pero debo dejarte algo muy en claro.

Martha no se atrevió a decir una palabra, me miraba expectante y algo pálida, movía sus ojos de mí a Ezequiel. Buscaba que la apoyara pero Ezequiel se quedó detrás, callado, dejó que yo tomara las riendas de la situación.

—Entre Ezequiel y yo las cosas están muy bien —dije—, y no es de tu incumbencia lo que él o yo decidamos. Eres buena Martha, pero no dejaré que me faltes el respeto ni una vez más. Ahora, tienes dos opciones, quedarte y trabajar aquí conmigo como señora de esta casa, o dos, irte y buscar un nuevo empleo donde te agrade más tu jefa, porque de ahora en adelante en esta casa mando yo. Así que, Decide.

Me quedé callada después de eso, me crucé de brazos para verme más imponente y aguardé su respuesta. Martha se veía nerviosa, cambiaba su peso de un pie a otro, con sus ojos le suplicaba a Ezequiel que la salvara, pero él no lo hizo, me estaba dando mi lugar al dejarme actuar. Al final, Martha agachó la mirada ante mí y me respondió.

—Lo lamento, señora —dijo—, no volveré a faltarle al respeto, le agradezco que no me despida.

—Está bien —dije tranquila—, no te preocupes, ahora sigue con lo que estabas haciendo.

Salí al patio después de eso y Ezequiel caminó detrás de mí.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo mientras me abrazaba por la espalda—, actuaste con mucha sabiduría y madurez.

No le respondí, la verdad no me importaba mucho lo que pasara con Martha, yo sólo estaba preocupada por mi hijo.

Tres días después

Ezequiel ha hablado muchas veces con Esteban sobre lo que de verdad pasó y le ha explicado por qué me fui, pero mi hijo aún me mira con desconfianza, como si en cualquier momento lo fuera a dejar de nuevo. No puedo explicar lo mucho que eso me duele, sólo aquellos que ya son padres podrán comprender lo que siento cada vez que mi hijo evita hablarme o se dirige a otras personas cuando necesita algo. La verdad me siento perdida y muy, muy culpable. Pero no pienso rendirme, en algún momento he de recuperarlo, además que sé que cuento con el apoyo de Ezequiel, con todo y que hoy ha actuado muy raro, muy misterioso. No tengo idea de lo que se trae entre manos, pero espero que no sea nada malo.

Aproveché que Ezequiel me pidió que saliera a comprar unas cuantas cosas de la despensa para llevarle un regalo también a Esteban, no era mi intención comprar su cariño, pero quería que

supiera que me acordaba de él siempre y que anhelaba tenerlo de vuelta conmigo. Vi muchas cosas lindas, pero al final me decidí por una caja llena de bloques de lego, con tema de “el pájaro loco”.

Regresé a casa minutos después y me sorprendí al verla vacía, no había nadie dentro. Subí las escaleras y busqué tanto a Ezequiel como a Esteban, pero no se veían por ningún lado. Confundida salí al patio trasero, pero también estaba vacío, excepto por una silla junto a la fuente y una gran pantalla blanca frente a ella. La silla estaba acomodada de manera muy sospechosa y tenía un letrero que decía “Para que la mujer más bella se siente”. No tenía ni la más mínima idea de qué significaba aquello, estaba mirando el letrero, cuando comencé a escuchar una romántica canción de fondo y en la pantalla aparecieron unas instrucciones; “Keren, toma asiento” decía la primera. Presentí lo que seguía a continuación y me senté. Un video se reprodujo en cuanto me senté, contaba toda la historia que Ezequiel y yo habíamos vivido y decía lo mucho que él me amaba. Al final, la pantalla se apagó y se partió en dos, sólo para darle el paso a Ezequiel. Llevaba un inmenso ramo de flores y me lo entregó cuando estuvo frente a mí. Le agradecí el gesto y le pregunté qué sucedía. En respuesta, Ezequiel tomó mi mano y puso una rodilla en el suelo.

—Keren, hay algo que quiero preguntarte —dijo.

Mi corazón latía a mil por hora, casi se me salía del pecho.

—¿Sí? —dije insegura.

—¿Quieres casarte conmigo?

Sonreí con timidez.

—Pero tontito, ya estamos casados —respondí.

—Aún nos falta casarnos por la iglesia —contestó con una sonrisa—, además, esta vez quiero que lo hagamos diferente, quiero que sea porque me amas y porque te amo, no sólo porque nos conviene.

Acaricié su cabello y luego su mejilla mientras le sonreía.

—Por supuesto —respondí—, claro que me quiero casar contigo.

Pensé que Ezequiel se levantaría y me abrazaría, pero en lugar de eso, siguió hincado y luego llamó a Esteban. Salió de detrás de la pantalla con una pequeña cajita en la mano y se la entregó a Ezequiel. Era un anillo de compromiso.

—Me faltaba entregarte esto —dijo mientras me lo ponía en el dedo—, ahora es oficial, eres mi esposa Keren.

Ezequiel se levantó, me besó y luego gritó:

—¡Muchachos! ¡Dijo que sí!

Un increíble estruendo se oyó por todo el jardín y decenas de personas salieron de detrás de la pantalla. Entre ellas reconocí a Rebeca y a Pablo, al parecer, Ezequiel se había tomado mucho tiempo en planear esto, incluso un mariachi salió tocando con todas sus fuerzas, yo estaba abrumada con tanto alboroto, pero no tanto como para no sentir dos pequeñas manitas abrazando mi pierna. Miré hacia abajo y vi a Esteban sonriéndome. Me incliné y lo cargué en mis brazos, él me apretó fuerte por el cuello, al fin me había perdonado y no sabía qué había motivado aquel cambio, pero se lo agradecí en el alma.

—Por fin tendremos un hogar, mami —me dijo al oído.

—Así es, tesoro —respondí.

La fiesta continuó con música y comida, pero todo aquello era nada comparado con el mayor tesoro que había recibido ese día, un maravilloso esposo y un hijo fuerte. Ese día supe que todo estaría bien, aun cuando las tormentas nos volvieran a azotar, teníamos un fuerte lazo de amor que nos impediría separarnos nunca. Porque el amor verdadero no se trata de cuántos días buenos hay,

sino de cuantos días malos se convierten en buenos, pues al final de todo, el amor es sufrido, es benigno, no busca lo suyo, no se envanece, el amor nunca deja de ser, y pocos son los que lo construyen de verdad.

Epílogo

Ezequiel

Cinco años después

La vida no podría ir mejor para mí y mi familia. Han sido cinco años de felicidad y de mucho aprendizaje. Extraño la vida de vidente, poder ayudar a las personas y resolver conflictos al lado de Elyon, pero estoy feliz con la vida que tengo ahora. Mi familia es mi prioridad y quien más necesita mi ayuda en estos momentos. Todos estamos contentos, los cuatro, Esteban está fascinado con la idea de ser el hermano mayor, le pone mucho empeño a su trabajo de cuidar de la pequeña Linda, nunca la deja sola y siempre está intentando enseñarle algo nuevo, y pienso que hoy, en la celebración de su quinto cumpleaños, se esforzará al máximo por darle un estupendo regalo. Nos ha estado pidiendo infinidad de cosas a Keren a mí, y siempre que le preguntamos qué es lo que planea, sólo responde que es una sorpresa para su hermanita. La verdad, hasta a mí me da curiosidad, pero lo dejaré terminar y luego veré qué era lo que planeaba con tanto esmero, por ahora tengo muchos problemas con el techo de globos que Keren me pidió que colgara en el jardín. No puedo encontrar un buen lugar donde colgarlo y se quede quieto.

—¿Cómo vas? —me pregunta Keren mientras acaricia mi espalda.

—Pues... ¿De verdad crees que sea necesario tener un techo de globos? Ya hay muchos globos en todas partes.

Keren se ríe por lo bajo con un tono muy sarcástico.

—No, no, ya sé lo que intentas hacer —responde abrazándome por la espalda—, no voy dejar que te rindas y dejes mi techo ahí tirado.

—Creí que era el techo de Linda ¿No es esta su fiesta de cumpleaños? —digo y le devuelvo el abrazo.

—Claro, pero yo soy la artista detrás de todo esto, además, sabes que mi niña siempre está de acuerdo conmigo.

—Lo sé, ustedes las mujeres tienen a los hombres de esta casa de cabeza —contesto mientras le doy un beso en los labios.

Keren se ríe complacida, sabe que lo que acabo de decir es pura verdad, ni Esteban ni yo nos podemos resistir a lo que ellas quieren.

—Por cierto ¿Dónde está Esteban? —pregunta Keren—. hace rato que no lo veo.

—Cierto, ya debería haber bajado —contesto y suelto a Keren—, tal vez siga preparando su sorpresa.

—Sólo Dios sabe lo que ese niño trae entre manos —comenta Keren divertida.

Le acaricio la barbilla y sonrío.

—Iré a buscarlo —le aviso.

Me giro y camino hacia el interior de la casa, pero Keren me da una nalgada antes de que me aleje mucho de ella, la miro por sobre mi hombro como advirtiéndole que luego me las cobraré, ella se ríe con esa sonrisa traviesa que tiene.

Cuando entro en la casa, otra hermosa mujercita me recibe corriendo rápido hacia mí.

—¡Papi! —grita—. ¡Mira mi vestido nuevo!

—¡No puede ser! —digo poniendo mis manos en mi boca—. ¡Estás hermosa princesa!

Me inclino hacia ella y la cargo en mis brazos, está sonrojada por mi anterior comentario.

—¡Mírate! —le digo—, serás la cumpleañera más hermosa que jamás haya visto.

Mi hija se ríe complacida por lo que le dije y me abraza fuerte.

—¿Dónde está tu hermanito? —le pregunto.

—Arriba, en su cuarto ¿Por qué no me deja entrar, papi?

Bajo a Linda al piso para contestarle su pregunta.

—Pues, creo que te prepara una gran sorpresa. Tú sabes que tu hermanito te quiere mucho, seguro que se está esforzando por darte lo mejor.

Linda sonrío complacida.

—Iré a verlo, en seguida bajo con ustedes ¿de acuerdo?

Ella sonrío y asiente para luego salir corriendo hacia donde su madre está. Subo las escaleras hasta llegar al cuarto de Esteban. Poco antes de llegar escucho voces en su habitación, la puerta está entre abierta, me asomo por la rendija para ver con quién habla. Me doy cuenta de que en realidad es sólo su voz la que se oye, pero sus palabras siempre forman una respuesta a alguien que no puedo ver ni oír.

—Sí —dice Esteban—, yo soy valiente, como mi papi.

—Claro que quiero ayudar —continúa—, es lo que más me gusta hacer.

Guarda silencio unos segundos, como si estuviera prestando atención a quién le habla.

—No me importa —afirma—, si tú vas a estar conmigo, entonces lo haré.

Mi corazón se acelera y me pregunto qué es lo que piensa hacer.

—¿Por qué debe ser un secreto? —pregunta Esteban desanimado

—Entiendo —dice—, no te preocupes, guardaré el secreto entonces.

Me cuestiono si debería irrumpir en su habitación y averiguar quién le habla a mi hijo y qué es lo que quiere de él. Pongo mi mano en la puerta, dispuesto a abrirla de golpe, pero entonces las siguientes palabras de Esteban me detienen.

—Ellos entenderán, te lo aseguro. Me da mucho gusto que seas mi amigo, Elyon.